

Quiéreme siempre

Nuria Gago

Planeta

Premio Azorín de Novela 2018

ÍNDICE

PORTADA
PREMIO AZORÍN DE NOVELA 2018
PORTADILLA
DEDICATORIA
CITAS
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
MAPAS DE CANCIONES
AGRADECIMIENTOS
CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Esta novela obtuvo el Premio Azorín de Novela 2018,
concedido por el siguiente jurado:
Almudena de Arteaga, Luis Belda Benavent,
Juan Eslava Galán, Belén López Celada,
Nativel Preciado, Juan Ramón Torregrosa Torregrosa,
César Augusto Asencio, que actuó como presidente
del jurado, y María José Argudo
Poyatos, que actuó como secretaria sin voto.

La Diputación Provincial de Alicante y Editorial Planeta
convocan y organizan el Premio Azorín de Novela.
Editorial Planeta edita y comercializa la obra ganadora.

Nuria Gago



Quiéreme siempre

Premio Azorín de Novela 2018

Planeta

Para mi abuela,
que aunque un día olvidó su nombre
siempre se acordó de «nosotras».
Y para mi abuelo, por ser un precioso libro
de historia de más de cien capítulos.

En ciertos casos continuar, tan solo continuar, es algo sobrehumano.

La caída, ALBERT CAMUS

Que baile todo conmigo cuando bailo.
Que bailen mi pasado y mi futuro.
Todas las veces que no pude bailar que bailen cuando bailo.
Que bailen mis recuerdos con mis huesos,
que bailen los recuerdos de mis huesos
y mi dolor que también baile con mi dicha.
Que baile todo conmigo cuando bailo.

LUCAS CONDRÓ/PABLO MESSIEZ

1

Fue el día que hubo la fiesta en casa de Juliette. Era imposible no darse cuenta. Esa noche ya no pudo seguir sosteniendo su argumento de «noseaspesadaessolounaamiga», ya no había cojones para seguir tratándome de loca. Se miraban y se devoraban. Yo creo que hasta algunos de sus amigos sintieron una compasión profunda por mí. Creo incluso que en algún momento Anne se planteó levantarse y partirles la cara. No me parece una idea tan descabellada. A Anne siempre le caí bien. Y aquello era horroroso.

Me levanté dos veces para ir al baño, me miraba fijamente en el espejo y me repetía a mí misma: «En serio, son tus paranoias de siempre, para tu cabeza, para, párala».

Me costaba mucho trabajo pararla. Veía cómo Aline mandaba wasaps sonriendo como una gilipollas, y a mi lado, el móvil de Paul vibraba, porque el muy desgraciado le había quitado el sonido. Y lo leía y se reía también. Y yo me volvía a levantar y me volvía a hacer una sesión de *coaching* frente al espejo.

Anne llamó a la puerta.

—¿Estás bien?

—Sí, Anne, gracias.

Hubiera podido abrazarme a ella y llorar desconsolada. Pero me contuve. Estaba muy sola. Era su pandilla. A ver, también eran mis amigos, pero era su pandilla. Ojalá Agathe hubiera estado ahí en ese momento, con ella a mi lado me habría sentido más fuerte, pero Agathe no estaba.

André pasó por el pasillo gritando y saltando, es un borracho total. Creo que solo le he visto pedo. Se acercó, nos rodeó con sus brazos por las nucas y jaleó como si fuéramos un equipo de rugby. Anne me miró con cara de «vaya panorama», yo le medio sonreí, o al menos lo intenté.

En el salón ya había una humareda considerable. Los franceses fuman como carreteros. Al principio me parecía todo muy sexi. Esa noche me pareció asqueroso. Me olía fatal el pelo. Quería irme a casa, ducharme y meterme en la cama con Paul.

Se lo dije, flojo, al oído.

—Yo voy a salir.

Fue la frase más larga que me había dirigido hasta el momento. Casi me emociono si no llega a ser porque, en realidad, tenía ganas de pegarle una patada. Literalmente. En mi cabeza se la

pegué.

Bebí dos copas de vino más. Me despedí de todos. Algunos de sus amigos me caían bien, en ese momento me dio pena que perdieran el tiempo con un idiota como Paul. Juliette me acompañó a la puerta.

—¿Seguro que no te gustan unos *dancings*?

Era una especie de duende grunge. Los trapos más roñosos le sentaban de fábula. Apenas se peinaba y siempre llevaba los labios pintados de ese rojo vino que la hacía irresistible.

Siempre se esforzó por hablar castellano conmigo. Era una buena tía. Y cuando no sabía decirlo en español, pues se pasaba al inglés. «Así practico.» Pero ella no necesitaba practicar nada. Ya lo he dicho, era buena tía, y punto.

—Seguro.

Me metí en el metro. Lo bueno del metro de París es que siempre hay tíos guapos, lo malo es que va tan rápido que tienes que sujetarte fuerte para no estamparte contra algo en los frenazos. Busqué al chico más guapo. Me agarré a la barra a la que él se agarraba. Me dejé llevar en los frenazos. Me estampé contra su pecho. Olí fuerte su perfume. Nos sonreímos, bueno, yo le sonreí. Quería venganza y para eso necesitaba tocar un cuerpo de tío. Creo que le hice algo de daño. Me miró muy serio.

—*Excuse moi.*

Y me senté. Y me acordé de aquella película, *Infiel*, en la que Diane Lane, después de acostarse con Olivier Martinez, vuelve a casa en metro y empieza a llorar y a reír al mismo tiempo. Se ríe acordándose de lo bonita que es Cuenca y llora de pura culpa y de nervios. Y en la peli ese es un momentazo. Pues yo hice lo mismo. Bueno, exactamente lo mismo no, porque yo no me reí. Solo lloré. De pena y de rabia. Y de miedo.

Llegué a casa y me puse el pijama. Paul y yo nos habíamos comprado unos pijamas de animales el invierno anterior. Los vi al abrir el cajón. Me acordé de ese día. Nos habían hecho tanta ilusión, ya ves tú, que nos los pusimos al llegar a casa a las cinco de la tarde. Era sábado. Y no nos los quitamos hasta el lunes siguiente. El suyo simulaba un dinosaurio, el mío una especie de mapache.

Ese fin de semana comimos pizza y japonés y nos vimos las dos temporadas de *The affair* del tirón. Pensando que aquello a nosotros no... Tuve muchas ganas de pegarle una patada otra vez. Se la di a la cómoda. Me hice daño en el pie. Volví a llorar. Llamé a Agathe. Agathe estaría durmiendo, la pobre. Lloré más. Me metí en la cama. Me dio una especie de ataque de ansiedad. Me fumé un cigarro. Cogí mi *tablet* y me puse a buscar vídeos por internet. Me bebí otra copa de vino. Revisé si Paul se había vuelto a conectar a WhatsApp. Cero conexiones desde que yo me había ido. Lloré más. Se me cayó vino en el edredón. Me quedé embobada mirando la mancha. No hice nada. Yo soy buenísima obviando cosas que quiero obviar. Obvié la mancha. Me tapé. Y al cabo del rato, por fin, me dormí.

Sobre las siete de la mañana noté cómo Paul se metía en la cama. Me dio la espalda y cayó rendido como un bendito. Empezó a roncar a los diez minutos. Puto tabaco. Al principio no roncaba. O puede que sí. Ya no me acuerdo. Al principio...

Al principio de llegar a París yo no conocía a nadie. Estaba cansada de Barcelona. Me habían roto el corazón por tercera vez en plan salvaje y decidí irme.

Estaba aburrida de hacer extracciones para el banco de sangre. No estaba muy motivada. Había estudiado Enfermería porque mi mejor amiga estudiaba Enfermería. Yo debería haber estudiado Letras. Pero empezar sola COU me parecía el antiplán. A veces, mis argumentos para tomar decisiones pueden ser lamentables vistos con el tiempo.

Dejé el trabajo. Me tenía que ir de la casa que compartía con Eric. Mi madre se esforzó mucho en dejarme muy claro que volver a casa, aunque fuera de manera temporal, no era una buena idea. Odio reconocerlo, pero no lo era. Compartir tiempo con mi madre nunca es una buena idea. Nunca lo ha sido. Si yo fuera mi padre, me habría ido de casa hace siglos. Pero él resiste.

Pensé en la opción de irme tres meses, mis ahorros no daban para más, estudiar algo y volver, buscar habitación e intentar entrar a trabajar en algún hospital. Pero ya estaba bien de sacar sangre.

París, yo siempre había querido ir a París. Googleé «clases de francés nivel iniciación en París» y a los cinco días aterricé en Paris-Charles de Gaulle. Y allí fui profundamente feliz. Al principio.

La escuela de idiomas se convirtió en el mejor cobijo para mi corazón destrozado. Me pasaba cinco horas al día conjugando verbos y leyendo en francés a la velocidad de un niño de párvulos, pero lejos de todo, Eric no existía. Desde el día en que lo dejamos no había vuelto a saber nada de él.

Solo tenía wifi cuando iba a la escuela y en los restaurantes donde comía o tomaba café. Los primeros días me sentía aislada del mundo, al poco, esa sensación era la mejor del universo. El tercer día le mandé un wasap, aunque en realidad no sabía muy bien qué poner.

«Me he ido a París. Te voy a bloquear en Facebook, espero que lo entiendas. Necesito hacer borrón y cuenta nueva. También voy a dejar de seguirte en Instagram. Lo entiendes, ¿verdad? Te hice una transferencia con la luz del último mes. ¿Te llegó?»

«Disfruta mucho de París. Llegó la transferencia. No te preocupes. Me parece normal. Que te vaya todo muy bien. Un abrazo. Escribiendo... Emoticono bandera de Francia.»

Un abrazo y una bandera de Francia. Le bloqueé en WhatsApp. Me pedí un café. Me sirvieron un café tan corto que me pedí otro. Los dramas de la vida moderna en el primer mundo.

Poco a poco fui cogiendo fuerza. Yo creo que el hecho de que todo fuera tan nuevo para mí hizo que la ciudad se convirtiera en una especie de tirita. Y la tirita me curó.

Hice amigos en la escuela de idiomas. Amigas, sobre todo. Al salir de clase cogía mi mapa y decidía qué parte de la ciudad me apetecía recorrer. Algunas veces me acompañaba Yin, una china de mi clase que se había mudado allí para estudiar Repostería.

No hablaba ni papa de inglés y hablaba un francés bastante lamentable, igual que yo, pero me partía de la risa con ella. En realidad, era un poco como viajar sola, porque no podíamos tener conversaciones largas. Aprendimos a desplazarnos por la ciudad en silencio. De vez en cuando nos mirábamos y nos sonreíamos.

Yin es adorable. A veces aún nos escribimos. Las dos hablamos mucho mejor francés, pero básicamente me manda fotos de los pasteles que hace en su escuela de cocina. Vive con unos primos suyos a las afueras de la ciudad. Nunca la he visto tomarse ni un solo vino. Son muy responsables los chinos.

Y luego estaba Agathe. La encargada de dar la bienvenida a los nuevos alumnos. Nos hicimos inseparables. Ella adora España y también practicaba español conmigo. Veraneaba de pequeña en Peñíscola. Es guapa y muy francesa. Y yo buscaba rodearme de belleza y de todo lo más francés.

Me avisaba de todas las actividades en grupo que ofrecía la escuela. Cinefórum, jornadas gastronómicas, charlas, de todo. Y ahí conocí a Paul. Él coordinaba el aforo de las actividades, estaba ahí, en todas las cosas que hacíamos, pasaba lista y al acabar la actividad nos avisaba de las novedades que estaban por venir. «No se pierdan la excursión guiada a la casa de Victor Hugo, quedan cuatro plazas para cerrar el grupo.» Me miró mientras lo decía. Llevábamos más de un mes viéndonos por la escuela. Sentí un latigazo. Levanté la mano. Me guiñó un ojo y me apuntó en su libreta gigante. A partir de ese momento, algo dentro de mí supo que todo había cambiado.

La excursión fue un jueves. Salíamos de clase casi a las dos de la tarde y a las cuatro teníamos que estar en la puerta del museo. Quedamos a las 15.45 a la salida del metro Bastille. Tenía un trasbordo en metro desde la escuela. Decidí caminar. Cruzar el Sena. Adoro esos puentes. Hay algo en París que es adictivo. La belleza está por todos lados. Es casi obsceno. Eres espectador y a la vez estás construyendo tu historia. Porque uno sabe que caminar por esas calles va a cambiar su vida para siempre. Aunque en ese momento no lo sepas, tu cuerpo, muy adentro, lo tiene clarísimo.

Paré en mi restaurante favorito, uno muy pequeño en Châtelet. Les dije que tenía prisa.

—La italiana tiene prisa.

Sabían perfectamente que no era italiana, saben que soy española. Se reían con ese equívoco, y a mí ellos me caían muy bien. Me gustaba ser italiana en ese lugar. Los dos camareros eran muy simpáticos. Comí mi menú y me bebí una copa de tinto. Quedaban veinte minutos para la cita con el grupo. Y con Paul.

Me tomé esa copa como brindando por algo. Yo no soy mucho de creer en las premoniciones, ni en las chorradas esotéricas, ni en los horóscopos, ni en ese tipo de cosas, pero debo reconocer que había cierta sensación de inicio de algo bailando por mi cuerpo de no italiana. Sabía que esa excursión iba a modificarlo todo. No sé el porqué, pero lo sabía.

Se me hizo tarde, cogí el metro. Empezaba a llover. En París, o llevas paraguas, o llevas paraguas. A la salida me encontré con el grupo. Paul hacía el recuento de alumnos. Parecía que buscaba a alguien, yo sabía que me buscaba a mí. Todos se amontonaban bajo sus paraguas plegables, él adivinaba las caras de la gente y apuntaba los números de sus carnés de estudiantes.

Le toqué el hombro. Me sonrió con la franqueza de un niño.

—Pensaba que me ibas a dejar tirado.

Se le escapó. Estoy convencida de ello. Después de conocerle como le conozco ahora, sé que Paul no dice lo que siente. Cuando le pasa algo, se calla. Se le olvida el francés. Se le olvida que

tiene lengua. Se queda encerrado en sus argumentos y en sus ideas. Se le escapó. Un día me lo confesó mientras me abrazaba después de haber follado en el sofá. Follar siempre se nos dio muy bien. Eso lo echo de menos.

Fui descarada.

—Nunca te dejaría tirado.

No hablamos mucho más. Se estaba empapando. Levanté mi paraguas de flores moradas que había comprado en un H&M del centro. Era el segundo que me compraba en un mes. París es una devoradora de paraguas. Se metió debajo, conmigo. Llegamos al museo, compartimos los auriculares de la audioguía. Sentí la electricidad. Él también. Durante tres segundos nos miramos a los ojos. Nos quedó todo claro. Al acabar la visita los demás se fueron por donde habían venido.

—Dice Agathe que te encanta el vino.

—Agathe tiene razón.

—¿Te apetece que te lleve a un sitio?

—¿Está limpio?

—Sí, a mí me lo parece.

—¿Cómo que te lo parece? ¿Está limpio o no está limpio?

—Creo que no entiendo la pregunta.

—Es que me estoy haciendo pis, es para ver si vuelvo a entrar en el museo o si puedo aguantar hasta el bar.

Paul rompió en una carcajada en cuanto entendió el equívoco. «Cerca» y «limpio» sonaban de la misma manera en mi boca de estudiante catalana: *proche* es cerca, *propre* es limpio, yo solo quería saber si iba a tener que controlar mi vejiga durante mucho rato. Y así, hablando de pis y confundiendo palabras, nos enamoramos.

Cuando digo que nos enamoramos, no exagero ni un milímetro. Nos besamos en ese mismo momento y fuimos a ese bar paseando de la mano y cogiéndonos por la cintura.

Sí, el bar estaba cerca, y sí, también estaba limpio. Y nosotros nunca más volvimos a ser los mismos.

Pasamos de cruzarnos por los pasillos de la escuela a ser pareja. París, ciudad del amor. Aunque os aseguro que las francesas no piensan lo mismo.

Yo vivía en una residencia de estudiantes. Él tenía un apartamento muy pequeño por Bonne Nouvelle. En el centro, distrito dos. Tardé tres días en instalarme con Paul. Comíamos, nos queríamos y mi francés mejoraba por momentos. Cuando no nos entendíamos hablábamos en inglés, y la felicidad y el amor hacían que todo fuera muy fácil.

Pero París no es una ciudad sencilla para los que llegamos de fuera, es muy complicado conseguir trabajo; a mí me quedaba poquísimo dinero y volverme a España era lo que menos me apetecía en el mundo. Echaba de menos a mis amigos. Poco más. Pero no tenía ninguna necesidad de volver a Barcelona, no voy a mentir. Agathe y Paul me hacían tan feliz que todo me daba absolutamente igual.

Cuando ya empezaba a estar muy asustada por el dinero, conseguí trabajo haciendo de guía en *tours* para españoles. No es fácil, hay que estudiar muchísimo y tienes que pasar un examen

ante una especie de tribunal. Pero salió bien, porque yo estaba predestinada a vivir en París. Lo estaba. Esa sensación me acompañó desde el principio. Sabía que no tenía que estar en ninguna otra parte. Era una certeza.

Me asignaron Montmartre, me aprendí la historia del barrio Rojo, del Sagrado Corazón, del barrio de los artistas, del Moulin Rouge, de Van Gogh... Y durante varios meses, cada día a las cuatro de la tarde recogía a mi grupo de españoles en la puerta de un Starbucks. Del mismo modo que Paul me recogió aquel día a la salida del metro Bastille.

En casa no hubo ningún cataclismo, en casa de mis padres, quiero decir. Hice un Skype con mi madre al poco de estar con Paul, quería contarle que había conocido a alguien y que quizás alargaría mi estancia en París y que ya vería cómo lo haría con el tema del dinero. Me preocupaba que ella pensara que me lanzaba a los brazos del primero con el que me había cruzado, que tuviera miedo de que me volvieran a hacer daño, que sintiera que si me quedaba en París iba a ser difícil vernos, y esas cosas que pienso que piensan las madres.

Ella no pensó nada de eso, me dijo que qué bien y estoy convencida de que en su fuero interno estaba encantada de tenerme lejos, porque a mi madre pocas cosas le agobian más que tener que buscar tiempo para verme y hacer de madre. En serio, no exagero. Sé que no fui una hija deseada, no tengo ningún trauma, de verdad. Lo sé, lo tengo clarísimo desde el día (el único día) en el que hablé de sexo con mi madre en la adolescencia. La ansiedad con la que me dijo: «Utiliza preservativo SIEMPRE, SIEMPRE, SIEMPRE» me dejó muy claro que no hablaba conmigo, que en realidad estaba diciéndose a sí misma: «Por no usar preservativo tuviste una hija con veintiún años y se te fastidió todo».

No me importa saberlo, yo tampoco la elegiría como madre. Está bien tenerlo claro. Mi padre se cruzó por detrás de ella en la ventanita de Skype.

—¡Papá!

Se acercó a la pantalla, se acercó tanto que solo le veía la barbilla y la boca. Le conté las novedades, entendió el encuadre de la conferencia porque mi madre le agarró del hombro y le echó hacia atrás, con cara de «pareces imbécil». La detesto cuando le trata así.

—Iremos a verte.

Ella le fulminó con la mirada. Los dos tuvimos claro que eso nunca sucedería. Me preguntó:

—¿Eres feliz?

—Mucho, papá.

—Me alegro, cariño. Te dejo, que empieza el fútbol.

—Claro, papá. Un beso.

—A ver, dime algo en francés.

Le iba a decir que estaba muy guapo con esa barba que se había dejado. Pero no pude.

—Bueno, venga, ya hablamos la semana que viene. Mantennos informados de cómo te va todo. Un beso. Cuídate.

Mi padre gesticuló con los brazos para despedirse, y ella colgó Skype. Nunca seré madre. Y nunca seré tía, porque soy hija única. A no ser que me case con alguien que tenga hermanos. Siempre quise tener un hermano. Intuyo que mi madre se ligó las trompas después de nacer yo. Lo siento, no quiero hablar más de esto.

Y así se formalizó mi vida de parisina. Paul, Agathe y yo salimos a celebrar que me quedaba en la Ciudad de la Luz, y nos bebimos el mundo esa noche y por momentos sentí que la vida era realmente maravillosa. Paul me presentó a los pocos amigos suyos que me quedaban por conocer en una comida al día siguiente. Allí conocí a Anne, también estaba Aline, aunque a ella ya la había conocido antes. Esa misma noche, con el alcohol de los dos días circulando por mi cuerpo y con las hormonas de la ovulación invadiendo mi organismo, me senté al borde de la cama deshecha y lloré pensando en que mi madre no me quería. Paul se plantó frente a mí, se levantó la camiseta y me cubrió la cabeza con ella. Mientras se frotaba su falsa barriga con las manos, despeinándome contra su cuerpo, me dijo:

—Ahora mismo estoy embarazado de ti, te voy a parir, voy a ser tu madre y te voy a querer.

Paul, a veces, era maravilloso. Me sacó de debajo de su camiseta con tanto amor que aún lloré más, nos desnudamos, puso voz de Darth Vader, me dijo: «Yo soy tu madre», me reí mientras lloraba, me explotó el corazón y me lo follé como nunca.

—Paul.

—Mmm.

—Es la una de la tarde. Tenemos que hablar.

—No seas pesada.

Volví a sentir ganas de darle una patada. Estaba tan cabreada que grité como una loca.

—*RÉVEILLE-TOI!!!!!!*

Me miró con el mismo asco con el que yo le miraba a él.

—No me vuelvas a gritar en tu vida.

—Levántate.

—¿Qué te pasa?

—¡¿Qué te pasa a ti con Aline?!

—No es el momento de hablar.

—No se me ocurre un momento mejor, la verdad.

Me agarró del brazo, se levantó de la cama y me tiró al colchón.

—A veces no te soporto.

Me levanté de la cama, le seguí, se metió en el baño a mear. Entré en el baño, no podía quedarme quieta, Paul resopló. Meó mientras movía compulsivamente la pierna derecha, sacando energía por ahí para no pegarme un grito, supongo. Cuando acabó, pasó por mi lado como si yo no existiera. Se metió en la cocina. Le seguí. Me planté detrás de él. Se dio la vuelta.

—*C'est fini, je crois que je ne t'aime plus*.

No hace falta estudiar francés para entender esta frase.

En ese momento dejamos de gritarnos. Me tendió la mano. Yo me quedé quieta, como un gato delante de los faros de un coche. «Otra vez mudanza, ¿qué hago? ¿Vuelvo a Barcelona? ¿Qué haré este verano? ¿Otra vez mudanza? ¿Por qué ahora solo quiero besarle?»

Se acercó despacio y me abrazó. Me pidió perdón por haberme tirado a la cama. Yo seguía quieta. Me dijo que yo ya sabía que si estaba enfadado, no tenía que seguirle por toda la casa,

que eso le ponía nervioso. Que sentía haberme gritado. Que sentía lo de anoche. Que era verdad, que teníamos que hablar. Que anoche se acostó con Aline. Que cuando yo me fui, se fue con ella a su casa. Que Anne los pilló besándose en el ascensor. Que le dijo que o me lo decía él o me lo decía ella. Que Aline no quería hacerme daño, que yo le caía muy bien. Ahí volví a querer pegarle una patada. Me aparté. Preparamos café. No lloré. Me dijo que no era verdad lo de que ya no me quería. Que sí me quería. Pero... «¿Puedo ser sincero?», me preguntó. «Claro», dije yo. «Pienso en ella todo el rato. No sé qué me pasa. Hace siglos que la conozco. Nunca me había ocurrido. Y desde el fin de semana que pasamos en la casa de campo todos juntos, solo pienso en ella.»

—¿Solo piensas en ella?

—Es una forma de hablar.

Era una forma de matarme.

—Pero sí te quiero.

—Pero ya casi nunca quieres acostarte conmigo.

—Porque me siento mal.

—No te hagas el sensible.

—Creo que es mejor que dejemos de vernos por un tiempo.

—Yo también lo creo.

Tenía mucho frío. Me puse su sudadera gris con dibujos geométricos en el centro. Era su favorita. Se iba a joder porque me la iba a llevar. Y no estaba en condiciones morales de prohibírmelo. Hice una bolsa, llamé a Agathe. Me pasó a buscar en su coche. Nos dimos otro abrazo.

Creo que él tenía una erección.

Me metí en el ascensor. Cogí mi teléfono. Teníamos un grupo de WhatsApp, los amigos de Paul, Paul y yo. Escribí:

«*Anne, tu es vraiment une très bonne copine. Merci de tout coeur*. Si quieres podemos tomar un vino esta semana».

Ella me mandó un corazón.

«Aline ha abandonado el grupo.»

Después lo abandoné yo.

En casa de Agathe no había mucho espacio. Los apartamentos parisinos son pequeños, tan pequeños que al final un piso de treinta metros te parece una finca. Pasé allí diez días, hasta que decidí que volver a Barcelona era la mejor opción por el momento. Había hablado con la empresa de los *tours* y me habían dicho que me guardaban la plaza. Necesitaba replantearme mi vida. En aquel apartamento tan pequeño era imposible. No cabía mi cabeza. Suficiente era que cupieran mis dos maletas grandes.

—Hoy me ha preguntado por ti.

—¿Cómo le has visto?

—Más delgado.

—Que se joda.

Agathe se rio. Y abrió un vino.

—Pues sí, que se joda.

—¿Y te ha dicho algo más?

—Le da miedo cruzarse conmigo por los pasillos. Sabe que lo sé todo. Y le miro como si fuera a fulminarle, eso tampoco ayuda.

—¿Crees que la sigue viendo?

—No lo sé, *chérie.*

—Ya...

—¿Qué vas a hacer?

—Creo que voy a volver a Barcelona por un tiempo. Necesito poner distancia, y necesito dejar de tener miedo de cruzarme con él.

—Me parece bien.

—Te voy a echar tanto de menos, Agathe.

—Y yo a ti, *chérie*... No quiero ni pensarlo. Maldita española.

Nos dimos un abrazo, empezamos a buscar billete. Encontré una ganga para dos días después. La compré. Me sentí tan triste que vomité.

—Quiero invitarte a cenar.

—No hace falta, si estás enferma.

—No, es de nervios, necesito celebrar algo. Necesito celebrar.

Lloré como una cocodrila. Y ella me hizo una foto con su Polaroid. No me la enseñó. La guardó en un sobre. Y me dijo que cuando llegara el momento me la daría. No discutí. Me daba absolutamente igual. Nos pintamos los labios de rojo y nos fuimos a cenar y a bailar. Nos encontramos con dos amigos de Agathe en la segunda discoteca en la que entramos. Nos reímos mucho. Yo por un momento me olvidé de Paul y de que volvía a Barcelona. Acabé en casa de Vincent. Oí cómo Agathe le pedía que me cuidara. Me cogí de su mano y salí del local, antes de cerrar la puerta me di la vuelta. Allí estaba ella, bailando y despidiéndome con la mano. Las luces la hacían aún más bella. Me entró un ataque de amor. Solté la mano de Vincent y corrí hacia ella. La levanté en el aire, me rodeó con las piernas. Le dije que era lo mejor que me había pasado en la vida. Lloramos las dos. Vincent se acercó. Dijo que éramos «*trop mignonnes*» y me dio un beso en la boca, me supo a gloria. Abrazó a Agathe, se adoraban, se conocían desde pequeños, como Paul y Aline, no iba a pensar en eso. Le agarré de la mano y me lo llevé fuera.

Y bueno, pues ya lo he dicho, acabé en casa de Vincent.

2

—¿Mamá?

—Es que no lo entiendo.

—¿El qué no entiendes?

—Nada nada, haz lo que quieras.

No le iba a explicar que era evidente que no estaba haciendo lo que quería, estaba haciendo lo que podía. Me miraba fijamente, apenas se movía, a veces pensaba que era Skype, que se había colgado, pero no, era ella, que no tenía nada que decir ni que hacer.

—Llego mañana.

—¿Y dónde te vas a meter?

—¿Puedo dormir en casa hasta que encuentre algo?

—Sí sí....

Pero su cara decía NO. Decidí obviar su cara, no tenía fuerzas.

En cuanto encontrara una habitación me iría.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a buscar trabajo? ¿O te piensas volver a París?

—No lo sé.

—«No lo sé»...

—Sí, mamá, no lo sé. Tranquila, que no me quedaré mucho.

—No no, si a mí no me molestas.

Creo que se dio cuenta de que su cara la había delatado. De repente le cambió la expresión. Una idea cruzó por sus ojos. Sonrió levemente. No pregunté.

—Pues nada, te esperamos aquí, ya avisarás de a qué hora llegas, más o menos.

—Mi vuelo llega a las seis de la tarde. Entre que cojo el tren y todo, pues sobre las siete y media.

—Muy bien, hasta mañana.

—Adiós.

Agathe me acercó una copa de vino.

—Menos mal que me voy de tu casa, voy a acabar alcohólica.

—Española exagerada.

Cenamos en su casa, bebimos y hablamos. Me contó que Paul le había pedido que me

preguntara que qué opinaba yo de que fuéramos hablando de vez en cuando, o si prefería no saber nada de él.

Me dio ternura. Y a la vez pensé: «¿Por qué no me escribe a mí y me lo pregunta directamente?». Pero ya he dicho antes que Paul no se muestra con tanta facilidad. Le mandé un wasap: «Puedes escribirme cuando quieras. Me vuelvo a Barcelona. Un beso, Paul». Me llamó. Se disculpó y lloró por teléfono: «Lo he jodido todo». Le dije que sí, que lo había jodido todo. Le dije que tenía que colgar. Me preguntó que cuándo me iba. Mañana.

—*Merde*...

—Hasta pronto, Paul.

—*À bientôt.*

—*À bientôt.*

Dormí mejor de lo que cabía esperar. Agathe y yo nos acurrucamos como dos nutrias marinas, ella se había pedido fiesta al día siguiente para acompañarme al aeropuerto y pasar el día conmigo.

Cuando salíamos de su casa, cargadas con mis maletas, empezó a diluviar. París a veces llora como si fuera una adolescente desconsolada, como si le acabaran de prohibir salir esa noche, como si estuviera injustamente castigada, con un ímpetu que parece imparable pero que a los diez minutos afloja porque sus padres no le hacen ni caso y no le van a levantar el castigo. París hacía eso, berreaba, pero todos allí estaban acostumbrados a sus berrinches, sacaban sus paraguas y seguían con sus vidas. Y ella, decepcionada, paraba. Como si no hubiera pasado nada.

Llegamos al RER empapadas, le pedí a Agathe que se quedara en la estación, que no hacía falta que fuera hasta el aeropuerto. Se negó. Y cuando en el aeropuerto nos abrazábamos sospechando que ese abrazo podía ser el último en mucho tiempo, me dio un sobre. «Léelo en el avión, no lo hagas antes.» Le di mi palabra.

Cuando estuve sentada en mi butaca y me hube abrochado el cinturón, lo saqué de mi bolso. Dentro estaba la polaroid del otro día. Del revés, y un pequeño papel escrito a mano: «Cuando le eches de menos, mira esta fotografía, mira tus ojos tristes y repítete a ti misma que tú no te mereces eso. Nunca vi tan poca luz en tu mirada. *Je t'aime, Lu, et tu vas me manquer*. Vuelve pronto, *s'il te plaît*».

Miré por la ventanilla, París volvía a llorar. Yo me contuve, no íbamos a montar un drama las dos.

3

Menos mal que había *finger* en el avión. Odiaba llegar al aeropuerto de Barcelona y tener que meterme en esos autobuses sin apenas asientos que te llevan a la terminal. Todo el mundo de pie, todos amontonados, como borregos. Al salir por el *finger*, tenía ese runrún malo de nervios en el estómago. Me pregunté qué tal le estaría yendo a la persona que hubiera cubierto mis turnos en Montmartre, y deseé darme la vuelta y volver a París, y en concreto a mi París de hacía seis meses. Tenía ganas de ver a mi padre, pero poco más.

Llegué a la cinta de equipajes. Enfrente tenía a una pareja comiéndose a besos. Me dolió un poco más la tripa. Encendí mi teléfono. Nadie había escrito. Le envié un wasap a Agathe: «*Je suis à Barcelone*», y le puse todos los emoticonos amorosos del mundo: un corazón, las dos bailarinas en maillot negro que levantan las piernas a la vez, el pollito saliendo del huevo, un girasol, la cara con corazones en los ojos, la cara que tira besos de corazón..., y le di a enviar porque salían mis maletas.

Cogí un carro, las cargué y salí por la puerta. Tanta gente esperando a gente me hizo sentir muy sola. Bajé la cabeza. Me puse los cascos. Me puse *Robes* de Vincent Delerm para torturarme un poco y empujé muy fuerte el maldito carro en dirección a la estación de tren.

Noté un tirón muy fuerte en las orejas, me volví asustada.

—¡¡¡Lourdes!!! ¡Que estás embobada!

Mi madre me gritaba y gesticulaba como una loca, me había pegado un tirón de los cascos y me miraba con cara de agobio. Me sentí más sola que cuando salí por la puerta sintiéndome sola.

—No te he oído.

—¡Ya ya! No hace falta que lo jures. Se ha girado toda la gente menos tú.

Miré hacia atrás, ni una sola persona nos estaba mirando. Estaban todos ocupados en sus abrazos o ubicándose en la terminal, no quise discutir. Me dio un abrazo. Me sentí tan rara que me separé rápido. En realidad, tenía ganas de llorar, me sentía muy vulnerable y las orejas aún me dolían del tirón de cascos. Aguanté el tipo.

—Venga, vamos al coche.

—No esperaba que vinieras a recogerme.

—No iba a venir.

—¿Y papá?

—En casa. El viaje, ¿bien?

—Sí sí, todo bien.

—Bueno, pues vamos a buscar el parking, que esto es una locura de gente. Y en el coche ya te lo explico todo. Aaaggg, odio este aeropuerto.

No me sorprendió, ella lo odiaba casi todo; me limité a seguirla, no volvimos a hablar hasta que cargamos el equipaje en el coche y nos hubimos sentado.

Y ahí me lo explicó todo. No me llevaba a casa. Me había encontrado un trabajo, y muy bien pagado, nos esperaban allí antes de las ocho. No me podía quejar, qué suerte había tenido, y encima de lo mío. Me daban alojamiento y comidas. Era una gran manera de volver a casa.

Empecé a notar cómo la ansiedad se apoderaba de todo mi cuerpo. Quería sacarme el nudo que se me estaba formando en la garganta, pero como no me metiera la mano entera por la boca y me arrancara la campanilla, no iba a haber manera de acabar con él. Y ni por esas. Me acababa de organizar la vida, me acababa de tender una trampa.

Con tal de tenerme lejos, me embarcaba en la Marina si hacía falta. Me hubiera encantado gritarle «PARA EL COCHE», abrir la puerta, coger mis maletas y... Pero no tenía fuerzas, me daba tanta pena que mi intuición estuviera en lo cierto... Nada más verla en el aeropuerto pensé: «Uy, mierda, qué raro, ¿qué hace aquí? ¿Cómo es que ha venido a buscarme?». Y ahora, frente a mí, tenía la respuesta a ese pálpito y a todas mis preguntas.

Una amiga de mi madre tenía una conocida que tenía a su madre muy mayor, en casa, sola; hasta el momento tenían a una chica de Puerto Rico cuidando de la abuela, pero la puertorriqueña se volvía a su tierra, con sus hijas. Necesitaban a alguien que estuviera con la mujer, la cuidara y la ayudara, porque sola ya no podía estar. Me iban a pagar más que a la chica anterior porque yo era enfermera, que eso les daba mucha tranquilidad, «¡No hay mal que por bien no venga!», según mi madre dijeron eso. Que tenía los sábados y los domingos por las tardes libres. Que dormiría en una habitación que hay en la casa para los invitados, con televisor y todo. Y tendría mi propio baño. «Son una muy buena familia. Quieren mucho a su madre y yo les he dicho que tú eres muy responsable.»

Yo no era capaz de hablar, mi cabeza intentaba gestionar y organizar toda la información que acababa de recibir mientras mi dolor de estómago aumentaba por minutos. Me abracé a mi propia barriga y callé. Callé.

Llegamos a la que iba a ser mi casa, mi madre aparcó el coche, bajamos. «Saca tu equipaje, voy llamando al interfono.» Obedecí, oí la voz de una mujer y luego la voz de mi madre, jovial y absurdamente amigable. Subimos en el ascensor y llegamos a la cuarta planta.

La mujer nos esperaba en la puerta, nos dio la mano, me miró a los ojos, analizándome, yo debía de tener la cara desencajada, era todo una encerrona. Estaba furiosa pero intentaba que no se notara nada.

—Tú debes de ser Lourdes.

«Sí, soy Lourdes, me llamo así porque era el nombre de mi abuela materna. Mi madre odiaba a su madre, así que al bautizarme ya me dio un lugar en el mundo muy lejano a ella. Al ponerme ese nombre me condenó a seguir esa cadena de rencores y desamparo. Me convirtió en su madre, y ella nunca ha sido la mía. Sí, soy Lourdes, y odio mi nombre porque me lo puso para contentar

a alguien a quien detestaba. Sí, soy Lourdes, tengo treinta y cuatro años, no tengo novio, no tengo casa, en Barcelona casi no tengo amigos porque llevo viviendo fuera cerca de dos años. Al menos tengo trabajo, le voy a limpiar el culo a tu madre.»

Me hubiera encantado contestar todo eso, pero por suerte, soy incapaz, solo articulé un tímido «sí».

De pronto oí un sonido metálico, un silencio, una puerta y, a lo lejos del pasillo que se abría ante mis ojos, vi el cuerpo de una anciana pequeña y débil. Recorrió todo el pasillo a un ritmo lento, no levantó la mirada ni una sola vez, estaba demasiado concentrada coordinando sus pasos; llevaba un camisón blanco y una bata de andar por casa azul, calcetines grises y unas zapatillas negras que se cerraban con velcro, ortopédicas. No parecía medir más de metro cincuenta y cinco. Llegó al vestíbulo y me miró. No dijo nada. Creo que a ella le hacía la misma gracia que a mí todo ese asunto. Cuando pensaba que estaba a punto de cruzar las puertas del mismo infierno, me sonrió. Fue una sonrisa pequeña y tímida. Después de tantos nervios acumulados, ese gesto suyo hizo que se me humedecieran los ojos. Ella me miró intentando enfocar, como cerciorándose de que lo que veía era real, que yo estaba a punto de romper a llorar. Mi madre y su hija no se habían dado cuenta.

—Perdóname, pero tenemos que ir al salón, no puedo estar tanto rato derecha.

Me enjugué las lágrimas y la seguí. Hizo todo el recorrido en silencio, llegó hasta la mecedora que había en medio del comedor, hizo una maniobra de giro con su andador y se dejó caer sobre ella.

Cogió aire.

—Ya no valgo para nada.

Creo que en ese mismo momento el corazón me creció un poco.

—¿Tu nombre es...?

—Lourdes.

—¿Estás bien, Lourdes?

—Sí sí, disculpe, vengo muy cansada del viaje.

—Comprendo.

—Lo siento.

—No, no pasa nada. Me llamo Marina.

—Encantada.

—Le voy a pedir a mi hija que te enseñe tu habitación. Me vas a perdonar los modales, pero no tengo fuerzas para hacerlo yo misma.

—No, no se preocupe.

—Laura, enséñale a la chica su habitación, por favor.

Su hija se acercó y me acompañó. Antes de enfilar el pasillo me volví a mirarla. Los pies no le tocaban al suelo, las manos huesudas y llenas de venas se agarraban a los manguitos del andador intentando hacer fuerza para sentarse mejor; me dio mucho miedo hacerme mayor, más mayor quiero decir, notó mi mirada y me sentí pillada, giré rápidamente la cabeza y me adentré en el piso.

Mi habitación era luminosa, decía Laura, a mí no me lo parecía, eran las ocho y media de la

tarde y aquello era un agujero gris. Había una cama de matrimonio, una mesita de noche, una silla y un escritorio, un armario pequeño, un televisor de plasma y una puerta que daba a un pequeño aseo con plato de ducha, «todo para ti sola», insistió Laura.

La miré con rabia, la pobre no tenía la culpa y yo tendría que haberme contenido, pero no lo hice. Lo siento, estaba sobrepasada. Mi madre entró en la habitación como un vendaval: «Pero, bueno, qué bien aprovechado el espacio». Ni yo la miré ni ella se enteró. Me dio dos besos y se fue.

—Bueno, Lourdes, yo también me he de ir. Tienes todos los teléfonos en la puerta de la nevera, los míos y los de mi hermano, cualquier cosa no dudes en llamarnos. Mi madre ya te lo contará todo. Mañana por la mañana, a las ocho, vendrá Mari Luz, la chica que la ha cuidado hasta ahora, para enseñarte las rutinas. ¡Ah! Al lado del microondas hay una caja organizadora con las pastillas que toma mi madre. Dale las que se tiene que tomar esta noche. Ella no se va a olvidar de pedírtelas, pero por si acaso.

Asentí con la cabeza. Besó a su madre, la oí decirle: «Mañana viene Mari Luz», y escuché cómo cerraba la puerta de la calle. El silencio se apoderó del piso. Di una vuelta sobre mí misma contemplando mis dominios, me sentí una pobre niña de orfanato, sentí lástima por mí; durante dos o tres minutos me senté en la cama intentando no romperme y buscando calma. Oí de nuevo el sonido metálico, los pasitos débiles empezaban su desfile, me levanté corriendo y fui hacia el salón.

—Iba a buscarte.

—No, no se preocupe, siéntese. Ya estoy aquí, estaba organizándome.

—Si vamos a vivir juntas, va a ser mejor que me tutees, ¿no crees?

—Sí. —Sonreí.

—Bueno, Lourdes, pues si me ayudas, vamos para la cocina, despacio, y entre las dos preparamos la cena y comemos algo. ¿Te parece?

—Sí.

Se agarró al andador con fuerza y levantó lentamente el culo del asiento, corrí a agarrarla del brazo para ayudarla a incorporarse del todo. Me dio las gracias y empezó su periplo hacia la cocina.

—¿Cómo puedo ayudar?

—Tú sígueme de cerca, y si ves que me tambaleo me sujetas. A última hora del día estoy tan cansada que todo me cuesta mucho más. Me duelen mucho las rodillas. A primera hora soy más ágil.

Y eso hice, me coloqué justo detrás de ella y coloqué mis manos en sus omóplatos, con suavidad, sin hacer nada, solo haciéndole saber que yo estaba allí por si hacía falta.

Iba pulcra, olía a colonia de limón, a las típicas colonias que venden por litros en las mercerías, llevaba el pelo cuidadosamente peinado, sin teñir, de un gris clarito que hacía pensar que había sido una mujer rubia o castaña clara.

—Ya casi estamos.

No sé si se lo dijo a ella misma para infundirse ánimo o si intentaba que yo no me agobiara por su ritmo. Dentro de la cocina, justo al lado de la puerta, había una mesa con dos sillas. Me

pidió que la ayudara a sentarse.

—Gracias, ahora yo te voy a ir indicando dónde están las cosas. Sabes cocinar, ¿verdad?

—Sí sí.

—Pues abre la nevera. ¿Qué te parece una ensalada y una tortilla a la francesa?

—Bien, me parece bien.

—En el cajón de abajo, en el de la derecha, están las verduras. Los huevos en el estante de arriba, mira bien que no estén caducados.

Saqué todo lo que me pedía.

—Dentro del horno están las sartenes. Hazme un último favor. Enciende la radio que hay ahí.

La encendí, las noticias asomaron por los puntitos del altavoz del aparato. Marina, apoyada en la mesa, las escuchaba atentamente. Empecé a cortar la lechuga, la zanahoria, el apio. «¿Las fuentes?» «Tercer armario.» Corté la cebolla tierna, corté el tomate, batí los huevos. «¿El aceite?» Me señaló el mármol, estaba justo enfrente de mis narices, le sonreí disculpándome, me guiñó un ojo mientras negaba con la cabeza, como diciéndome «tranquila», y no sé si fue magia, pero empecé a tranquilizarme.

Marina seguía escuchando las noticias, yo me peleaba con los fogones. «Tienes que tener el botón girado unos segundos más, si los sueltas antes, se apagan.» Y así, poco a poco, me fui haciendo con el control de la situación.

—Cenamos aquí mismo si no te importa.

Dije que no, que no me importaba, vaya, puse el mantel, la ensalada en medio de la mesa, un trozo de pan tierno, los cubiertos, las servilletas, y serví las tortillas.

—Que aproveche, Lourdes.

—Marina...

—Dime.

—Me gusta más que me llamen Lu.

Me volvió a sonreír mientras asentía con la cabeza. Y cenamos tranquilas, escuchando la radio, masticando despacio, observándonos de reojo, acostumbrándonos la una a la otra. Y aunque no lo hubiera imaginado al entrar por su puerta, el nudo en la garganta se fue aflojando.

4

Después de cenar la ayudé a sentarse en el salón. Encendimos el televisor.

—Marina, voy a ir a recoger la cocina.

—Puedes hacerlo por la mañana si lo prefieres.

Negué con la cabeza, me arremangué, recogí la mesa y fregué los platos. Mientras enjuagaba los vasos, el móvil empezó a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones. Pensé que sería Agathe. Me sequé las manos deprisa, era mi padre.

—Papá.

—Pensaba que te iba a ver hoy, cariño. ¿Qué tal estás?

—Bien, muy cansada.

—Ya, me imagino. ¿Quieres que nos veamos mañana?

—Aún no controlo muy bien mis horarios. Cuando los sepa mejor, te llamo y nos organizamos.

—Te quería llevar a cenar hoy a la pizzería esa que te gusta tanto. Pensé que te levantaría el ánimo. Tiene suerte ese chico de vivir tan lejos, que si le pillo...

Me entró la risa, él también se rio. Los dos sabíamos que eso de enfrentarse a los otros no se le daba muy bien.

—Descansa, cariño.

—Gracias, papá.

—Te quiero mucho, Lourdes.

Yo ya lo sabía. Sabía que me quería mucho.

—Y yo a ti, papá. Gracias por llamarme. Buenas noches.

Al guardar el mantel, vi las pastillas encima del microondas. Llené un vaso de agua y fui al salón.

—Marina...

Se había quedado frita en el sofá. Roncaba un poco. Me acerqué a ella, suavemente le di toques en el hombro hasta que abrió los ojos. Se incorporó a la velocidad del rayo.

—¿Sí?

—Las pastillas.

—Qué asco les tengo a las dichosas pastillas.

—Me lo puedo imaginar.

Se las metió en la boca y se las tragó de golpe. Tres pastillas de un trago.

—Eres una profesional.

Asintió haciendo una mueca.

—Qué mal sabor de boca me dejan siempre.

En el aeropuerto me había comprado una caja de bombones para disuadir mis pensamientos suicidas. No quiero decir con esto que yo pensara en quitarme la vida. Lo que quiero decir es que en aquel momento la vida me parecía una mierda, y para mejorarla, me llené la boca de azúcar y cacao. Fui a mi dormitorio. Era realmente feo. Me entró un poco de bajón otra vez. Revolví en la mochila y saqué la bolsa del *duty free*. Corrí al salón y se la di a Marina.

—Bombones.

—No suelo comer chocolate.

—Son franceses. Están buenísimos.

Mientras yo le vendía el producto, ella llevaba ya un rato meneándolos dentro de la caja y leyendo los sabores en los papeles.

—Son todos iguales.

—Ah...

Me alargó uno y nos lo comimos en silencio. Se espachurró en el sofá. Degustó el chocolate. Me miró muy seria.

—Sí que están buenos, sí.

—Voy a deshacer las bolsas. ¿Quiere quedarse aquí o prefiere acostarse?

—Me quedo un ratito más aquí, a ver qué echan en la tele. Y tutéame.

—Tienes razón, se me hace raro, perdona. Luego vengo a ayudarte.

Mientras colocaba mis cosas en el que, a partir de ese día, iba a ser mi armario, pensé en Paul. Me acordé de lo jodida que me había quedado después de recoger todas mis pertenencias. Pensé que quizás esa noche él estaba en casa, la que había sido mi casa, con Aline. Me dolió la barriga. Me entró ansiedad. Quería un vino. Maldita Agathe, me había alcoholizado. La llamé por Skype, al menos la vería a ella tomándose uno. La pantalla se inundó de luz, y a los dos segundos apareció su preciosa cara.

—Luuuuuu.

—*Ça va?*

—*Oui chérie, ça va bien, et toi?*

—Bueno, *ça va* regular, pero *ça va*...

—No te veo casi, Lu.

—Es que este cuarto es muy oscuro, espera, que voy al baño.

—¿Qué tal con tu madre?

Le conté todo lo que había pasado, le hablé de Marina, me quedé mirando su cara de pasmada.

—Tu madre es muy fuerte, querida española.

Me eché a llorar.

—*Ça va aller*, ya verás, cariño...

Su voz sonó más cálida que nunca. Como no podía parar de llorar, colgué Skype y le escribí:

«*Oui, ma douce*, todo irá bien. *Je t'appelle demain*».

Me puse el pijama, me lavé la cara e instalé todos mis bártulos. Se había hecho tarde, estaba agotada. La llantina me iba a venir de perlas para conciliar el sueño. Como cabía esperar, Marina llevaba KO en el sofá un buen rato. La volví a despertar, la acompañé al aseo y la ayudé a acostarse. Al tumbarse en el colchón, suspiró de gusto. Debe de ser agotador arrastrarse todo el día de un sitio para otro. Su cara era puro gozo. Me dio las buenas noches.

Dejé su puerta y la mía abiertas, por si necesitaba algo, que yo pudiera oírla.

Me metí en la cama y cerré los ojos. No recuerdo nada más.

Al abrirlos tardé un buen rato en ubicarme. Llegaban voces desde la cocina. Mi puerta estaba cerrada. Miré el teléfono, eran las once de la mañana. Me había quedado frita.

Me lavé la cara y salí al pasillo.

El piso me pareció menos oscuro, un poco más acogedor que el día anterior. Llegué al salón, allí estaban las dos, Marina en su mecedora y Mari Luz sentada frente a ella, agarrándole la mano. Charlaban y se reían, al notar mi presencia se volvieron las dos.

—Buenos días, lo siento mucho, no entiendo cómo he podido dormir tanto...

—No te preocupes. Mira, ella es Mari Luz.

—Mucho gusto —dijo incorporándose.

Se acercó y me besó, era mucho más joven de lo que yo había imaginado. Debía de tener unos dos años más que yo.

—Te hemos guardado desayuno. Tómalo tranquila.

Me pareció un ángel y a la vez me invadió un pudor casi absurdo. Marina se dio cuenta.

—Ve y empieza a desayunar, ahora vamos a hacerte compañía.

Y eso hicieron. Me metí entre pecho y espalda dos tostadas con mantequilla y mermelada de ciruela, un café solo (porque a mí la leche de vaca me da unas arcadas de otro planeta) y un minicruasán (Mari Luz había traído «pastitas» a modo de despedida). Me acompañaron durante mi festín mañanero, y pude sentir el amor que se tenían, y pude sentir también que sustituir a la puertorriqueña no iba a ser sencillo, porque uno presentía fácilmente que iba a ser un drama el momento de la despedida.

Me di una ducha rápida y salimos las tres a la calle, me iban a mostrar las tiendas en las que compraban a diario, la carnicería, la pescadería, el supermercado de confianza y la farmacia. En cada una de ellas me presentaron como la nueva chica de Marina. Y poco a poco me fui dando cuenta del amor que todo el mundo sentía por esa mujer cana y menuda.

Al volver a casa, fuimos a la cocina y me explicaron cómo funcionaba el lavaplatos y todos los electrodomésticos. Del resto, no tenía nada de lo que preocuparme, cada dos días venía Teresa y se encargaba de la limpieza general.

Marina estaba cansada y se fue al salón. Mari Luz me contó algunas de las rutinas que la ayudaban a seguir sintiéndose útil. Prometí pedirle ayuda e incluirla en todo lo que fuera posible. Me miró a los ojos, parecía que iba a decir algo, se calló. Cuando creí que se iba hacia el salón,

se dio la vuelta.

—Pareces espabilada, cuídala mucho. Me ha dicho que estás triste, que no sabe qué es lo que te pasa, pero que ayer llorabas. Solo quiero estar segura de que entiendes lo que te digo. Ella es un regalo, y perdona, *mija*, porque yo no soy nadie para darte lecciones, pero ella tiene que estar rodeada de alegría. Acá nadie le hace mucho caso. En este país vuestro es una pena lo que la gente hace con los ancianos. Por favor te lo pido, cuídala mucho.

No abrí la boca, entendí todo lo que me decía, asentí. Y entonces sí se fue hacia el comedor. Y sí, hubo lágrimas en la despedida.

5

Había llegado la hora de comer. Marina estaba apagada, se notaba que la marcha de Mari Luz era una pérdida grande para ella. Le pregunté qué le apetecía que le hiciera. Me propuso ir al bar del final de la calle, según ella el menú era barato y necesitaba no quedarse en casa. Además tocaba paella, como cada jueves, y les salía muy buena, eso dijo. Nos pusimos nuestras chaquetas y volvimos a pasear por la misma calle de esa mañana.

Con un brazo se agarraba a su muleta, con el otro se aferraba al mío. Despacito. A su ritmo.

—Qué rabia me da tardar tanto en hacer las cosas.

—Bueno, tampoco tenemos ninguna prisa.

—Ya, pero me agoto.

Noté su tristeza. Llegamos al bar.

—Es aquí, ayúdame con la puerta, anda.

Era un local pequeño, muy antiguo. Se notaba por el techo alto y por el suelo. Estaba muy lleno. Había barullo, pero era acogedor. Se acercó el dueño. Besó a Marina. Se presentó. Manolo. Gordito y cincuentón, bueno, casi sesentón. Nos sentó a una mesa.

—Bueno, señoritas, ¿qué van a tomar?

—Paella.

—No sé para qué pregunto. ¿Una ensaladita para compartir?

Ella afirmó por las dos y pidió un agua con gas. Manolo nos la trajo con unas aceitunas tan gordas que parecían albaricoques.

—Para ir abriendo boca.

—Perdone, ¿tienen wifi?

—Sí, ahora mismo te traigo la clave.

Marina me miró preguntando con los ojos.

—¿Qué has pedido?

—Wifi.

—¿Qué es *güifi*?

—Pues wifi son unas ondas que hacen que tu ordenador o tu *smartphone* o tu *tablet* puedan navegar por internet. Muy mal explicado, pero algo así.

—Ah.

—Mira, esto es un *smartphone*.

—Ya, los cacharros esos, ahora todo el mundo tiene uno de esos trastos. Mari Luz hablaba por ahí con sus hijas, se les veía la cara y todo.

—Claro, esa es una de las muchas cosas que se pueden hacer con internet. Hay millones de cosas.

—Y tú, ¿para qué lo utilizas?

—Pues no sé, para casi todo. Para hablar gratis con el extranjero, con mis amigos de París por ejemplo, podré mantener el contacto gracias a esto. Es inmediato. —«Hasta que decida qué hago —pensé para mis adentros—, porque a lo mejor me vuelvo en menos que canta un gallo.»

—Ya, ¿y para qué más?

Manolo trajo la clave. La tecleé en mi teléfono.

—¿Qué quieres buscar?

—¿Yo? —Se aturulló—. No sé... Yo no necesito buscar nada.

—Podemos buscar canciones, vídeos, fotos, direcciones, recetas, farmacias, todo.

—Caramba... —Estaba realmente fascinada.

—Venga, ¿qué quieres que te busque?

—Me puedes buscar...

Manolo trajo los platos de paella y la ensalada.

—Que aproveche, señoritas.

—Venga, deja eso, vamos a comer tranquilas.

—No, Marina, dime, te busco algo y lo apoyo en la pared, y tú puedes ver lo que quieras.

—Bueno, búscame fotos de Valencia.

Escribí «Valencia», «Imágenes» y le di al *Enter*... Ella estaba expectante; de repente puso cara de espanto.

—¿Eso te sale cuando buscas Valencia?

Todas las imágenes de la primera página eran de la Ciudad de las Artes y las Ciencias, todo tenía un aire muy futurista.

—Sí, sale eso, pero si seguimos pasando fotos saldrán fotos diferentes.

—A lo mejor solo salen las cosas nuevas.

—No no, sale todo.

—Ya...

—¿Qué quieres ver en concreto?

—Pues no sé, las callecitas, las playas, las placitas, no sé, lo más bonito, el mercado.

—¿Conoces Valencia?

—¡Que si conozco Valencia, dice!, mi marido era de allí. Mis suegros tenían una parada en el mercado Central, pasé muchos veranos allí. Hasta que... Bueno, hasta que ellos murieron. —Se hizo un silencio. Se metió una cucharada de paella en la boca—. Se te va a enfriar.

—Espere, ¿se acuerda de la dirección de sus suegros?

—De memoria. Y tutéame.

—¡Ay!, coño, es verdad —se me escapó—. Perdón, estoy un poco mal hablada desde hace unos días.

—No pasa nada.

—Es que estoy un poco revuelta, ¿sabes?

—Que se te va a enfriar, y esta paella fría no vale un pimiento.

—Tienes razón, voy comiendo y escribo a la vez la dirección. Dímela.

Me la dijo, abrí Google Maps y, desde esa mesita en un bar de Barcelona, empezamos a pasear virtualmente por la calle en la que Marina había sido tan feliz. Tocaba la pantalla, me miraba a mí, volvía a mirar la pantalla.

—Esa portería, es en esa portería.

Dejó de comer. Me hablaba sin dejar de mirar a la pantalla.

—Debe hacer quince años que no voy.

—¿Hace mucho que falleció tu marido?

—¿Antonio? Hará dos años el mes que viene.

Apartó la mirada de la pantalla y se centró en su plato. Yo no sabía muy bien qué decir. Dije lo único sensato que se me pasó por la cabeza:

—Lo siento mucho.

—Gracias.

—Veníamos cada jueves a comer paella.

Ahí sí que no supe qué decir. Ella rompió el hielo.

—Era muy guapo Antonio.

Le sonreí. Abrió su bolso y sacó su cartera. Ahí estaba su Antonio. Y su Antonio era un pedazo de hombre guapo. En la foto de al lado estaban ellos dos con sus dos hijos (eso intuí). La sonrisa de Marina, en esa foto, era como para anunciar dentífricos.

—¡Menudo parejón!

Me salió del alma. Ella se sonrió.

—El guapo era él.

—Yo aquí veo un claro empate de guapura.

—Bueno, gracias. Y tú, ¿tienes novio?

—Eh... Ya no...

—Perdona, no me lo tienes que explicar.

—No, tranquila, es solo que es muy reciente.

—¿Por eso llorabas ayer?

—Sí.

—Ya veo...

—Mira. —Busqué su perfil de Facebook y le mostré la foto—. Es este, era este.

Miró fijamente la cara de Paul en su foto de perfil, me lo devolvió.

—En este caso, claramente, la guapa eres tú.

Me pilló desprevenida y me hizo mucha gracia, la verdad. Estaba en esa fase del duelo en la que me venía de maravilla que se metieran con él y en la que despotricaran de él.

—Sí, es verdad. La guapa soy yo, pero se ha ido con otra.

—Mierda de tíos.

Literalmente dijo eso, «mierda de tíos». Días más tarde descubrí que el marido de su hija la

dejó cuando estaba preñada del segundo por una compañera del trabajo y que a Marina eso le había provocado mucha ira. Y yo, pues ya he dicho que estaba justo en esa fase en la que la razón no me hacía tanto bien como desahogarme de lo lindo. La miré y asentí tanto que podría haberme lesionado las cervicales.

—Tú no necesitas a ese tío para nada.

—Mujer, a ver, necesitarlo no, pero cuando una está enamorada...

—Ni peros ni nada, a los sinvergüenzas se les dice adiós sin mucha pena.

—Ojalá fuera tan fácil.

Acabamos nuestros platos. Vino Manolo, nos trajo los cafés y se sentó con nosotras a la mesa.

—Así que tienes chica nueva.

—Ya veo que las noticias vuelan.

—Siempre le pregunto a Mari Luz por ti, cuando pasa por aquí camino del metro al salir del trabajo.

—Se vuelve a Puerto Rico.

—Sí, me lo dijo, y me dijo que a partir de hoy tenías chica nueva.

—Soy Lu.

—Encantado, Lu, aquí tienes tu casa para cuando lo necesites.

Marina golpeó dulcemente la cara de Manolo con su mano huesuda y chiquitina.

—Tráenos la cuenta, anda, bonico.

—Invita la casa.

—No, hombre, no, de ninguna manera.

—Déjame celebrar que has venido a vernos, pero que no pase tanto tiempo la próxima vez.

Se sonrieron, Manolo la ayudó a levantarse y la achuchó, luego ella extendió la mano pidiendo mi brazo, y salimos de allí despacio, prometiendo volver pronto.

De vuelta a casa, me contó que desde lo de su marido no había vuelto a pisar el bar.

Empezó a llover, apresuramos el paso, dentro de nuestras posibilidades, y mientras yo rebuscaba en el bolso las llaves para no perder tiempo en la puerta y no empaparnos, Marina inclinó la cabeza hacia atrás, hacia el cielo y dejó que la lluvia la mojara. Feliz. Con los ojos cerrados.

Barcelona, 1941

Los ojos cerrados, la lluvia resbalándole por la cara, calando su pelo, empapándola. Marina sonríe, con la cabeza hacia atrás, rendida al cielo, contenta como unas castañuelas; su hermana María le tira de la manga.

—Corre, Marina, ¡correee!

Marina no puede, los pies como pegados al asfalto, el mundo es una piscina, ella no tiene prisa, sigue quieta, pero estallando en carcajadas, quieta por fuera, muy movida por dentro. La vida es una piscina y ella es una nadadora de natación sincronizada. María la regaña, ya están las

dos empapadas.

Les va a caer una buena.

—¡Marinaaa! Por favor...

Pero María ya no puede seguir gritando porque está igual de muerta de risa que su hermana, se planta a su lado y le pega un tirón de pelo, para avisarla, para decirle: «Venga, has ganado», y durante un buen rato se quedan allí no haciendo nada más que estar. El panadero pasa corriendo, cubriéndose la cabeza con un hule gigante.

—Corred a casa, viene una tormenta, mirad al fondo.

Las niñas lo hacen, se giran a la vez y miran al final de la calle; está tan negro que parece que a partir del número 37 sea de noche, es como un cuadro de Magritte, de día y de noche a la vez. Ahora sí, pegan un grito de euforia y, cogidas de la mano, corren hasta la portería, y sin dejar de gritar, entran en casa, son como dos fans de The Beatles, solo que los Beatles no existían todavía.

La madre, asustada, corre al recibidor, se está secando la cara con una toalla, a ella también le ha pillado la lluvia por sorpresa.

—Bueno, ¿qué son esos gritos? ¿Estáis chaladas?

Pero no puede seguir hablando porque observa atónita cómo sus dos hijas se están haciendo pis encima literalmente y cómo empiezan a correr escaleras arriba, empujándose y gritando como dos majaretas para ver quién llega antes al aseo. Las sigue intentando gritar más fuerte que ellas, para reñirlas, para que paren, pero no hay quién consiga ser oído ante tal excitación.

Cuando logra abrir la puerta del baño, se encuentra a María sentada en una palangana y a Marina en el retrete, las dos haciendo pis, completamente dobladas hacia delante porque no les entra el aire de tanta risa.

Sofía cierra la puerta, se da por vencida y vuelve al baño con ropa seca para las dos.

—Venga, cambiaos, que os vais a poner enfermas.

—Gracias, mamá —dice Marina.

—Gracias, mamá —se burla María.

Se miran y se visten mientras aprovechan cualquier oportunidad para volver a zarandear a la otra por sorpresa para conseguir que se caiga al suelo.

Marina tenía doce años por aquel entonces, María trece. Habían llegado muy seguidas. Marina fue concebida durante la cuarentena de su hermana. Eran tan idénticas cuando nacieron que Sofía tuvo la sensación de haber parido a la misma niña dos veces. Por más que buscaba nombre, no encontraba la manera de llamar al vivo retrato de su hija María. Le dio vueltas y vueltas, porque en su cabeza había ya dos opciones, Ana si era niña, Juan si era niño, como su marido, pero esa niña era María, tenía las mismas proporciones que María, llegó con la misma rapidez, gritó con las mismas fuerzas y sonrió de la misma manera, con los ojos cerrados, cuando se la pusieron encima. María ya había una... Marina sería la segunda. Eso pensó mientras la acunaba en la habitación de la maternidad. Casi el mismo nombre, pero no.

Casi la misma niña, pero no. Una ene de más.

Sofía siempre les dijo lo mismo, que sus partos habían sido tan fáciles y tan poco dolorosos que habría parido a quince más. Pero que con ellas tenía más que suficiente porque abultaban como veinte. Eso les decía, aunque la verdad es que nunca se volvió a quedar encinta, nunca

supo muy bien por qué.

Ella hubiera querido una tercera chica, y llamarla Martina, por seguir con la tradición de añadir una letra, pero su cuerpo se plantó en esas dos casi gemelas. Ella las cuidaba y educaba mientras su marido trabajaba en la verdulería del mercado de San José, en La Boquería.

Crecieron entre visitas al puesto de verduras al salir de la escuela, paseando entre los puestos de tela y palo, jugando con las pesas de la balanza de su padre, vendiendo encima de una caja de madera hojas y piedras que encontraban por el camino.

No fue una infancia perfecta, en esas épocas era muy difícil tener una infancia perfecta, pero fue una infancia feliz, al olor de la leña y de las verduras asadas, bajo mantas tejidas a mano y al lado de una casi gemela que tenía una letra de menos, pero un año de más.

María cosía como los ángeles, María tejía como los ángeles. María tenía la cara de Marina pero hacía todas las labores manuales mucho mejor que su hermana.

Marina era más impaciente, se aburría. Marina era más de cosas físicas. Marina era muy buena vendiendo en el puesto.

A María las verduras la aburrían. Desde los seis, siete años ayudaban a su padre en el mercado todos los veranos. A partir de los doce, ya estaban fijas allí con él. María un año antes, el único año, antes de casadas, que no pasaron pegadas.

María y Juan se iban temprano al mercado, desayunaban un buen tazón de leche caliente con sopas de pan y se iban. Antes de marcharse, María subía a la habitación, destapaba a su hermana de golpe, le ponía las manos heladas en el cogote o en la espalda para chincharla, Marina se despertaba gritando, y una de dos, o se volvía a cobijar bajo las sábanas maldiciendo a su hermana o salía disparada detrás de ella escaleras abajo. Juan las separaba, besaba a su hija pequeña y se llevaba a la mayor al mercado. María se volvía y le sacaba la lengua a su hermana y viceversa. «Buenos días», pero a su manera. Entonces Sofía cogía a la pequeña, le daba el desayuno y para la escuela.

Luego las dos tuvieron más de doce y volvieron a pasar los días juntas, con su padre.

Enfrente tenían a los de los arroces y las legumbres, los Pacos, los llamaban, porque las tres generaciones compartían nombre: abuelo, padre, hijo, todos los hombres de ese negocio se llamaban Paco. Todos, hasta que años más tarde llegó Antonio, amigo de la mili de Paco hijo, «Paco hijo» que se había hecho novio de María.

Y Antonio, que había ido a pasar unos días con su amigo de Barcelona, con el que había compartido penurias en el cuartelillo, se quedó prendado de la pequeña, de la que tenía un año menos que María pero una letra más, y él, que también provenía del mundo de los mercados, que llevaba toda su vida ayudando a sus padres en la pescadería, se quedó un tiempo trabajando en el puesto de Barcelona. Porque se había enamorado de la que tenía nombre marino, y porque tenía que ganarse al padre.

Salían a bailar los cuatro, a pasear, a tomar helado, Ramblas arriba, Ramblas abajo, y al final se casaron, y María cosió el vestido de novia de su hermana, porque María era muy buena con las manos.

Le cosió un precioso vestido de novia, y el día de la boda despertó a su hermana de la misma forma en la que lo hacía de pequeña, poniendo su mano helada en el cogote de Marina, y cuando

esta abrió los ojos, se miraron, se abrazaron, y María le deseó la misma felicidad que ella tenía desde que se había casado con Paco, lloraron cuatro lagrimitas, desayunaron como cuando niñas, leche con sopas de pan, y luego María ayudó a su hermana a vestirse, y una vez vestida, le cosió una parte del bajo que se había soltado, dio la última puntada, arrodillada frente a su hermana, se llevó el bajo a la boca, mordió el trozo de hilo que sobraba y le sonrió emocionada.

Era el primer vestido que cosía completamente sola, era el primero de los muchos que cosería a partir de ese momento. María, costurera, luego modista.

María, que era tan buena con las manos.

La conocí dos días después de empezar a trabajar con Marina. Cosía una tela imaginaria, lo hacía con precisión y con esmero, casi podía ver la pieza que en realidad no existía, casi podía adivinar el color de la tela.

—Hermana...

Dijo Marina, y la mayor con una letra de menos levantó la mirada de sus manos vacías y, con una mirada aún más vacía que sus manos, repasó a su hermana de arriba abajo sin reconocerla ni por un segundo. Me miró a los ojos y me dijo firme:

—No vas a pincharme.

De vuelta en el taxi, que a partir de ese día cogí cada lunes, cada miércoles y cada sábado, Marina me explicó que su hermana tenía fobia a las inyecciones. Y alzhéimer.

—¿Sabes que antes de irme a París yo trabajaba en un banco de sangre?

Marina abrió mucho los ojos y se rio como hacia dentro.

—La vida es la leche...

Eso dijo, y después miró por la ventana todo el trayecto de vuelta a casa. Ausente.

Como su hermana.

6

Hacía días que no sabía nada de Paul, me parecía muy raro, así que no me extrañó en absoluto cuando recibí la foto de las vistas de París desde la ventana de nuestro pequeño apartamento.

No entendí el significado, era sábado por la tarde y no tenía que trabajar, tampoco tenía planes. Sobre las cinco llegaba Laura, era la visita de la semana, pasaba la tarde con su madre y, a veces, la acompañaban sus hijos. Llamó a la puerta de mi habitación, me dijo que podía hacer lo que quisiera.

Cogí mis cosas, besé a Marina y salí a la calle.

Cuando llamé al timbre del portero automático y oí la voz de mi padre por el interfono respiré aliviada. Oí a mi madre de fondo: «¿Quién es?». Fui rápida.

—No digas que soy yo, baja.

Como no le di tiempo a dudar, obedeció. Era la primera vez que nos veíamos en varios meses. Le vi más mayor. Le vi algunas arrugas más, pero estaba guapo, la bondad le hace irresistible, al menos a mis ojos.

—Cariño...

—Papá...

Me abrazó y mientras lo hacía, respiró fuerte en mi coronilla, aspirando mi olor, despeinándome un poco. Me recoloqué los pelos alborotados, él hizo lo mismo, me ayudó con sus manos a recuperar la compostura, en realidad me acarició la cabeza. Sentí mucha paz, pensé que los perros debían de sentir algo muy parecido, una paz muy parecida a la mía en ese momento.

—Estás guapa.

—Tú también.

—¿Qué quieres hacer?

—No sé, ¿damos un paseo? ¿Qué le has dicho a mamá?

—Que me iba al centro a mirar ropa para ir en bici.

—Pues vamos.

Nos subimos en el coche, gradué el respaldo de copiloto, vi a mi padre mirarme de reojo.

—Luego recuerda colocarlo bien.

Asentí, estuvimos en silencio hasta que salimos del barrio.

—¿Qué tal te va en la casa esa?

—Bien.

—Entonces ¿te quedas?

Me miró fijamente, volví la cara, había esperanza en su expresión, a él le gustaba tenerme cerca. Yo lo sabía, no hacía falta que me lo dijera, esas cosas se saben.

—No lo sé, papá.

—Ya... ¿Y el parisino?

—En París.

—¿Quieres que hablemos?

—Ahora no. En otro momento a lo mejor, pero ahora no.

«¿Quieres que hablemos?» Después de una bronca con mi madre, siempre siempre mi padre se acercaba y me preguntaba lo mismo. A veces me desahogaba, él nunca se posicionaba, nunca dejaba a mi madre con el culo al aire. Pero tampoco me dejaba sola. Nunca. Cuando llevábamos un buen rato en mi habitación, aparecía mi madre, abría sin llamar, nos miraba, negaba con la cabeza como diciendo «Vaya par de memos», cerraba dando un portazo y se iba.

No recuerdo una época en la que mi madre y yo nos comunicáramos con facilidad. Imagino que aprendí a hablar gracias a mi padre, porque lo que es ella nunca me ha hablado tanto como para que yo aprendiera a articular frases con sentido.

Hay fotos de las dos juntas solo hasta mis seis años aproximadamente, tampoco muchas que digamos. En realidad, no hay muchas fotos mías ni de nadie. Mi padre una vez compró una cámara de vídeo. Mi madre le dejó clarísimo, en el mismo instante en que él la enfocó, que ni se le ocurriera, la mano en el objetivo: «A mí déjame tranquila». No hay mucho más. Algún *playback* mío, alguna tontería nuestra. Poco más.

Llegamos al centro comercial. Nos fijamos bien en la plaza de parking, B32.

—¿Te acordarás?

—Sí, tranquilo.

Subimos las escaleras mecánicas. Mi padre me abrazó por encima de los hombros, y me atrajo de nuevo hacia él. Por un segundo me puse rígida, la gente podía pensar que éramos novios, a partir de cierta edad abrazar a un padre en público es raro, lo notó, me zarandeó suave, como diciendo «Afloja». Aflojé. Entonces París se me salió por la boca.

—Estaba con otra, papá.

—...

—Estaba con otra... —Me lo recordé a mí misma.

—¿Estás segura?

Asentí.

—¿Le quieres?

Volví a asentir.

—Entonces, tenemos un problema.

Puso la voz muy grave, le pareció tan grave que se puso muy serio, me dio la risa. Me abracé a él aún más fuerte, ahora fui yo la que aspiró su olor.

—Sí, papá, tenemos un problema.

Saqué mi teléfono, busqué una foto de los dos, estábamos en el bar que había justo al final de nuestra calle. Estábamos felices y guapos en esa foto. Brindábamos con vino y estábamos un poco borrachos. Era mi fotografía favorita, la había mirado doscientas veces desde la ruptura. La miró tímido, como si fuera extraño asomarse a esa parte de mi intimidad. Le acerqué más el teléfono. «Cógelo.» Lo cogió, observó la imagen unos segundos, hizo un gesto de resignación con la boca. Me lo devolvió y lo guardé en el bolsillo.

—Eres muy fotogénica.

Eso me dijo, normal que no lo supiera, ya lo he dicho antes, en casa no somos mucho de fotos.

Cuando volví, me encontré a Marina dormida en el sofá. El televisor encendido. Eran las ocho de la tarde. Antes de irme, su hija me dijo que si yo tenía planes para esa noche, se quedaba ella a darle la cena y a hacerle compañía hasta mi vuelta.

«Eso lo tenemos que empezar a coordinar, en tus días libres si vas a cenar y a dormir fuera, intenta avisarme con tiempo, así busco a alguien que se quede con ella.»

«Sin problema.»

Me quedé mirándola. Pensé en Agathe, pensé en todos los planes que me estaba perdiendo, en Paul, en Paul por ahí con su pandilla. Su pandilla y Aline. Aline en mi dormitorio. Aline en mi cocina, Aline utilizando alguna muestra de crema que me hubiera olvidado en el baño. Aline husmeando por mi casa. Le mandé un wasap a Agathe. Me llamó por Skype. Salí disparada del comedor para no despertar a Marina.

—¿Cómo estás, española maldita? Cómo te echo de menos.

—Y yo a ti, *chérie.*

—Que te hayas ido es peor que separarse de un novio.

—Yo lloro por dos.

—Si lloras más por él que por mí, eres gilipollas.

—Evidentemente lloro más por ti.

Me guiñó un ojo. Me preguntó mis planes para esa noche.

—Nada, no voy a salir.

—¿Nooo?

—No.

—*Chérie*, es sábado, sal a mover tu maldito culo.

—No me apetece.

—Llama a alguna amiga tuya.

—No me quedan amigas. Ni amigos. Nada. Todo lo mío está en París.

—Exagerada, eres muy exagerada.

—*Je t'aime.*

—Yo más.

—¿Tú vas a salir?

Movió el teléfono haciendo un *travelling* de sus pies a su cabeza. Iba guapísima.

—*Oui.*

—Ya veo, ya.

—Ayer me encontré con Paul. ¿Quieres que te lo cuente?

—¿Me va a gustar?

—Creo que sí...

—Adelante.

—Dice que te echa mucho de menos. Que no puede dejar de pensar en ti.

—Qué gracioso, a ver si le explota la cabeza de tanto pensar al pobre, porque en París me dijo que no podía dejar de pensar en Aline. A ver si le va a dar algo.

Agathe hizo una pausa. Explotó en carcajadas. Yo también.

—¿Lu?

Las risas despertaron a Marina. Colgamos, antes Agathe prometió mandarme audios y fotos esa noche. Iba con unos amigos suyos a los que yo conocía. Fui volando hacia el salón.

—Hola.

—Ay... Qué susto, pensaba que cenabas fuera.

—No. Me quedo aquí.

—Seguro que tienes cosas más emocionantes que hacer que pasarte la noche del sábado con una vieja.

Lo dijo sin amargura, sonriéndome.

—La verdad es que no.

—Tú misma. Ayúdame a levantarme, anda. Quiero ponerme el camisón. Estoy incómoda.

—Te ayudo.

Fuimos a su dormitorio y le eché un cable. El trayecto por el pasillo volvió a tomar cariz de procesión. Era verdad que por las mañanas estaba mucho más ligera. Ella me hablaba como quitándole hierro al asunto. Tiene que ser muy pesado estar tan limitada. No lo dije en voz alta, lo pensé.

La ayudé a ponerse el camisón y unos calcetines. No tenía nada de vello en las piernas. La piel fina y bonita.

—Acércame la bata, anda.

Se puso la bata de andar por casa. Me dio envidia. La acompañé al salón de nuevo y me fui a mi habitación a cambiarme. Cuando llegué al comedor, estaba viendo un programa de televisión. Un niño cantaba copla.

—Canta como los ángeles.

A mí no me lo pareció. En mi humilde opinión, la actuación era un espanto. Pero yo no había escuchado mucha copla en mi vida, tampoco me las iba a dar de experta. Le di la razón. Ella notó mi poco entusiasmo.

—¿Quieres cambiar de canal? La verdad es que los fines de semana no hay gran cosa en la televisión.

—No no, está bien así, de verdad.

Ella estaba sentada en la butaca orejera. Me senté en el sofá, cerca. Me dio una palmadita en la mano.

—¿Qué te apetece que cenemos?

—No sé... ¿A ti?

—Yo soy muy sosa, ceno casi siempre poquita cosa, pero es sábado y no quiero que te deprimas comiendo verdura. Mis hijos no soportaban que los sábados se cenara cosa sana. Siempre me daban la murga hasta que preparaba algo especial.

—¿Como qué?

—Huevos fritos con patatas, hamburguesas... Cosas así. Marranadas.

—Bueno, ahora que dices lo de los huevos fritos... —Empecé a salivar.

—Antes de ayer cenamos tortilla.

—Tienes razón...

Vio mi chasco. Hizo un ruido con la boca y un aspaviento con la mano, como diciendo «A vivir, que son dos días», y nos fuimos hacia la cocina. Saqué las patatas y dos cuchillos, me senté delante de ella y empezamos a pelarlas.

—¿Cómo lo llevas?

—Bien, Marina, gracias.

—Pues yo te veo los ojillos tristes.

—Puede ser.

—¿Estás bien aquí?

—Sí sí.

—Yo ya sé que aún no nos conocemos mucho, pero soy muy buena escuchando.

—No tengo ninguna duda.

—Mi hermana siempre me lo decía. Ella también era muy buena conversadora. Ahora ya ves...

—Lo siento.

—Es una leche eso del alzhéimer. Porque si a la vez que ellos se olvidan de ti, tú pudieras olvidarte de ellos, pues aún. Pero desde que ella vive sin acordarse de nada, a mí me está pasando lo contrario, me acuerdo el doble, de todo, de cosas que hacía tiempo que tenía olvidadas. Por las noches sobre todo, revivo cosas con ella de cuando éramos pequeñas, mías, de nuestros padres. Es como si las historias saltaran de su cabeza a la mía.

—¿Y su marido?

—Es viuda, como yo.

—¿Y sus hijos?

—Su hijo murió.

Ni siquiera levantó la cabeza para contestarme. Me quedé cortada. Cambió de tema.

—Y tú, ¿qué hacías en París los sábados por la noche?

—Pues depende. Quedábamos con los amigos de Paul o con gente de la escuela de idiomas, con algunos de los guías de la empresa donde yo trabajaba. O nos quedábamos en casa.

—¿Y qué hacíais?

—No sé... Veíamos alguna serie o alguna peli, nos abríamos un vino y nos pedíamos cena a domicilio. Lo que hace todo el mundo.

—Si quieres, miramos si echan alguna película por televisión.

—No, me refiero a que nosotros teníamos Canal Plus y Netflix.

—Ah...

—Nos entraba dentro del *pack* del teléfono fijo e internet.

—Ya ya, internet es lo de los ordenadores. Mis hijos tienen.

—Eso es.

—Claro. Yo no tengo de eso.

—Pero tienes teléfono fijo, ¿no?

—Sí.

—Pues puedes tenerlo.

—Ah...

—Si quieres, podemos mirarlo el lunes. Llamo a tu compañía telefónica y por el mismo precio del fijo tendrías internet.

—Bueno, pues lo intentamos. Si cuesta lo mismo...

Le expliqué todas las cosas que podríamos hacer con wifi en casa, se le abrían los ojos como platos. Quería de eso. Quería llamar lo antes posible. Le dije que con mi *tablet* podríamos ver películas de todas las épocas, escuchar música, de todo. Me preguntó que qué era una *tablet.* Se lo expliqué. No lo entendió. Fui a buscar la mía y se lo volví a explicar. Freímos las patatas, los huevos, nos fuimos al salón. Sonó el teléfono. Era su hijo. Yo aún no había hablado con él. Se contaron el día. Se dieron las buenas noches. Al día siguiente vendría a buscarla para ir a comer, como cada domingo. A las 12.30 tenía que estar lista. Le dijo: «Toni, voy a comprar *güifi*». Su hijo no la entendió muy bien. «Da igual, mañana te lo cuento. Vale, cariño. Sí, cariño. Dale un beso a Carol, hasta mañana.»

Colgó. Me dijo que le gustaba comentarlo todo con su hijo, que desde que murió Antonio lo decidía todo con él. Volvimos a la mesa y nos pusimos finas a patatas fritas.

7

Antonio era muy educado, Antonio hijo, quiero decir. Llegó puntualísimo a las 12.30. Carol, su mujer, era muy educada también. No tenían hijos. Estuvieron un rato por casa, ayudaron a Marina a ponerse la chaqueta. Hablamos de lo del wifi, les pareció una idea estupenda. Carol comentó que tenía un ordenador portátil viejo que no utilizaba, que luego, como tomarían el café en casa, lo traerían, así podríamos utilizarlo, y la pantalla era más grande que la de mi *tablet.* Fueron encantadores.

Por mi cabeza pasó lo que me había dicho Mari Luz; yo no tenía la sensación de que sus hijos la tuvieran descuidada. También es verdad que solo llevaba unos cuatro días en esa casa.

Antes de salir por la puerta, Marina se volvió y me dijo: «Vete a tomar algo con tus amigas de antes». Le sonreí, me señaló con el dedo y lo agitó como si fuera una varita, dándole mucha importancia a ese gesto.

Marina tenía razón. ¿Qué hacía allí todo el domingo sola? Hice mi cama y me metí en la ducha. Me entraron unas terribles ganas de llorar. Vamos, que lloré como una Magdalena. Envuelta en la toalla, busqué en mi móvil el número de Sandra. Trabajaba conmigo en el banco de sangre y es muy divertida. Descolgó gritando como una loca:

—Pero ¡buenooo, ¿eres tú? ¿De verdad eres tú?!

—Se ve que sí.

—Pero, Lourdes, qué alegría, tía. ¿Cómo estás? ¿Estás por aquí?

—Sí, por aquí ando.

—¡Qué bueno! Oye, ¿quieres que comamos juntas? Hoy tengo el día libre.

No tuve que proponer nada, no tuve que hacer nada, Sandra lo hizo todo por mí. Sí quería. ¿Dónde? Ah, perfecto, claro. Y ya estaba. Cogí el metro una hora más tarde. Mientras esperaba que se abrieran las puertas del vagón, me vi reflejada en el cristal. Mi cara era un poema. Saqué el rojo de labios que siempre llevo en el bolsillo pequeño del bolso y me pinté los labios. Más segura de mí misma, salí a la calle.

Poble Nou consigue ponerte de buen humor aunque por dentro libres una batalla agotadora, toda esa gente por la calle, ese sol incluso aunque haga frío, todas esas terrazas llenas de gente, las aceras llenas de gente, todas estilosas, todos estilosos, mucho chándal, mucha zapatilla de deporte, mucho gorro molón, mucho labio rojo, pero no como el mío. El mío me lo había

regalado Agathe y era comprado en París, como el mío, no.

Sandra es muy bajita, tremendamente atractiva pero tremendamente bajita, muy activa, hiperactiva diría yo; siempre le hacía la misma broma cuando trabajaba con ella, siempre le decía que su sangre iba a toda velocidad en el circuito cerrado de su organismo porque era tan menuda que, en lo que la sangre tardaba en dar una vuelta a mi cuerpo, por el suyo había dado dos y empezaba la tercera. Siempre me ponía cara de «qué pesada» y contestaba: «Claro, como tú eres taaan alta». Y nos reíamos juntas porque ni yo era tan alta ni ella tan baja, ni nada era para tanto, pero todo nos hacía gracia. No hace falta seguir justificando la broma.

Nos abrazamos. Estaba guapa, guapa de felicidad. Es tan simpática que me pregunté a mí misma mientras la abrazaba cómo había podido estar tanto tiempo sin hablar con ella, y es de verdad tan buena tía que jamás me lo reprochó, ni en esa quedada, ni en ninguna otra ocasión. Abraza lo que le das, sin más.

—¿Qué haces por aquí?

—Pues aún no lo sé muy bien.

—¿Quieres que antes de ponernos a hablar en serio busquemos un sitio?

Asentí. Buscamos; encontramos un bar enorme tipo industrial, nos pareció lo suficientemente bonito para nuestro reencuentro. Pedimos dos vermuts.

En París era la hora del pastís. Pero disfruté como una loca ese primer trago de vermut de cooperativa, de las aceitunas, de las patatas bravas, de los berberechos. Había sido una gran decisión lo de salir de casa. Retomamos la charla.

—He llegado hace unos días. Y no sé muy bien hasta cuándo voy a quedarme.

—Allí te ha ido muy bien, ¿no? Veía tus fotos en Facebook, se te veía contenta.

—He sido muy feliz allí. Pero me he separado, y ahora no sé muy bien dónde ubicarme. No sé si la etapa allí ha acabado o si eso no debe impedirme volver.

—No hay prisa, ¿no? Ya lo irás viendo. Yo justo voy la semana que viene, con unas amigas, nos vamos de viernes a martes por la mañana. Ya me pasarás una lista de tus sitios favoritos.

—Claro.

Estuvimos un montón de horas charlando, me habló del trabajo, había dejado el banco de sangre, ahora estaba en un hospital y estaba contenta, le gustaba, los compañeros que tenía le caían muy bien y hacían un buen equipo. Me enseñó fotos de su piso nuevo, se había mudado hacía unos seis meses. El piso era luminoso, decía, y los vecinos majos, y todo lo que había alrededor le encantaba, los comercios, los bares, se había hecho muy amiga de una vecina del bloque, y de vez en cuando bajaban a cenar juntas a algún restaurante del barrio. Me dejé envolver por su verborrea y me tomé unos tres vermuts. Un pensamiento de mierda cruzó mi cabeza. Al mismo tiempo que yo me esforzaba en enfocar mi mirada en la de Sandra, siendo asertiva e intentando parecer muy sumergida en su historia, la cara de Paul cruzó por delante de la mía: se comía una tostada, como cada domingo en el desayuno, mordía el pan como un león y luego, con los ojos muy apretados, zarandeaba la cabeza mientras separaba la parte mordida del resto de la *tartine*; sabía que me encantaba verle hacer el bruto, y muchas veces, con la boca aún con trozos de tostada, venía a besarme. Me hacía reír, pero en ese momento, después de los tres vermuts, me hizo llorar. Sin previo aviso, pasé de poner cara de mema asertiva, a doblar mi

pecho sobre las rodillas mientras me tapaba los ojos con la palma de la mano derecha. Bonito show.

—Perdona...

—Qué va, no sé, ¿he dicho algo?

—No, Sandra, soy yo, que estoy recuperándome. Y el alcohol me ha dado flojera.

—¿Quieres que nos vayamos a pasear? Para que te dé el aire.

—No, necesito comer algo.

Pedimos comida, y yo pedí un vino, con dos ovarios. Sandra me miró interrogándome, «¿Estás segura?», pues sí, segurísima; me agarré un pedo gracioso y estuvimos hablando de las miles de experiencias que habíamos compartido en la época en la que el equipo éramos ella y yo y sacábamos sangre a destajo. Unos carnavales nos disfrazamos de vampiras, la gente nos miraba desconcertada mientras se tumbaban en las camillas arremangándose.

Pasamos de la comida al café, bueno, al carajillo de Baileys, y nos fuimos a su casa. Dos vasos de agua más tarde, volví a casa de Marina. Me esperaba en el sofá, sentada leyendo un libro de plantas medicinales y escuchando la radio de fondo. Me señaló pícara la mesa grande. Un ordenador portátil reposaba sobre el hule, nos sonreímos cómplices.

—Ya solo nos falta el *güifi*.

—Ajá.

—¿Te lo has pasado bien?

Asentí. Me dieron ganas de llorar de nuevo, no me pude contener. Me hizo un gesto con la mano, «Acércate». Obedecí, tiró de mi brazo hasta que consiguió que me arrodillara delante de ella, sujetó mi cara entre sus manos.

—No te voy a decir que no pasa nada, es mentira, las dos lo sabemos, y ya estamos mayorcitas para tomarnos el pelo la una a la otra. Lávate la cara, date una ducha, ponte cómoda, y cuando quieras vente al salón, decidimos la cena y vemos cómo aliviamos esa pena.

Obedecí.

Mientras me duchaba lloré más. Había recibido un e-mail. La misma foto que en el WhatsApp. No lo había visto. Yo no era muy de e-mails. Menos mal.

Marina y Antonio tomaban el vermut todos los domingos. Era su ritual. Mi pena le abrió la puerta a la suya, y diría que Marina también lloró un poquito. Nada serio. Un poquito.

8

Los lunes por la mañana tocaba visita a la residencia. Nos levantamos, desayunamos y estuvimos charlando un poco con Teresa mientras ella empezaba a hacer las tareas de casa, nos pidió dos productos que le faltaban y nosotras prometimos que los traeríamos a la vuelta.

Alguna mañana Teresa se tomaba el café con nosotras. A Marina le encanta la sensación de tener gente en casa.

Se arregló, se anudó el pañuelo al cuello, se puso un poquito de colonia, ella no necesita perfumes, dice, «Con colonia uno ya huele estupendamente bien», eso dice, y llegó el taxi.

—Buscamos esta residencia porque es de las más cercanas a mi casa. A mí me daba un nosequé tenerla lejos. Sola. Si pudiera, me la traería a casa, pero es que yo no puedo estar pendiente de todo lo que necesita.

Pagamos. Entramos en el edificio. El lugar olía como a cocina de colegio. Había mucha luz. Por el pasillo principal veías pasear a las ancianas y a los ancianos que se tenían en pie por sus propios medios. Iban despacio. Algunas charlaban, otros andaban solos, en silencio, con la mirada triste, fijaban sus ojos en nosotras a medida que avanzábamos; una mujer muy delgada que iba en camisón gritó algo ininteligible a nuestro paso. La miré, estaba seria. Le sonreí, hizo un chasquido con la boca y volvió la cara.

Se acercó una auxiliar. Besó a Marina.

—Hola, bonita, la tienes en la sala de estar.

Marina agradeció la información y nos dirigimos hacia donde nos había indicado. Yo aún no conocía el espacio, así que me dejaba guiar. Pasamos por delante de una peluquería pequeña, en la puerta podías ver los horarios.

—Cada miércoles le lavan la cabeza y la peinan, yo le hago compañía. A veces no se deja, pero otras le relaja. Ella siempre ha sido muy coqueta, ¿sabes?

Yo la escuchaba y seguía observando. Había una sala con muchas butacas y un televisor. Otra con pelotas enormes de pilates; al fondo, lo que se suponía la sala de estar. Mesas, muchas sillas, había muchos paneles en la pared, con dibujos de cosas cotidianas, sus nombres debajo, dibujos de animales, como en una guardería.

En la mesa del fondo estaba María, una cinta la ataba al respaldo de la silla, para que no se cayera o no se tirara, no lo sé bien; miraba fijamente una revista, pasaba las hojas de delante

hacia atrás, y al revés. No levantaba la cabeza de la revista. Iba en chándal. Nos sentamos a su mesa. Algunos compañeros de María también estaban en esa sala. Un hombre nos miraba con atención, su rostro era afable, tenía las manos entrelazadas y las aprisionaba entre sus rodillas, la espalda curvada y la cabeza ladeada; cuando mi mirada se cruzaba con la suya me sonreía cerrando los ojos. Sentada enfrente de María había otra mujer de una edad muy parecida a la suya. En realidad, era muy complicado saber qué edades tenían las personas que estaban en esa sala, el desgaste físico no ayudaba nada. Había apoyado las manos sobre la mesa y la frente sobre ellas, como si intentara dormir un poco.

Marina sacó de su bolso un peine y un pulverizador de colonia. Le roció el pelo y la peinó con cariño. María al principio, cuando notó el líquido, se apartó hacia atrás y la miró enfadada, pero al notar el peine deslizándose entre sus cabellos, cerró los ojos y se dejó hacer.

—¿Lo ves? Mejor así, ¿no?

—...

—¿Qué tal, hermana?

María no tenía muchas ganas de hablar, retorcía los dedos de las manos hacia dentro, Marina le sujetaba las muñecas e intentaba que aflojara la musculatura, le señalaba algunas fotografías de la revista y María prestaba atención. Leyó la portada, era de hacía un año por lo menos. Volvió a mirar a su hermana y guardó el peine y la colonia.

—¿Damos un paseo?

María se encogió de hombros. Llamamos al equipo de la residencia, pedimos su silla de ruedas, la sentaron y salimos al jardín. El sol le daba en plena cara.

—Leñe.

No le hacía ni pizca de gracia. Marina le puso el pulgar en el entrecejo e hizo círculos para que relajara los músculos.

—No te enfades tanto, que te pones muy fea.

A María eso sí le hizo mucha gracia. Se rio. Marina también. Se rieron las dos. Su hermana me miró de repente, curiosa.

—Es la chica nueva. Se llama Lu.

—Hola, María, mucho gusto.

Me acerqué para darle la mano, ella hizo un aspaviento como diciendo «no hace falta tanta pomposidad». Me habló.

—Encantada.

—Igualmente.

No sabía qué más decirle, esperé a que Marina tomara la batuta de la situación, y lo hizo.

—A la pobre me la han metido en casa y aún se está acostumbrando. Vivía en París, ¿sabes?

—A mí no me dejan salir de aquí, estoy hasta el moño. Estamos jodidas, ¿no?

—Bien jodidas, hermana, bien jodidas.

—A ver, tú tampoco te quejes.

El sol les explotaba en la cara, las dos cerraron los ojos, hubo una pausa. Marina cogió la mano de su hermana; tenía razón, las tres estábamos jodidas, pero en ese momento olvidamos todo lo que no cupiera en ese patio.

Al salir fuimos al supermercado, compramos las cosas que había pedido Teresa y de vuelta a casa, muy intrigada, Marina me recordó que «había que comprar el *güifi*». Le dije que la iba a necesitar a mi lado durante toda la llamada porque ella iba a tener que contestar a todas las preguntas de la grabación.

—¿Qué grabación?

—Cuando quieres ampliar el contrato o pedir algo más, lo graban, se supone que es por tu propia seguridad.

—Se supone que tantísimas cosas son por nuestra propia seguridad y luego nos mangonean como les da la gana.

Llegamos a casa y nos sentamos al lado del teléfono, «Venga, llama», llamé, repetimos en voz alta las opciones que nos ofrecía la máquina, se puso la operadora, Marina estaba nerviosa y me daba golpecitos en la pierna como diciendo «una persona, una persona, casi lo tenemos», le hice un gesto como diciendo «uy, aún falta» y ella puso cara de «ah...». Y entonces «Mari Ángeles García, ¿en qué puedo ayudarles?» nos hizo todo tipo de preguntas y pasaron a grabar el contrato. Hablaba muy rápido, leyendo sin ningún tipo de gracia el guion que les obligaban a soltar a bocajarro. Hizo una pausa, evidentemente antes había hecho una pregunta, Marina no reaccionaba, en ese momento fui yo la que le dio una palmadita en la pierna. Me miró consternada, «¿Qué tengo que decir?».

—Disculpe, señorita, ¿puede volver a hacerme la pregunta?

—Lo siento, vamos a tener que volver a empezar desde el principio.

—¿Otra vez? No, otra vez no, que es muy largo, la pregunta solo.

—Señora, es que estamos grabando un contrato con usted y tiene que estar limpio y claro.

—Ah... Perdone.

—No se preocupe, volvemos a empezar. ¿Está lista?

—Sí, estoy lista.

Apretó los puños, decidió un punto fijo en la pared, escuchaba atentamente, respondía poniendo cara de «es esto lo que me está preguntando, ¿verdad?», yo asentía, dándole confianza. Finalmente lo conseguimos. Lo más probable era que esa misma tarde pudiera pasar un técnico a ponérnoslo. Estaba emocionada y contenta con la idea de tener algo en casa que no acababa de entender muy bien para qué servía. «Esta tarde lo tendremos.» Comimos algo de lo que había preparado Teresa. Arroz con verduras y pollo. Luego me levanté y preparé café. Descafeinado para ella. Nos sentamos de nuevo a la mesa, nos lo tomamos mientras veíamos las noticias. Me vibró el teléfono. Lo miré convencida de que sería Agathe. Era mi madre: «¿Qué tal con la madre de Laura?». Me cambió la cara.

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien.

—¿Y qué haremos esta tarde cuando lleguen?

—Esperaremos a que lo monten y luego buscamos lo que más te apetezca. Como les hemos dado mi número de contacto, podemos salir a dar un paseo si quieres.

—Déjame hacer un poquito la siesta y luego vemos.

Se sentó en la mecedora, puso los documentales de animales, miró fascinada durante un

minuto y cayó como un tronco. Me fui a mi habitación. Cogí el teléfono y le contesté a mi madre. «Todo muy bien.» Respondió: «Un beso».

Negué con la cabeza y dejé descansar el cuerpo sobre el colchón. Dormí como un lirón. Hasta que sonó el timbre.

Nos pusieron fibra óptica. «Pero eso no es lo que queríamos, ¿no?»; le expliqué que venía a ser lo mismo, pero que iba mucho más rápido. Yo tampoco es que sea una lince en informática y en argot tecnológico. Me miró y me preguntó: «Pero eso sirve para lo de las películas, ¿no?». «Sí sí, sirve, te vienen canales de televisión solo de cine con el fijo e internet.» «Y no me va a costar más dinero, ¿no?» «No, cuesta lo mismo.» «Ah, pues bueno», y se encogía de hombros mientras me miraba.

Cuando acabaron nos habían instalado un aparato en el televisor con un montón de canales más. «Madre mía, me voy a hacer un jaleo con este mando.»

Nos fuimos a dar un paseo, estaba nerviosa, tenía ganas de llegar a casa y probarlo todo, y a la vez le daba una especie de inquietud rara tener ese nuevo cacharro ahí. Sí, lo llama «el cacharro». A los teléfonos móviles también los llama «cacharros». A todo lo que ella no esté acostumbrada lo llama «cacharro» o «cacharra», depende.

Al llegar tocaba baño; yo estaba con ella mientras se duchaba, me sentaba en el bidé y si ella me lo pedía, la ayudaba en algo. Lo tenía todo muy bien estudiado, me contó que antes tenían una bañera, «Antes todo el mundo se ponía bañeras», pero que cuando Antonio notó que a ella (y bueno, también a él, para qué engañarnos) le costaba doblar las piernas tan alto para poder meterse dentro, contrataron a unos chicos y se pusieron un plato de ducha muy grande. «Muy majo», dice Marina que decía Antonio.

Dentro del plato de ducha había una silla de plástico, de patas firmes, resistentes, y ella se sentaba y, de forma tranquila y pausada, se pasaba la esponja por todo el cuerpo, y luego se enjuagaba bien y «Lista, ya estoy». Entonces yo le acercaba el albornoz y la ayudaba a levantarse.

Los primeros días se sentía rara desnuda delante de mí. Luego ya le daba lo mismo, incluso bromeaba. Decía que hasta hacía poco solo la había visto desnuda su marido, pero que de un tiempo a esta parte yo ya era la tercera que le veía «sus cosas».

—Pensaba que la primera había sido Mari Luz.

—Pues no, había otra antes que ella, pero a mí no me gustaba un pelo, era seria y tenía un carácter seco. No nos entendíamos. Se lo dije a mis hijos. Y la quitaron. No te creas, luego me sentía mal, pensaba en la pobre mujer sin trabajo..., pero yo me sentía muy rara con ella en casa. No sé explicarlo. También coincidió con la muerte de Antonio. Mis hijos no querían que yo estuviera sola y me la metieron en casa de sopetón, no me dio tiempo a asimilar nada que ya tenía a una persona metida en casa, ¿entiendes lo que digo?

Asentí, le acerqué la ropa interior, y ella se iba vistiendo despacio, le pasé la crema hidratante, se untaba bien la crema por el cuerpo, y luego el camisón y la bata. Marina seguía hablando.

—Un duelo es una cosa seria, hay que llorar al que se muere, hay que estar enfadado, y triste y de todo, hay que enfadarse con Dios. Pero yo tenía a esa mujer todo el día detrás diciéndome: «Venga, señora Marina, anímese», que yo sé que la pobre no sabía ni qué diantres decirme, pero le cogí una manía, la quería fuera de mi casa, yo quería llorar, yo había sido muy feliz con Antonio y quería estar triste porque no iba a haber más Antonio en la vida. Pues como tú ahora, ¿verdad que yo no te digo que no llores?

—No.

—Pues eso.

Encendió el secador, se secó el pelo, se puso laca y se lo cepilló.

—Es mi truco para que me quede bien peinado.

Le sonreí. La miré a través del espejo.

—Marina, ¿de qué murió Antonio?

—Le dio un catarro fuerte, luego resultó ser una angina de pecho, y al final acabó siendo todo una mierda. Dos semanas. Se quedó listo en dos semanas.

Cuando Marina volvió a su casa después de la muerte de su marido sintió que nada era real. Ningún mueble, ningún cuadro, ninguna naranja del frutero, nada, nada de lo que había en aquella casa era real.

Toni la acompañaba. Se vistió de negro. Se fue al tanatorio. El coche, la ventanilla, los paisajes, los semáforos, nada real, la gente en los pasos de cebra, nada real. Se cruzaron con Eusebio y con su hija, en el carrito, tetrapléjica, ellos sí eran reales. No los vieron, ni siquiera se saludaron, pero eran reales. Cómo quería Eusebio a su marido, y al revés. Se vieron luego, en el entierro. Qué lástima de chica. Qué cosas. Y de nuevo nada era real, la radio no era real, la floristería en el tanatorio no era real, las flores aún menos.

Llegaron a la sala que les habían asignado, el sofá era grande, había máquina de café, de las de «cacharritos», que les metes uno de esos «cacharros» de colores según el café que quieres. «Qué tontería tener eso ahí», pensó. Pero luego su hijo se hizo uno y pensó que a lo mejor sí era una buena idea.

La gente pasaba por delante de ella, pero tampoco era real; la familia de su marido vivía en Valencia, la poca que quedaba, llegarían al día siguiente para el entierro, su sobrina, algún primo de él, poca gente, ella ya les dijo por teléfono que no hacía falta que vinieran, que no se pegaran esa paliza de coche, que total ya no iban a hacer nada por él. Pero insistieron. Marina recibía los besos y los pésames de la gente del barrio, Manolo el del bar la estrujaba tan fuerte que le hacía daño, pero ni fuerzas para quejarse tenía, Manolo es que los quería mucho, Manolo es fuertote pero es un blando, la chica de la panadería, los del bloque de toda la vida, la gente que se había mudado al edificio en el mismo tiempo que ellos. Qué alegría el primer día que entraron en ese piso juntos, cuando ya estaba acabado, cuando su amor era tan grande que se salía por las ventanas aunque estuvieran cerradas. Las cenas con los vecinos en la calle por San Juan, el porrón corriendo de mano en mano, ella intentando hacerlo bien y poniéndose perdida de vino con gaseosa. La primera vez que entraron con Laura en brazos, y la primera vez que entraron los cuatro. Ella con Toni envuelto en un faldón y Laura agarrada a su bolsillo.

Ese día entraron los tres, sin Antonio, a ella le sobraban sus hijos, pero no iba a discutir, le

prepararon la cena, «No tengo hambre», nadie la oyó, se resignó y tragó. La pena le empujaba la comida hacia fuera, pero ella es más terca y consiguió hacerla bajar. Hablaron de las cosas del día siguiente, «a tal hora te recojo, a tal hora hay que estar nosedónde, a tal hora viene nosequién»... Y así hasta que la dejaron tranquila, se metió en la cama y lloró desconsolada. Lo que hubiera dado ella por poder hablar con su hermana. Lo que hubiera dado.

Lo bueno de ser María es que no se entera de que la gente se muere, a lo mejor, con un poco de suerte, no se acuerda ni de lo de su hijo. Al final, ella va a estar mejor que ninguno.

Marina recoge la toalla, la cuelga para que no huela a humedad, se mira en el espejo. «Antonio, tenemos *güifi*», apaga la luz y desfila hacia la cocina.

9

Por las mañanas nos levantábamos temprano, Marina nunca tenía mucho sueño, madrugaba como las gallinas, eso dice ella, «Ya verás cuando seas vieja», y se ponía a preparar el desayuno. Yo oía, desde la cama, cómo removía las cucharas dentro de las tazas, las remueve con tanta energía que parece que alguien esté levantando las baldosas con una taladradora, ahora mismo ella diría que soy una exagerada.

—Buenos días.

—Buenos días, ahí están las tostadas, puedes empezar a untártelas si quieres.

—Gracias.

—Creo que no queda leche de esa que tomas tú.

—Luego compro.

—Hoy podemos ver otra película, ¿no?

—Claro.

—A ver si hoy tardamos menos en decidir, es que con tanto título una no sabe cuál elegir.

Asentí mientras untaba el pan. La noche anterior, después de darles mil vueltas a todos los títulos que aparecían en la pantalla, acabamos viendo *Criadas y señoras* y lloramos las dos a moco tendido.

Hice las camas y recogí la cocina. Nos tocaba salir a pasear, como cada mañana, era importante que Marina ejercitara las piernas. A veces me costaba convencerla, «Vamos hasta el final del paseo peatonal y nos volvemos». Casi siempre se cansaba antes, casi siempre le daban dolores en las rodillas.

Hacía un tiempo estupendo, el sol seguía calentando y haciendo más soportables nuestras caminatas. Después de comprar el pan y de ir a la farmacia a por cosas que necesitábamos nos sentamos en la plaza. Le dolían las piernas, Marina quería meterse en casa, pero conseguí persuadirla. Desde nuestro banco observábamos el barrio, me explicaba cosas: «Aquí antes había una mercería», «Antes ahí había una explanada y se montaban los cacharros de la feria», cosas así me contaba. Pasaban los vecinos y algunos se paraban a charlar con nosotras. Casi todos los ancianos desfilaban con sus acompañantes de otros países. Casi todas, mujeres. Un desfile de andadores y sillas de ruedas, de mujeres y hombres mayores agarrados a los brazos de sus «chicas». Yo era la «chica» de Marina.

Me vino a la cabeza lo que me dijo Mari Luz antes de irse, pensé que tal vez tenía razón, que aquí nadie nos enseñaba a permanecer al lado de nuestra gente mayor.

Se acercó una mujer muy risueña. Caminaba de una manera peculiar, casi cómica; más adelante supe que Rita tenía un dolor muy fuerte en la cadera y que si apoyaba mucho la pierna derecha, se resentía, así que la ponía en contacto con el suelo apenas un segundo y la volvía a levantar, andaba como a saltitos. Era alta y delgada. Siempre vestía con pantalón y camisa, muy elegante, hasta moderna me atrevería a decir. Llevaba una bolsa de plástico y el monedero en la mano. Se dobló como una gimnasta para besar a Marina.

—Hola, reina.

—Hola, ¿qué tal?

—Soy Rita, encantada.

Me besó a mí también. Me presenté.

—Es mi chica nueva.

—¿Qué tal ha llegado Mari Luz?

—Pues no tengo ni idea, ayer quería llamarla, pero como llevaba tanto tiempo sin ver a su familia, me daba no sé qué molestarla.

—Ya llamará.

—Sí, ya llamará. ¿Qué, a dar un paseo?

—Pues sí.

Abrió la bolsa, nos la plantó en las narices, había unos tres *tuppers* con comida y pienso.

—Voy a ver a mis gatos.

Sus gatos vivían en un parque, en el parque por el que pasaba todos los días. Un día oyó muchos maullidos, Rita siempre ha presumido de tener muy buen oído, total, que eso, que un día oyó muchos maullidos y se encontró a una gata recién parida con sus cinco gatitos. De eso hacía más de un mes, y cada día, lloviera o cayeran rayos, ella iba al parque a ver a sus gatos. Todos tenían nombre, todos se acercaban cuando los llamaba. Todos se arremolinaban a sus pies en cuanto la veían.

—La Paca, cada vez que me ve ir a llevarles comida, me dice que soy una marrana.

Me lo confesó un día. La Paca vivía en el bloque de enfrente al de Marina, desde la ventana del comedor veíamos la suya. Se pasaba el día mirando a la calle, la cortina corrida y ella mirando. Nunca llegué a conocerla.

—Ya me ha contado Marina que no tiene muy buen carácter esa mujer.

—Pero que ella esté amargada no le da derecho a faltarme. Porque yo a mis gatos los quiero, y donde pongo la comida no molesta a nadie y nadie puede verla. Yo sufro por ellos, cuando por las noches me los imagino ahí, me cuesta dormir y todo.

Rita vivía sola desde que era viuda. Nunca tuvo hijos porque no había podido tenerlos, esa era la mayor de sus penas. Había nacido para madre de familia numerosa, como su gata, pero eso se quedó en fantasía. O su difunto o ella, uno de los dos, no podían tener hijos. Lo asumieron. No fueron al médico. En esas épocas era muy complicado hablar de eso con un marido. Ella tampoco fue a mirarse, porque si le hubieran dicho que todo en ella estaba bien, habría hundido a su marido. Y ella lo quería, y él a ella. Se resignaron. Se ocuparon de no hablar del tema. Todo el

mundo dio por sentado que era Rita la que tenía dificultades. Harta de las típicas preguntas de «Y vosotros, ¿para cuándo?», optó por decirle a todo el mundo: «No se me agarran al útero». La gente los dejó tranquilos y ellos siguieron con sus vidas. Así que ahora estaba sola, no podía pagarse a alguien que estuviera con ella todos los días. Tenía una chica que iba dos veces por semana a hacerle la casa, se la ponía el ayuntamiento, la voluntaria que iba a merendar con ella algunos miércoles y a hacerle compañía le gestionó todos los papeles para la ayuda, también tenía «el botón». Sí, ese botón que si te pasa algo lo aprietas y vienen corriendo a tu casa. Iba a comer cada día al *casal*, un centro en el que la gente mayor del barrio puede comer, es barato pero es rico. Así se ahorraba cocinar y comprar, solo tenía que tener en casa para el desayuno y yogures y fruta para la cena, que con eso ya se apañaba. Lo más fastidioso eran los fines de semana, porque el *casal* cerraba. Pero se pasaba por el bar de Manolo y comía algo allí con ellos.

El sábado o el domingo se juntaba con un matrimonio mayor, amigos de ella de toda la vida. Jugaban a las cartas y charlaban, y se tomaban una copita de vino dulce. A veces cenaba con ellos y luego se iba a su casa. El resto de la semana se dedicaba a pasear, a cuidar de su manada, a charlar con todo el que se encontraba y a hacer ganchillo.

—Cuando se enteró de la muerte de Antonio se plantó en mi casa con una caja de valerianas. Me abrazó llorando, es buena mujer Rita, lloraba y me decía que a ella le habían salvado la vida cuando se murió el suyo. Me dijo que me las podía tomar de dos en dos. Durante los primeros meses, cuando pasaba por delante de la puerta me llamaba al timbre, y cuando me escuchaba por el interfono siempre me decía lo mismo: «Qué alegría encontrarte», me preguntaba si quería bajar, yo casi siempre le decía que no, y ella me contestaba que no me preocupara, que ya bajaría cuando estuviera mejor.

Mientras Marina me contaba todo eso, yo la veía alejarse, dando saltitos, como un pájaro grande. Sentí una enorme ternura por ella. Como si se sintiera observada, se dio la vuelta, me miró a los ojos y volvió a despedirse agitando la mano con una sonrisa de oreja a oreja.

No había vuelto a saber nada de Paul, nunca contesté al mensaje que me había mandado. El de las vistas desde nuestra ventana. A ratos me venían taquicardias, no sabía qué hacer con mi vida, estaba bien en casa de Marina, pero eso era una especie de limbo, una especie de burbuja en la que estaba protegida de muchas cosas, principalmente de la necesidad de hacerme cargo de mí misma. Tenía una cama, comida, compañía las veinticuatro horas, alguien más vulnerable que yo a mi lado, lo cual me hacía parecer la fuerte de la película, pero no lo era, para nada, quizás ni siquiera Marina fuera la más vulnerable. Era muy probable que en mitad de todo mi caos, yo hubiera perdido la noción de cómo eran las cosas.

Algunas noches me costaba dormir, soñaba mucho con él, tenía pesadillas en las que Paul era muy feliz con Aline. Me los encontraba por la calle y pasaban por mi lado cogidos de la mano, me saludaban como si tal cosa, y cuando me daba la vuelta para estar segura de que eran ellos, los veía besándose con lengua de forma desenfrenada. El corazón me dolía, incluso mientras seguía dormida sentía el pinchazo, era físico, no era mental, era real.

A veces estaba muy tentada de escribirle, sobre todo después de que Agathe me dijera que

me echaba de menos, que no paraba de pensar en mí. Pero no quería caer en esa trampa, hacía tiempo que estaba raro conmigo, que no estábamos bien. No iba a dejar que me volviera a partir el corazón. No era así de estúpida. Él no se lo merecía, pero yo me lo merecía aún menos. Había puesto tantas expectativas, tenía tantos planes futuros con él en mi cabeza..., y se había ido todo al traste.

Hacía todo lo que podía por ocupar mi mente en otras cosas. Hablaba con Agathe, a veces salía con Sandra a tomar algo, Marina me distraía mucho. Pero tampoco me podía engañar. Seguía enamorada y el proceso era una mierda. Estaba bien con ella, en su casa, me sentía arropada, pero esa no era mi casa. ¿Dónde estaba mi casa?

Quería volver a París. Pero sabía que allí iba a ser todo mucho más complicado que en Barcelona. En realidad no, iba a ser igual de complicado. Decidí darme un mes. Y ver qué pensaba entonces.

Cogí un folio y dibujé la cuadrícula llena de días. Las dos últimas semanas del mes en el que estaba más las dos semanas del siguiente.

A veces me ponía películas francesas en versión original para que no se oxidara mi francés. Pero todas las calles, todos los paseos, todos esos cafés me dinamitaban la cabeza, me la llenaban de recuerdos y lo pasaba aún peor.

Quería beber y fumar. Nunca he sido fumadora empedernida, pero allí, casi cada tarde me tomaba un vino y fumaba un cigarro o dos. Se los mangaba a Paul. Siempre me soltaba lo mismo mientras me ponía uno en la boca: «*Mais tu ne fumes pas normalement*», y yo le ponía cara de «Es verdad, si yo no fumo». Me encendía el cigarrillo y, sobre todo al principio, después de la primera calada me besaba en los labios de forma dulce y suave. Desde el primer día le decía lo mismo: «No fumo, pero me apetece mucho uno».

Luego se los robaba a Agathe, los últimos días en su casa le robaba cigarros, pero a ella, con tal de que se me pasaran las ganas de llorar, le daba todo igual.

Tenía ansiedad de vino y de cigarros. Marina y yo habíamos cenado. Escuchábamos las noticias. Me levanté como un resorte.

—¿En el bar de Manolo hay máquina de tabaco?

—Pero ¿tú fumas?

—A veces.

—Ay, hija, pues no sé, ahora me he quedado en blanco. Así tan de sopetón.

—¿Te importa si bajo a comprobarlo?

—No no, qué me va a importar.

Me puse la chaqueta y salí disparada como un rayo. Manolo seguía abierto.

—Hola, ¿tenéis tabaco?

—Detrás de ti.

Me miró fijamente, como intentando ubicarme.

—Soy la chica que cuida a Marina.

—¡Ah! Ya decía yo que me sonabas. Espera, que te activo la máquina.

—Gracias.

Saqué el tabaco y un mechero. Estaba a punto de cerrar. Su mujer estaba por el bar. Nos

presentó. La vi cansada. Quedaban tres clientes en una mesa. La llamaron, nos dejó solos de nuevo. Yo seguía con el cuerpo cortado. Me despedí. En la misma calle teníamos un chino, cerraba a las doce. Compré el vino que me pareció menos malo y volví a casa.

Marina estaba recogiendo los platos.

—Deja, Marina, ya lo hago yo.

—No pasa nada, cuando me siento bien me gusta hacerlo yo. Enjuago los platos y mañana ya se encarga de todo Teresa. Hay que ir a comprarle un regalo, su hija está a punto de parir, me gustaría comprarle un trajecito.

—Cuando quieras, vamos mañana si te apetece. Marina...

—Dime.

—Necesito un vino.

—Pues no sé si queda, mira debajo de la fregadera.

—No te preocupes, he comprado uno.

—¿Ahora? ¿Dónde?

—En los chinos.

—Ah. Muy bien.

—Es que estoy un poco revuelta. ¿Te importa?

—Y dale, pero ¿cómo me va a importar?

—En casa siempre me tomaba un vino y me fumaba un cigarro. Y lo echo de menos.

—Tú echas de menos otra cosa.

—...

— ¡Hala!, venga, tómate el vino. Pero no me fumes en casa, fuma por la ventana.

—Claro, sí, sí.

Fuimos al salón de nuevo. Yo me senté en una silla al lado de la ventana, la abrí lo justo para que me cupiera el brazo y di las caladas con las mejillas aplastadas entre los aluminios de los cristales correderos. En el regazo tenía mi vino. Marina se levantó y fue a la vitrina, cogió una copa bonita. Me quitó el vaso de las manos y volcó el vino en ella.

—Son las copas buenas. Si te vas a tomar un vino, tómatelo como Dios manda.

Fue a la cocina, dejó el vaso sucio, volvió despacio, se sentó en el sofá. Me miraba.

—¿Mejor?

—Mejor.

Me sonrió. Sentí un calor apaciguador bajando por mi garganta. El vino, el humo y la dulzura de Marina. Todo me había hecho sentir mejor. De pronto tuve un antojo aún más grande.

—Marina, ¿tú has ido alguna vez a París?

—Pues no, mira que me hubiera gustado, pero no. He estado en Carcassonne con una excursión organizada.

Me levanté como un rayo a por el portátil, busqué en Filmin, ¡bingo!, tuve suerte, agarré una manta, me senté a su lado, le cogí las gafas, se las limpié con la manga de mi camiseta.

—¿Estás preparada?

Me miró y con un movimiento firme de cabeza me contestó un sí rotundo. Esa noche vimos *Midnight in Paris.* Al acabar la película me miró muy seria.

—La que necesita ahora un vino soy yo. Pero dos deditos nada más.

Se los puse, me serví otra copa. Abrí mi *tablet* y le enseñé los álbumes de mis dos últimos años. Le expliqué las fotografías: «Esto está muy cerca del bar donde ha pasado aquella escena», «Esta calle es en la que...». Estuvimos un buen rato. Se nos hizo muy tarde. Nos pusimos los pijamas y la acompañé a la cama. Le di un beso de buenas noches. Me agarró de la pechera, me retuvo muy cerca y me dijo con toda la tranquilidad del mundo:

—Si te vas, que sea porque tú allí eras feliz. No por recuperarle a él. Si te quiere, vendrá a buscarte. Hazme caso, cariño. Si te quiere, vendrá.

Asentí. Me metí en la cama. A los cinco minutos escuché su respiración fuerte, la de cuando se queda dormida. Puse el despertador. Y cerré los ojos. Me llegó un wasap: «*Tu me manques*».

Pensé: «Pues jódete», y me dormí.

10

Hacía aproximadamente un mes que estaba en casa de Marina, me iba acostumbrando poco a poco a todo. Los paseos de la mañana, las paellas de los jueves, la charlas con Rita y con los demás ancianos del barrio. Lo que peor llevaba era no ver a Agathe, echaba de menos todo lo que tenía que ver con ella. Seguíamos hablando a diario, y seguíamos contándonos nuestras cosas, pero me hacía falta su compañía. Creo que en la vida he conocido a nadie como ella. Nuestros ataques de risa, nuestras noches tranquilas, en ropa de andar por casa y con un vino, ir al cine juntas. Barcelona me apretaba el pescuezo, pero sobre todo porque no estaba ella.

Empecé a practicar pilates en casa, para hacer algo físico, para sentirme mejor. Buscaba tutoriales en YouTube y me ponía en la habitación a hacer ejercicios. Necesitaba organizar mejor mis horarios. Quería apuntarme a un gimnasio, empezar a construir una rutina que aliviara mi desorden interno. Unas normas a las que aferrarme y que dirigieran de alguna manera mi vida. Pero al mismo tiempo me negaba a establecer esos vínculos con Barcelona, era como si empezara a cerrar la opción de volver a París, y eso me generaba una ansiedad que me desestabilizaba por completo. Quería seguir siendo una ciudadana ocasional. Estaba viviendo un triple luto: había perdido toda la confianza en el hombre al que amaba, mi mejor amiga vivía a más de mil kilómetros de distancia y la ciudad que me había salvado la vida ya no era la que paseaba a diario, y de momento Barcelona no era, ni por asomo, tan buena tirita como París. Seguía tachando los días en el calendario que había dibujado, y cada día que tachaba seguía igual de desorientada que el anterior, como la presa de un telefilm barato. El tiempo pasaba, pero no me sentía capacitada para tomar ninguna decisión.

A veces pasar toda la semana en casa se me hacía complicado. Me aliviaba la idea de que aquel no era mi trabajo definitivo, pero al mismo tiempo sentía un lazo cada vez más fuerte con Marina. El afecto callado que nos regalábamos era como un bálsamo para las dos.

Entre semana sus hijos llamaban, pero su tiempo lo compartía conmigo, cada vez teníamos más confianza, y ese vínculo crecía a diario; con solo mirarla podía adivinar muchas cosas. Y Marina también había aprendido a leer en mis pupilas.

Me estaba peinando. Lo recuerdo perfectamente. Era viernes y me estaba peinando. Sentí los tres golpecitos de rigor en la puerta del baño.

—Estaba escuchando la radio y...

—¿Y?

—Pues que estaba escuchando el programa de las mañanas, el del doctor Salgado, y he oído que la natación es muy buena para todo.

—Te veo venir.

—¿Vamos a la piscina municipal y preguntamos? Podrías apuntarte conmigo, así no haces deporte aquí encerrada en la habitación.

Nos subimos en el autobús que salía justo de enfrente de casa. En cuatro paradas nos plantamos en la piscina, era demasiada caminata para ella. Entramos en el centro deportivo, había un eco enorme y ese olor inconfundible del cloro. Un grupo de unos treinta niños desfilaron por delante de nuestras narices con sus gorros de colores y sus albornoces. A Marina se le dibujó una sonrisa. Siempre que veía un bebé por la televisión o cuando nos cruzábamos caminando con algún carrito ponía la misma cara. Es superior a ella. Nos atendió una antigua compañera mía del instituto. El mundo es un pañuelo, eso es verdad, y en ocasiones, es un asco. No me apetecía nada hablar de mi vida ni que ella me contara la suya. «No me lo puedo creer, ¡cuánto tiempo!» Que sí, que muchísimo tiempo y blablablá. Me pasó los horarios, los precios y toda la información necesaria.

—Si os apuntáis antes del viernes que viene, la matrícula es gratuita.

Era la información que Marina necesitaba para acabar de animarse, los ojos le hacían chiribitas. Nos miramos. Empecé mi interrogatorio.

—¿Nos podemos apuntar meses sueltos?

—No, va o por trimestres o todo el año completo.

—¿Hay clases particulares?

—Sí.

—¿Son muy caras?

—No, tienes la opción de dos o tres clases por semana.

—¿Y un día por semana?

—Sale más a cuenta más de una, pero sí, las tenemos.

Marina le dio las gracias y dijo que nos lo pensaríamos. Estábamos saliendo por la puerta cuando alguien la llamó. Nos volvimos. Vimos a un hombre de unos sesenta años empujando una silla de ruedas enorme. En ella, una chica de mi edad, tenía alguna lesión medular grave, se veía a la legua. Nos alcanzaron.

—Eusebio, qué ilusión. Lydia, cariño.

Se acercó a besarla. Lydia sonrió como una niña. Nos presentaron. Vivían en el barrio, yo no había coincidido con ellos todavía. Él era encantador. Me dio la bienvenida, me habló maravillas de Marina. Besé a la chica.

—¿Vais para casa?

—Sí, íbamos a buscar el autobús.

—No no no, hemos venido en coche, os llevamos.

Lo tenían aparcado justo en la puerta del recinto, era un automóvil enorme, completamente equipado para la silla y las necesidades de Lydia. Abrimos el lateral, entró ella, la aseguramos bien, ellos dos subieron delante. Nosotras atrás.

Marina les contó su plan de empezar con la natación, Eusebio le habló de las mejoras en la espalda que había notado; de cargar a su hija para acostarla y vestirla tenía dolores de forma continuada y desde que nadaba se sentía más fuerte, más sano y de mejor humor. Marina giró la cabeza desde su asiento de copiloto.

—¿Qué te parece, Lu? ¿Lo intentamos?

—Si venís los martes y los viernes, yo os puedo pasar a buscar con el coche y traeros de vuelta.

—¡No, hombre, no!

—Pero, mujer, no seas así, que a mí no me cuesta nada. Lydia, ¿tú qué dices?

La chica estalló en júbilo, así que no se habló más. Normalmente ella a esas horas estaba en la escuela de día, pero ese día tenían una excursión a la que no había querido ir y había estado dentro de la piscina viendo a su padre nadar. Al llegar a casa llamamos por teléfono. Cerramos clases dos días por semana, martes y viernes. Clases de iniciación en grupo para Marina y yo nadaría en la calle contigua, por libre.

Volvíamos a estar en el taxi, camino de la residencia. La noche anterior habíamos empezado a ver *A dos metros bajo tierra*, teníamos HBO desde hacía unos días y había conseguido convencer a Marina para verla. La estaba convirtiendo en una adicta a las series. A ella no le había vuelto loca, «Tú es que aún no le ves las orejas al lobo, por eso te da lo mismo ver cosas de muertos», estaba convencida de que si yo fuera más mayor me impactaría todo mucho más. A mí me había entusiasmado, todo el mundo me hablaba de esa serie pero Paul no quería verla; por fin podía dar mi opinión.

—No te preocupes, puedo verla yo sola por las noches, y vemos otra juntas.

—No no no, no pasa nada, a ver si me acaba gustando.

Le estaba pillando el gusto a eso de instalarnos en el sofá por las noches y ver cosas que el resto de la gente del barrio no veía; supongo que la hacía sentir especial, habíamos encontrado nuestro ritual, y las noches eran menos dolorosas para las dos. Cenábamos, nos poníamos el pijama, nos repanchingábamos en el sofá, y en la mesita pequeña, encima de cuatro tomos de una enciclopedia, poníamos el portátil. Cada noche una película o un capítulo. Los fines de semana buscábamos algunos episodios de *Las chicas de oro*, a Marina le encantaban. Y a mí, pues de alguna manera también. Prefería ver algo que no le gustara a que dejáramos de ver cosas juntas.

Agathe me hablaba de *Narcos* y se moría de la risa cuando le enseñaba vía Skype la estampa costumbrista de sofá. Agathe y Marina siempre hablaban un rato entre ellas, y siempre siempre, en algún punto de la conversación, llegábamos a este diálogo:

—Qué bien hablas, *Agát.*

—*Merci*, Marina.

—A ver si vienes a Barcelona de visita y te conozco.

—Me encantaría.

Yo me moría de ganas de verla, así que cruzaba los dedos para que eso sucediera, pero Agathe trabajaba de lunes a sábado en la escuela y eso lo complicaba todo.

—De verdad te lo digo, podemos buscar otra cosa para ver.

—A ti te gusta, ¿no?

—Sí, a mí sí.

—Pues ya está todo dicho. A mí me da lo mismo esto que otra cosa. Y dígame lo que le debo, caballero.

Habíamos llegado. Cerramos la vuelta con el mismo taxista, dos horas más tarde. La visita duró menos. María estaba más seria que de costumbre. Más distante, más lejos. La mirada en un punto fijo, en sus rodillas. Cuando Marina se acercó a besarla, la fusiló con la mirada. Me quedé petrificada. Había algo de otra dimensión en ella. Nos miraba con odio, le habían tenido que atar las manos a la silla de ruedas. Marina no pudo soportarlo. Se las quitó, vino corriendo una cuidadora.

—No haga eso.

Empezaron a forcejear con las esposas de goma espuma con las que la tenían atada.

—A mi hermana no hace falta atarla.

—Mire, se ha estado mordiendo los dedos esta mañana. Es por su propio bien. Se puede hacer mucho daño.

María nos miraba desde la silla. Me acerqué a ella. Me escupió. Quería calmarla pero la puse más nerviosa. El aire se podía cortar con un cuchillo. Marina abrió unos ojos como platos mientras la regañaba completamente horrorizada.

—María, mujer, no hagas eso.

—Ña ña ña ña ña ña.

Su hermana imitaba la música de cada frase que le decían y su estado era cada vez peor. Habían conseguido volver a ponerle las muñequeras que le limitaban el movimiento y decidieron llevársela a su habitación. Marina me miró con los ojos llenos de lágrimas. Me acerqué a abrazarla.

—Tengo ganas de vomitar.

La acompañé al aseo. Solo fueron arcadas. Estuve callada, no sabía qué decir. Se lavó las manos, sacó el pulverizador de colonia que siempre llevaba en el bolso el día de las visitas, se roció el pelo y las manos. Se perfumó el cogote. Cogió aire.

—Este sitio la está volviendo loca.

Seguí callada. Nos fuimos a la sala de estar, nos sentamos con los otros ancianos. Un hombre vino a hablar conmigo. Me contó algo sobre un huerto que tenía de joven, me dijo que le recordaba mucho a una sobrina suya. Le cogí la mano a Marina, solo quería recordarle que estaba allí con ella, que en cuanto ella dijera lo que quería hacer, lo haríamos. A la media hora me pidió que la acompañara a su habitación.

Subimos en el ascensor. No sabría decir quién de las dos estaba más nerviosa. Al llegar a la planta cogimos aire antes de adentrarnos en ella.

La habitación estaba en penumbra, dos mujeres espiaban desde el marco de la puerta abierta, cuando llegamos se apartaron, «Pobrecita, por las noches chilla como si la mataran», Marina me miró asustada, nos acercamos a la cama, cuando nos vio a su lado María cerró los ojos. «No estoy. No existo.» Como los niños.

—María...

—...

—¿Hermana?

La callada por respuesta. A la hora y media estábamos en otro taxi. No habíamos podido esperar. Al llegar a casa, Marina se tumbó en la cama. No conseguí que comiera. Yo apenas probé bocado. Llegó su hija. Le conté lo ocurrido. Era mi tarde libre. Me fui al centro y llamé a Sandra. Tenía un amigo neurólogo, intentaría concertar una cita con él. Quería ayudar a Marina. Pensé en la vejez de mis padres. Yo soy hija única. Me iba a enfrentar de nuevo a todo eso. No me apetecía lo más mínimo. Pensé en mi madre, pensé en mi padre, pensé en mí. Me sentí miserablemente sola. No fue un gran sábado.

Por la noche, de vuelta a casa, me volví a cruzar con su hija. Iba más maquillada que antes. «Qué guapa», lo dije por decir algo. «Tengo una cita.» «Que vaya bien.» «Que Dios te oiga.»

—Qué obsesión con los novios.

Marina salió a mi encuentro. Nos dimos dos besos.

—De vuelta aquí, encerrada con la vieja.

—No veo a ninguna vieja cerca.

Me dio una palmadita en la cara. Sonrió.

—¿Y si vamos al cine?

—Uyyy, al cine dice, debe de hacer diez años que no piso un cine. Además, me dormiría.

—Ya...

—Mañana viene Toni.

—Sí, claro.

—¿Qué harás tú?

—Pasear. Quedar con mi amiga.

—Si te quedas sola, vente con nosotros.

—Gracias, pero tengo planes, de verdad.

—¿Qué hacías en París cuando tenías un mal día?

—Me bebía un vino.

—¡Coño con el vino!

Me dio un ataque de risa.

—¿Qué quieres que te diga? Allí se bebe vino para celebrar y para olvidar.

—Ya lo veo, ya.

—¿Quieres una copa?

—Pues bueno, si me va a quitar el dichoso mal cuerpo...

Fui a la cocina, esperé a que trajera las copas «buenas» del comedor, nos sentamos a la mesa en la que cenábamos. Me miró muy seria. «Qué ganas de morirme me entran a veces.» Pensé en su hermana, recordé lo que habían dicho las dos mujeres, lo de que chillaba por las noches. Le di un trago al vino. Pensé que si yo lo estaba pensando, Marina también.

—Marina.

Me miró a los ojos.

—Vamos a hacer todo lo que podamos por ayudar a tu hermana.

Asintió. Nos fuimos al sofá y pusimos el capítulo dos. Se quedó frita a los diez minutos. Le hice un resumen al día siguiente, durante el desayuno.

—Cuando me lo cuentas tú, me gusta más.

11

Como todos los lunes, fuimos a la residencia. María estaba más tranquila que el sábado por la mañana. Marina la peinó como siempre, le puso colonia, le limó las uñas, le puso crema en la cara y nos sentamos un rato al sol. Volver a verla en calma nos devolvió una extraña serenidad. Las dejé sentadas en el jardín, les dije que tenía que ir al baño pero me fui a hablar con las cuidadoras, me dijeron que ellas eran las del turno de día, pero que si quería podía llamar a partir de las ocho, así podría hablar con el turno de noche. Me dieron un nombre, Alicia, «Pregunta por ella». Que había pasado el doctor a verla y le había encontrado una pequeña infección de orina, y que eso las altera mucho, que me quedara tranquila, pero que no había ningún problema en que hablara con Alicia.

Teníamos que comprarnos bañadores. Fuimos a la mercería que hay dos calles detrás de su casa, a Marina le daba la risa solo con verlos. Escogió los más discretos. La chica nos dijo que nos los podíamos llevar a casa para que se los probara tranquila. Me volví hacia ella diciendo con la mirada «Buena idea», pero no había interlocutora, Marina caminaba tranquila hacia el probador. Entró, abrió la cortina y me dijo:

—Anda, bonita, échame una mano.

El espacio no era muy grande, hicimos malabares, le subí el primero a presión, con la ropa interior debajo. Cuando se vio en el espejo me miró horrorizada.

—Ay, madre mía, parezco una embarazada.

Probamos los otros dos, se quedó con el «más bonito» según ella, a mí me parecía un espanto, era marrón y tenía una franja como de leopardo que iba de la ingle derecha al tirante izquierdo. Me dijo que si se ponía un bañador, se iba a poner uno «alegre».

—El azul claro es alegre, el morado es alegre.

—Este es alegre y moderno.

Pues oye, no se hable más. Fuimos a los chinos, compramos dos gorros y dos pares de chanclas.

—Qué miedo me dan esas zapatillas de plástico, me vas a tener que coger de la mano hasta que me meta en el agua, me da un miedo escurrirme en esas «cacharras». ¿Y tú?, ¿tú tienes traje de baño?

—No estoy segura, creo que tenía uno en casa de mis padres.

—Pues llama y pregunta.

Solo de pensar en llamar me daba una pereza... Marqué cogiendo aire. Descolgó ella.

—¿Diga?

—Hola, soy yo.

—Hola.

—¿A ti te suena si sigue habiendo un bañador mío en casa?

—Ufff, ni idea.

—Ya.

—¿Es urgente?

—Lo necesito para mañana...

—Pues pásate y lo miras. Tu padre estará por aquí. Igual yo también, no estoy segura, tengo que hacer recados.

—Bueno, pues luego me paso.

—¿A qué hora?

—No lo sé seguro.

—Pues nada, cuando lo tengas claro vuelves a llamar. A ver si te vas a plantar en la puerta y no vamos a estar ninguno de los dos.

—Vale.

—Pues venga, hasta luego.

—Hasta luego.

Colgué y me inundó la sensación de siempre, éramos dos desconocidas haciendo malabares con las palabras, intentando comunicarnos sin malentendidos. Yo siempre trataba de encontrar algo de calidez en sus palabras. Mi madre era de todo menos cálida, sentí el nudo en el estómago de siempre. Sentí frío.

—Marina.

—¿Dime?

—Nos vamos a una tienda de deporte.

—¿No está tu bañador?

—No, no está.

Cuando mi madre supo que estaba embarazada, pensó en la muerte. Pensó en la muerte de manera muy seria. En la del feto primero, luego en la suya propia. Se había acostado con mi padre por la insistencia de él y por la tristeza de ella. Desde que Francisco (intuyo que su primer novio) la había dejado, no levantaba cabeza. Con lo que a ella le había costado abrirle el corazón, con lo que a ella le costaba todo lo que tuviera que ver con las relaciones, con lo que ella se había esforzado por vencer el miedo y la timidez.

Francisco la cortejó desde el primer día en la oficina, en las prácticas; la miraba desde lejos, le sonreía, le hacía gestos con los dedos de «acércate, mujer, que no muerdo», hasta que mordió, mordió él y ella picó el anzuelo. Cuando alguien ha vivido blindada a las emociones, si abre la puerta, lo hace a lo grande, y se ve que a mi madre eso se le escapó de las manos. Se enamoró sin

darse cuenta y ya no había marcha atrás. Francisco era seis años mayor que ella, vivieron una historia de amor que duró aproximadamente tres años. La vida finalmente tenía sentido, habitar el mundo tenía un significado y por fin lo había entendido (todo esto lo decía ella misma en la carta que yo encontré poco después), ella, que siempre se había sentido tan sola, tan poco querida en su casa, ella, que había escuchado los gritos de su padre desde pequeña, los castigos desorbitados, la exigencia y la rigidez, ella estaba olvidando todo eso, de repente el mundo era amable y la vida finalmente tenía sentido.

Pero Francisco conoció a otra chica y se casó, o se cansó de ella y se desenamoró..., eso no lo sé, eso no estaba en la carta. Lloró y lloró, el mundo se le hacía cuesta arriba y nada aliviaba su pena. Luego estaba el vecino, Jose, mi padre, que a su madre le encantaba, Jose, el hijo de la amiga de mi abuela Lourdes, y se ve que mi abuela insistiría en que se conocieran y una cosa llevó a la otra y la pena la llevó a la parte trasera del coche de mi padre. No sé cuántas veces, no sé si estuvo enamorada de él en aquel entonces, no hablaba apenas de él en la carta. Hablaba de Francisco, de mi abuelo, del miedo y de la resignación. Mi madre debía de tener veintiún años en esa época, pensar en lo jovencita que era me enterneció cuando leí la carta. Sentí compasión, creo que es la vez que me he sentido más cercana a ella, pero en aquel momento yo no sabía todo eso.

La cuestión es que mi madre pensó en la muerte, no la juzgo, me parece normal. Pero en vez de deshacerse de mí y seguir con su vida, decidió apechugar, tenerme, y desde entonces la que solo le encuentra sentido a la vida en cualquier lugar que no sea en casa soy yo.

Ahora que lo pienso, es la única tradición familiar que tenemos.

A las ocho de la tarde empezaba el turno de noche en la residencia. Dejé a Marina en casa, recién duchada y con el camisón puesto. Haríamos la cena en cuanto subiera, le dije que bajaba a tirar la basura y a comprar tabaco.

Fui al parque que hay justo al final de su calle, me senté en uno de los bancos, estaba sola, no había ruidos, saqué la libreta que había metido en el bolso, quería apuntarlo todo, no quería perder ni un solo detalle para cuando hablara con el amigo de Sandra.

—¿Podría hablar con Alicia, por favor?

Empezó a sonar el hilo musical, al poco rato una voz se oyó al otro lado. Le conté quién era, que sus compañeras del turno de mañana me habían dado su nombre, le expliqué la involución que veíamos en María, la tristeza de su hermana, la preocupación, lo que nos dijeron aquellas dos ancianas en el umbral de su habitación.

Alicia escuchaba y callaba.

—¿Tienes algo que hacer dentro de dos horas?

—Cuido de su hermana.

—¿La puedes dejar sola?

—¿Sería mucho rato?

—Con que me des diez minutos es suficiente.

Volví a casa con la libreta intacta, en el parque vi unos gatos, pensé en Rita, tal vez eran los

suyos, cenamos, recogí la mesa, preparé el ordenador con el siguiente capítulo. Fingí una llamada a mi móvil, hice ver que descolgaba y dije en voz alta: «Perdón, lo tenía en silencio», hubiera podido ganar un Goya. Miré a Marina.

—Marina, es mi padre, me necesita un momento. ¿Te importa si me voy media hora?

—No no, ve tranquila. Apaga eso, que yo veo la tele y lo ponemos cuando vuelvas.

Hice lo que me dijo y llamé a un taxi.

Alicia me esperaba en el vestíbulo, estaba con algunos trabajadores del turno de noche, me recibió amablemente y me acompañó a la habitación de María. A medida que subíamos las escaleras empecé a entender por qué me había pedido que fuera. Por más que me lo hubiera explicado por teléfono, yo no habría podido entender la dimensión de lo que estaba sucediendo. Oí los gritos. Había tres o cuatro voces distintas, pero reconocí la suya sin problema. Alicia me agarró del antebrazo antes de entrar en el pasillo, suave, me paró, me miró a la cara.

—No entraremos en la habitación, nos quedaremos fuera. No hay que ponerla más nerviosa.

Asentí. Yo era enfermera, yo estaba preparada; en el hospital, durante las prácticas, yo había visto de todo, antes de trabajar en el banco de sangre, yo sabía de lo que hablaba, no tenía de qué preocuparse.

Me explicó que había más gente en ese pasillo con dificultades para dormir, que era una fase normal del alzhéimer, la inversión sueño/vigilia, que intentaban ponerlos a todos en la misma planta para que el resto de los usuarios pudieran descansar.

Yo no la podía escuchar, mi cerebro lo almacenó todo, pero en ese momento no podía oírla. Pasamos por delante de no sé cuántas puertas y por fin llegamos a su habitación. Tenía los brazos atados por las muñecas a las barandillas de la cama, gritaba: «¡Niñoooooo!», callaba unos segundos, esperaba respuesta, y volvía a gritar lo mismo, pero con más desespero: «¡Niñoooooo, niñoooooooo, niñoooooo!», y luego entraba en una especie de canturreo sin fin con esa única palabra.

Miré a Alicia. Ella tenía la mirada fija en María, la llamaron al móvil, «Ahora vuelvo», desapareció por el pasillo; sentí miedo, sentí los gritos de aquel pasillo metidos en las tripas. «¡Ay, madre míaaaaaa!», eso era nuevo, pero lo gritaba con la misma angustia.

Me quedé inmóvil, necesité apoyarme en la pared del pasillo, seguía viendo la puerta, pero algo me cubría las espaldas y eso me hacía sentir más segura.

Pensé en Marina, miré el reloj, tenía que irme. Subió Alicia, verla aparecer me devolvió la calma.

—¿Es así cada noche?

—Desde hace algún tiempo sí, por eso está tan cansada por las mañanas. Además, está la infección de orina que ha tenido hace poco.

—Sí, me lo han contado esta mañana. Me tengo que ir.

—Te acompaño.

Entendió mi *shock*, respetó mi silencio.

—¿Te pido un taxi?

—No, tranquila, voy a caminar hasta la parada.

Le di las gracias.

—Estamos aquí para lo que necesitéis.

Volví a darle las gracias y salí por aquella puerta con el corazón en la boca. De forma instintiva saqué el teléfono y llamé a mi padre.

—Cariño.

No dije nada, lloré.

—¿Tiene que ver con París?

Dudé antes de responder, en realidad sí tenía que ver con París; si siguiera allí mi vida sería mucho mejor, si siguiera allí no habría visto lo que acababa de ver. Pero no era eso, me imaginaba la soledad de María, la de Marina, la mía, la de mi padre con mi madre, a mi madre de mayor, gritando, yo sin saber mucho de ella, cuidándola, a pesar de los kilómetros entre nosotras. Sentí por primera vez la responsabilidad que implica ser hija única. Tuve pena por mí, tuve pena por todos, tuve pena por el mundo.

—Sí... —contesté. «Sí», no quería asustarlo, explicar lo otro iba a ser muy largo. No tenía ganas de explicarme.

—Respira, cariño.

No hizo falta ni hablar, le di las gracias, colgamos. Llegué a casa de Marina con los ojos rojos.

—¿Estás bien?

—Sí sí, todo bien.

—Un día, si te apetece, podemos hablar de tu madre... Si te apetece.

Asentí, me sorprendió, me pilló en bragas, literalmente.

—¿Quieres que veamos la serie?

—Sí, me pongo el pijama y la vemos.

De vuelta en el sofá, mi pena no se había ido. Marina se levantó, la oí trastear por la cocina, oí la campana del microondas, volvió con dos tazas en una bandeja.

—Son las infusiones que compramos el otro día, para que te caiga algo caliente en la barriga.

Le sonreí.

Sonó un wasap que entraba en mi teléfono, un rato antes la pena me había hecho mandarle uno a Paul, una fotografía del ordenador con el siguiente capítulo de *A dos metros bajo tierra* listo para empezar tan pronto como le diera al *play*. Nunca la vimos juntos. Nunca quiso. No sé muy bien qué intentaba decirle con ese mensaje. «Que te jodan, la estoy viendo.» No, no era eso. «No todo es tan malo, mira, tengo el corazón hecho papilla pero puedo ver la serie por fin.» Tampoco. «Estoy viendo la serie.» Sí, era algo así, era «Hola», era «Te echo de menos», era «¿Piensas en mí?», era «¿Estás en casa?», era «¿Qué ha pasado?», era todo eso.

Me mandó una foto de él en la cama leyendo. Me acordé de la mancha de vino en el edredón, de la última noche, de él acostándose con Aline, y entonces me arrepentí de haberle mandado la foto.

—¿La pones?

—Sí, la pongo.

Nos bebimos las infusiones relajantes, vimos el capítulo y nos fuimos a la cama. Al día siguiente empezaban nuestras clases de natación, teníamos las bolsas de deporte preparadas. La

ayudé a acostarse. Me dio uno de esos golpecitos suaves en la cara con la mano floja.

—Buenas noches, Lu.

—Buenas noches, Marina.

«Buenas noches», Paul insistió, al no ver respuesta. Borré nuestra conversación, seguía en línea. «Buenas noches», contesté.

Me volví a arrepentir de haberle escrito.

Apagué el teléfono.

12

Eusebio nos esperaba puntual en la puerta con su coche. Llamó al timbre y bajamos. Marina estaba nerviosa como una niña. Llevaba el bañador debajo de la ropa para no tener que ponerse a «hacer filigranas» en los vestuarios. Una vez estuvimos uniformadas y con nuestros gorros en la cabeza, fuimos a mirarnos en el espejo; Marina se agarraba a mi brazo y caminaba despacio, aferrando sus pies a las chanclas, cogiendo seguridad, acostumbrándose a andar con «las cacharras estas».

Estábamos guapas, decía ella. Yo le dije que más bien estábamos graciosas. Me hizo un gesto de «bueno, pues graciosas» y luego otro gesto de «venga, que vamos tarde».

Salimos del vestidor, había un pasillo con un techo de lona ocre, gordo, grueso, hinchado como por aire; me recordó a los *fingers* de los aviones, me acordé de mi regreso a Barcelona, de mi madre llevándome en coche a casa de Marina. La miré, la vi tan emocionada que la achuché, se asustó. Pensó que nos íbamos a caer.

Pasamos por una puerta giratoria y entramos por fin en la piscina. Una monitora con una lista nos pidió los nombres, nos preguntó qué curso hacíamos. Se llevó a Marina a su grupo. Yo me fui a la calle de nado libre. En la de al lado estaba Eusebio. Nos saludamos con nuestras pintas de bañistas.

Tiene la edad de mi padre, pero se conserva de maravilla. Es atractivo, es elegante, parece un profesor de universidad. Cuando se lo dije la primera vez se quedó alucinado, «¿En serio?», sí, muy en serio.

Llevaba años dedicado a su hija, a los paseos que daban, a las rutinas, a cuidarla. Iban a la biblioteca, sacaba libros para los dos, iban a los parques, leían, daban caminatas por toda la ciudad, llevaba a su hija al cine, al teatro, a comer fuera. Lo de Eusebio era inspirador, él era inspiración, siempre paciente, siempre amable.

Le pregunté con quién había dejado a Lydia. «Con su madre.» Fue la primera vez que oí hablar de «la madre». No pregunté más, pensaba que vivían los dos solos, en mi cabeza su historia tomó un tono más amable. Seguí haciendo largos, hice dos visitas a Marina, la veía agarrada a la escalera, dando patadas al agua, con los ojos entrecerrados, sonriendo, me quedaba tranquila y volvía a lo mío.

Me di cuenta de que esas dos horas semanales iban a ser más beneficiosas para mí de lo que

hubiera cabido imaginar.

Nadé con todas mis fuerzas, saqué mucho enfado en cada brazada, me relajé, abrí los ojos debajo del agua, vi mi cuerpo gravitando en la nada, me dio mucha paz. Mujer en la Luna, mujer en el espacio. La presión del agua en el pecho, el agua fresca, la sensación de bailar en el aire. Supongo que generé endorfinas que hacía demasiado que no generaba y que me sentaron de maravilla.

Tengo que admitir que salí de allí un poco «con ganas de marcha». Desde que me había separado de Paul, estaba dormida de cintura para abajo, y parecía que despertaba de la «hibernación». Me generó felicidad sentir que volvía a la vida, pero también me generó un poco de ansiedad. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a saciar mis ganas de mambo viviendo en casa de Marina, o sin Paul? ¿Dónde?, ¿cómo?, ¿con quién?

—Española dramática, ábrete un Tinder.

—¿Tú crees?

—¿Tú no?

—Ay, no sé... ¿No es un poco frío?

—*Ne sois pas bête, Lu*.

—No soy tonta..., es que es un poco pronto.

—Pronto ¿para qué? No creo que sea pronto para eso.

Empecé a escuchar el desfile de pasos por el pasillo, Marina llevaba el andador, estaba reventada después de la sesión de sincronizada.

—¿Me estás diciendo algo?

—No, estoy hablando con Agathe.

Salí al pasillo, la enfoqué, se saludaron.

Teresa nos había dejado preparada la comida, judías con patatas de primero y bacalao de segundo. Teresa era una diosa, es una diosa, con una mano increíble para la cocina. Nos despedimos de Agathe. Nos pusimos a comer. Marina tenía los ojos rojos como tomates, decidí ir a comprar unas buenas gafas para el próximo día. «Bueno, bueno, tampoco me escuecen tanto.» Estaba tan cansada que pensar en moverse de la silla le daba pavor. Nos sentamos en el sofá después de recoger la mesa. Pusimos el telediario, Marina duró diez segundos y luego cayó rendida. Le hice una foto y se la mandé a Mari Luz. Me había dado su número de teléfono por si tenía alguna duda de algo. Le conté en un audio las nuevas aventuras de Marina, nos mandó un audio de vuelta. Prometí ponérselo tan pronto despertara.

Agathe me mandó una foto, era de la última noche en París, yo estaba guapa de morirse, la verdad sea dicha.

«Ya tienes foto de perfil, ábrete Tinder, es una orden.»

Puse el teléfono en modo avión. Estaba cansada de tanto mensaje, el cuerpo también me pedía siesta. Primero le mandé a Agathe un corazón y una caca, y luego lo puse en modo avión.

Dormimos como dos lironas, sobre las cuatro y media nos despertamos, Marina estaba reventada. Decidimos que esa tarde no haríamos gran cosa, dar un paseo, sentarnos a charlar un

rato en un banco si había algún vecino y luego compraríamos algo para la cena.

Al día siguiente íbamos a visitar a María a la residencia. «Ya verás cuando le cuente que me he apuntado a clases de natación.» Volví a pensar en el amigo de Sandra, el neurólogo, tenía que quedar con él cuanto antes.

Mientras íbamos paseando cogidas del brazo como «dos pepas» (como dice Marina), le pregunté sobre la mujer de Eusebio; fue entonces cuando supe que llevaba años encerrada en casa con una fuerte depresión, que desde lo de su hija no levantaba cabeza, que siempre había sido una mujer triste y que Eusebio era un hombre maravilloso, que tenía paciencia y amor para cuidar de las dos. Que Lydia era su mayor alegría.

La imagen de ese hombre afable y guapo se instaló en mi cabeza, su paciencia, su serenidad. Parecía feliz. En ese momento no comprendí muy bien cómo podía serlo, pero con el tiempo una entiende que la naturaleza de cada uno hace lo imposible por sobrevivir, aunque sea entre los escombros, y el amor por la vida de Eusebio era a prueba de bombas.

Marina me contó que ella y su marido le querían mucho, lo cual no me extrañaba lo más mínimo, creo que es imposible no querer a ese hombre. Sus padres y ellos eran amigos de juventud, del barrio, «En la gloria estén», y a él lo habían visto crecer, como aquel que dice.

A lo lejos vimos a Rita con sus andares de cigüeña, nos saludó efusiva con los brazos, nos sentamos en uno de los bancos de la plaza y la esperamos. Cuando la tuvimos enfrente, le cedí mi sitio.

—Ahora vuelvo, chicas. Aprovecho que estáis juntas para ir a comprar pan para la cena.

—Tráenos algo para merendar.

Rita corrió a abrir el monedero, Marina le dio un manotazo y me miró con cara de «no le cojas ni un céntimo», me reí y me fui. Quería aprovechar para llamar a Sandra.

—Lu.

—Hola, Sandra.

—¿Qué tal todo?

—Muy bien. Oye, ¿has conseguido hablar con tu amigo el neurólogo?

—Mierda, me he olvidado. Joder, perdona.

—No pasa nada.

—Le llamo ahora mismo, a ver si le pillo.

—Gracias.

—¿Le paso tu teléfono?

—Como él prefiera.

—Vale, perfecto. Te digo algo en cuanto sepa.

—Oye...

—Di.

—Una cosa...

—¿Qué?

—¿Tú tienes Tinder?

—Sí.

—¿Y?

—Pues un poco de todo.

—Ya... Bueno, dime algo cuando hayas hablado con este hombre.

—Arnau.

En mi vida había conocido a ningún Arnau.

—Oye, hay un concierto que vale la pena el sábado. Dile a la hija de Marina que no duermes ahí. Te quedas en mi casa. ¿Vale?

—Pero ¿quién toca?

—La banda de mi primo.

—¿Y qué tocan?

—Ni idea, pero va a ser divertido.

—Bueno, me lo pienso y te digo algo.

—No hay nada que pensar. Te quedas en mi casa. Métete bragas limpias en el bolso y punto.

—Venga, sí, vale, el sábado vamos al concierto de tu primo. ¿Dónde es?

—No tengo ni idea de nada.

—Como relaciones públicas no tienes precio.

—Venga, llamo a Arnau antes de que se me vaya la olla y le paso tu teléfono.

—Un beso.

—*Adéu.*

Entré en la panadería: «¿Lo de siempre?». «Sí lo de siempre, ¡ah!, y una bolsa de cruasanitos.» Salí de ahí con la merienda, les compré también dos tetrabricks pequeños de zumo. Se les abrieron unos ojos como platos de la alegría, azúcar de vez en cuando, su droga favorita. Le contamos a Rita nuestra nueva actividad. «Cómo abre el apetito la piscina.» «¡Uy!, y la playa. Cuando mi marido y yo íbamos a la playa me tenía que llevar fruta y bocadillos para pasar el día, le daba un hambre...» Hablaban sin parar, me acordé del audio de Mari Luz, se lo puse a las dos, le enviamos otro audio las tres, Mari Luz nos contestó de vuelta y decidimos llamarla por Facetime. Con el alboroto del momento y la poca cobertura que teníamos todas, fue una conversación desastre, pero pudimos vernos las caras y gritar un poco a lo adolescente.

Cuando volvimos a casa, yo ya tenía el teléfono de Arnau, nos pusimos cómodas y antes de cenar me encerré en mi habitación para poder charlar tranquilamente.

Arnau era muy agradable y sereno, me habló claro, sin dramas, pero enfatizando mucho en las fases más traumáticas de la evolución del alzhéimer. «En caso de que lo que tenga sea alzhéimer.» «Sí sí, está diagnosticada.» «Bueno, pues entonces...», y ahí empezó a contarme la parte más dura.

Que muchos de los pacientes, cuando llegan a su consulta acompañados por sus familiares, entran sonriendo, sin saber muy bien lo que les ocurre, pensando que van a un médico de medicina general, sin darle ningún tipo de importancia a la aspiradora que se traga su pasado más reciente, que se sientan y le sonríen, «Yo me encuentro bien, la verdad», y que a partir de ahí todo sigue más o menos un patrón.

Pérdida de memoria reciente, desorientación en el tiempo y en el espacio, la dificultad para realizar tareas hasta ese momento cotidianas, no saber poner la lavadora, no poder utilizar el teléfono, no poder calcular, no saber cosas profundamente aprendidas... Luego todo va a peor:

olvidar el significado de las imágenes, olvidar a las personas, olvidarse de uno mismo, olvidar cómo vestirse... la llegada de los delirios, de las alucinaciones, de la desconfianza, de la ansiedad y la depresión al verse sobrepasados por un entorno que no los comprende y con el que ya no saben cómo relacionarse. Todo era muy jodido. Me contó que cuanto más culta era y más mundo tenía la persona, más complicado era detectar el inicio de la enfermedad, que al tener más recursos lingüísticos y más vocabulario, pueden disimular mejor al inicio los blancos de la mente, los vacíos, los lapsus, que en una persona muy leída y con un gran mundo intelectual se puede llegar a tardar incluso cinco años en detectar el inicio de la enfermedad; en cambio, en una persona con pocos estudios, en medio año es evidente que algo pasa. No hay tantos recursos para sustituir las palabras que desaparecen de la cabeza y de la memoria, no hay ficha de repuesto, no hay manera de tapar esos agujeros.

Me imaginé perdiendo todas las memorias que me constituyen: París, mis cuatro corazones rotos, mi adolescencia, el instituto, las jornadas en los bancos de sangre, los paseos con mi padre, mi Erasmus, olvidando cómo hablar, asustada, sospechando de todo el mundo, perdida, sola sin estarlo, aislada. Mi habitación se llenó de nubes, me pregunté si tenía suficientes recursos como para disimular, me imaginé vacía por dentro. No vacía como ahora, sino vacía del todo, desnuda por dentro y por fuera, pero sin darme cuenta de que lo estaba. Me imaginé sola, cuidada por desconocidos, o por conocidos que inevitablemente acabarían siendo desconocidos.

Me planteé quién cuidaría de mí. Solo pude pensar en mi padre. Se convirtió en Eusebio, pero con la cara de mi padre. Pero para cuando yo tuviera la edad de María, mi padre estaría peor que yo, o sea, que estaría en un asilo, o muerto, pero yo no me acordaría de su entierro...

—¿Hola?

—Sí sí, perdona, te escucho. Sí sí, estoy aquí.

—Hay algo que poca gente sabe y que debería ser vox pópuli. Algo que puede ayudaros a suavizar un poco su aislamiento.

—Dime.

—La música. La música se almacena principalmente en el lóbulo temporal, es la parte del cerebro que va desde la sien hasta la parte posterior del oído, y aunque esa zona es una de las primeras en verse afectadas por el alzhéimer, por algún motivo, ahí tenemos nuestra biblioteca musical. Nuestro propio iPod, para que te hagas una idea. Te lo estoy explicando todo de una manera muy superficial. Si necesitas que nos veamos en persona, no tengo ningún inconveniente. Bueno, pues es nuestro archivo musical. Lo que ocurre es que los recuerdos más difíciles de borrar son los que están ligados a una vivencia emocional muy intensa; la música trae de la mano a las emociones y estas abren la puerta a algunos recuerdos. ¿Me sigues? Sé que es mucha información de golpe.

—Sí sí, creo que lo estoy entendiendo.

—Descubre qué canciones le gustaban cuando era niña, de joven. ¿Está casada?

—Es viuda.

—Busca qué canción relaciona con su marido.

—Perdió a su hijo.

—¿Hace mucho tiempo?

—No sé mucho sobre eso.

—Investiga, y sé delicada. Puedes llamarme cuando necesites.

—Muchas gracias, de verdad.

—Para nada, es importante que estas cosas se sepan. ¿Dónde está ella? ¿Sigue en su casa?

—No, está en una residencia.

—Ya. Explícaselo a las cuidadoras, sería importante que lo supieran.

—Ha empezado a gritar por las noches.

—Eso es normal. Les sucede. Tú cuidas a su hermana, ¿no?

—Sí.

—Pues tienes información de primera mano. Aprovecha.

—Así lo haré. De verdad, Arnau, muchas gracias. Te debo un vino.

—Perfecto. Yo a finales de esta semana me voy a una convención en Bruselas, a mi vuelta. E insisto, cualquier duda, escríbeme.

—Buen viaje, y buenas noches.

—Buenas noches. Adiós.

Apagué la luz, me tumbé en la cama, crucé las manos sobre la barriga y respiré hondo mientras cerraba los ojos intentando ordenar toda la información.

A los pocos minutos oí golpes de nudillo en mi puerta.

—¿Lu?

—Pasa.

—¿Qué haces a oscuras?

—Estaba descansando un poco.

—¿Hacemos la cena?

—Sí. Oye, Marina.

—Dime.

—¿Cuál era tu canción preferida cuando eras pequeña?

Barcelona, 1942

Verano.

Verbena.

Banderines de colores.

Mesas en las calles.

Vecinos que se abrazan, sin caras definidas.

Vestidos azul cielo.

Iguales.

Marina con uno de esos vestidos, ella con otro.

Niños pequeños jugando con canicas.

Madres limpiando mocos a algunos de esos niños.

Sus padres, bailando.

Agarrados.

Ellas dando vueltas como peonzas para hacer volar sus vestidos.

Faldas de vestidos que parecen olas.

De repente se cuela un recuerdo de mar, de playa, pero rápido vuelve al vestido, al tacto de la tela.

Empujones con su hermana.

Cogerse de la mano, bailar, empujarse, caer al suelo.

Risa.

Su padre levantándolas del suelo.

El gato de los vecinos relamiendo la acera.

Pastel en la acera.

Coca de San Juan.

Bengalas.

Pocas.

No había dinero.

Pocas.

Pero suficientes.

Los recuerdos pasan rápidos, lo justo para reconocerlos, para hilar la historia.

La hija de la vecina llorando porque no le gusta la canción.

Siempre llorando la niña aquella.

¿Cómo se llamaba?

¿Cómo se llamaba la hija de los de enfrente?

—¿Cómo se llamaba la hija de los de enfrente?

Gritaba, hablaba alto, llevaba puestos mis cascos, no controlaba el volumen. Marina la observaba completamente perpleja, yo más. En mi *smartphone* seguía sonando *Tres cosas hay en la vida...* Sin pensarlo apenas, María escupió un nombre. Pilar.

—Es verdad. Pilar.

Marina me miraba preguntándome «¿qué está pasando?». María sonreía, la tenía cogida de la mano, la zarandeaba para que bailase. Marina se dejaba hacer, suficiente tenía con entender lo que estaba ocurriendo; me acerqué al teléfono, quité los cascos, la música sonó por el altavoz.

El que tenga un amor que lo cuide, que lo cuide...

—Es la canción que te dije anoche.

... la salud y la platica, que no la tire, que no la tire.

—Sí.

—No entiendo nada.

—Al salir de aquí te lo explico.

Marina y María se miraban. Marina seguía perpleja ante la felicidad de su hermana, bailaba como consecuencia de los movimientos impuestos por ella, por las sacudidas, pero poco a poco empezó a bailar con gusto, parecían las coristas de un grupo antiguo, cantaban y a su modo, bailaban. Se asomó la enfermera. Sonrió al verlas. A Marina le cayó una lágrima, me miró entre atónita y aliviada, «gracias», yo observaba alucinada el viaje al pasado de la mujer atada a su

silla de ruedas, mi corazón latía veloz.

La excitación. La alegría.

Mi corazón latía fuerte.

Fue tal que así.

Mi corazón bailó con ellas.

13

—Pero esto hay que contarlo. Esto debería saberlo todo el mundo.

—Me han hablado de un documental, si quieres lo vemos esta noche.

—¿Quién es ese doctor?

—Es un amigo de una compañera mía de cuando trabajé en Barcelona.

—¿Podemos ir a verle?

—Sí, ahora está fuera en una convención, a su vuelta le llamo y concretamos una cita.

Marina se quedó conforme, bajamos del taxi y nos pusimos a cocinar. A mi calendario ya no le quedaban casilleros que tachar, los días iban pasando, quería empezar a tomar decisiones. Me acordé de mi plan del sábado. Esa misma tarde llamé a Laura para pedirle que alguien me cubriera esa noche, me dijo que no había problema, que se llevaría a Marina a dormir a su casa.

—Pues hay que avisar a Toni.

—No te preocupes, le llamo ahora.

—Avísale para que no venga aquí y se pegue un susto si no nos encuentra.

Le llamé, Marina me quitó el teléfono de las manos, le contó a su hijo lo sucedido esa mañana en la residencia. Estaba feliz. Me pregunté cuál sería mi lista de canciones, con qué canciones podrían recuperarme si me quedara perdida; me costaba encontrar una sola, me aterró la idea de no tener una historia musical clara.

Busqué en mi cabeza, busqué en mi infancia... No recordaba apenas nada, no había canciones más allá de las típicas que nos enseñaban en la escuela. Mi padre escuchaba a The Beatles y a Nino Bravo, pero si aparecía mi madre bajaba el volumen, o los quitaba. No había música para mi madre. No había lugar al que agarrarme para volver a ella. Pensé que algún grupo tenía que gustarle, no tenía ni idea de cuál, pero alguno... Busqué en mi cabeza de nuevo... Nada.

Pensé en lo mucho que le gustaba Nirvana a mi primer novio, en lo mucho que me gustó Extremoduro en la adolescencia, pensé en lo mucho que había escuchado a Vincent Delerm con Paul, aún lo hacía en aquellos momentos, aún le escuchaba, me hacía sentir menos lejos de aquella casa en la que aún había cosas mías.

Me gustaba Vincent Delerm, pero sobre todo me seguía gustando Paul, seguía queriéndole.

Mientras tanto, en París las cosas no habían cambiado mucho. La mancha del edredón seguía en el mismo sitio. Me lo dijo Anne. Me mandó un wasap muy largo dos días después. Se

preocupaba por mí, se disculpaba por no haber escrito más a menudo, le dije que yo tampoco lo había hecho, que no tenía que pedirme perdón por nada.

Me dijo que Paul estaba jodido desde que yo me había ido, que el grupo ya no quedaba tanto como antes, que Aline estaba enfadada con ella por haberse puesto de mi lado y que apenas se juntaban, y que el otro día había ido a cenar a casa de Paul y que me echaba de menos.

No me quedó muy claro quién de los dos me echaba de menos, si ella o él; decidí que los dos. Le contesté que yo también echaba mucho de menos a todo el mundo y que tenía muchas ganas de ir unos días a París.

Me mandó tres hileras de manos aplaudiendo.

Le pregunté por la mancha del edredón, y me dijo que seguía ahí. Lo viví como una pequeña victoria. Yo seguía existiendo en la cama de Paul, como mancha, pero seguramente se acordaba de mí cada vez que hacía la cama o que se iba a dormir.

Me sentí algo más fuerte y pensé que Paul en realidad no era tan guapo como yo le recordaba, entré a espiar su Instagram, sin duda alguna estaba más guapo cuando estaba conmigo, pensé que la pena se le notaba; inmediatamente fui al Instagram de Aline, no pude ver nada, me había bloqueado, la odié, me puse de mal humor. Pensé que si me tenía vetada era porque había algo que yo no podía ver. Los dejé de seguir a los dos inmediatamente.

—Te pasas todo el día con el cacharro ese.

—Marina, ¿tú le ves guapo?

—¿Quién es?

—Paul.

—Ah, no, le veo feo.

Me dio la risa, no podía ser más obvio que ella lo único que quería era estar de mi lado, en mi equipo.

—¿Habéis vuelto a hablar?

—No.

—¿Te ha pedido perdón?

—A ver, cuando pasó me pidió perdón y en algún momento me ha escrito, pero también me dijo que sentía cosas por Aline.

—Y cuando te ha escrito, ¿te ha dicho que ya no siente nada por ella o que quiere que lo arregléis?

—No.

—Pues hasta que no lo haga, tú quieta.

—Ya...

—¿Tú quieres arreglarlo con él?

—Yo ahora mismo no sé lo que quiero, solo quiero estar bien.

—Pues estate tranquilita, el que sea para ti será para ti, nadie te lo va a poder quitar. Y si no, que le den morcilla.

Asentí, me había puesto triste. Realmente no me había vuelto a pedir perdón, no me había hablado de sentimientos, o de cómo estaba, no me había venido a buscar, ¿por qué no me había venido a buscar?, ¿por qué?; si estuviera sufriendo habría cogido un avión a Barcelona, se habría

plantado aquí y me habría dicho algo.

Era viernes por la noche, me volvió a doler la barriga, me entró una mala leche importante, vi un capítulo con Marina, la ayudé a ponerse el pijama y a acostarse, me fui a mi habitación, me bajé la aplicación de Tinder. Colgué la foto que me había mandado Agathe de perfil, hice un pantallazo y se lo mandé: «*Mon coeur n'arrête pas de souffrir, mais je vais tout faire pour aller mieux. Si ça c'est de la merde je prendrai un avion juste pour aller jusque chez toi et te tuer*». O sea, que estaba sufriendo como una desgraciada y que si lo de Tinder salía mal, iba a coger un avión solo para ir a su casa y asesinarla... A los cinco segundos respondió: «*Oh là là*, española pirada, veo que has tomado una buena decisión, pero para mi desgracia, te vas a ahorrar el avión».

Me entró una notificación en la pantalla del teléfono, uno de los chicos que me habían parecido medio monos me había «seleccionado» (no sé qué verbo utilizar) a mí también.

Se llamaba Joan Marc, trabajaba poniendo parqué, tenía un bóxer y vivía con sus padres. Me importaba todo dos pimientos. Quedé con él en llamarle al día siguiente. Si no podía olvidar a Paul, me iba a follar a otro.

Le conté que iba a un concierto y que el domingo por la mañana nos podíamos ver.

Me contestó con un pulgar hacia arriba.

Pues perfecto.

El sábado por la mañana habíamos vuelto a la residencia, como era costumbre. María nos recibió con los ojos cerrados, volvía a estar atada. No tenía ganas de interactuar.

Sobre las ocho me fui de casa de Marina, media hora antes había venido a buscarla su hija en coche, iba a pasar la noche con ella y sus nietos. Nos besamos, nos despedimos hasta el domingo después de comer. Era la primera vez que íbamos a estar tanto tiempo separadas. Bromeamos sobre ello, prometimos soportarlo. Volvimos a besarnos.

Llamé al timbre de Sandra, oí cómo descolgaba el interfono, oí su grito de alegría, no entendí muy bien lo que dijo, era más bien una onomatopeya entusiasta, en diez segundos estaba abriendo el portal.

—Nos lo vamos a pasar en grande.

Me abrazó saltando como si ya estuviéramos en mitad del concierto. Que resultó no ser para nada de esos de saltar. Su primo tocaba como bajista en varios grupos y esa noche acompañaba a una banda de argentinos que tocaban como dioses y que cantaban como los ángeles temas propios que me parecieron maravillosos.

Cenamos algo en una pizzería del Borne, nos metimos una botella de vino entre pecho y espalda. Era la primera vez, desde mi regreso, de libertad absoluta y me sentí increíblemente bien, nos hicimos una foto y se la mandé a Agathe, me contestó de inmediato: «*Je suis jalouse*», me abrió el corazón de un pellizco, yo también estaba celosa de todo lo que hacía sin mí, me mandó una foto de ella bebiendo vino con algunas de sus amigas del instituto, «Me has cambiado por cuatro, sales ganando», «*Reviens*», «*Oui, ma douce, je revendrais*», «No se escribe así», «Estoy borracha, escribo como quiero», «Vale, loca», «*Amuse-toi bien*», «Y tú también

diviértete mucho, nos llamamos mañana», y luego nos mandamos corazones y copas de vino, y flores, también nos mandamos flores.

Llegamos al local del concierto, no había mucha gente, se llenó una hora más tarde, así que elegimos sitio y nos pedimos algo de beber. Sandra estaba enrollada con un tío que a lo mejor vendría luego con unos amigos. Miró su teléfono, sí, iban a venir.

—¿De dónde sale?

—De la última cena de fin de año.

—O sea, que lleváis un montón viéndoos.

—Qué va, hace nada. Nos caímos muy bien, hicimos el típico grupo de WhatsApp para organizar qué llevaba cada uno a la cena. Lo pasamos bien, él iba con la novia. Me cayeron muy bien los dos. De hecho, ella y yo nos pasamos buena parte de la noche charlando. Hace un mes me escribió. Me dijo que estaba buscando piso y que le estaba preguntando a todo el mundo que conocía porque tenía mucha prisa por mudarse y no estaba encontrando nada. Yo tengo una amiga que alquilaba una habitación, los puse en contacto y se ha instalado con ella. Me invitó a una cerveza para agradecerme la ayuda, y acabamos enrollándonos.

Brindamos para celebrar su follahistoria, me miró pícara.

—¿Quieres que hablemos de Tinder?

—Sí. Mira esta foto.

—¡Ah!, es mono.

—Sí, no está mal. Hemos quedado en vernos mañana al mediodía.

—¿Al mediodía? Eso es de antigua.

—¿Sí?

—Pero, a ver, ¿tú qué quieres?

—No sé, pues un poco de mandanga.

—¿Mandanga al mediodía? Follar al mediodía es de novios.

—¿Qué dices?

—Claro, tía. A ver, hay que quedar por la noche, tomarse una copa, acercarse, ver si te gusta o no te gusta, y acabar en una de las casas, y si eso va bien, y los dos queréis repetir, entonces ya se queda al mediodía.

—Joder, no sabía que hubiera tantas normas.

—A ver, saca tu teléfono. Vamos a seleccionar a todos los que nos gusten.

—Será a los que me gusten a mí.

—Sí, claro.

Obedecí, empezamos a pasar fotografías de tíos, una detrás de otra, era casi obsceno, era una tienda de pantalones *online* pero con relleno. Fue mucho más divertido hacerlo con ella que sola en casa. Empezamos a descartar o a seleccionar de forma impulsiva, a veces gritábamos como idiotas, menos mal que la música previa al concierto sonaba alta.

Apareció su primo. Fer. Se sentó un rato con nosotras. Nos dijo que no estaba nada nervioso, que cuando acabaran nos podíamos unir a una fiesta a la que iban a ir con los del grupo. Asentimos. Fer era igual de sociable y de simpático que su prima, vestía tan rockero de los ochenta que era inevitable darte cuenta de que él era el único de los que estábamos allí dentro

que podía estar capacitado para tocar en ese concierto. Se despidió de nosotras. A los pocos minutos el dueño del bar subió al escenario y los presentó. El bar ya estaba hasta los topes. Empezaron a tocar y la música se coló por mi cuerpo llenando cada uno de los espacios por los que podía colarse; por primera vez no estaba melancólica, viví aquel momento al cien por cien, fui plenamente feliz durante toda la noche y ese espejismo fue el justo descanso a tantos días de tristeza y de darle vueltas a la cabeza.

Llegó el ligue de Sandra y sus amigos, nos presentamos y, como si todas las piezas encajaran en el puzle, de manera natural, pasamos una noche increíble.

Después del concierto nos fuimos a la fiesta que el grupo de Fer había organizado en el piso del cantante para celebrar que tenían una gira de dos meses por toda España en locales pequeños, pero a los que iba gente muy entendida en música, eso nos dijeron.

Allí siguieron tocando, Sandra y yo nos levantamos como locas a bailar descalzas encima de la alfombra del salón al oír los primeros acordes de *Años 80* de Los Piratas; las dos nos mirábamos a los ojos gritándonos la letra la una a la cara de la otra, sorprendidas de nuestro propio impulso y de que la otra también lo tuviera, fue como descubrir una parte en común que en ese momento nos unió de forma incalculable, saltábamos cogidas de la mano; de pronto pensé: «Ya tengo canción, tengo una canción, no me acordaba de este tema, pero si me pasa como a María, pueden ponerme esta canción y me acordaré de la universidad, de aquel día en la playa con las chicas, del fin de semana en el que nos fuimos a celebrar a una casa rural el cumpleaños de Cristina». Me sentí ligera, me sentí Hansel y Gretel dejando migas de pan para encontrar el camino de vuelta, me sentí un poco mareada, noté que todo el mundo miraba sonriendo nuestro baile de indias pies rojos sobre la alfombra azul marino, abracé a Sandra, grité de nuevo: «*¡No te echaré de menos en septiembre, verano muerto, veré a las chicas pasar, será como aquella canción de los años ochenta, seré como el tipo que algún día fui!*». Se acabó el tema, nos sentamos entre vítores y entre polvo de estrellas, me pusieron una cerveza en la mano, era uno de los chicos del grupo, en ese momento no me acordé de qué instrumento tocaba, solo le recordé en el escenario, le di las gracias, brindamos, y dos horas después nos besamos de camino a su casa.

En el taxi, por el tacto de sus dedos, recordé que era el bajista. A los dieciséis años tuve un novio que tocaba el bajo, tenía los mismos dedos, las mismas burbujas en las huellas dactilares, siempre me tocaba canciones de Nirvana, en aquel momento escuchar a Nirvana te hacía diferente al resto, él no lo hacía por ser distinto, él era distinto, por eso me gustaba.

Me di cuenta de que como mínimo tenía dos canciones más que añadir a la lista, *Where did you sleep last night?* y *The man who sold the world*. Me sentí algo más salvada.

Leí la yema de sus dedos con las mías, le acordé de las horas de mi adolescencia que pasé besándole mientras el CD de *Nevermind* sonaba sin pausa, me metió la mano por debajo de la camiseta, me retorcí de cosquillas, me pidió perdón, le agarré la mano y no le dejé sacarla.

El taxista nos miró por el retrovisor, le acorralé en una esquina del asiento trasero para salir de su campo de visión, y una vez solos, con el taxista pero solos, besé cada uno de sus dedos.

14

Me desperté en casa de Santi. La casa era un poco fea, eso no me ayudó mucho. Me sentía rara, si había pasado una noche tan increíble a pesar de estar enamorada de Paul, eso quería decir que Paul también podía estar viviendo noches como esa con Aline y con otras chicas.

No me servía de nada ese pensamiento, pero no conseguía controlar mi cabeza. Paul acostándose con otras y besándose con otras. «Para.» No podía. «Para.»

—Voy a bajar a buscar algo de desayuno.

—Gracias.

Me dejó sola en el piso, paseé en bragas por su salón, me sentía la protagonista de un capítulo de *Girls*, indagaba buscando algo pero en realidad no me importaba nada, toqueteaba sus cosas y abría sus cajones, viéndolo todo sin ver nada, arrastré mi crisis personal y mi desidia por el pasillo; me di cuenta de que el parquetista de Tinder me había mandado un mensaje para concretar nuestra cita, me entraron ganas de ir al baño de lo nerviosa que me puse, fui al baño, mi estómago estaba peor que mi cabeza, gasté medio bote de desodorante de hombre para que no se notara y abrí la pequeña ventana, me quité el exceso de rímel que me convertía en una especie de oso panda y volví al salón. Intenté recuperar la compostura.

Volví a pensar en Paul, anulé mi cita con el chico de Tinder. «Oh, vaya, me apetecía verte.» «Otro día, de verdad, hoy no es buen momento.» «¿Te encuentras mal?» Me contuve para no contestarle algo del tipo «No, no me encuentro mal, simplemente no me apetece nada quedar contigo», luego me alegré de no haberlo hecho, porque Tinder *boy*, al ver que no contestaba, insistió: «¿Necesitas algo?». Me tocó y me hundió. «No, tranquilo, nada, te escribo mañana y buscamos otro día, discúlpame.» «No te preocupes, hasta mañana.» En ese mismo momento me di de baja de la aplicación y, evidentemente, jamás volví a escribirle.

Se abrió la puerta y apareció Santi cargado con zumos, *muffins* y cafés para llevar. Volví a pensar en Paul haciendo lo mismo por otra chica, sentí cómo me crujía el corazón, me acerqué, le quité las cosas de la mano y le besé llevándole de vuelta a la habitación; ya lo he dicho, soy buenísima obviando cosas, obvié que en cualquier momento podía romper a llorar, la sádica que habita en mí no iba a permitir que el dolor por Paul ganara esa mañana, si hacía falta se inmolaba antes de dejar que la pena ganara.

Después del desayuno, después de charlar y de ver algunos vídeos tontos en YouTube,

empecé a sentirme mejor, volvimos a acostarnos y, entre el cansancio y el gusto, empecé a olvidarme de todo lo que tuviera que ver con él. Bajamos a comprar algo para comer, pusimos la televisión y nos quedamos fritos y abrazados en el sofá.

Sonó mi teléfono.

—Lu, ¿estás bien?

—Sí sí, voy para allá.

—Tranquila, es que al no saber nada de ti me he preocupado. Te espero en casa, no corras, ven tranquila.

Santi se desperezó, me miró sonriendo.

—¿Todo bien?

—Sí, es solo que me tengo que ir. ¿Puedo ducharme?

—Claro.

Me metí en el baño, la ducha me salvó, el agua y el olor a jabón y a champú me hicieron mucho bien, volví al salón envuelta en una toalla y con la otra a modo de turbante. Santi me alargó el brazo, le cogí la mano, me llevó al sofá y volvimos a besarnos, y con una lentitud que no había existido en los polvos anteriores, empezamos a comernos y a tocarnos mientras mi turbante se deshacía y el olor a champú lo inundaba todo.

Al acabar volví a ducharme, solo el cuerpo.

—Si te apetece, esta semana tocamos otra vez.

—Tengo unos horarios complicados.

—Bueno, te aviso y si no puedes, no pasa nada.

—Perfecto.

Me vestí, nos besamos unos diez minutos más, me fui de su casa. Yo era otra, era una persona nueva, acababa de estrenar algo que no sabía muy bien qué era.

Triste y contenta, cogí el metro.

Me olí el brazo.

Olía tanto a jabón...

Me sentí solo contenta.

Le escribí a Agathe: «Tengo novedades».

Me dijo: «*Skype, ce soir*».

Y eso hicimos.

Esa noche cenamos en la cocina, le conté a Marina que había tenido una noche muy divertida (no entré en detalles, no me pareció necesario), se alegró mucho. Me habló de su fin de semana, de su noche en casa de Laura, que le gustó estar con sus nietos, que a la mayor la veía poquito porque estaba en esa edad en la que es sano no querer saber nada de la familia, que su mejor amiga del colegio había ido a dormir también el sábado, que estaban en plena edad del pavo, que el pequeño es un niño muy dulce y que no veía muy bien a su hija, que iba al psicólogo y que hacía ver que todo estaba bien, pero que ella sabía que no, que hasta que su hija no encontrara un novio no iba a estar bien, que ella era así, y que eso a una madre no se le escapa.

Pensé en todas las cosas que se le escapan a la mía. Hacía muchos días que no la veía. Cambié de pensamiento.

—Ella sin un novio se siente muy sola, ¿entiendes lo que te digo?

—Claro.

—A mí me da rabia, me gustaría que estuviera más tranquila, pero está obsesionada. Ahora queda con uno, uno que es dentista se ve; yo la veo mal, no la veo feliz.

—Es difícil ser feliz, Marina.

—No digas eso.

—¿Por qué?

—Porque no.

Fuimos al salón, nos sentamos en el sofá. Manta y ordenador en la mesilla supletoria.

—Mi Toni es distinto, él es feliz en general. Es verdad que está con su mujer y que se llevan muy bien, pero antes de Carol también estaba siempre contento, de arriba para abajo todo el día. La única pena es que no me haya dado nietos. Que no lo digo por nada, a mí me parece muy bien que no hayan querido hijos, con el ritmo de vida que llevan es complicado, pero me habría encantado tener una nieta o un nieto de mi hijo.

—Yo no voy a tener hijos.

—Tú no tienes ni idea, tú ahora estás triste, pero cuando conozcas a uno que te guste de verdad, uno que te quiera mucho y que no te haga llorar, entonces ya me dirás si quieres hijos o no.

Me encogí de hombros, la miré diciendo «bueno, ya lo veremos». Nos pusimos otro capítulo de *A dos metros bajo tierra*, nos comimos el postre viendo cómo embalsamaban un cuerpo. Marina me miró muy seria. «Porque sé que todo eso es maquillaje, que si no me sentaría mal el yogur.» Sonó mi teléfono, era Sandra: «Solo quería saber si sigues viva». «Perdona, sí, cariño, sigo viva.» Le mandé una foto con Marina, las dos en pijama, ella nos mandó una de vuelta, en pijama y con un ibuprofeno en la boca. Dijimos que nos llamaríamos esa semana para pasarnos el parte.

—Hay cosas para las que esos cacharros van bien, ¿no?

—Sí.

—A mí me hubiera gustado poder hablar así con mi familia, poder mandar fotos y cosas.

—Si quieres, podemos comprarte un teléfono, seguro que con lo que pagas de fijo te entra una línea de móvil.

—No no no, yo no quiero un teléfono de esos. ¿Con quién iba a hablar yo?

—Pues con tus hijos.

—Ah... Bueno, eso sí. Pero ya los llamo desde casa. Quita, no no, y rebobina, que nos hemos perdido un rato de historia.

Obedecí, dio igual porque unos minutos más tarde las dos roncábamos como dos dinosaurias en el sofá. Nos despertó el ruido de la cuchara de postre cayendo al suelo.

Nos lavamos los dientes, por turnos, Marina no quería que la viera sin su dentadura, y luego la metí en la cama.

Por la mañana nos preparamos para ir al asilo de nuevo. María había pasado un domingo

tranquilo, nos la encontramos en la sala comedor, como siempre, en su silla de ruedas, atada, sola con su revista. Dos mesas a su derecha estaba el abuelo que me había hablado el día que María estaba tan mal. Le sonreí y me sonrió de vuelta. Me hizo un gesto para que me acercara.

—Nena, aquí me roban los calcetines.

No supe muy bien qué decir.

—No, hombre, no, lo habrá mirado mal, busque mejor en su habitación, seguro que están por ahí.

Hizo un chasquido con la lengua, me dejó por imposible, pensaría que... En realidad, no tengo ni idea de lo que pensaría. Rafael. Se llamaba Rafael. Lo supe por la enfermera.

—¿Eres su hija? ¿Eres la hija de esa? —Señalaba a María.

—No, no soy su hija.

—¿Y quién eres?

—Soy una amiga de su hermana.

—Ah.

»¿Y su hija?

—Pero bueno, Rafael, no seas tan cotilla.

La enfermera se acercó a nosotros. Rafael la miró muy enfadado.

—No soy cotilla, estoy hablando, ¿o es que no se puede hablar? —Me miró muy serio—. En este sitio no te dejan hablar, y además roban.

—¿Quién te roba?

—Y yo qué sé. Si lo supiera, no me robaría más.

—Bueno, pues vamos a dar un paseo, a ver si encontramos al que te roba.

—No no, yo estoy aquí con...

Fui muy rápida.

—Lu.

—Yo estoy aquí con Lu.

La cuidadora me miró intentando descifrar si el anciano me molestaba. Le hice un gesto de «para nada» y lo dejó conmigo.

—Ya verás que, cuando vayamos a la habitación, me lo han robado todo.

Marina se acercó a nosotros empujando la silla de su hermana. Yo ayudé a Rafael a levantarse y salimos al jardín.

—¿Es tu madre?

—No, soy su amiga.

—Ah...

Y así hasta que nos fuimos.

En el camino de vuelta en taxi, me llamó mi padre para saber cómo estaba, le dije que muy bien, le conté nuestra mañana y le dije que esa tarde íbamos a ir a pasear.

—Dile que se venga.

La mano delicada de Marina me daba golpecitos en la rodilla, asintiendo mientras hacía su propuesta.

—Espera un momento, papá. ¿Qué?

—Que digo que si quieres, le digas que se venga a pasear.

—¿Lo has oído?

Mi padre me dijo que sí, que lo había oído y que sí que se venía. Cuando colgamos, Marina me miró, sonrió y volvió a mirar por la ventanilla.

Su padre siempre estaba de buen humor, era un hombre tranquilo y justo, tenía suficiente con pasar el día en el puesto de las verduras y charlar con la clientela y con su madre, siempre hacía bromas. Después del trabajo, su madre se encargaba de la casa y él hacía «sus cosas con madera». Figuritas. Le relajaba mucho hacer cosas con las manos, además lo hacía muy bien. María había heredado eso, la maña, la paciencia. También hacía canastos de esparto. Tenían un cuartucho que servía lo mismo de alacena que de almacén para sus herramientas. Salía a pasear con algún vecino, charlaban de cosas de hombres y luego volvía para cenar. Su madre era muy parecida en carácter, suave, tranquila, nunca los vio discutir, tampoco los vio darse besos, en esa época la gente era muy discreta, pero ella sabía que eran felices. Marina había tenido una juventud muy feliz, la echaba de menos, echaba de menos sentirse bien, ahora se esforzaba, pero la alegría forzada no pone contenta de verdad. Sin su hermana y sin Antonio nada tenía mucho sentido.

Yo a mis padres sí que los había visto discutir, a mi madre le hace falta muy poca cosa para enfadarse, para justificar su necesidad de no hablar con nadie y pasar los días hacia dentro, pensando en sus cosas y corrigiendo la manera en la que el resto hacemos las nuestras.

—Avisa a tu madre también.

—No podrá venir.

—¿Cómo lo sabes?

Pues lo sabía, lo sabía porque la conozco, no conozco lo que hay de piel hacia dentro, pero conozco lo que hace de ahí hacia afuera. No se relaciona, no se vincula, solo quiere estar tranquila, que no la molesten, que no le pidan favores, que no le hablen si está leyendo algo, que no le hablen si está mirando por la ventana, que no le hablen si ella no te ha hablado primero. Todo eso le contesté a Marina.

—Seguro que te quiere mucho.

—No lo creo, Marina. Quererme me querrá, supongo, pero no mucho.

Se quedó de piedra. Hubo un silencio.

—Mi padre sí que me quiere mucho.

Una sonrisa de circunstancias y más silencio.

—Ok, maldita española, ¿preparada?

—*Oui.*

—¿Seguro?

Acercó un papel al objetivo de la cámara. Era un localizador, el corazón me dio un vuelco, apartó un poco más el papel y pude leer algo más, «París», «Barcelona», «17.45»...

—¿Quéééé?

—*Surpriiiiise!!!*

—¿Hoy?

—Sí, querida, hoy.

Me eché a llorar, Agathe también, yo estaba fregando los platos de la comida, me senté en una silla y apoyé el teléfono entre las mandarinas del frutero. Entró Marina asustada, pensando que me había cortado. Se acercó y me puso la mano en el hombro.

—¿Qué ha pasado?

—*Coucou*, Marina.

Buscó la voz que oía y que sabía que no era mía, vio el teléfono, vio la cara de Agathe en la pantalla, dijo hola con la mano y me apartó el pelo de la cara.

—¿Qué ha pasado?

Le expliqué que Agathe llegaba aquella misma tarde por sorpresa. Se llevó las manos al pecho, suspiró.

—Estáis chaladas, ¿sabéis el susto que me acabáis de dar?

La abracé por la cintura, estaba de pie justo enfrente de mí, me rodeó la cabeza con los brazos y me acarició el pelo. El tiempo había pasado a una velocidad trepidante, hacía muy poco que nos conocíamos, pero el espacio entre nosotras era cada vez más pequeño, no había incomodidad en la cercanía ni en las muestras de afecto y salía sin más.

—¿Dónde se va a quedar? —me preguntó.

—Tengo una habitación en un hotel del centro.

—De eso ni hablar. —Miró a la pantalla—: La cama de Lu es de matrimonio. Cabéis las dos.

La miré cortada.

—Hablo con tu hija...

—Tú no tienes que hablar con nadie, esta es mi casa.

—Acabo de hablar con tu padre —interrumpió Agathe.

—¿Con mi padre?

—Sí, me ha dicho que le has invitado a pasear. No ha sabido qué decirte para no fastidiar la sorpresa, pero llegará más tarde, conmigo, insistió en ir a buscarme al aeropuerto.

—¿Mi padre?

—Sí.

—¿De dónde has sacado su teléfono?

—Paul.

—Ya...

—*Il vient me chercher à dix-neuf heures et on va directement chez Marina*.

—¿Qué dice?

—Que mi padre la va a buscar al aeropuerto y vendrán a tu casa.

—*Ça va*, Marina?

—¿Eh?

—Que si te parece bien.

—Sí sí, *sabá*.

—*Attends!* Tu padre te ha llamado para saber si estarías en casa, queríamos darte una sorpresa, ¡qué ganas de verte! Cuelgo, que tengo que buscar la puerta de embarque.

Volvimos a pegar gritos las dos, Marina me miró desde el marco de la puerta.

—Habrá que comprar algo de cena, ¿no?

Llamé a mi padre enseguida. «Gracias, papá.» «De nada, cariño.» Le pedí si podía ir con él a recoger a Agathe al aeropuerto, pasó a recogernos por casa de Marina. Les presenté, la ayudamos a sentarse en el asiento del copiloto, yo me senté detrás y nos pusimos en marcha.

Marina y mi padre charlaban conmigo y entre ellos, me dio mucha pena pensar que Paul nunca había conocido a mi padre, tenía su teléfono porque mi padre insistió en tener otro número en el que localizarme, por si el mío se rompía o se perdía o lo que fuera.

Unas Navidades estuvo a punto de venirse conmigo a Barcelona, pero tuve una discusión absurda con mi madre por teléfono, decidí que en vez de pasar allí una semana, solo pasaría con ellos Nochebuena y Navidad; el día 26 por la mañana ya estaba volviendo a París.

Pasamos el resto de las fiestas juntos en casa, con Agathe, y unos días con su familia, en el sur de Francia, en una casa preciosa, la casa de su abuela, Mamie, todos la llamaban «mamie», yo también. Esos días en el campo tuve la sensación de estar viviendo dentro de una típica película francesa, todo el día vestida con jerséis de lana gruesos, olor a leña, comidas y cenas en mesas grandes de madera, vino, cigarros, conversaciones de horas. Paul, que me abrazaba por la espalda y me besaba en la cabeza. Sus primos, sus hermanos, sus padres. Yo nunca había disfrutado de ese tipo de reuniones en mi familia, esos días fueron un regalo.

Pensé en todo eso mientras seguía la conversación entre mi padre y Marina; en algún momento, mirando a la carretera, me encontré a mí misma reflejada en el retrovisor, diminuta, nerviosa. Me miré con detenimiento, me acordé de cuando era pequeña, de los viajes en coche con mis padres, del silencio. De cuando les pedía que pusieran mi cinta y mi padre la ponía. Parchís. Me sabía todas las canciones de memoria, las cantaba sin equivocarme en una sola palabra. Mi madre normalmente se quedaba dormida, y mi padre y yo hablábamos y cantábamos.

—¿Verdad?

—¿Eh?

—Que digo que hemos ido a comprar algo más especial para cenar.

—Ah..., sí, hemos ido a comprar.

Y ellos siguieron charlando y yo seguí viajando en el tiempo dentro de ese coche. Volví a pensar en Paul y volví a pensar que si quisiera arreglar las cosas de verdad, estaría escribiendo más o que habría venido por sorpresa, igual que Agathe. Eso me puso triste, pero me negué a dejar que me jodiera un momento tan increíble como ese. Puedo parecer una pesada, pero hacía poco que me había separado, hacía todo lo que podía por estar bien.

Aparcamos el coche y fuimos a la puerta de llegadas. Me acordé de cuando yo había llegado hacía un mes y medio, de mi madre y del trayecto en coche a casa de Marina, de la soledad que sentí en aquel momento; volví a pensar que el tiempo iba pasando y que tenía que tomar una decisión. Tenía que decidir si regresaba a París o si me instalaba en Barcelona, pero tenía que volver libremente a algún punto para poder empezar bien.

Las puertas automáticas se abrían continuamente, veía gente y rostros, y mis ojos engañaban

a mi mente, los nervios no me dejaban ver con claridad, y confundía sin parar a todo el mundo con Agathe, hasta que dejé de equivocarme, y Agathe y yo nos vimos mientras ella cruzaba la puerta arrastrando su maleta, me acerqué a ella y la abracé hasta estrujarla.

—¿Dónde está mi pancarta de bienvenida?

Mi padre y Marina se acercaron a nosotras, hice las presentaciones y caminamos de vuelta al coche. Desde que nos montamos en la parte trasera hasta que llegamos al piso de Marina, no nos soltamos las manos. Mi padre sacó su equipaje del maletero. Nos despidió.

—Hay cena de sobra. Puede subir, si quiere.

Mi padre me miró interrogativo.

—Claro, papá, únete.

Se fue a aparcar el coche y nosotras subimos al ascensor. Marina estaba cansadísima, la obligamos a sentarse en el salón, dejamos la maleta en mi cuarto y empezamos a poner la mesa. Estuvimos poniéndonos al día hasta que llegó mi padre.

Nos sentamos a cenar, serví el vino que habíamos comprado. Brindamos por las sorpresas, bebimos y charlamos; en un momento dado mi padre habló de mi madre, «Dice que vengáis a comer mañana, que así le presentas a tu amiga». Se me hizo muy raro, miré a Agathe, se encogió de hombros dándome la libertad absoluta para decidir, mi padre puso cara de «inténtalo», dije que al día siguiente por la mañana les confirmaría. Seguimos charlando y cenando. Pasado un rato mi padre se fue a su casa, acompañé a Marina a su habitación y la ayudé a cambiarse mientras Agathe se ponía cómoda en mi cuarto.

—¿Puedo pedirte una cosa?

—Claro.

—Ve mañana a esa comida.

—No puedo, trabajo.

—Yo no sé lo que pasa con tu madre, pero no seas tan dura, mañana después de la clase de natación me llevas al centro en el que come Rita. Llamaremos a primera hora para que me guarden plaza, luego volveré con ella paseando. Te esperaré en casa. Ve a la comida.

—Es que...

—Es que leches. ¿Me vas a dar ese gusto?

—Sí...

—Pues hala, a la cama, que mañana será otro día.

—Buenas noches.

Agathe me esperaba en la cama, en chándal y con la botella de vino en la mano, me miró arqueando mucho una ceja, haciéndose la sexi, me morí de la risa, me metí bajo el edredón y me pegué a ella. Nos acabamos el vino y hablamos hasta las dos de la madrugada. Nada era diferente pero había muchas cosas que contarse.

—*J'espère* que hayas traído bañador.

—*Pas... Pour quoi?*

—Mañana vamos a nadar.

—*Quoi?*

Nos habíamos tumbado cara a cara, la miré a los ojos y la mandé callar.

—Muchas gracias por venir. No sé cómo explicarte lo feliz que soy ahora mismo.
—Española dramática, no sabes beber.
La abracé y la besé. Nos dormimos en un pispás.

15

Fue una semana muy intensa: con la llegada de Agathe me monté en una noria emocional, su presencia me hacía profundamente feliz, pero, a la vez, tenerla cerca revolucionó la supuesta estabilidad que estaba consiguiendo con mi vuelta a Barcelona, mi día a día con Marina dejaba de tener sentido, todo parecía absurdo y la sensación de estar perdiendo el tiempo me oprimía el pecho, tan solo a ratos, pero no podía negar que me ocurría; lloré y reí como una desequilibrada durante esa semana.

Por un lado estaba recuperando la estabilidad emocional, estaba bastante mejor que cuando llegué y vivir con Marina me estaba haciendo mucho bien: las conversaciones con ella, el tiempo que pasábamos juntas, incluso sin hablar, me estaban cambiando. Me sentía más fuerte, más segura de mí misma, no sé explicarlo muy bien, y al mismo tiempo, no podía evitar pensar que estaba allí porque me habían colocado allí, quiero decir que mi madre me había colocado allí. Yo solo necesitaba un poco de distancia con Paul para ver si le echaba de menos, o tal vez para ver si él me echaba de menos y se arrepentía de haberme pedido un tiempo, espacio. «*Je crois que je ne t'aime plus.*» Me fui a París huyendo de Eric, me vine a Barcelona huyendo de Paul, me instalé en casa de Marina porque mi madre huía de mí. Y yo, ¿qué quería yo? Pero como estaba tan ocupada, no pensaba en eso, pero como estaba Agathe, no pensaba en eso, pero como tenía miedo, no pensaba en eso.

Era martes y nos tocaba natación, Agathe nos esperó en la cafetería de enfrente, al salir nos fuimos a casa, Marina se quedó KO después de la comida. Yo había decidido que necesitaba un día más para prepararme psicológicamente para ir a comer a casa de mis padres, comimos las tres juntas en casa. Agathe y yo nos hicimos un café en la cocina y charlamos. Paul le había escrito aquella mañana preguntándole por mí, quería saber cómo me había visto, si estaba bien.

—¿Qué quieres que le diga, *ma belle*?

—No sé, no entiendo lo que hace, no sé si sigue viéndose con ella, no sé si quiere que volvamos a intentarlo, no sé qué demonios quiere.

—*Et toi? Qu'est-ce que tu veux faire?*

Otra vez la maldita pregunta, ¿qué quería yo?

—No sé, yo quisiera viajar en el tiempo, que nada de esto estuviera pasando, seguir en París; yo era feliz, todo iba bien, había encontrado mi sitio, Agathe.

—*Oui*, ya lo sé. Pero tu sitio sigue allí, *si tu veux.*

—No, no sigue ahí, mi sitio también le incluye a él, a más cosas, pero Paul era parte de mi espacio, de mi casa.

—Necesito un cigarro.

—No se puede fumar aquí.

—Vamos a la ventana de tu habitación.

Cogimos las tazas y los cigarros, nos asomamos a la calle, las cortinas nos cubrían por detrás, una cabaña de lino blanco, un lugar seguro en el que hablar de cosas que dolían; con ella siempre hay belleza en todo lo que hace, no sé si es su magnetismo, no sé si es su manera de sacar el humo por la boca, su manera de relativizar las cosas a base de charlas acompañadas de vino o café...

No sé si es algo que solo yo veo en ella.

No volvimos a sacar el tema de Paul.

Todavía teníamos tres días por delante para darle vueltas.

—¿Estás bien aquí?

—Sí, estoy bien, mejor que en mi casa.

—Al final, no hemos ido a comer.

—No, iremos mañana. Es la primera vez que mi madre invita a una amiga mía a comer, te puedes sentir especial.

—*C'est mon charme, baby* —dijo sonriéndome y cogiendo mi mano.

—Será.

Sonó mi teléfono, era Sandra, le conté la visita sorpresa de Agathe, le resumí la noche con Santi, «Oh, pues si estás con tu amiga, no te preocupes, ya hablamos cuando se vaya», «No no, os quiero presentar, veámonos esta semana», «Los chicos vuelven a tocar el jueves, insisten en que vayamos. Bueno, Santi le ha insistido mucho a mi primo para que te convenza». Me gustó escuchar eso, le dije que miraría mis horarios con Marina, que no prometía nada pero que lo intentaría.

—¿Te apetece?

—Pues claro, española loca, ¿o te crees que he venido aquí a pasarme el día con gente de ochenta años?

Nos dio un ataque de risa, lo dijo con esa mirada suya cínica, nos reímos mucho; a ella le daba igual ir al concierto, quedarse en casa o no salir de la habitación, ella solo quería que estuviéramos juntas, yo lo sabía de sobra. Me pasó el brazo por el cuello, me atrajo hacia ella y me besó en la cara. Cerré los ojos.

Sí, París sí era la ciudad del amor.

Empezamos a oír los pasos de Marina por el pasillo, el sonido metálico del andador seguía un ritmo constante y lento, desde que habíamos empezado con la natación lo utilizaba menos, salimos de detrás de las cortinas y la vimos entrar en la habitación con cara de sueño.

—Nadar va a acabar conmigo.

—*Pas du tout*, en dos semanas más serás una sirena. Estoy segura.

—¿Bajamos al paseo y buscamos a Rita?

Eso hicimos, salimos a pasear por el barrio, nos la encontramos sentada en un banco, leyendo una propaganda que le habían dado en la farmacia. La guardó en su bolso.

Le presentamos a Agathe y volvimos a contar el viaje sorpresa, a Rita le entusiasmó la historia, sentamos a Marina con ella y nosotras nos fuimos al supermercado a comprar algo para cenar. Hablamos de su trabajo, de sus ligues, me enseñó su página de Tinder, las fotos de los tíos con los que había quedado, me contó cosas de las chicas de la escuela, elegimos un vino que ella conocía y que hacía mucho que no tomaba, compramos algo de pescado para Marina y decidimos que nosotras pediríamos japonés. Volvimos a por ellas, acompañamos a Rita hasta su puerta y fuimos hacia casa.

Una vez allí, a Marina le picó la curiosidad por la comida japonesa, quería probarla, así que congelamos el lenguado y pedimos nuestra cena por teléfono, pedimos *noodles* por si el pescado crudo le daba mucho «reparo» (dijo ella). Nos preguntó que qué eran, se lo explicamos.

—No sé yo si espaguetis de noche me van a sentar bien. —No estaba muy convencida pero confió en nosotras—. Venga, da igual, pedid lo que queráis, siempre estoy a tiempo de hacerme un pan con tomate.

Abrimos el vino y nos sentamos a la mesa, Marina prefirió agua, «Es que siempre tenéis una excusa para abrir un vino»; empezamos a charlar, le conté la posibilidad de ir al concierto el jueves, le dije que llamaría a su hija para ver si podíamos organizarnos, nos dijo que no nos preocupáramos, que se podía quedar en casa sola hasta que volviéramos, que no se estaba muriendo, leche, que saliéramos a bailar y a divertirnos ahora que aún éramos jóvenes.

Llegó la cena, le explicamos cómo coger los palillos, al tercer maki Marina tenía un dominio más que aceptable de «los palos», le gustó bastante la comida, era maravilloso verla disfrutar de un sabor completamente nuevo, ella siempre tan expresiva; se metía los trozos en la boca y nos miraba con los ojos muy fijos, supongo que era la manera de sentirse menos sola durante la experimentación, quería compartir todos los descubrimientos con nosotras, y tanto Agathe como yo la observábamos con toda la curiosidad del mundo, con cierta tensión también, esperando adivinar en cada gesto si disfrutaba o no con la cena. Le poníamos wasabi en pequeñas cantidades, la ayudábamos a elegir las mejores piezas, «Saca el cacharro y hazme una foto», quería enseñársela a su hijo, le dije: «Vamos a hacer algo mejor», grabamos un vídeo y se lo mandé a Toni. A los diez segundos recibimos un vídeo de él en el que aplaudía y le prometía llevarla a cenar al mejor japonés de toda Barcelona.

Marina estaba feliz. Agathe y yo también. Disfrutamos la cena acompañándola en su primera degustación asiática, charlamos sobre París, Valencia, los hombres, «Y tú, ¿tienes novio?». «No, yo espero a uno bueno de verdad.» Nos habló de su juventud, de cuando conoció a Antonio, de su hermana y su cuñado. Nos contó que ella y María se llevaban tan bien como nosotras, que no eran solo hermanas, que eran muy amigas, que la echaba mucho de menos. Que se sentía muy sola sin ella.

A Marina la visita de Agathe también la removió un poco. Recogimos las bandejas vacías y los palillos, nos pidió que los fregáramos y los guardáramos, le prometimos que con cada pedido le mandarían un par para cada comensal, «Ah, pues entonces los tiramos, ¿no?». Así que eso hicimos, nos pusimos cómodas y cuando nos disponíamos a poner un capítulo, Agathe exclamó

como una loca: «¿Qué hacéis viendo esa serie tan vieja?». «No sé, a nosotras nos gusta.» «No no no, Marina, *tu as confiance en moi?*» «*Oui*», dijo OUI; nos sorprendió tanto a las tres (a ella misma la primera) que nos entró la risa, «De aquí salgo bilingüe». Agathe cogió el ordenador, se lo puso en el regazo, fue al buscador de nuestra cuenta en HBO, escribió *Big, Little, Lies*. Volvió a dejar el ordenador en la mesa.

—La empecé el otro día, no me importa volver a ver el primer capítulo otra vez, pero no vamos a ver esa serie de hace doscientos años.

—¿Salen disparos?, porque si salen disparos y cosas así, luego me cuesta dormir.

—*Ne t'inquiète pas*, Marina, no sale casi nada.

La miramos, ella asintió, le dimos al *play*, nos quedamos embobadas viéndolo. Al acabar, Agathe nos miró con esa cara suya de interrogación, levantando una ceja mucho, sabiendo que había triunfado su propuesta y que ya estábamos enganchadas. Nosotras le dimos la razón. «Me he ganado un cigarro», se fue a la ventana de mi habitación, yo ayudé a Marina a acostarse y nosotras nos metimos en la cama.

—Mañana si no quieres venir a la residencia, puedes quedarte en casa.

—No no, vendré con vosotras. ¿Está muy jodida la hermana?

—Un poco. Alzhéimer.

—*Oui, je sais, comme ma mamie.*

Su abuela había muerto antes de conocernos nosotras, a veces hablaba de ella, no mucho, pero hablaba, por eso no quería que viniera con nosotras, no quería que se abrieran antiguas heridas.

Me sonrió entendiendo mi preocupación.

—Me ha vuelto a escribir Paul.

—Dile de mi parte que si quiere saber cómo estoy, que me llame.

—*Très bien.*

Escribió el mensaje en su teléfono, escribe tan rápido que a veces me deja alucinada.

—¿Ya?

—Ya.

—Joder, qué velocidad.

Se agachó a coger algo que tenía al lado de la cama, se incorporó alzando la botella de vino de la cena con un gesto solemne, triunfal, me miró orgullosa y propuso un brindis.

—Por Tinder.

Le di un manotazo y le robé la botella, esperaba algo más épico, pero entendía el mensaje perfectamente, entendí lo que quería decirme, que me lo pasara bien, que hiciera lo que tuviera que hacer, que no esperara a nadie, que viviera mi vida y que fuera yo la que tomase las decisiones. No hacía falta que dijera todo eso, la conozco de sobra, sé lo que piensa y cómo enfrenta las cosas. No conozco a mucha gente con la capacidad que tiene Agathe para aceptar lo que trae la vida, transformarlo y utilizarlo como motor, como punto de arranque. Me quitó la botella.

—Tengo otro brindis.

—A ver.

—Por la comida de mañana.
Se rio como una hiena.
—Te odio.
—Ok... Mmm, *pour le début de la paix*.
—El inicio de la paz, dice, no sé qué me da más miedo.
—Tranquila, me tendrás a tu lado.

16

Al entrar en la residencia nos volvimos a encontrar con Rafael, iba por el mismo pasillo que nosotras pero a un ritmo más pausado. Cuando pasamos por su lado nos miró mucho, como si alguna parte de él nos conociera, nos saludó con la cabeza, sin mucha convicción pero queriendo ser educado por si acaso. Me acerqué a él, le di los buenos días. Miró a Marina, miró a Agathe, me volvió a mirar a mí.

—Me roban los calcetines.

—No puede ser.

—Te digo que me roban los calcetines.

—Luego le acompaño a Dirección a poner una denuncia.

Hizo un ruido de los suyos, uno de esos chasquidos con la lengua, volviendo a dejarme por imposible, negó con la cabeza mientras avanzaba lentamente sin soltar la barandilla. Me despedí y alcancé a las chicas.

María estaba en su silla, era miércoles, tocaba peluquería; Marina cogió los mangos de la silla de ruedas y despacio la llevó hasta el lavacabezas. Las peluqueras nos saludaron sonrientes. Llevan ahí desde que abrió el asilo, tienen su propio negocio pero los miércoles por la mañana están ahí, contratadas. Paulina y su hija Silvia.

—¡Anda, María, qué bien acompañada que vas siempre!

María cerró los ojos dejándonos bien claro a todas que esa conversación le importaba más bien poco y que no tenía ningunas ganas de que le dijéramos cosas.

—Bueno, mujer, no te enfades, vamos a lavarte la cabecita y a dejarte bien guapa. Tú duerme si quieres.

Marina la miraba preocupada, me dio golpecitos en el hombro.

—¿Cuándo llega tu amigo el médico con el que tenemos que hablar?

—Vuelve el viernes.

—A ver qué día puede recibirnos.

Asentí, hablaría con Arnau para reunirnos con él lo antes posible. María movía la cabeza de un lado para otro y decía «coño» cada vez que sentía un cambio de temperatura en el agua, Marina se acercó a cogerle las manos, se miraron durante unos segundos mientras le acariciaba la cara a su hermana, María volvió a cerrar los ojos y a desaparecer para el resto de los presentes en

la sala.

En la puerta, apoyado en el marco, nos miraba Rafael. Agathe me hizo un gesto de que salía fuera a fumar. «¿Estás bien?» «*Oui oui, ça va.*» Al salir por la puerta Rafael la agarró del brazo. «¿Qué hay hoy para comer?» Le miró sin saber qué responder, y sin pensarlo demasiado y con mucho acento francés, dijo: «Paella». Supongo que fue lo único que se le cruzó por la cabeza. Rafael puso cara de sorpresa, Agathe me miró fugazmente, vi cómo los ojos se le encharcaban de lágrimas.

Salí detrás de ella.

Agathe se había criado con su abuela, los padres trabajaban mucho, la abuela vivía con ellos, yo, ya lo he dicho, nunca llegué a conocerla, la he visto en fotografías y alguna vez Agathe se ha emocionado al hablarme de ella. Durante un tiempo, cuando ella era una niña, compartieron habitación, después de que muriera su abuelo, de él apenas se acuerda. Fueron inseparables hasta que llegó la adolescencia y ella empezó a pasar más horas fuera de casa al salir del *lycée*. Para ella fue muy duro verla enfermar y perder la cabeza.

Salí al patio a buscarla, no estaba, una de las chicas de la residencia me señaló la puerta, la encontré sentada en las escaleras, fumando y llorando, me senté a su lado.

—Lo siento...

—Me parece fatal que hayas venido a Barcelona a montarme numeritos...

Nunca la había visto así de jodida, así de triste, me dio un golpe con su rodilla en mi rodilla, aproveché para rodearla con los brazos, nos quedamos así un buen rato. Se fumó todo el cigarro en silencio. No hacía falta decir nada.

—*Elle me manque beaucoup...*

Le limpié las lágrimas de la cara.

—Te odio, hasta cuando estás hecha una mierda estás guapa. Si no te apetece que vayamos a casa de mis padres, anulo la comida.

—Buen intento, pero no te libras, *petite pute*.

—Qué pena...

Volvimos a entrar. María ya estaba delante del espejo, se miraba en él fijamente mientras Paulina le peinaba con cuidado el cabello húmedo; a Marina le habían puesto una silla a su lado, intentaba coger de la mano a su hermana, pero María retorcía la muñeca hacia dentro y con fuerza intentaba zafarse de los mimos de su hermana. Al final, Marina se dio por vencida, se resignó y le soltó la mano. María siempre había sido la más arisca de las dos, la menos cariñosa.

Barcelona, 1938

16 de marzo, cumpleaños de su madre. Su padre había llevado alcachofas del puesto, se habían sentado alrededor de la mesa, las dos habían ayudado a pelarlas, tenían diez y once años, arrancaban las hojas de las alcachofas.

—Me quiere, no me quiere, me quiere, no me quiere...

—¿Tienes novio?

—¿Ñi ñi ñi ñi?

—María...

Sofía miraba a su hija reprobando la mofa a su hermana.

—¡Es que lo pregunta todo!

—Porque es más pequeña.

—¡No es tan pequeña!

—A ver si va a resultar que eres una pánfila y una antipática.

Marina recordó a su hermana retándola con la mirada, como diciendo «te vas a enterar». Su padre llegó por detrás, llevaba una bolsa con habas peladas, había estado en la puerta, desgranándolas a la fresca, las dejó sobre la mesa y con sus manos gigantes cogió las dos cabezas infantiles, las hizo mirarse a los ojos. María miraba al suelo.

—Maríaaa... No me hagas perder la paciencia.

Se miraron.

—Daos un beso.

María se acercó a Marina dejándose besar, pero sin mover un solo músculo de la cara. Marina le dio un beso.

—Ahora tú.

Y Marina se acercó a su hermana, le puso la mejilla en los labios, y María, acorralada y enfadada, le dio un beso haciendo mucho ruido. Cuando su padre se dio la vuelta se limpió los morros y le sacó la lengua.

Sofía se acercó a ella.

—Te he visto, pide perdón o se lo digo a tu padre.

Pidió perdón y, cabreada como una mona, siguió pelando alcachofas.

A la mañana siguiente ni su padre fue al mercado ni ellas fueron a la escuela, los italianos bombardearon Barcelona destrozando el centro de la ciudad; en los dos días que duró la ofensiva murieron unas mil personas.

Marina no quiere pensar en eso, no le gusta hablar de la guerra, pero no puede evitar acordarse de que el 17 al mediodía las obligaron a meterse en su habitación para que hicieran la siesta. Algunos vecinos se habían reunido en el salón de su casa, cada uno había llevado una silla y algo para compartir, hablaban de muertos y escuchaban la radio. Muerta de miedo, se metió en la misma cama que María e intentaba cogerle la mano, y también ese día su hermana retorcía la mano como una lagartija para fastidiarla y hacerla chinchar.

Hasta que entró la Paca llorando a gritos, la Paca, que había perdido a su marido y a su cuñado por las bombas, la Paca, que entró gritando como una loca, la pobre. Oyeron las sillas arrastrarse por el suelo, pasos de alpargatas corriendo hacia ella, mujeres llorando y hombres aporreando mesas, oyeron «Rápido, un vaso de agua», oyeron cómo le daban tortazos en la cara para que volviera en sí, oyeron cómo alguien hablaba de Miguel, el hijo, «¿Dónde está tu Miguel?», «Carmen, vete a buscar al niño, hay que buscar al niño», los gritos de ella, y más cosas oyeron...

Cuando se quisieron dar cuenta, tenían los brazos entrelazados y estaban cogidas de las manos y María había dejado de chinchar y le decía: «No llores, que estamos en casa, tú no

llores», y se sorbieron los mocos para dentro, y se callaron como muertas y sus manos no se soltaron hasta que subieron a buscarlas.

Mira al espejo, ve a su hermana, tiene el pelo seco, los ojos cerrados, la boca entreabierta, le pasa los dedos por los labios para que la cierre.

—Coñooo.

—Hija, qué manía te ha dado ahora con las palabrotas.

—Ñi ñi ñi ñi ñi...

Dejamos a Marina en el *casal* del barrio, habíamos llamado por la mañana para reservarle plaza a la hora de la comida, Rita se puso muy contenta al vernos entrar, nos hizo gestos con la mano mientras se acercaba a nosotras con sus brincos de cigüeña, las acompañamos a su mesa, Rita le dijo a gritos a la camarera: «¡Hoy viene mi amiga y se sienta conmigo!». La chica asintió sonriendo, en la misma mesa se sentaba el matrimonio con el que siempre comía, él apenas veía, ella estaba un poco sorda.

—Venga, idos ya, no hagáis esperar a tus padres.

—¿Luego te recogemos aquí?

—No no, yo no me quedo sentada en esta silla como un pasmarote. Cuando termine de comer me voy para casa dando un paseo.

—¿Seguro?

—Y tan seguro, estoy a diez minutos de casa a paso tranquilo.

Los cuatro nos despidieron con entusiasmo. Al pasar por la puerta vi que Agathe paraba en seco y vi también cómo el cocinero sacaba el cuello por la puerta para mirarla.

—*C'est mon charme, chérie...*

—*Oui oui, je sais...*

Cogimos el metro. Paul me llamó por teléfono, me quedé blanca, «¿Qué hago?». «No sé, descuelga, ¿no?» Me hice la fuerte, la verdad, es que ni pensé, las ganas de escucharle deslizaron mi dedo por la pantalla.

—Hola.

Me habló del trabajo, me contó que había una gotera en el dormitorio, me pareció casi poético, me dijo que se había encontrado con Christof, el guía alemán que trabajaba conmigo, que le había preguntado por mí pero que no había encontrado la manera de contarle lo que nos había pasado («¿Lo que nos ha pasado?», pensé que era gilipollas, «Lo que te ha pasado a ti, *putain*», pero me callé, no lo dije). Debo admitir que Agathe tenía la oreja pegada al teléfono por la parte de atrás y que yo subí el volumen al máximo para que no se perdiera detalle. Me contó que tenía un puente de cuatro días, que había empezado a hacer *crossfit*; las dos nos miramos con cara de flipadas y en mi interior sentí una profunda pena ante la transformación en un cliché de ese hombre que me había parecido tan increíblemente único hasta hacía unos meses.

Me preguntó por mis cosas, «Todo bien», no quise entrar en detalles, dije que todo bien,

estaba muy nerviosa, no sabía qué más decir. Nos despedimos torpes y colgamos, me entró un cabreo enorme, después de hablar con él estaba más confundida. Me volví a preguntar: «Tú ¿qué quieres?, tú ¿qué quieres?».

—Pobre, estaba nervioso.

—Agathe, de pobre nada.

—*Relax, chérie, il était nerveux, comme toi.*

—Para esto no hacía falta que llamara.

—*Attends, on va boire un verre de vin avant d'aller chez tes parents.*

Eso hicimos, a nosotras el vino nos funciona para todo, nos metimos en un bar antes de subir a comer, Agathe pidió dos *rosés*, nos dijeron que tururú, que blanco o tinto, «Blanco muy frío».

—¿Mejor?

—Pues no.

—Bebe más.

—Es que no le entiendo. ¿Por qué no dice nada?

—No lo sé. Tendríais que veros.

—Yo no me pienso mover de Barcelona.

—Bueno, algún día tendrás que volver a París, yo también vivo allí, ¿sabes?

—Ya lo sé, y tengo que recoger un montón de cosas del piso.

—No pienses en eso ahora.

—Quiero que venga a buscarme y a pedirme perdón.

—Cuidado con lo que deseas...

—¿No crees que sea lo mejor?

—Yo qué sé. Pero sigues sin decir lo que tú quieres hacer, hablas de lo que él tiene que hacer, ¿qué decisión has tomado tú?, ¿quieres estar con él?, ¿es eso lo que quieres?, ¿quieres seguir trabajando en lo de los guías?, ¿quieres un trabajo nuevo en París?, ¿en Barcelona?, ¿qué quieres?

Me la quedé mirando con un nudo en el estómago, cogí el teléfono, marqué. «Sandra, nos vemos mañana en el concierto. Vale. Sí sí, viene Agathe también. Perfecto, ¿en qué sala es? Ah, vale..., vale... Hasta mañana. No, tranquila, luego le escribo y le aviso de que iré. Sí, ok, hasta mañana.» Le di el último trago al vino. «Tú ¿qué quieres?»

—Quiero que mañana bailemos como locas, quiero volver a follarme al músico, quiero que sea divertido, quiero que la comida dure poco y quiero la paz en el mundo. Invito yo.

Mi madre abrió la puerta, me pareció que sonreía, creí que estaba borracha, o que me lo inventaba, borracha yo, no mi madre. Hice las presentaciones.

—Llegáis tarde.

Booom. Agathe, que estaba pegada a mí, me pellizcó el codo, entendí lo que quería decirme, le sonreí, «Lo siento», entramos, mi padre nos esperaba al final del pasillo, justo a la entrada del comedor, abrió los brazos, me acurruqué en él, me olió la coronilla, aspiró fuerte, me dijo al oído: «Hueles a vino», le miré a los ojos, sin abandonar el refugio de sus brazos y me puse el

índice en los labios, suplicando su silencio, me dio por imposible y abrazó a Agathe.

Me hacía muy feliz verle querer a mi amiga, no sé exactamente por qué, pero me hinchó el corazón verlos a los dos así de cariñosos el uno con el otro.

Mi madre nos miraba sentada ya a la mesa, nos unimos a ella y empezamos a repartir la comida. Ensalada en el centro, berberechos y aceitunas en platitos, patatas fritas y vino y agua, para empezar. Para abrir boca.

—Gracias por el *apéro*.

—De nada. Bueno, así que has venido por sorpresa.

—Sí.

Nos miramos y nos sonreímos. Si soy sincera, yo aún estaba asimilando que Agathe estuviera en Barcelona.

—¿Y qué tal por aquí?

—Muy bien.

—Hablas bien el español.

—Ufff..., tengo mucho que *ameliorar*, pero lo estudié en el *lycée* y veraneaba en España.

—Ah...

Mi padre propuso un brindis por Agathe, por haber cuidado de mí en París. Brindamos.

—¿Cómo os conocisteis?

—En la escuela donde estudié.

—A mí siempre me hubiera gustado hacer lo que tú has hecho, cariño, viajar a un país...

—¿Ah, sí?

Mi madre conseguía que con una pequeña intervención se acabaran las ganas de hablar de mi padre, la hubiera fulminado con la mirada, pero Agathe volvía a estar pellizcándome el brazo con disimulo, me olía la tía, olía cada reacción mía incluso antes de que yo fuera consciente de lo que me estaba pasando por dentro.

—¿Adónde te gustaría ir, papá?

Agathe me soltó, mi padre miraba su plato, levantó la vista, su cara de resignación me cerró el estómago.

—A muchos sitios.

—Bueno, dime uno, el que más te apetezca.

—No sé...

—Seguro que sí sabes.

—Bueno, a ver, Australia. Me encantaría ir a Australia.

—A mí también me encantaría ir a Australia.

—Pues mira, os podéis ir juntos. ¿Habéis acabado con esto?, ¿traigo ya la comida?

Mientras lo decía, ya se había levantado y recogía nuestros platos. Mi padre se levantó a hacer lo mismo, pero ella le puso la mano en el hombro y le hizo sentarse, «Tú cuida de nuestras invitadas». Mi madre entró en la cocina, él nos miró y nos sonrió. Creo que estaba tan acostumbrado a sus desplantes que ni siquiera le afectaban, para él todo eso era normal. Le sonreí.

—¿Qué vais a hacer hoy?

—Hemos estado en la residencia esta mañana.

—Es muy fuerte estar ahí.

—¿Cómo está la hermana de Marina?

—¿Quién es Marina?

—Mamá...

—Ah... Claro, sí sí. Está contenta contigo, ¿verdad?

—Sí.

—Yo creo que ya la quiere como a una hija, es imposible no querer a Lu.

—Cómo me alegro.

El aire se podía cortar con un cuchillo. Agathe y yo empezamos a clavarnos las rodillas la una a la otra; si esos golpes se pudieran traducir a algún idioma, vendrían a ser algo así: «Perdón, no lo he podido evitar», «Tranquila», «Vale vale», «Comemos y nos vamos», «Sí sí, nos vamos de aquí».

—¿Que si te pongo más?

Del susto me atraganté y empecé a toser como si fuera a morirme, Agathe empezó a darme palmadas fuertes en la espalda, me tuve que levantar e ir al baño y escupir lo que tenía en la boca. Volví a la mesa con los ojos llorosos y casi fuera de las cuencas, me dio la risa, mi padre me miraba asustado.

—¿Estás bien?

—Sí sí... Eh..., no, no me pongas más.

Nos volvimos a sentar los cuatro, la cosa se destensó. Mi padre y Agathe se encargaron de eso. Llegó la hora del postre, mi padre había ido a comprar unos pasteles que a él le encantan, «No te puedes volver a París sin haber probado esto», eran saras, a él le vuelven loco. Vi a mi madre sonreírle por primera vez en mucho tiempo. Nos comimos cada uno la nuestra.

Entre las dos recogimos la mesa, mis padres se sentaron en el sofá esperando el café que habíamos prometido preparar.

—*Wow*, *chérie*, es mucho más *heavy* de lo que había imaginado.

—Creo que eso no es muy bueno.

—En serio, tía, estoy un poco alucinada.

Apareció mi madre por la puerta.

—Si necesitáis ayuda, me la pedís.

—No, tranquila.

Volvió a desaparecer.

Metimos los platos enjuagados en el lavavajillas, hicimos el café, lo servimos y estuvimos un rato más con ellos, sobre las cinco de la tarde salimos por la puerta. Estábamos agotadas y necesitábamos una siesta. Nos fuimos hacia casa.

Marina estaba en la mesa leyendo un folleto de una tienda de muebles, la saludamos, oímos una segunda voz, nos asomamos al pasillo, Rita venía hacia nosotras colocándose la falda, salía del baño, había acompañado a Marina a casa y se habían estado tomando un poleo menta en el salón.

Rita nos contó todo lo que habían comido como si hubieran ido al Bulli, con ese entusiasmo

que la caracteriza; nosotras contamos nuestro menú.

—Ah..., pues muy bien también.

—Sí sí, muy bien.

—¿Y qué tal con tu madre?

—¿Qué le pasa a tu madre, nena?

—Uy, Rita, ojalá pudiera responderte a eso.

—Ay, yo no sabía que estaba enferma.

—No, no está enferma. Nos llevamos regular.

—Ah...

Se hizo el silencio. Marina me miró a los ojos, vio más allá, más adentro, como el día que llegué a su casa, me hizo un gesto frunciendo algo el ceño y haciendo una pequeña negación con la cabeza, «No le des vueltas», le dije que no con mucho convencimiento.

—Vamos a dar un paseo.

Agathe y yo nos miramos reventadas, nos levantamos, Rita se agarró a su brazo, Marina al mío y paseamos por el barrio como si nos perteneciera. Dimos un paseo largo y luego nos sentamos en uno de los bancos. Antes de que cerraran las tiendas acompañamos a Rita al supermercado, como llevaba todo el día fuera de casa no les había podido llevar los *tuppers* a sus gatos, y dijo que si se iba a casa, sabía que no podría dormir pensando que no habían comido por su culpa. Ante tal amenaza, no fuimos capaces de dejarla sola.

La acompañamos al parque, les dimos las latas, se acercaron a nosotras nada más vernos aparecer, hay que aclarar que Rita iba haciendo el ruido típico para llamar a los gatos y los llamaba por sus nombres, se lo comieron todo, se restregaban por nuestras piernas.

—Ay, Rita, quítame estos bichos, que a mí me dan miedo.

—Pero cómo te van a dar miedo, si son más buenos que el pan.

Y los gatos venga a rodearnos y a maullarnos. Miré a Marina, estaba pasmada viendo cómo Rita achuchaba y besuqueaba a su manada.

—Pero ¿cómo les das besos?

—Pues porque son mis niños.

—Mis niños, dice.

Recogimos las latas vacías, las llenamos de agua en la fuente, les dimos agua y cuando acabaron de beber, las tiramos a la papelera y nos fuimos.

Volvimos dando un paseo.

Rita y Marina iban delante, nosotras detrás.

Me acordé de la historia que me había contado Marina, me imaginé a Rita yendo cada día a llamar a su puerta para hacerla salir a la calle después de la muerte de Antonio. Pensé en su buen corazón y sentí mucho amor por esa mujer que se había resignado a no poder tener hijos y que criaba gatos para dormir sus tristezas.

Recibí un wasap de Santi.

«Se ve que vienes mañana... emoticono sonriente con gafas de sol.»

«Se ve que sí... Emoticono cohete... NOOO. Emoticono corazón.»

—Mierda mierda mierda, soy gilipollas.

—¿Qué pasa?

No le podía contestar, tenía que solucionar eso, no tenía tiempo que perder, un audio, YA, UN AUDIO YA.

«Santi amigo primo Sandra escribiendo.» Sí lo había registrado así porque conozco a otro Santi y no quería cagarla, qué irónico.

Empecé mi *speach*: «Perdona, me he equivocado, quería mandarte un cohete pero tengo..., le he dado al corazón, es que en mi tablero de emoticonos habituales (mientras mandaba eso vi cómo me entraban tres caritas lanzando besos de corazón, mierda todo mal, TODO MAL), eso, que en mi tablero de emoticonos que utilizo normalmente están al lado, y bueno, eso, nada, que te veo mañana, que un beso».

Agathe me miraba alucinada.

—Puta española loca.

Se lo expliqué todo, y sí, nos reímos a carcajadas.

17

El jueves estuvimos todo el día con Marina, fuimos a hacer la compra, dimos paseos, vimos más capítulos de los que nos recomendaba Agathe, hicimos su maleta; el viernes por la noche se volvía a París y queríamos dejarlo todo preparado. Cuando hubimos cenado las tres, nosotras dos salimos disparadas hacia la sala del concierto.

Fuimos todo el trayecto en metro cogidas de la mano, sentadas la una al lado de la otra, mi cabeza en el hombro de Agathe, su cabeza sobre la mía. La semana había pasado volando, ella se iba, yo me quedaba, no quería quedarme, tampoco quería irme, pensé en Paul, pensé que a él le había tocado la parte fácil, él se quedaba en el piso que compartimos, con los muebles que compramos a medias (no hablo en un sentido económico, a mí eso me da igual, hablo del valor sentimental de las cosas), seguía teniendo su trabajo, su pandilla, su lugar.

Yo me había vuelto, no tenía nada, tenía a mi padre, a Sandra y a Marina, pero poco más, mi situación laboral no tenía mucho sentido, yo había estudiado, me había formado, era enfermera, soy enfermera, mi amiga del alma vivía en otra ciudad, ya ni siquiera conocía sitios a los que salir a bailar en Barcelona, solo conocía los clubs de París. El pecho me apretaba, estaba realmente enfadada.

—¿En qué piensas?

—¿Te parezco una cobarde?

—Me pareces una tarada.

Me abrazó y me eché a llorar sin hacer ruido.

—¿Otra vez?

—Sí, otra vez.

—¿Qué pasa, *chérie*?

—Que te vas.

—Lu, yo lo que más quiero en el mundo es que vuelvas a París y que estemos felices allí pase lo que pase con Paul, pero no voy a condicionar tu decisión, tienes que estar calmada y decidir. Yo no me voy a ir de París, yo siempre estaré ahí, decide tranquila. Y si te quedas en Barcelona, nos visitaremos y nos emborracharemos en dos ciudades preciosas.

—No me basta.

—*Éternelle insatisfaite!*

—Paul...

—*Arrête.*

—Ya, pero...

—*Non, arrête. On va danser*, nos lo vamos a pasar bien, amor, no tenemos tiempo para hablar de Paul, solo nosotras, tus amigos, bailar y punto.

Dijo todo esto limpiándome las lágrimas y los churretones de rímel. Sacó su pintalabios y me puso dos puntos rojos en las mejillas, con los dedos los difuminó, me pintó la boca, me soltó la coleta, me atusó el pelo, me sacó la camisa de dentro de los pitillos, abrió los últimos botones e hizo un nudo con las puntas, me abrió los botones del cuello, me subió las mangas.

Salí de ese vagón de metro convertida en Vanessa Paradis, era lo más chic de toda Barcelona, después de Agathe, y fuimos en busca de Sandra, que ya me había escrito tres veces preguntándome por dónde íbamos.

Cruzamos uno de los semáforos del Paralelo corriendo, el aire me entró de nuevo en los pulmones con facilidad, me sentí fuerte, me sentí libre y sentí el silbido de Sandra que nos esperaba en la puerta del garito.

La sala estaba llena, nos pusieron un sello enorme en el antebrazo porque estábamos en la lista de los músicos, podíamos entrar y salir sin problemas, no pagamos entrada, las cervezas eran más baratas.

—*Je me sens comme une vache maintenant.*

Sandra me miró pidiendo traducción simultánea. «Que se siente como una vaca.» Y entonces le hizo el gesto de cuando marcan el ganado en respuesta a lo que había dicho Agathe, se cayeron bien desde el minuto uno.

Los chicos salieron al escenario. Santi se colgó el bajo, buscó con la mirada, sé que me buscaba, me empecé a reír. El día que me quedé en su casa, intentando encontrar una camiseta para mí, para dormir, estuvimos revolviendo su armario, sacó una horrorosa, me la dio, le dije que ni para dormir me la pondría, me contó que durante un tiempo había sido su camiseta favorita y que en sus primeros conciertos se la ponía. Le dije que entendía que no hubiera vuelto a hacerlo.

La llevaba puesta, seguía buscando entre el público, levanté la cerveza y el brazo, salté (la sala no estaba tan llena), nos vimos, y con los ojos señaló su *outfit*, levanté aún más la cerveza brindando con él, por su coraje.

Bailamos, hablamos mucho durante el concierto, fuimos y vinimos de la barra y del baño sin parar, salimos fuera a fumar algunas veces, yo me sentía un poco la reina del lugar. Es agotador vivir en mi cabeza, eso sí que es *crossfit* y no lo que hacía Paul.

Volvimos a entrar cuando estaban presentando a la banda, era el cierre del concierto, aplaudimos como locas. Nos lo estábamos pasando muy bien, al poco rato se nos unieron los chicos, hicimos las presentaciones. Santi llegó el último, se acercó directo y me plantó un beso en la boca agarrándome por la cintura. Estaba recién duchado después del concierto, se había puesto otra camiseta, no me dio opción a plantearme si quería o no quería besarle en público, su determinación me pareció sexi, la forma en la que me cogió hizo que muchos *flashbacks* de la noche que habíamos pasado juntos invadieran mi cabeza, tuve más ganas de besarle, pero no lo

hice.

Le presenté a Agathe. También se cayeron bien. Son una panda muy simpática, se acercaron algunas personas a felicitarlos, se hicieron fotos, nos hicimos fotos, seguimos bebiendo. A la una de la madrugada empezó a pinchar una *discjockey*, los chicos tenían mucha hambre, salimos a la calle y comimos algo.

Alrededor de las dos volvimos a entrar en la sala, unas luces fucsia y moradas daban vueltas alrededor de mi cuerpo, el color me envolvía, me sentí entrando en una nueva dimensión. Levanté mucho la cara, como si los rayos de colores pudieran tostarme la piel igual que lo hace el sol, sonreí de verdad, desde dentro, la música habitaba todos mis órganos. Agathe me abrazó por la cintura y sentí su cara en mi espalda, achuchándome por detrás. Santi se giró para comprobar que avanzábamos con ellos, abrí los ojos y le pillé mirándonos, a él le dio igual, siguió haciéndolo de forma tranquila, las dos nos acercamos a él. Sonó *Hey boy hey girl* de Chemical Brothers y la sala al completo gritó a la vez, salté como una atleta. Santi seguía mirándome, avancé hasta él, iba cogida de la mano con Agathe, le adelantamos por los laterales, él quedó en medio, nos soltamos las manos al notar su barriga y volvimos a juntarlas cuando sentimos su espalda, me giré para mirarle, era como si en una película fantástica acabáramos de atravesarle el cuerpo con los brazos, pero su cuerpo seguía entero, se dio la vuelta, se puso detrás de mí y me levantó por los aires. Al notar que Agathe y yo seguíamos unidas como siamesas, la levantó un poco a ella también con el otro brazo. No era un tío especialmente grandote y fuerte, pero la euforia es poderosa, verle jugar con nosotras me hizo besarle, mucho, le besé mucho. Agathe se tapó los ojos y los tres nos reímos. Nos depositó en el suelo y salimos disparadas a buscar a Sandra.

Esa noche bebimos mucha cerveza, bailamos y nos comunicamos con los cuerpos más que con palabras; yo no conocía tanto a los otros chicos, Agathe solo me conocía a mí, todo el mundo estaba bailando su propio baile, era como estar drogados, pero sin estar drogados. El nivel de endorfinas que generamos esa noche como grupo es digno de estudio, los temazos ayudaron bastante.

En un momento de la noche Santi me abrazó y sentí electricidad por todo el cuerpo, todo el caos me tenía a flor de piel. Me susurró al oído: «Vente a dormir a casa», me di la vuelta, le conté que era la última noche de Agathe en Barcelona y que iba a pasar la noche con ella. «Ah, claro, joder.» Volvimos a besarnos. Fui al baño con las chicas. Nos hicimos fotos las tres juntas. Luego, cuando Sandra entró a hacer pis, Agathe y yo nos hicimos una foto abrazadas, esa foto es la que tengo aún de fondo de pantalla en el teléfono. Estamos guapas de pura felicidad.

A las cinco de la madrugada se acabó lo que se daba, a mí me quedaban tres horas de sueño, en realidad menos, a las ocho tenía que estar en casa de Marina, ayudarla con el desayuno e irnos a la piscina.

—Nos tenemos que ir.

—Pero ¿cómo vamos a ir así de borrachas, Lu?

Se acercó Santi.

—¿Os unís?

—Yo me tengo que ir a dormir pero, Agathe, si te apetece, vete a bailar más con ellos.

—No no, me voy contigo.

—Por nosotros no es ningún problema.

Le conté la situación.

—Muy fácil, os vais a mi apartamento, dormís allí, tú a las ocho menos cuarto coges un taxi. Cuando yo llegue, me acuesto en mi sofá y tú, Agathe, cuando quieras te vas.

—Me sabe mal.

—A mí no.

Y me puso las llaves en la mano.

—No me dejéis tirado en la calle. Si os vais antes de que vuelva, estoy jodido.

Prometimos ser buenas personas, nos despedimos del grupo, quedamos con Sandra que nos llamaríamos al día siguiente, Santi y yo volvimos a besarnos, nos metimos en un taxi y recibí un wasap con la dirección exacta.

—*Oh là là... C'est trop mignon.*

Cogí aire y asentí, sí que era un tío mono, en todos los sentidos, estaba cansada y pensar en que ella se iba me ponía melancólica, así de golpe; ya lo he dicho, vivir en mi cabeza es agotador.

Llegamos a su apartamento. Fuimos al baño, las dos nos estábamos meando, le cedí el primer puesto a ella, nos quitamos la ropa, nos lavamos la cara con su jabón de mano, revolviendo en los cajones encontramos aloe vera y nos lo pusimos, convencidas de que nada malo podía venir de esa planta milagrosa.

Fuimos a la cocina, nos comimos dos trozos de pan con aceite y dos yogures y nos metimos en la cama.

Le mandamos una foto de las dos con dos de sus camisetas dentro de su cama lanzándole un beso.

Nos mandó un vídeo de todos saludando con las manos, uno de los chicos gritó: «*Bon voyage*», y entonces todos lanzaron besos al aire. Volví a sentir pena por su marcha.

Eran las seis, puse el despertador a las siete y media y caímos rendidas.

Cuando sonó, salí al pasillo en busca de mi ropa, Santi dormía en el sofá y encima de la mesa del comedor había una bolsa enorme con cruasanes y un zumo de mango.

Me quité la camiseta y empecé a vestirme, salí despacio con mucho cuidado de no despertarlos y con un cruasán gigantesco en la boca, me hice una foto en el ascensor y se la mandé al teléfono: «Tienes un gusto terrible para las camisetas, pero eres bastante guay». Me pareció que «guay» era una porquería adolescente, pero asumí que mi cerebro no daba para mucho más en ese momento, me metí en otro taxi y llegué a casa de Marina cuando ella se levantaba de la cama.

—¿Cómo lo habéis pasado?

—Muy bien.

—¿Preparada para nadar?

—Sí, pero necesito un café primero.

—Yo empiezo a prepararlo, ¿pones el pan en la tostadora?

—Voy.

—¿Y Agathe?

Me entraron dudas, no sabía si contárselo, había un salto generacional grande y no quería que tuviera una impresión equivocada de las cosas, pero cuando me di cuenta de que mi pausa se alargaba demasiado y que necesitaba contestar ya, respondí la verdad. No tenía energías para inventar nada.

—Se ha quedado a dormir en casa de un amigo mío.

—¿Va a venir a la piscina?

—No creo, cuando salgamos de allí la llamamos a ver por dónde está.

—Muy bien. Voy a cambiarme mientras sale el café. ¿Lo vigilas tú?

—Sí sí.

Se quedó tan pancha, a Marina no se le movió ni un pelo de la ceja. Tampoco entiendo qué motivo me llevó a pensar que le parecería mal, en el tiempo que llevábamos de convivencia habíamos tenido charlas sobre muchos temas y nunca había tenido la sensación de ver el mundo desde dos posturas tan distantes. Volvió a entrar con el bañador debajo de su pantalón de chándal de algodón negro y su jersey fino de color rosa maquillaje.

—Yo, que no me había puesto pantalones en la vida, y mírame.

—¿No?

—¿Yo?, qué va... Antonio siempre me vio con falda o con vestido.

—No me lo puedo creer.

—Pues créetelo, apaga el fuego, anda.

—Y si hacía mucho frío, ¿también en falda?

—Por supuesto, pero con medias.

—Ya ya, pero que dan frío.

—Pues sí que eres tú floja.

—¿A qué hora vino Laura?

—La llamé y le dije que no hacía falta que viniera.

—¿No ha dormido aquí al final?

—No.

—Pensé que se quedaría a pasar la noche.

—Para ella es un engorro levantarse y no tener sus cosas, tiene que ir al trabajo, no es cómodo. Y ya te lo he dicho, yo no me estoy muriendo, chica.

—Ya ya...

—Venga, cómete las tostadas, que si no, nos va a dar un corte de digestión.

Eusebio llamó al timbre y nos metimos en su coche. Podría haberme dormido con la cabeza contra el cristal, la luz fría de la mañana me templaba los párpados, aún con los ojos cerrados era como si el mundo entero fuera una gran bola roja por dentro, «¿Estaré viendo la parte interna de mis párpados?»... Eusebio me sacó de mis pensamientos.

—Así que fuisteis a bailar.

—Sí.

—Di que sí, hay que bailar mucho y hay que disfrutar mucho.

Supuse que él estaría pensando en su hija. Sentí lástima por ella, y por él también, me cabreé conmigo misma por perder el tiempo pensando gilipolleces cuando había gente postrada en una silla de ruedas; luego fui más benévola conmigo y entendí que yo me sentía como si hubiera perdido un miembro de mi cuerpo, venía de una amputación, podía sentir a Paul a mi lado, formaba parte de mi día a día, pero en realidad ya no estaba, el síndrome del miembro fantasma, así que tenía un poco de derecho a la melancolía.

Volví a pensar en la hija de Eusebio, no habría tenido novios, no se habría besado con nadie, ¿o sí?... Tuve ganas de conocerla, no sabía si podía comunicarse o si se la entendía.

Nos despedimos en la puerta de los vestuarios.

—Pero entonces ¿su hija puede hablar?

—A ver, no habla, pero si quieres la entiendes.

—Pero no se puede mover nada.

—Un poco la cabeza y las manos.

—Joder.

—Sí, hija...

—Tiene mi edad, ¿verdad?

—Quizás es algo mayor que tú. No estoy segura.

Pasamos las puertas giratorias enfundadas en nuestros bañadores y en nuestros gorros de silicona de colores fosforescentes. Me notaba cansada y a la vez sentía felicidad por sentir ese cansancio; después de la conversación sobre la hija de Eusebio, notar mi cuerpo, para bien o para mal, era una especie de placer extraño. Marina seguía agarrándose fuertísimo a mi mano hasta que se agarraba a las de su monitor. «Estas cacharras se resbalan como el demonio.»

Meterme en el agua fue una sensación maravillosa, volví a sentir cada parte de mi cuerpo: las axilas, la parte de atrás de las rodillas, las plantas de los pies, las ingles, era como si un montón de manos llenas de aceite me acariciaran, las zonas que menos tocaba normalmente disfrutaban el doble del contacto con el agua, me sentí afortunada. Ahí abajo los sonidos eran como la llamada de un dios marino, «Uno, dos, tres, muy bien, cogemos los manguitos», estaba en la tripa de una ballena y me fastidiaba tener que salir a la superficie para coger aire, era el paraíso, mis muslos se rozaban uno contra otro al avanzar, todo era un masaje.

Pensé en Agathe, en la suerte de haberla conocido, de tenerla en mi vida, me volví a sentir libre, fuerte, como la noche anterior cruzando aquel semáforo con ella. Un silbido volvió a apartarme de mis pensamientos, saqué la cabeza, vi al grupo de Marina con los manguitos puestos, en la zona que no cubre, me salí del agua para verlos con disimulo, simulaban las brazadas que uno hace al nadar pero haciendo pie, todos imitaban a su monitor, era una especie de coreografía de ballet.

Miré a Marina, estaba feliz, poco a poco cogía confianza y le perdía el miedo a nadar sola; al final todo es cuestión de eso, de tiempo, paciencia y confianza.

«Pues aplícate el cuento», me dije a mí misma.

Al salir de la piscina tenía mensajes de Agathe y de Santi, me habían escrito los dos. Ella iba camino de casa y nos esperaría en el bar de enfrente, Santi me deseaba un bonito día. Paul estaba en línea. Sí, antes de contestar a Santi miré si Paul estaba en línea. Luego contesté, emoticono sol, emoticono flor, emoticono beso. Nada del otro mundo, ya lo sé.

A las siete de la tarde teníamos que estar en el aeropuerto. Mi padre insistió en llevarnos en coche, pero antes comimos en casa con Marina, ella se quedó haciendo su siesta pospiscina y nosotras nos fuimos a tomar un café juntas y a pasear. Nos acercamos hasta una tienda que le había gustado a comprar un vestido que había visto mientras nos esperaba esa mañana y luego nos tomamos dos chupitos de licor de hierbas con mucho hielo en el bar de Manolo.

Volvimos a hablar de todo, de los planes que podíamos hacer juntas, y soñamos con mi posible vuelta a París. Algo achispadas, regresamos a casa, dejamos las maletas preparadas y acompañamos a Marina al paseo. Rita y otra vecina estaban en un banco, las dejamos ahí charlando de sus cosas. Rita prometió acompañarla a casa y quedamos en encontrarnos allí tan pronto como dejáramos a Agathe en el aeropuerto. Marina y ella se abrazaron y se despidieron entre promesas de volver a verse. Rita se levantó para abrazar a Agathe y nos fuimos a buscar las maletas.

En el coche nos sentamos las dos detrás.

—Papá, me sabe mal, pareces un taxista.

—No seáis tontas.

Estuvimos haciendo ver que todo nos daba igual, que no nos daba pena separarnos, que estábamos por encima de eso, que la distancia no nos daba miedo, que no estábamos jodidas, nos hicimos bromas brutas en francés, prometimos hablar en cuanto Agathe llegara a su apartamento. De pronto se puso seria.

—*Ce garçon est amoreux de toi, Lu, fais attention.*

Asentí sí, iba a tener cuidado. Yo no quería hacerle daño a nadie. Mucho menos a Santi, pero que existiera me hacía mucho bien en ese momento. Intenté quitarle peso al asunto.

—No eres la única irresistible, querida.

—*Je sais...*

—*J'ai moi aussi un certain charme, chérie...*

Me empezó a cantar flojo nuestra canción, me hice la irresistible a propósito; siempre que una de las dos estaba muy guapa, o ligaba, o se sentía sexi, la otra le cantaba esa estrofa de la canción de Axelle Red *Sensualité,* con voz rasgada y con unos gestos que ya habíamos aprendido a base de repetición...

J'aime, j'aime
tes yeux, j'aime ton odeur...

Si salíamos a bailar y alguno se ponía a ligar con Agathe, yo me acercaba por detrás del chico, sin que me viera, y le hacía el *playback* gesticulando muchísimo con la boca pero con otra canción completamente distinta sonando, era nuestra broma privada preferida. Cuando Paul nos veía, se partía de risa; incluso cuando alguien se acercaba a intentar ligar conmigo, Paul y Agathe

cantaban para mí detrás del muchacho en cuestión, sí, Paul también se había aprendido la coreografía.

Tous tes gestes en douceur
lentement dirigés.
Sensualité.

Llegaba nuestra parte preferida; me uní a cantar con ella, levantamos más la voz y gesticulamos como divas, no nos olvidemos del licor de hierbas que corría por nuestras venas y de la necesidad de distraer nuestras cabezas hasta la despedida.

Ouh, stop un instant.
J'aimerais que ce moment
fixe pour des années
ta sensualité.

La cantamos entera.

Cuando llegamos al aeropuerto volvimos a fingir normalidad, ella y mi padre se despidieron, «Voy al aparcamiento, no te preocupes, no hay prisa», yo la acompañé dentro. Asentí y arrastré su maleta, como si después de eso Agathe no se fuera a meter en un avión para irse, como si entrara en un supermercado, como si esa maleta fuera un carro de la compra, como si no hubiera dolor, obviando que no sabíamos cuándo nos íbamos a volver a ver; sí, soy pesada, lo siento, sé que ya lo he dicho, pero soy buenísima obviando cosas.

—Yo puedo.

—Y yo.

Sacamos su tarjeta de embarque y la acompañé hasta que ya no me dejaron acompañarla más.

—Gracias por venir.

—*Merci à toi, chérie.* Me he divertido mucho.

—Y yo.

Nos abrazamos, no lloramos, estuvimos una eternidad muy corta fundiéndonos en ese abrazo. Nos apartamos y nos miramos a los ojos, nos sonreímos.

—*Allez, je dois partir.*

Se alejó, nos estuvimos diciendo adiós con las manos sobreactuando a cada curva que daba el cordón de la fila de espera.

Vi cómo cogía su teléfono y al segundo sonó el mío.

—Vete ya, española, me va a crujir el corazón.

Me cayó una lágrima, sentí mucho amor, la miré, me miró y me fui hacia la puerta. La canción de Axelle Red volvió a sonar en mi cabeza, toda no, solo dos líneas: *Ouh, stop un instant, j'aimerais que ce moment...*, verdaderamente me hubiera encantado que aquel momento... La puerta giratoria me escupió a la calle, la música paró y Barcelona me volvió a parecer igual de dolorosa que el día que regresé con el corazón hecho añicos.

18

En el coche me esperaba mi padre. Cuando entré y me senté me despeinó la cabeza mientras me ataba el cinturón de seguridad.

—¿Te llevo a casa de Marina?

—No.

Busqué en mi teléfono el wasap que me había mandado Santi la noche anterior con la dirección de su casa, se la leí a mi padre.

—Llévame aquí, tengo que recoger una cosa.

Puso la dirección en su GPS y encendió la radio, «Llora tranquila», sus palabras dispararon mis lágrimas, en algunos semáforos me cogió de la mano y poco a poco fui aflojando. Cuando llegamos a casa de Santi, me preguntó si quería que me esperara.

—No, papá, gracias por todo.

Al lado de la portería había una tienda de alimentación, entré, compré yogures y llamé al timbre.

—¿Sí?

—Policía de camisetas.

Abrió, me esperaba arriba, en el quicio de la puerta. Me vio acercarme con los yogures en la mano y me miró arqueando mucho las cejas, preguntando divertido.

—¿Y eso?

—Anoche nos comimos tus yogures, no quiero que vayas contando por ahí que soy una gorrona.

Entramos, cogió los yogures, iba a decir algo pero le corté.

—Me tengo que ir en media hora, tengo que volver con Marina. No estoy en mi mejor momento, Santi, no soy yo del todo, estoy en plena separación y ni siquiera sé si voy a quedarme en Barcelona. Estoy muy triste porque Agathe se acaba de ir y lo único que me va a salvar hoy es que nos besemos, y si nos acostamos, mejor, pero me apetece besarme contigo, aunque antes quiero dejar muy claro que no soy nadie que merezca mucho la pena en estos momentos de mi vida.

—Me parece bien todo menos lo último, pero no voy a discutir ahora porque solo tenemos media hora.

Fuimos a su dormitorio, puso el despertador treinta minutos más tarde y no dijimos una sola palabra. Al acabar, nos quedamos los dos mirando al techo, tranquilos, desnudos, respirando acompasados, sentí la mano de Santi cogiendo la mía, le miré, él tenía los ojos cerrados, veía su perfil tranquilo, veía cómo su pecho se hinchaba y deshinchaba al compás de su respiración. Observarle me calmó, sentí que la lentitud de sus pulmones apaciguaba mi tornado interior, abrió los ojos al tiempo que giró la cara para mirarme. En ese momento sonó el despertador. Se dio la vuelta para apagarlo. Su espalda me pareció confortable y bonita, empecé a acariciarla con la yema de los dedos; Santi se quedó quieto, vi cómo se le ponía la piel de gallina, fui más lenta en mis movimientos.

—No te vayas a pensar que me está gustando.

—No no, para nada.

—No te vayas a creer que me está dando gusto ni nada parecido.

—No no.

Se dio la vuelta, volvía a estar completamente preparado para la acción, me besó, me hubiera pasado toda la noche ahí, sin comer, sin beber, sin nada más que hacer que lo que estábamos haciendo. Me separé.

—Me tengo que ir.

Me miró, cogió aire, lo soltó despacio por la boca, haciéndose el maestro zen. Estaba tumbada encima de él, me recogió el pelo, lo apartó de mi cara, volvió a besarme, «Vete de aquí, corre, vete de aquí», soltó mi pelo y volvimos a besarnos.

De camino a casa me acordé de las primeras veces con Paul. Me acordé de cuando me quedaba en su apartamento y se levantaba a media noche para traerme un vaso de agua, me acordé del primer regalo de cumpleaños, me acordé de las notas de amor en el espejo del baño, me acordé de nuestras primeras vacaciones juntos, me acordé de las noches con él y con Agathe, de nuestras salidas a bailar, me acordé de cuando se murió su tía y pasamos toda la noche abrazados hablando de cosas importantes, porque la muerte siempre llena la cabeza de preguntas y de convicciones, me acordé del fin de semana que fuimos a aquella casa en el campo con sus amigos, me acordé de cuando empecé a sospechar que pasaba algo con Aline, me acordé de cosas que mejor no acordarse, me acordé de cuando me fui a París por primera vez... Levanté la cabeza y miré a mi alrededor: los edificios, los semáforos, las parejas con carrito, los ancianos, las persianas de los negocios que se bajaban. Pensé en muchas cosas, pensé en tantas cosas que me metí en el metro y llegué a casa de Marina sin apenas darme cuenta.

—Perdona, el vuelo se ha retrasado.

—He puesto verdura a hervir.

—¿Le queda mucho?

—Le debe de quedar unos veinte minutos.

—Pues me doy una ducha y cenamos. ¿Quieres ducharte?

—Mañana por la mañana mejor.

—Vuelvo enseguida.

El agua me dejó como nueva, me unté el cuerpo con crema hidratante, me puse sérum en el pelo y otro tipo de sérum en la cara, me corté las uñas, me puse colonia encima del pijama, que

es algo que solo hago cuando: (a) me siento muy bien, (b) necesito sentirme muy bien.

Marina estaba poniendo la mesa, la ayudé, me miró y me dio una palmadita en la cara, leía en mis ojos, yo no me escondía con ella. Le di un abrazo y la obligué a sentarse en la silla, serví la cena y me contó su tarde con Rita. De repente, mirando a su plato, me dijo:

—Siempre he pensado que Rita estuvo un poco enamorada de Antonio.

—¿Qué?

—Es normal, Antonio era mucho hombre.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Cuando se quedó viuda, lo pasó muy mal, yo no le hacía mucho caso a la pobre, me caía muy bien, nos conocíamos de toda la vida, yo a su marido le tenía mucho aprecio, era un buen hombre, pero si soy sincera yo a ella no le hice mucho caso; tampoco es que fuéramos amigas amigas, éramos vecinas. Cuando perdí a Antonio me di cuenta de lo mal que se pasa, y cuando la veía venir una tarde detrás de otra para ver cómo estaba me di cuenta, me dije a mí misma: «Esta mujer sabe por lo que estoy pasando, esta mujer sabe de verdad las pocas ganas de levantarme por las mañanas que tengo... Claro, ella lo ha pasado también, pero yo no le eché cuentas...». No sé, no lo pensé, no es que me diera igual, es que no lo pensé. Luego me di cuenta. La pobre Rita, sin hijos, sin nadie. Antonio me lo decía: «He visto a Rita en el paseo, hemos estado hablando, está fastidiada la pobre», y yo pensaba: «Pues bueno, lo normal, lo que toca, se le ha muerto el marido, ¿cómo va a estar? Pues no va a estar bien». No sé explicarlo, había una parte de mí que no se enteraba de lo que eso significa. Antonio era más comprensivo con esas cosas, era muy sensible, lloraba más que yo con las películas. Él sí hablaba con Rita, alguna tarde la había invitado a casa a tomar café, «Me he encontrado con Rita en el ambulatorio, le he dicho que pase esta tarde a tomar el cafelito», y yo pensaba en que no sabría qué decirle, en el engorro de tener a alguien triste en casa; ¿qué se le puede decir a alguien que se ha quedado sola? Pues nada, no se le puede decir nada, ahora lo sé, nada de nada. Vino un día. Antonio y ella hablaron mucho, yo escuchaba y pensaba en mis cosas. Creo que se enamoró un poco de él. Es normal, no lo digo enfadada, ella tan sola y él... le dedicaba tiempo, la escuchaba. Hoy en el banco hemos hablado de nuestros difuntos, estaba la Trini también, la madre de la pescadera, bueno, es la mujer que estaba en el banco con ella esta tarde.

Asentí.

—Pues hemos hablado de nuestros difuntos, la Trini también está sola, bueno, vive con una chica de Guatemala, ¿era Guatemala?, ay, ahora no me acuerdo de dónde es la chica que vive con ella. Muy maja, tiene dos críos allí, un crío y una cría, bueno, pues hemos hablado de nuestros difuntos. El de la Trini era un malasombra, todo el barrio lo sabía, la tenía frita, y ella se quedó en la gloria cuando se murió, no lo ha dicho hoy pero es algo que se sabe. Yo he hablado de Antonio, de que le echaba de menos, y Rita ha suspirado y me ha dicho: «Es que tu marido era un hombre de los que no hay, de los pies a la cabeza, Marina, era un gran hombre, qué pena más grande, hija». Y ahí me he acordado de que yo en algún momento pensé en eso, en que le gustaba mi Antonio, pero ya no me acordaba, y esta tarde me ha vuelto a la cabeza. No la culpo.

—¿El marido de Rita era bueno con ella?

—Lo que pasa en un matrimonio nunca se sabe, eso es algo muy íntimo.

—Me hubiera gustado conocer a Antonio.

—Si mi Antonio viviera, no nos conoceríamos ni nosotras.

—Eso también es verdad.

Le cogí la mano encima del mantel. La sacó rápida y empezó a recoger los platos.

—Voy a por el postre, ¿manzana o pera?

—Ya voy yo.

—No, deja deja.

—Pera.

Me imaginé a Rita en su casa sola, cenando, viendo la televisión o escuchando la radio, sabiendo que todos los días de su vida iban a ser iguales: levantarse, desayunar algo, dar un paseo, dar de comer a los gatos, sentarse en el banco un rato y volver a casa. Pensé en los días más crudos de invierno, en los que salir no es una opción para alguien de cierta edad, me la imaginé muy sola y a la vez venía a mi cabeza su cara sonriente y sus zancadas de gimnasta torpe. Me sentí imbécil por mis dramas absurdos, llegó Marina con las peras.

—No vayas a decir nada de lo que te he dicho.

—¿A quién se lo voy a decir?

—No sé.

—Mira, se lo voy a contar a la Trini.

—Puñetera.

Nos sonreímos.

—No están mal las peras, para no ser temporada.

—Yo nunca sé cuándo es temporada de nada.

—Es normal, ahora puedes comer lo que quieras todo el año. Pero nada sabe a nada.

—Cuando acabemos, podemos ver un capítulo.

—Pero de la serie nueva.

—Sí sí, de la serie nueva.

Mientras Marina se ponía su camisón, acabé de recoger la mesa y preparé el capítulo. Sonó mi teléfono, era una foto de los yogures en la nevera de Santi: «Sé lo que intentas, quieres que cada vez que abra la nevera me acuerde de ti y que poco a poco caiga en tus redes; no te esfuerces, es absurdo, ya lo habrás notado esta tarde, no me gustas nada de nada». Me sentí bien, si le hubiera tenido cerca, habría terminado con lo que habíamos dejado a medias esa tarde. Como no sabía muy bien qué contestarle le mandé el emoticono del beso, no la cara con el corazoncito en la boca, eso me pareció que se podía confundir con algo romántico, le mandé los labios rojos, el beso de pintalabios, que me pareció sexi y educado a la vez. Sí, pensé eso. No me contestó nada más.

Volvió Marina y pusimos el capítulo tres, habíamos visto los otros dos con Agathe; ella ya estaba en un taxi camino a su apartamento, nos había mandado un audio, nosotras le contestamos otro con la sintonía del capítulo y al final se nos oía a nosotras decirle que no era lo mismo sin ella.

Todo lo que Marina me había contado en la cena volvió a mi cabeza, vi a esas mujeres en pantalla ayudándose y viviendo cosas juntas, como yo con Agathe, como Sandra ayudándome

desde que había vuelto a Barcelona; la única diferencia entre Marina y nosotras es que a lo mejor ciertas cosas tuvo que hablarlas a escondidas con su hermana, pero al final era lo mismo, si me entendía con solo mirarme era porque en realidad éramos lo mismo. Pensé en mi madre, en que nunca la había visto con amigas, nunca la he visto hacer nada con otras mujeres, nunca.

—Por cierto, nunca me dijiste qué tal la comida en casa de tus padres.

Me quedé helada. «Mañana te cuento.» Una hora más tarde nos fuimos a la cama. Volví a pensar en Rita.

19

Los sábados nos despertábamos y desayunábamos en el comedor, los otros días siempre tomábamos el café y las tostadas en la cocina, pero los sábados y los domingos no. Encendíamos la radio y disfrutábamos de cada sorbo; Teresa no venía los fines de semana, estábamos solas.

Nos estábamos preparando para ir a la residencia a visitar a María, observé a Marina sentada en la silla de plástico, duchándose, desnuda, arrugada y bella, con un cuerpo blando, suave. Cogía con delicadeza su esponja y se la pasaba, cuando había acabado con todas las zonas a las que podía acceder sentada me hacía una señal con la mano, yo me acercaba, la ayudaba a levantarse sobre la alfombra antideslizante que forraba el suelo del plato de ducha, se sujetaba a una agarradera metálica que había en uno de los laterales mientras yo dejaba una de mis manos en medio de sus omóplatos para darle confianza y entonces ella se agachaba un poquito hacia delante y se limpiaba bien lo que ella llamaba «sus partes íntimas». Habíamos aprendido a normalizar todo ese proceso, las dos estábamos cómodas y creo que Marina se sentía muy tranquila.

Luego volvía a sentarse y se rociaba con la alcachofa todo el cuerpo y se enjuagaba su pelo corto y fino.

—Tendrías que haber visto la melena que yo tenía de soltera.

Ese sábado me habló de muchas cosas mientras se secaba y se ponía la ropa interior.

—Bueno, ¿qué?, ¿me vas a contar qué tal fue la comida?

—Bien, normal.

—¿Qué pasa con tu madre, nena?

—Creo que se podría resumir en que no nos caemos bien.

—A ver, ¿qué tontería es esa?

—No es ninguna tontería, a mí no me gusta ir a verla y a ella no le gusta que vaya. En realidad, ahora que me escucho, somos compatibles al cien por cien.

—Cariño, ¿cómo no le va a gustar a tu madre que vayas a verla? Eso es absurdo.

—Marina, en serio, no le gusta.

—Hija, pues no sé, si no te explicas un poco más...

—Mi madre siempre está enfadada, siempre está de mal humor, no disfruta haciendo nada, que yo ande por su casa la agobia, a ella le gusta estar sola.

—Pero ¿no vive con tu padre?

—Comparten casa. Pero no hacen muchas cosas juntos.

—¿Has hablado con él?

—¿De esto?

—¡Toma!, claro.

—No.

—Pues a lo mejor deberías, a lo mejor hay una explicación y no tiene nada que ver contigo. A lo mejor está preocupada por algo.

—Da igual, Marina, a mí ya me da igual, de verdad.

—No digas eso.

—¿Sabes cuántas veces me he sentido completamente sola? No voy a sentirme culpable por no necesitarla, ella me ha hecho acostumbrarme a no contar con ella, te aseguro que a mí me hubiera gustado que las cosas fueran distintas, pero ahora ya me da igual. He llorado mucho, Marina, mucho. Ahora ya da igual.

Se quedó callada. Terminó de secarse. Me hizo un gesto para que le acercara sus bragas y su sujetador, estaban en el lavabo, se sujetó a mi antebrazo mientras hacía filigranas poniéndose «las cacharras»; salí del baño, entré de nuevo con su camisa y su falda, la ayudé a ponérselas.

—A lo mejor mis hijos se han sentido así alguna vez.

Me encogí de hombros, no sabía qué responder.

—Es muy difícil estar a la altura, una se imagina unas cosas, ya lo verás, a una le dicen que la maternidad es así y que es asá, y luego es doscientas veces más complicada de lo que pensabas.

—Yo no voy a ser madre.

—Y dale...

—¿Qué?

—Que no tienes ni idea de lo que vas a hacer, pero si te quedas más tranquila diciendo eso, pues hala, no vas a ser madre.

—Es que no voy a ser madre, Marina.

—Pues ea, no se hable más, pásame el secador.

Yo nunca he pensado muy en serio si iba o no iba a ser madre, de alguna manera tenía asumido que sí, desde pequeña había aprendido los pasos a la madurez: estudiar una carrera para trabajar en un buen puesto, conocer al amor de tu vida, casarte y tener hijos, eso es lo que yo había asumido como válido. Así tenía que ser. Eso es lo que iba a hacer. Eso es lo que iba a suceder. Pero no estaba cumpliendo con la normativa, no estaba haciendo lo que se esperaba de mí: no tenía un trabajo estable, había decidido irme a otro país y pedir una excedencia en el hospital, me había enamorado como una loca de un hombre que no podía ser el amor de mi vida por la simple razón de que antes ya había habido tres hombres de mi vida, porque ¿qué quiere decir «el hombre de tu vida»? ¿El hombre de tu vida es el que quieres que se quede para siempre a tu lado? En ese caso, los cuatro lo habían sido. ¿El hombre de tu vida es el que te hace feliz? En ese caso, los cuatro lo habían sido y los cuatro habían dejado de serlo. ¿El hombre de tu vida es el que vive contigo toda tu vida? En ese caso, aún no lo había conocido, ¿iba tarde?, y lo único

que quería era seguir en París y (seamos honestos) seguir al lado de Paul, fuera el hombre de mi vida o no.

Realmente nunca me había planteado volver a trabajar de enfermera allí, yo era feliz haciendo de guía y volviendo a casa con él, bebiendo vino y chapurreando francés. Era feliz. No sé si eso era una vida adulta, no sé si era sostenible, me daba igual, nos daba igual. Alguna vez habíamos hablado de tener hijos, pero como algo que llegaría algún día, de manera natural, no habíamos puesto una fecha, un límite, no había nada tangible sobre ese tema. Pero ahora todo era distinto. Ahora Paul no estaba, yo no sabía qué hacer con mi vida y lo que menos me preocupaba era ser madre, o tal vez sí, tal vez me da tanto miedo pensarlo que bloqueo el deseo, no lo sé. Treinta y cuatro empiezan a ser un límite, son como esas campanas que suenan en el entreacto de los teatros, las que te avisan de que el segundo acto va a comenzar, eso son los treinta y cuatro: «Hola, ¿qué tal? Somos las campanas que vienen a avisarte de que va a comenzar el segundo acto de tu vida, en el que o te planteas seriamente traer un hijo a este mundo, o no ser madre y arrepentirte más adelante, arrepentirte para siempre, cuando ya no puedas, cuando tu cuerpo no pueda, cuando no seas fértil, congela tus óvulos, hazte un estudio de fertilidad, infórmate sobre la *in vitro*, tienes que decidir ahora toda tu vida, estás lista, ¿no? Oooh, qué pena, nos da igual, decide AHORA. Tienes treinta y cuatro, en nada treinta y cinco, ya vas hacia los cuarenta, se te va a pasar el arroz». Y luego vuelven a sonar las campanas.

Supongo que la relación con mi madre no ha colaborado mucho a alimentar mi instinto maternal, siempre sentí que para ella fui un engorro, hablo en pasado porque hace tiempo que me gestiono sola y no le supongo el más mínimo contratiempo. No sé. La verdad es que no lo sé. Sigo preguntándome de vez en cuando, si sale el tema en una conversación, si seré madre alguna vez; el resto del tiempo es algo que vive adormecido en mí.

—Tener hijos es muy doloroso.

Marina se acercó al salón, yo estaba metiendo mis cosas en el bolso, el taxi estaba a punto de llegar, María nos esperaba. Pensé que se refería, de alguna manera, a la soledad que sentía a pesar de haber tenido hijos; Laura aparecía los sábados y Toni los domingos, es verdad que en el tiempo que yo llevaba allí no habían fallado ni un solo día ninguno de los dos, pero el resto de la semana era como si se los tragara la tierra. Pero ella hablaba de otra cosa.

—Si hubieras visto a mi hermana el día que se mató su hijo. Ese día se murió ella. Lo único que me alivia de verla como la veo es pensar que a lo mejor no se acuerda. Tú no te imaginas lo que es cargar con un crío en las entrañas y luego enterrarlo. Ni te lo imaginas. Ni falta que hace, vaya...

—¿Qué le pasó?

—Era la comunión de un sobrino de ellos, fueron a la finca de los abuelos, se reunían mucho allí los fines de semana con los hermanos de mi cuñado, un sitio grande; los primos corrían y los padres cocinaban en la caseta de al lado del porche, nosotros habíamos ido alguna vez, era inmenso. El suegro de mi hermana recogía todo lo que pillaba por la calle, revendía las cosas, las chatarras, sacaba alguna perrilla con eso y así estaba distraído. Trajo una especie de portería vieja, oxidada, la tenía en la parte de atrás, la llevó con la camioneta de un conocido del mercado; los críos jugaban, se colgaron haciendo el bruto, Carlos pasó por debajo, sus primos se

soltaron a la vez, la portería se desestabilizó y se le cayó encima, lo reventó por dentro, no se pudo hacer nada.

—Hostia.

—Mi pobre hermana. Yo no lo vi, pero levantó sola la portería para sacarlo de ahí, no sé de dónde sacó la fuerza. Luego llegó mi cuñado, que estaba con los hombres cortando leña para el fuego, llegó por los gritos. Lo metieron en la parte de atrás del coche y se fueron directos al hospital, su cuñada vino a mi casa a avisarme, me caí de culo, la estaba escuchando y se me doblaron las piernas y me caí de culo. Antonio bajó las escaleras zumbando porque yo empecé a gritar como una loca pidiéndole que fuera a buscar el coche, que sacara el coche del garaje. La cuñada de mi hermana se quedó con mi hija. Cuando mi hermana me vio aparecer por el pasillo del hospital ya le habían dicho que estaba muerto, que llevaba muerto desde el impacto; fue verme y gritar desesperada: «¡El niño, el niño!». Se había orinado encima, las dos corrimos por el pasillo, cuando llegué a ella y sintió que la tenía abrazada se desplomó, perdió el conocimiento. La familia de mi cuñado estaba pálida, nos miraban y nadie sabía qué decir, nunca más volvió a juntarse con ellos, después del entierro nunca más. Los abuelos sufrieron mucho, mi cuñado también, el pobre. A ella le costaba mucho juntarse conmigo si no era las dos a solas, no quería ver a mi hija, Toni aún no había nacido, bueno, no podía, no es que no quisiera, es que la pobre no podía. Mi cuñado tenía el presentimiento de que un día iba a saltar por la ventana. Pusieron rejas. Como si con un cuchillo de la cocina no fuera suficiente para quitarse de en medio, estábamos todos asustados. Luego mejoró.

—Joder...

—Sí, hija mía. Venga, que se me pone muy mal cuerpo. Vamos bajando al portal, que el taxi tiene que estar al caer.

Bajamos en silencio en el ascensor, no sabía qué decir. Nos montamos en el taxi.

—Así que, bien pensado, si no eres madre, tampoco pasa nada.

Le cogí la mano.

—Venga venga, que no me quiero echar a llorar.

Y se soltó.

—María.

—Del alma mía.

Contestó eso, a Marina se le iluminó la cara. Su hermana, cuando estaba de buen humor hacía eso, repetía ese juego de palabras que le hacía tanta gracia cuando era capaz de discernir lo que le hacía gracia.

Se nos volvió a acercar Rafael, como todas las mañanas.

—¿Es tu madre?

—Y este hombre, que se ha empeñao. NO, RAFAEL, NO ES SU MADRE, NI YO TAMPOCO SOY SU MADRE, MARÍA ES MI HERMANA Y LA CHICA ES AMIGA MÍA.

Le gritó como si fuera sordo. Rafael nos miraba a las tres mientras en su interior intentaba hacer algunas conexiones para comprender qué había entre nosotras.

—Marina, te oye perfectamente.

—Hija, es que a veces me aturulla.

—Rafael, somos amigas.

—Ah...

—Perdone, Rafael, que es que estoy algo nerviosa.

Se sentó a mirarnos. María le observaba con los ojos abiertos como platos, como si fuera la primera vez que le veía.

—¿Quién es?

—¿Quién? ¿Él? Vive aquí, contigo.

—Y una leche. Conmigo no vive.

Rafael nos observaba hablar de él como si todo aquello fuera con otro, debo reconocer que me empezó a dar la risa, pero intenté contenerla; se acercó una de las chicas de la residencia.

—Venga, Rafael, vámonos al patio.

—No nos molesta, de verdad.

—Mejor las dejamos solas, que tienen que hablar de sus cosas, ¿no te parece, Rafael?

Y él se resignó como un bendito y se fue hacia el patio con ella mientras se iba volviendo a mirarnos. Marina sacó su peine y el potecito de colonia del bolso y empezó a peinar a su hermana. María refunfuñó como venía siendo habitual: «¡Aaaggg!, ¡¡¡qué pesada!!!». A veces me resultaba muy sencillo imaginarlas de niñas juntas.

Pensé en todo lo que me había contado de su hijo, era imposible imaginar el dolor que arrastraba. Pensé en su marido, luego le pregunté sobre él a Marina, me dijo que había fallecido hacía unos diez años y que había sido un buen hombre. «Un santo», dijo eso para ser exactos.

Salimos al patio, María seguía atada a su silla de ruedas para que no se venciera hacia delante. Cuando estaba con nosotras la soltábamos, más por Marina que por ella. Le sacaron un tetrabrick individual de zumo de piña, «Esto para mi chica favorita»; uno de los chicos jóvenes que trabajaban allí sentía absoluta devoción por ella, decía que le recordaba mucho a su abuela, que también se llamaba María. Le vi ponerse en cuclillas enfrente de ella, abrirle la pajita y clavarla en el zumo, sostenérselo mientras sujetaba sus manos, vi a María sonreír y luego beberse todo el tetrabrick del tirón, sin respirar apenas, la vi obediente y en paz, pensé que el mundo siempre encuentra una manera poética de devolverte lo que la vida te quita a zarpazos; intuí que la parte enterrada de María que recordaba ser madre de un niño calmaba a la María enfadada que intentaba que todo el mundo la dejara tranquila y le hacía saber que, de alguna manera, la presencia de aquel enfermero le hacía bien.

Miré a Marina, me sonrió, probablemente estaba pensando lo mismo. Hay señales demasiado obvias como para no leerlas y había unas luces de neón alrededor de aquel par: NO MOLESTAR. Nos callamos mientras María se acababa el zumo en su burbuja y esperamos así, en silencio, hasta que llamaron al chico para que ayudara en no sé qué.

—Ahora nos vemos dentro y hacemos los ejercicios de las manos. ¿Sí, María?

—Del alma mía.

Se volvió a reír.

—Es simpático tu amigo.

—Sí.

—Y te quiere mucho.

—Y yo.

—¿Estás contenta?

Asintió. Escribió Arnau. Ya había vuelto a Barcelona. Les hice una foto a las dos sin que se dieran cuenta y se la mandé: «Pues aquí estamos deseando hacerlo todo mejor». Me devolvió una sonrisa. Me sentí útil, y sentí paz.

20

Aquel fin de semana empezó tranquilo. Por la tarde me fui al cine, dejé a Marina con su hija y al salir de los Verdi paseé por la ciudad como una turista; después de dos años fuera Barcelona había cambiado mucho, a cada paso descubría una librería nueva, una cafetería que no conocía... Caminar tranquila, con esa mirada estrenada sobre todo lo que me rodeaba, me hizo sentir de vacaciones. Me recordó a mis primeras dos semanas en París, cuando no conocía a nadie y la ciudad era un parque de atracciones.

De camino a casa me di cuenta de que era la primera tarde que pasaba absolutamente sola después de mi ruptura con Paul, hasta ese día siempre había necesitado estar ocupada, acompañada..., pero por primera vez, sin forzarlo, de forma espontánea, había conseguido recuperar parte de mi centro, ese pensamiento me llenó de fuerza y de amor hacia mí. Santi había escrito para vernos, le expliqué mis planes conmigo misma y le deseé un feliz sábado, no volví a mirar el teléfono. Hasta que llamó mi padre.

—Tu madre se ha roto la pierna.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Ha resbalado al salir de la bañera.

—¿Dónde estás?

—En el hospital, con ella.

—¿Os tenéis que quedar?

—De momento sí.

—¿Necesitas algo?

En cuanto acabé la frase sentí vergüenza, estaba tan caliente y confortable en mi burbuja de superación personal que tener que romperla me ponía de muy mal humor. Y si soy sincera, una parte de mí vivía lo que le acababa de pasar a mi madre como si le hubiera ocurrido a una vecina, «Vaya, pues lo siento», pero poco más, no iba conmigo. Era ¿vergonzoso?, no, tampoco tanto, para mí era normal sentirme tan desconectada de ella. Intenté enmendarlo rápido.

—Papá, ¿has cenado?

—No, ahora iba a bajar a por un bocadillo.

—Voy para allá, ¿te apetece japonés?

—Sí.

—¿En qué hospital estáis?

—En el Valle de Hebrón.

—Cuando llegue te llamo.

Compré dos bandejas de sushi y makis combinados y dos sopas miso, me metí en el metro; al llegar al andén me di cuenta de que solo había comprado cena para dos. Me quedé congelada, de pie, tiesa como un palo, mirando la bolsa con la comida. Me pareció demasiado obvio todo como para no prestar atención; yo, que ya he dicho que soy muy buena obviando cosas, en ese momento no pude hacerlo. Decidí no juzgarme y llamé a mi padre de nuevo. Me dijo que no sabía si la iban a operar o a escayolar, que no trajera comida por si acaso. Llegó el siguiente metro, subí y me senté colocando la cena en mi regazo. El calor de las sopas miso templaba mis vaqueros. No recuerdo haber pensado en nada. Llegué, subí las escaleras mecánicas y me reuní con mi padre en la sala de espera de urgencias.

—La pobre, no sabes cómo ha gritado.

Y yo..., la nada..., «La pobre», repetí, sin sentir, sin ser consciente de sentir.

—¿Quieres que salgamos fuera y nos comamos esto antes de que se enfríe?

—Sí, ¿cuánto te ha costado?

—Nada, papá, no me ha costado nada. Se levantó y tiró de mí, salimos fuera, buscamos un banco.

—Voy a escribirle a tu madre para que sepa que estoy fuera.

—Claro.

«Estoy con tu hija en la entrada, si no me ves y necesitas algo llámame.» Lo recibió, lo leyó, no contestó. Empezamos a cenar.

No hacía frío, se estaba bien, empezamos por las sopas.

—Mierda, papá, no he cogido cucharas.

—No te preocupes.

Levantó su sopa y esperó a que entendiera su gesto y alzara la mía para hacer un brindis con él. Los dos dijimos en voz alta «Chinchín» y nos las bebimos en silencio, luego compartimos las bandejas.

Al coger los palillos me acordé de Marina. La llamé para informarla de que llegaría algo más tarde por todo lo que había ocurrido, me disculpé porque con todo el jaleo me había olvidado de avisarla. «Madre mía, qué dolor, dale un saludo de mi parte.» «Sí sí, eso haré.»

Cuando terminamos de cenar entramos en la sala de urgencias, preguntamos en el mostrador si había alguna novedad, seguía dentro. Nos sentamos y esperamos, delante de nosotros esperaba sentada una pareja, ella estaba embarazada, me quedé mirando su barriga fijamente. Por primera vez en mi vida me imaginé a mí misma como a un embrión, la barriga de la mujer se convirtió en una pantalla de proyección para PowerPoint, en mi cabeza imaginé un feto acurrucado y moviéndose lentamente, pensé que yo un día había sido así, pensé que mi madre había sido mi casa.

—¿Mamá estaba contenta durante el embarazo?

—Tu madre se pasó los cuatro primeros meses vomitando y luego con una ciática que la tenía mortificada. Así que muy contenta no podía estar.

No sé por qué pero podía imaginármelo.

—Pero ¿habíais planeado tenerme o vine de sorpresa?

—Tu abuela se estaba muriendo, ya nos habían dicho que era cuestión de meses, su sueño era tener nietos, ver a tu madre con su propia familia. Nada más casarnos fuimos a por ti, la abuela pudo conocerte.

Me miró sonriéndome, como si eso fuera algo increíblemente bello; en ese momento traían a mi madre en una silla de ruedas con la pierna izquierda escayolada. En mi cabeza se intercalaban imágenes de ella embarazada, sabiendo que su madre se moría, su madre, a la que, por lo que yo entendía, detestaba, mi madre despidiéndose de la suya y jodida por los vómitos y el dolor. Llegó un momento en que la tuve tan cerca que la realidad se impuso al imaginario, su presencia de giganta aunque estuviera hundida en esa silla.

Mi madre, su silencio y su sequedad ocupaban un estadio, siempre ha sido así, su presencia es tan evidente y tan grande que no necesita moverse para que la sientas, el presagio de algo que está por pasar, el presagio de algo no muy bueno. Mi madre, sin maquillaje, con una cola baja, enfundada en ropa cómoda, sin sujetador, con la cara desencajada por el dolor, sentada en una silla pero ocupando toda la planta de urgencias.

Me levanté impulsada por la compasión que sentía hacia la que me llevó en su vientre, no por la que recolocaba su pierna escayolada. Cuando le tuve la mano cogida me sentí rara, ella también, fue rápido y mutuo. Nos soltamos.

—Me muero de hambre, vámonos a casa.

Mi padre fue a acabar un papeleo mientras yo la sacaba a la puerta, hubo cinco minutos de charla incómoda, «resbalón», «desgraciada», «casi hierros», «recortes en sanidad», solo nos faltaba estar dentro de un ascensor para rematar la escena de conversaciones forzadas.

Mi padre nos adelantó.

—Voy a por el coche.

—Os acompaño y te ayudo si necesitas algo.

—No hace falta. Puedo sola.

Sola.

Sola...

El domingo desayuné con Marina en el salón, solo faltaba algo más de un mes para Navidades. No me había parado a pensarlo hasta que ella lo verbalizó.

El invierno en París era muy duro, pero era increíblemente precioso. Las calles, los abrigos, los gorros de lana, comer *ramen* con Paul, atiborrarnos y sorber el líquido de la sopa, templarnos con vino. Me fastidió el día ser consciente de la cercanía de las fiestas.

—¿Qué vas a hacer?

—No lo sé, Marina, supongo que pasar el día de Navidad con la familia de mi padre, pero tal y como está mi madre no sé si va a querer salir de casa.

—No, mujer, digo hoy.

—Ah...

—¿Vas a ir a verla?

—Sí.

—¿Estás bien?

—Sí.

—Qué poca convicción.

Me acabé el café con leche, le hice compañía mientras se duchaba, metí en el baño una segunda taza que me fui tomando mientras hablábamos de cosas, no me acuerdo de qué, pero hablamos y la ayudé a secarse, se vistió, se puso su colonia y se pintó los labios.

—Hoy sería el cumpleaños de Antonio, vamos a comer todos juntos para celebrarlo.

Le hice unos mimos en el hombro. Pensé: «Qué mierda que no sea hoy el cumpleaños de Paul porque así tendría una excusa para escribirle».

A las doce salimos por la puerta, ella se montó en el coche de Toni, yo me fui caminando hasta el metro. Me puse los cascos del teléfono y escuché a Vincent Delerm, sí, lo sé, autotortura, pero lo necesité en aquel momento. «Mierda, es casi Navidad...»

—Qué exagerada has sido siempre, acaba de empezar noviembre.

No sabía muy bien de qué hablar, así que saqué el tema de las Navidades. Mi padre preparaba algo de comer en la cocina, entraba y salía del salón. Me levanté y fui a ayudarle.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—No puede descansar bien porque con la escayola está muy incómoda.

—Ya...

—¿Qué vas a hacer hoy?

—No sé, después de comer me iré a casa de Marina.

—Dale besos de mi parte.

—Claro.

Mi padre y Marina habían conectado.

—Te vas a quedar a comer, ¿no?

—Como quieras. Si no tienes suficiente comida, puedo picar algo por ahí.

—Anda, no digas bobadas.

Comimos en la mesa del comedor, los macarrones me supieron a gloria. Los observé organizarse, mi padre ayudándola a levantarse, buscando la mejor esquina para colocar otra silla en la que mi madre pudiera reposar la pierna; había armonía en todo lo que hacían, estaban coordinados, en un momento dado mi madre dijo «Gracias». «De nada, cariño.» Y entonces mi padre se sentó a la mesa y empezó a servirnos, me sonrió, le devolví la sonrisa. Imaginé a mi padre cuidando a mi madre durante su embarazo, ayudándola a sobrevivir a los vómitos y al dolor, a mi llegada forzada, a la pérdida de mi abuela.

—Mamá.

—¿Qué?

—¿Tienes fotos de la abuela?

—Tengo un álbum, pero no sé por dónde debe andar.

—En tu mesilla de noche.

Vi a mi madre rendirse ante la información de mi padre, seguro que sabía que estaba allí.

—¿Para qué las quieres?

—No sé, por verlas.

Mi padre se levantó durante los postres, fue a buscar sus antiinflamatorios y la ayudó a volver al sofá.

—¿Puedo coger el álbum?

—Haz lo que quieras, pero no me toques mis cosas.

A mí sus cosas me daban bastante igual, no sé qué interés podían tener sus cosas para mí, ¿qué cosas podía haber en una mesilla de noche?: clínex, valerianas, algún libro, un vaso de agua... Saqué el álbum, volví al salón y miré las fotos en silencio, no tenía memoria de haber pasado tiempo con mi abuela. En las fotos en las que me tenía en brazos ella ya estaba bastante enferma, busqué las fotos más antiguas, se parecía a mi madre en la seriedad y en el cuello esbelto y el porte aristocrático, la mirada de las dos era la misma, parecía increíble, en las fotos que mi madre está embarazada se puede ver su tristeza, eso me dolió, pensé: «Pero si todas las embarazadas son felices», y luego me dije a mí misma: «Y yo qué sé si son felices o no son felices»; también me dije que podía ser la tristeza de saber que iba a perder a su madre.

Saqué mi teléfono, puse en Google «impactos psicológicos al saber que va a morir tu madre mientras estás embarazada», la rayita azul de cargar información no avanzaba, no conseguía que apareciera nada... «Ni Google lo sabe», lo intenté unas dos veces más, nada; me hubiera gustado hablar con ella, despertarla y preguntarle muchas cosas, pero en vez de eso me levanté y fui a guardar el álbum.

Por más que lo intenté, no conseguía cerrar el cajón de la mesilla, era como si al sacar el álbum el interior se hubiera desordenado, saqué algunas cosas para ordenarlo de nuevo y ver si conseguía encajarlo, fue ahí donde encontré la carta.

En la parte delantera había un nombre de mujer y una dirección, Cambrils, un pueblecito de playa no muy lejano a Barcelona, en el remite el nombre de mi madre y la que supongo sería su dirección de ese momento. La carta estaba abierta por arriba, con un corte limpio, como si alguien la hubiera abierto con unas tijeras. Volví a leer el nombre de mujer, me sonó, tenía el segundo apellido de mi madre, no conozco a mucha familia. Me sonaba pero no estaba muy segura. Oí a mi padre llegar hasta la puerta del dormitorio, sin saber muy bien por qué me la escondí en la parte delantera de los pantalones, tapándola con la camiseta.

—Lu, no toques sus cosas.

—No no, si estoy intentando guardar el álbum.

—Deja, ya lo hago yo.

Mientras lo guardaba, le observé intentando descubrir si él se había dado cuenta de que faltaba algo en aquel cajón, algo que se me estaba clavando en el ombligo. No hizo nada extraño, nada que me hiciera pensar que echaba de menos la carta.

—Con paciencia todo es más rápido.

—Sí...

—¿Seguro que no te quieres quedar un rato más?

—Seguro, papá, despídeme de ella cuando se despierte.

—Vale.

Me acompañó a la puerta, me dio un abrazo, yo metí la barriga hacia dentro con todas mis fuerzas, como si con la chaqueta se pudiera notar algo, soy una ladrona lamentable, le di de nuevo las gracias por la comida y me fui, aún faltaba un rato para que Marina volviera. Cogí el teléfono para comprobar la hora, Google de repente cargó la respuesta a mi pregunta, «Vídeo de feto llorando», le di al *play*, no me pareció que llorara, no entendí muy bien la imagen, lo cerré, la carta me quemaba en la tripa.

Barcelona, 1981

Querida prima:

Mando esta carta con el corazón en un puño, tiemblo solo de pensar que alguien pueda abrir el sobre y leerla. Estoy desesperada, necesito hablar contigo pero el teléfono me asusta, no puedo hablar desde casa, ya sabes que mi padre no me deja llamar si no está presente, y me da miedo que vuelva antes y me pille por sorpresa.

No sabes lo sola que estoy desde que te fuiste, este medio año sin tenerte cerca es una pesadilla. Desde que Francisco me ha dejado y tú te has ido, la vida es un infierno, no salgo apenas de casa. Sé que está con otra mujer, me lo dijo la chica de la oficina, que ha oído algo de un compromiso, te juro que cuando me lo dijo se me paralizó el cuerpo, me puse tan nerviosa que no podía hablar. Me dio fiebre, prima, me tuve que ir a casa con fiebre, el pecho me apretaba tanto que pensaba que me asfixiaba. Al menos antes de que te fueras podíamos ir al parque, dar un paseo y hablar, pero ahora la casa me come. Te lo quise contar el otro día por teléfono, pero me da vergüenza ser tan pesada y hablar siempre de lo mismo, hablar siempre de él. Sé que estoy obsesionada, pero no sé cómo solucionarlo, nunca más me he vuelto a sentir como me sentía a su lado. Soy muy desgraciada, prima. Mi madre no me quita ojo de encima, ya sabes cómo es, cada día estoy más flaca, no puedo comer. Parece que yo esté más enferma que ella.

No sé cómo explicarte esto, prima, solo espero que no me juzgues y que me escribas, tus palabras siempre son un consuelo. Por favor, no te enfades conmigo y escríbeme, eres mi mejor amiga, mi hermana, antes de pensar algo malo de mí, recuerda esto.

He salido algunas veces con Jose, el hijo de aquella vecina amiga de mi madre, ¿te acuerdas de él? Nos hemos estado viendo porque mi madre ha insistido mucho, yo no quería, no es mala persona, pero yo estoy enamorada, prima, enamorada. La noche que supe que Francisco se había comprometido con otra mujer tuvimos relaciones en su coche. Por favor, no dejes de leer la carta, por favor, necesito tu ayuda. No podemos hablar de esto por teléfono. Nunca hables de esto, por favor. Júrame que guardarás el secreto. No me viene la regla, prima, llevo un mes y medio sin el periodo, estoy tan asustada que no pego ojo por las noches. Jose dice que no me preocupe, que no me va a dejar sola y que si hace falta, nos casamos. Yo no quiero casarme con él, prima, yo quiero que todo esto termine, despertarme y estar al lado de Francisco y mirarnos como nosotros nos mirábamos y querernos y que la vida vuelva a tener sentido. La vida era preciosa hace un año, y ahora es una cárcel...

Sé que en Londres se puede acabar con esto, pero yo no tengo suficiente dinero, y mi madre

y mi padre me matan si se enteran, mi padre me mata, prima. ¿Cómo podemos hablar sin que nadie nos oiga y sin tener que esperar durante días tu carta de vuelta? El corazón se me sale del pecho. Quiero morirme, ojalá me muriera, prima, ojalá me muriera. ¿Para qué seguir aquí? Si me dijeran que bebiendo alguna cosa moriría sin dolor, te juro que lo haría. Soy una cobarde y una miedica.

Por favor, contéstame o llámame, llámame por teléfono y dime «Hace muy buen día» y así sabré que lo has leído y que no estás ni decepcionada ni enfadada conmigo.

Tu prima, desesperada, que te quiere.

Al final del folio, en lápiz alguien había escrito: «Querida prima, no hace buen día, pero a pesar de eso te quiero, puedes confiar en la persona que te devuelve esta carta en mano, es mi amiga, ve a su casa cualquier día por la mañana, su marido está trabajando, llámame desde ahí. No estás sola, prima. Te abrazo».

Me quedé en blanco, perdida dentro de una jaula de ideas, hice cálculos, mi madre en esa época tendría veintiuno, sé que me tuvo con esa edad, así que el bebé del que hablaba en la carta era yo. Mi padre me había mentido, supongo que lo hizo por la propia inercia de sostener una mentira durante tantos años, tal vez había llegado a creérselo a base de repetirlo, quizás si conseguía que el resto creyera esa versión de la historia la convertía en real, o tal vez lo hizo para protegerme del dolor de no saberme buscada ni querida. Tarde para eso, hacía años que me sentía así.

Pero entonces, ¿se casaron embarazados? ¿Se casaron de golpe?

No hay muchas fotos de su boda, solo sabía que se habían casado por lo civil, eso siempre me había hecho pensar que eran unos modernos, y no recuerdo haber visto fotos de banquete...

Volví a leer la carta, ¿por qué la guardaba en la mesilla de noche?

Llegó Marina, Toni subió a acompañarla, salí de mi habitación, fingí normalidad y hablamos de cualquier tontería de la que soy incapaz de acordarme. Quería hablar con Paul, llamarle, contarle que ya sabía por qué mi madre se portaba así conmigo, decirle que por fin empezaba a entender un poco su amargura, pero era absurdo. Necesitaba depositar esa información en alguien que fuera a mimar la bomba que latía en cada línea. Cogí a Marina de la mano y le pedí que me acompañara a la habitación, la senté en el borde de mi cama, fui a su dormitorio y le traje sus gafas de lectura; le di la carta.

—¿Qué es tanto misterio, niña?

—Es de mi madre, la he encontrado hoy en su casa.

Vio mi cara, entendió que no era algo ligero, asintió y se puso a leer.

Cuando la hubo leído nos miramos en silencio, se quitó las gafas y las guardó en su mano izquierda mientras con su otra mano agarraba la mía. Cuando no se le ocurrieron más movimientos que hacer, cuando no pudo dilatar más el silencio, cuando sintió que mi corazón sonaba más fuerte que las cañerías de todo el edificio y que necesitaba escuchar algo que me devolviera con suavidad al presente, suspiró fuerte y tiró de mi mano para obligarme a mirarla.

—Por suerte, no tuvo valor para ninguna de las dos cosas y estás aquí sentada conmigo.

Me sujetó por la barbilla, me miró a los ojos y me dijo:

—No seas tonta, Lu, no tiene que ver contigo, nada del dolor que hay en estas líneas tiene que ver contigo.

Puede que tuviera razón, pero ese dolor que no tenía nada que ver conmigo anidó en mi cuerpo sin que pudiera hacer nada para evitarlo, del mismo modo que yo había anidado en el suyo después de que ella intentara acallar sus demonios en el asiento trasero del coche de mi padre.

21

No dormí muy bien aquella noche, no me apetecía hablar con nadie, Agathe me estuvo llamando, es como si tuviera un radar, me huele. Me parecía increíble que mi madre guardara aquella carta después de treinta y cuatro años, cualquiera podía encontrarla, yo lo había hecho sin necesidad de buscar mucho; en realidad, la había encontrado sin buscarla. Me parecía arriesgado y al mismo tiempo me parecía otra forma macabra de maltratar a mi padre, compartían vida, habitación; leer algo así podía ser muy doloroso, darse cuenta de la poca importancia que tenía él en todo esto.

Me pasé la noche volviendo a recordar el momento en el que mi padre reorganizaba el cajón hasta que conseguía cerrarlo, escaneaba su cara, o lo que yo recordaba que había hecho su cara mientras lo ordenaba.

Imaginé el embarazo más triste de la historia, imaginé la vida más triste de la historia, vi la cara de la mujer más triste..., pero no estaba triste, estaba enfadada. Continuamente, sin descanso, día tras día.

Empecé a entender más cosas después de lo que había leído. Que no hubiera fotografías. No teníamos fotografías, pero guardaba aquella carta, toda una declaración de intenciones, un álbum lleno de nada en un solo folio: «No estoy en las fotografías porque no quiero dejar constancia de haber vivido una vida que jamás he deseado vivir, junto a un hombre al que jamás decidí amar y con una hija que no tuve más remedio que parir».

En el taxi, camino a la residencia, Marina me preguntaba cosas para distraerme, mi cabeza no estaba allí. Llevaba la carta en el bolso, no podía dejar de leerla, intentaba encontrar nuevas pistas, palabras que me ayudaran a entender el sentido de algunas cosas. Lo que no podía negar era que, por primera vez, tenía la sensación de que mi madre en algún momento de su vida había sido vulnerable, se había enamorado y había sufrido, que estuvo asustada..., eso era lo único reconfortante..., por aquel entonces era lo único.

En alguna ocasión había oído hablar de aquella prima, pero ni siquiera le ponía cara, podía buscarla en Cambrils, pero era extraño, con mi madre viva ir allí a preguntarle sobre ella. Sería más sencillo si mi madre hubiera muerto, no me refiero a que yo quisiera eso, a ver si me explico: sería más lógico ir a su puerta, utilizar el argumento de «Me gustaría conocer aspectos de mi madre que ya nunca podré descubrir, necesito entender bien su historia para poder llorarla

en paz»..., yo qué sé, cualquier mierda de esas, pero así de sopetón, me parecía extraño.

—No le des tantas vueltas, que te vas a marear.

—Ya estoy mareada, el siguiente paso es vomitar.

—Bueno bueno...

—Estoy muy enfadada.

—Este no es lugar para hablar, cuando salgamos de ver a mi hermana vamos a comer tranquilas.

Asentí.

Rafael estaba en la recepción sentado. Decía que ese día venían a buscarle. Rafael estaba solo, nadie podía venir a por él. Le dije:

—Caramba, qué suerte.

Y él preguntó:

—¿Vienes a ver a tu madre?

—Sí, vengo a ver a mi madre.

—Se va a poner contenta.

Miré a Marina pidiéndole que no dijera nada, cuando avanzábamos solas por el pasillo la dejé desahogarse.

—Que no puedo entender que no se acuerde de nada pero que se acuerde cada día de preguntarnos lo mismo.

—A ver si te va a gustar Rafael.

—¿Quieres hacer el favor de no decir tontunas?

—Los que se pelean se desean.

—Anda, quita, no me tires de la lengua.

Llegamos al comedor, la misma silla, la misma revista, la misma mirada perdida, lo que me faltaba.

—María.

—...

No hubo un «del alma mía», no hubo nada. Nos repasó de arriba abajo y cerró los ojos mientras sostenía la cabeza hacia nosotras, como mirándonos, Marina sacó el frasco de la colonia y empezó con su ritual de acicalamiento.

Vi a Alicia pasar por el pasillo, no la esperaba, salí disparada detrás de ella.

—Qué sorpresa, hola.

—Hola. Ya sé por qué grita «niño» por las noches.

—Y por tu cara no es nada bueno.

Negué con la cabeza. «Más bien terrible», intenté decir.

Le conté la historia que me había contado Marina y lo que había descubierto gracias a Arnau, sobre la música, que el día que la utilizamos ella estuvo más presente, que nos íbamos a reunir con él. Ella asintió, sabía de lo que le hablaba, «Sí, claro, musicoterapia», pero era complicado, no había tanto personal, no había tanto tiempo, no había tanto dinero para que cada «usuario» tuviera su propio reproductor, no era sencillo saber qué música conectaba con cada uno de ellos...

—Piensa que algunos de nuestros usuarios no hablan y no tienen hijos ni familia. No podemos conseguir esa información.

Miré a mi alrededor, aquella era una residencia privada y pequeña, si ellos no tenían el tiempo ni los medios no me quería imaginar cómo sería en otros sitios. Luego volví a pensar en mi madre, si alguien me preguntara qué canción era importante para ella, con qué canción podría conectar con ella en caso de enfermedad, no tendría ni idea de qué contestar. Daba igual tener hijos o padres, daba igual que hubiera parientes vivos si la comunicación entre ellos estaba muerta.

Volví a pensar en la carta, si no había fotos, cómo iba a haber música.

Marina apareció en la zona de los sofás empujando la silla con su hermana. Se acercó a nosotras, me levanté a ayudarla. Las presenté. Alicia volvió a sus labores en el centro.

—¿Os conocéis?

—Cuando estemos a solas te cuento, Marina.

Salimos al jardín con el resto de gente, no había muchas visitas, pero era un lunes por la mañana, era normal, los sábados el ambiente era distinto, había más bullicio, los lunes eran lunes hasta para eso.

Me había prometido llevarme a comer y cumplió su promesa, entramos en el bar de Manolo, estaba Eusebio en la barra, los dos charlaban animados, a su lado, su hija en la silla. Nos acercamos. Marina se dobló sobre Lydia, le acarició la cara suavemente, ella sonrió, dejó la mano en su barbilla mientras le hablaba muy cerca, cómplice.

—¿Te aburres mucho con este par? Si se ponen pesados, mándalos a paseo.

Manolo y Eusebio se hicieron los ofendidos y Lydia rio como un bebé. No estaba muy preparada para enfrentarme a eso en aquel momento. Los observaba como si ellos no pudieran verme, como si estuviera fuera, en otra dimensión, pero de pronto noté las palmadas en la espalda de Eusebio.

—¿Qué tal, Lu?

Entonces Lydia volvió la cara y me vio, frenó su sonrisa en seco y fijó sus enormes ojos en mí, escaneándome, mirándome de verdad, viéndome como poca gente me había visto a lo largo de mi vida. No sé muy bien lo que pensaba, pero estaba seria, concentrada, supongo que intentaba ubicarme, aunque a veces he pensado que de repente le colocaron delante de las narices un espejo roto, uno que trae mala suerte. Misma edad, pero yo de pie, yo me movía, bueno, en aquel momento no, me quedé quieta como una estatua, pero podía moverme, yo ahí, plantada delante de sus narices, callada, sonriéndole como si no pasara nada pero impactada por dentro. Tenía ojos de tía lista mientras me escudriñaba, sabía que me impresionaba verla, Lydia es lista, lleva mucho tiempo sosteniendo ese tipo de mirada. Toda su vida.

Volví a sentir una palmada en la espalda.

—¿Preparada para nadar mañana?

—Sí, preparada.

—Te acuerdas de mi hija, ¿verdad?

«Sí, claro», quise decir, pero solo atiné a sacudir la cabeza.

—Fíjate que es una cotorra y ahora se hace la tímida.

Marina le dijo eso a Lydia, y ella se tronchó. Se rompió el hielo y me acerqué a ella, le di dos besos, sentí cómo ella movía los labios para darme otros de vuelta.

—Hola, Lydia.

Ella asintió en un gesto que interpreté como un «hola». Llevaba babero, yo no llevaba armadura, me dejó KO. Nos despedimos del grupo y nos fuimos a una mesa. Manolo nos siguió, nos cantó la carta e hicimos nuestras elecciones. A mí me daba igual, cualquier cosa me hubiera servido, entre lo de mi madre y ver de nuevo a Lydia, comer me parecía lo menos importante en el mundo.

—Bueno, ¿qué pasa con la de la residencia?

—Ah, sí..., no sé si te acuerdas, pero un día nos dijeron que tu hermana gritaba por las noches.

—Claro que me acuerdo...

—Pedí hablar con las chicas del turno de noche y Alicia me invitó a ir.

—¿Fuiste por la noche?

—Sí...

—...

—Es verdad que María grita mucho por las noches, pero es que el otro día, cuando me contaste la historia de tu sobrino...

—¿Qué? Venga, dilo ya.

—En su momento no lo entendí... Pero grita «niño» por las noches.

Llegó Manolo con los primeros. Hicimos cuatro bromas. Marina tenía la cara desencajada. Volvimos a quedarnos solas.

—Entonces, ¿se acuerda?

—No lo sé.

—¿Cuándo llegaba ese médico amigo tuyo?

—Ya ha llegado, después de comer le llamo.

Comimos en silencio, a ratos sentía la mirada de Lydia sobre mí, levantaba la vista y ahí estaba ella, observándome, yo le sonreí, ella no, ella seguía con los ojos fijos en mí, sin apenas parpadear, seria. Cuando acabamos de comer nos despedimos de ellos. «Mañana nos vemos.» «Sí, hasta mañana.»

Al salir por la puerta Marina me agarró del brazo: «Llama». Llamé a Arnau pero saltó el contestador, se lo puse en la oreja para que se quedara tranquila.

—Luego insisto.

Seguimos en silencio todo el camino a casa. Nos sentamos en el sofá, me preguntó cómo estaba de lo de mi madre, le dije que no tenía muchas ganas de hablar. Me acordé de que el día antes había sido el cumpleaños de Antonio y que cuando volvió con su hijo no le había preguntado cómo había ido. «Muy bien, fuimos a verle y arreglamos aquello un poco.»

«Aquello» era el nicho.

Asentí.

Nos tapamos con la manta, las dos necesitábamos un poco de siesta.

Recibí un wasap de Paul: «*J’ai rêvé de toi, est-ce que tu vas bien?*».

Había soñado conmigo y quería saber si estaba bien.

Me reventó el corazón.

Nos despertó el repiqueteo de la lluvia, aquella tarde empezó una tormenta que duró casi cinco días, Barcelona se pareció bastante a París, y eso, lejos de calmar mi melancolía, la multiplicó por diez.

Arnau nos devolvió la llamada, puse el teléfono en altavoz y hablamos con él cerca de una hora. Marina le contó toda la historia de su hermana, cómo había empezado todo. Escuchar a Arnau era una experiencia contradictoria: por un lado, sentíamos la paz de saber que María había seguido unas pautas marcadísimas en su descenso al olvido, no había ni un ápice de originalidad en su proceso. Desorientarse, empezar a perder la cabeza, desorientarse más, seguir desorientada, perder aún más la cabeza, no querer o no poder andar, o no querer poder andar, no comer, no necesitar comer, confundir a todo el mundo, asustarse al no reconocer dónde estaba, ver animales, hablar con seres de su pasado lejano, ver más animales, sentir que sale agua de las paredes... María de forma intuitiva había cumplido a rajatabla, y desde el minuto uno, todos los pasos a seguir para alejarse de este mundo tangible.

Cuando digo *paz*, me refiero a la sensación de no estar solas en esta historia, del absurdo confort que implica saber que más gente pasa por lo mismo que pasas tú, pero a la vez me aterrorizó la idea de que ese fuera el fin más probable para cada uno de los habitantes del planeta; si sobrevivíamos a enfermedades o nos librábamos de ellas y vivíamos hasta determinada edad, un día íbamos a empezar a olvidar todo lo que formaba parte de nuestra vida y acabaríamos en pañales, sin recordar nuestros nombres, y en silla de ruedas.

Cogí una libreta para poder ir apuntando cosas. Marina volvió a insistir.

—Pero entonces, ¿se acuerda de su hijo?

—Es muy probable que en algún momento sí.

—Pobrecita mía.

—Lo extraño es que no le llame durante el día, los recuerdos lejanos aparecen continuamente.

—No lo sé —le aclaré—, a lo mejor también le llama en otros momentos.

—Preguntad a las cuidadoras.

—De acuerdo, apúntalo en la lista. —Marina intentaba ser muy concienzuda.

—Vale, ya está, apuntado.

—Por otro lado, me dijiste que habíais probado con la música, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué tal?

—Volvió a estar un poco presente.

—Sí sí, me preguntó cosas y todo, se acordó de una vecina nuestra de cuando vivíamos en casa de nuestros padres.

—Y durante la jornada, ¿cómo está?

—Muchas veces está enfadada, cierra los ojos, se encierra en sí misma y nos ignora, es como

si le molestara que estuviéramos ahí. —Mientras yo decía eso, Marina iba asintiendo con la cabeza.

—Es normal, a veces, cuando se dan cuenta de que no reconocen o no entienden lo que pasa a su alrededor, sufren, tienen un punto de conciencia y se encierran, desaparecen para protegerse. Es normal.

—Se enfada mucho cada vez que la intento peinar.

—Ponle una música que le guste. Cuando la bañan, ¿cómo reacciona?

Nos miramos la una a la otra, no teníamos ni idea de cómo reaccionaba, no estábamos presentes en esos rituales de aseo.

—Preguntadlo. Lo bueno sería encontrar unas cuantas canciones que le gusten y grabarlas en algún iPod.

—¿Dónde?

—No te preocupes, Marina, en casa de mis padres tengo uno que no utilizo, iré a buscarlo luego.

—¿Cuándo volveréis a verla?

—Vamos cada lunes, miércoles y sábado.

—Tiene suerte.

Vi cómo la cara de Marina se iluminaba de orgullo, ella intentaba hacerlo todo lo mejor que podía respecto a su hermana, intentaba que no le faltara de nada y que no se sintiera sola, eso era muy importante para ella, pero era obvio que su edad no le permitía tenerla en casa viviendo con ella.

—Entonces, ¿le grabamos ahí canciones?

—Sí, y ponédselas durante su sesión de baño, cuando la peinéis, cuando esté tranquila.

—Gracias, doctor.

—No me llaméis «doctor», será un placer ayudaros.

—¿Nos vamos llamando entonces?

—Sí sí, cuando queráis. Si eres amiga de Sandra, eres mi amiga.

—Gracias, Arnau.

—Otra cosa...

—Dime.

—Dentro de vuestras posibilidades, si coincidís con otros familiares o tenéis confianza con el personal que trabaja allí, contadles lo de la música; podéis ayudarlos mucho y hay mucha gente que no está informada de esto, con algo muy sencillo se puede aliviar mucho.

—Claro claro, lo haremos.

Nos despedimos, colgamos; teníamos una misión muy importante, y eso nos hacía tener un foco de acción, algo que estaba por encima de nosotras y de nuestras cavilaciones, algo que nos obligaba a ponernos en marcha, y sentir que podíamos ayudar en algo nos hacía felices.

—Este chico me gusta para ti.

Me lo dijo dándome golpecitos en el brazo, sobreexcitada, como si hubiera tenido una iluminación y lo viera clarísimo. Me dio la risa.

—¿Ah, sí? Y eso, ¿por qué?

—No lo sé, lo he sentido aquí...

Eso me dijo tocándose la tripa. Negué con la cabeza dejándola por imposible. Con el humor cambiado me calcé, me despedí de ella y fui a casa de mis padres a buscar mi viejo reproductor mp3. Ya en la calle me acordé de la carta y de las mentiras paternales piadosas. Cogí aire y cogí el bus, cuando llueve me gusta verlo, ver el agua por los cristales y ver cómo se limpia la ciudad, si me metía en el metro me iba a perder el espectáculo.

Al llegar a mi parada caminé cinco minutos bajo la lluvia y llamé al timbre. La voz de mi padre al otro lado del interfono me enfadó. «Mentiroso», pensé, pero luego recordé la papeleta que le había tocado siendo el actor secundario en su propia comedia romántica y sentí pena y amor por él. Al llegar al rellano y ver cómo abría la puerta le abracé. Antes de ni siquiera intentar entrar, oí la voz de mi madre.

—Quítate los zapatos, no me ensucies el suelo.

Pensé dos cosas: a) amargada, b) no es «tu» suelo, es «vuestro» suelo, bueno, en realidad pensé tres: c) contrólate, que la lías.

El tercer pensamiento era el único que me podía ayudar a salir airosa de esa visita; me acerqué, le di dos besos y en ese preciso momento me di cuenta de que aunque nunca nos hubiéramos relacionado mucho, siempre nos besábamos al vernos y al despedirnos, algo demasiado íntimo para un vínculo demasiado forzado.

—Estás chorreando.

—Normal, diluvia.

Volví al pensamiento número tres. La cabeza me traicionó y mi boca se alió con ella.

—La abuela murió de cáncer, ¿no?

—Sí.

—Al poco de nacer yo, ¿no?

—Sí.

—Qué pena no haberla conocido más. Qué pena no tener fotos juntas.

—A tu abuela nunca le gustaron las fotos.

—Papá...

—Dime.

—¿Conociste mucho a la abuela?

—Lo poco que dio tiempo. Mi madre sí que la conocía mucho. Las abuelas eran amigas del barrio.

—Ya. —Se juntaban a tomar café muchas tardes. Yo la veía entrar y salir de casa, pero yo era un niño, no me sentaba mucho con ellas, yo me iba a la calle a jugar. Luego me casé con tu madre, pero al poco murió, así que no la conocí tanto como me hubiera gustado.

Lo dijo sonriéndome, yo le devolví la sonrisa mientras en mi interior luchaba por frenar mi lengua. Busqué algún resquicio de mentira en sus ojos. Mi padre hablaba con la tranquilidad de la nobleza.

—¿Qué te ha dado últimamente con las fotos?

—Bueno..., pues... no sé explicarlo. —Es cierto, no sabía cómo explicar algo que me sirviera de coartada—. Creo que..., es importante para conocerme bien conocer de dónde vengo, mi

familia.

—Vaya tontería. —Evidentemente eso salía de boca de mi madre.

—A mí me parece lógico. Tú pregunta todo lo que quieras preguntar.

—¿Puedo llevarme mi reproductor viejo?

—Pues claro, es tuyo.

—Gracias.

Subí las escaleras que llevan a la planta de los dormitorios de dos en dos, cuando llegué a la puerta de mi cuarto me di cuenta de que no le había preguntado a mi madre por su pierna. Grité, me ayudó a disimular la rabia.

—¡Mamá!

—¿Qué?

—¡¿Qué tal tu pierna?!

—Fatal, ¿no lo ves?

Grité «¡LO SIENTO!», pero en mi interior no sentía nada; no quiero decir con esto que le deseara dolor, quiero especificar que seguía sin conseguir conectar con ella, ya he dicho que descubrir que sufrió tanto por amor me hacía humanizarla, pero su carácter me hacía olvidar todo eso. O tal vez era yo. Revolví en mis cajones: estuches, entradas de conciertos, gomas de pelo imposibles, cables de no sé qué aparato, *pen drives*, rotuladores, un discman con un CD de Extremoduro dentro, y al final de todo, mi reproductor y su cable de conexión al ordenador.

Miré la *playlist*, Alanis Morissette, Ani DiFranco, ¿Mecano?, Green Day, más Extremoduro...

Bajé las escaleras, mi padre miraba hacia arriba esperando verme aparecer en cualquier momento.

—¿Lo has encontrado?

Lo levanté en el aire triunfal, me guiñó un ojo y volvió a sus cosas. Mi madre leía un libro.

—¿Cuándo tienes que volver al médico?

—En dos semanas.

—Bueno, paciencia.

—Dime algo que no sepa.

«Pues mira, podría empezar por decirte que he leído la carta que le mandaste a tu prima, sí sí, esa carta en la que la idea de mi existencia es una amenaza para la tuya, esa en la que mi padre no pinta un cuadro y que aún no entiendo por qué guardabas, ¿por qué la guardas? ¿Estabas deseando que alguien la leyera?» Sí, me sentía muy Ali McBeal. En vez de eso, le di dos besos más y me despedí. Mi padre me acompañó a la puerta.

—Qué contento me pone siempre verte.

—Y a mí, papá, y a mí.

No era mentira, me ponía feliz verle, pero me sentía algo estafada desde la carta... Le miré, acercó su mano para despeinarme con una caricia, como siempre, me quedé quieta, me dejé, me atrajo hacia él y me abrazó. Mi hombro encajaba bajo su axila, mi cabeza en su hombro. Nos quedamos así unos segundos. Le quise preguntar si estaba bien, si era feliz, pero me dio tanto miedo la respuesta que me callé.

22

—Tienes que hacer memoria.

—Qué faena, yo es que no me acuerdo mucho de las canciones. Llevo pensando desde que has salido por la puerta, pero solo me vienen imágenes, no me vienen canciones.

—Voy a por el ordenador y ahí buscaremos las canciones.

—Hija, estos cacharros son una salvación.

—Ya verás... —Abrí Google—. ¿En qué año nació tu hermana?

—En 1928.

—¿Y tú?

—En el veintinueve.

—Voy a sumar: 1928 más 18, es 1946. «Música española 1946.» A ver qué sale.

—¿Que sale?

—*Mi vaca lechera*, *Los campanilleros* de La Niña de la Puebla...

—Ay, esa me suena, pero no estoy segura.

—Espera, te la pongo.

Abrimos Spotify, escuchamos en silencio, concentradas, Marina buscando su pasado, yo descubriendo por primera vez la letra, un poco de pegarse un tiro y un poco de «sin ti no soy nada», me pareció que teníamos que ponerle algo más alegre, pero vaya...

—Cómo cantaba esta mujer.

—¿Quieres que pongamos esta?

—Ay, no sé, es que si a mí me la pusieran pues me sonaría, pero no sé si me recordaría algo.

—Mira, aquí en esta lista hay más cantantes, espera que te las leo...

Y durante más de dos horas estuvimos saltando de tema en tema, hasta que compusimos una lista de cinco canciones confiando en que, de momento, esas cinco canciones nos sirvieran para acercarnos un poquito más a ella. Marina lloró escuchando el *Pena, penita, pena*. «Ya ves tú qué tonta», dijo mientras yo le cogía la mano y la dejaba llorar no sé muy bien por qué.

En la misma libreta en la que anotamos las indicaciones de Arnau, íbamos apuntando temas que teníamos que volver a buscar, por si acaso los cinco elegidos se nos quedaban cortos. Cuando estábamos a punto de cerrar el ordenador para ponernos a cenar se le iluminó la cara.

—Ahora que me acuerdo, a mi hermana le gusta mucho Perales.

Yo quise comerme una bola de naftalina y morir, pero abrí de nuevo la página de Spotify.

—Tú prepara algo mientras voy poniendo canciones.

Y eso hicimos, Marina empezó a tostar algo de pan y a poner la merluza en la sartén al tiempo se preparaba una ensalada. Me tragué doce dramones musicados: *Y tú te vas, que seas feliz, te olvidarás de lo que fui, y yo en mi ventana veré la mañana vestirse de gris.* Me di cuenta de que Perales era mucho mejor persona que yo y mucho más evolucionado, porque yo a Paul le deseaba agonía y desgarro e impotencia sexual con cualquier mujer que no fuera yo, y que el que tuviera mañanas de mierda y grises fuera él...

«Esa, pon esa», y así fuimos añadiendo canciones, evidentemente cayó *Un velero llamado Libertad*, yo le cantaba a Marina los *nainanai* entre estrofas y poco a poco fuimos soltando las cosas que nos angustiaban, disolviéndolas en aquellas canciones que conocíamos de forma inconsciente, y mientras cenábamos soñé despierta días de mi infancia que no recordaba y supongo que ella soñaría otras cosas, y en el cielo, al lado del fluorescente, descubrimos gaviotas y pintamos estelas en el mar y *nainanai.*

—¿Todo eso está ahí metido? Parece mentira.

—Todo. Está todo.

—¿Y de la Jurado?

—De la Jurado también está todo, pero vamos al sofá.

Escuchamos algunos de esos temazos increíbles que tenía, y parece que con ella cogimos fuerza y nos volvimos algo más valientes, porque lo de Rocío Jurado era de otro planeta y porque no me imagino cosa más revolucionaria que su *Lo siento mi amor, pero hoy te lo voy a decir...*

—Qué lástima me dio que se muriera.

—Sí, yo me acuerdo, me impactó tanto como cuando se murió Lola Flores.

—Ni el dinero te salva.

—No, el dinero no te salva.

—Ahora estoy desvelada y mañana tenemos piscina.

Yo también tenía los ojos abiertos como los búhos. Nos pusimos los pijamas, nos lavamos la cara y los dientes y nos pusimos un capítulo. A los diez minutos, como siempre, Marina roncaba. La desperté y la ayudé a acostarse. Me metí en la cama y pensé en Agathe, y en mí, y en mi madre, y en mi abuela, y en las porquerías que nos habían metido en la cabeza sobre el amor con las malditas canciones.

Me puse una película en el ordenador, menos mal que existía Filmin, ya no podía ver los capítulos sin Marina, era como cuando vivía con Paul; pensar eso hizo que me diera un poco la risa y me hizo sentir menos sola. Me acordé de que no había contestado el wasap que me había mandado. Sentir que él había percibido mi angustia de los últimos días con el tema de la carta me hizo pensar que aún había una esperanza, algo que solucionar, algo que estaba por encima del raciocinio y que nos mantenía vinculados de manera mágica. Luego recordé que se follaba a Aline y que me estuvo engañando, y la magia se evaporó de golpe. Decidí no contestarle. Esos pequeños gestos me hacían sentir ganadora, no sé de qué, pero ganadora.

Lydia reapareció ante mis ojos. Su mirada. Sus manos dobladas hacia dentro. ¿Qué canción le gustaría a ella?

El martes pasó como un trámite. Más lento de lo que a una le gustaría, pero pasó. Hicimos piscina, comimos en casa, dimos un paseo, pasé todas las canciones al «cacharro chiquitillo», hablé con Agathe, me mandé algunos wasaps con Santi, llamé a mis padres y me acordé muchísimo de Paul.

La cercanía de las fiestas se había activado en mi cabeza como el reloj digital de una bomba, en cualquier momento un abeto me iba a explotar en la cara, o un panetone, la sensación de que algo se me venía encima era imposible de despistar. Ocupaba mis pensamientos en otras cosas, pero el fantasma de las Navidades acechaba en cada esquina, las lluvias seguían y estar encerradas en casa no facilitaba la tarea ni, por supuesto, los anuncios con familias felices en la televisión.

—*Alors, est-ce que tu viens pour les vacances de Noël?*

—No creo, nada me deprime más que pasar las Navidades aquí, pero me sabe mal por mi padre.

—Tus padres estarán bien, querida española. La que va a estar mal eres tú como te quedes ahí.

—Eres buenísima animando.

—*Écoute*, no hace falta que vengas el día de Navidad, ven justo después.

—He de ver los días de fiesta que tengo.

—No quiero ser pesada, Lu, pero *tu dois décider* qué vas a hacer *finalement.*

—Ya lo sé.

—¿Tú dónde quieres vivir?

—...

—*Tu sais déjà où*, pero ¿te da miedo decirlo?

—No... ¿Has visto a Paul?

—Le estoy viendo ahora mismo, está pasando por el pasillo que lleva a la biblioteca.

—¿Está guapo?

—Oh..., es guapo, *chérie.*

—Ya, es muy guapo.

—Pero eso no es lo importante, Lu.

—Ya lo sé, pero eso lo hace más complicado.

—No me hagas reír, maldita española. Si fuera feo dolería lo mismo.

—Para nada.

—Estás peor de lo que imaginaba.

—Hace tiempo que intento que te des cuenta.

—Te tengo que dejar, luego hablamos, *embrasse* Marina.

—*Oui oui*, de tu parte, hablamos luego.

—*Oui, à bientôt.*

Marina hacía un crucigrama en el sofá. Le di los besos de Agathe.

—Chiquilla, qué manera de llover.

—Ya, no se cansa.

—A ver, corre un poco la cortina.

En la calle un río de agua había llegado ya a la altura de las aceras, el ruido era violento y a la vez hipnótico.

—Es relajante verlo.

—¿Relajante? Pues a mí me da un miedo ver llover así...

Barcelona, 1962

Marina sola en casa con sus hijos, Toni tiene cuatro años, Laura nueve, en ese momento ni siquiera tiene claro que ella vaya a sobrevivir, que Antonio vaya a conseguir volver a casa. ¿Dónde demonios está este hombre? Desea con todas sus fuerzas que siga en el trabajo, que no se le haya ocurrido salir a la calle con este aguacero, pero a la vez desearía no estar sola en casa con los niños. Es que la que está cayendo da miedo. Oye su nombre a gritos.

—¡¡¡¡¡¡Marinaaaaaa!!!!!!

El ruido del agua cayendo y avanzando por la acera como un río hace imposible que llegue el grito con claridad, ¿de dónde viene el grito?, ¿de dónde? Le tiemblan las piernas, el agua en las calles ya cubre las ruedas de los coches, se asoma cada tres segundos a la ventana, ve pasar tablones, ve pasar paquetes, paja, ve pasar escombros, esto no puede acabar bien, «Antonio, ¿dónde te has metido?».

—¡¡¡MARINA!!!

Lleva al niño en brazos, tapado con una manta, la niña tiene los ojos abiertos como naranjas y se agarra con todas sus fuerzas a su delantal, pero no llora. Menos mal que no llora.

—¡¡¡MARINA!!!

—¿QUIÉN ERES?

—¡¡¡MARINA, SOY LA JUANI, SAL A LA GALERÍA!!!

Entonces Marina corre por su pasillo seguida por Laura, el repiqueteo del agua en los cristales es como un tambor enorme, el corazón le late tan fuerte que se podría desmayar en ese pasillo, «Ay, por favor, que hayan visto a mi Antonio, Dios de mi vida, que no se haya ahogado». Marina sale a la galería, los vecinos de la casa de al lado, la Juani y su marido, le están bajando una escalera por su terrado, su casa es más alta, su casa es más fuerte, su casa es más nueva.

—MARINA, QUÉ SUSTO, HIJA. ¿ESTÁS SOLA?

—Sí.

—SUBE AL *TERRAO*, SÚBETE.

—AY, QUE SI SE ME CAE EL NIÑO...

El marido de la Juani baja por la escalera, le coge a Toni, «Ay, por tu vida, Joaquín, agárralo fuerte». «Subid vosotras delante.» Y Marina sube esa escalera de madera cobijando con su cuerpo a Laura, que va delante de ella, mientras al pie de la misma Toni berrea agarrado a ese

hombre que le hace señales con la mano a su madre, «Tira *p'arriba*, que va a venir una tromba de agua», «Ay, mi Antonio. Ay, mi Antonio», «SUBE, MARINA, SUBE»... Y el marido de la Juani sube con una sola mano detrás de ella mientras con la otra sujeta a su hijo, la Juani arriba las ayuda a meterse en el terrado y entre las dos cogen a la niña y luego sube Joaquín y cogen al crío y recogen la escalera. Y los cinco se empapan mientras ven cómo su barrio naufraga y mientras ven flotar un cuerpo. Ese va a ser el primero de muchos, el Besós ya está fuera de control, se está tragando las huertas, las chabolas, las casas bajas, a la gente, se está tragando a la gente. Está oscuro, es como si el cielo tampoco quisiera ver nada, el cielo manda el agua pero luego se tapa los ojos.

Por la izquierda, por el final de la calle ven llegar a dos hombres atados por una cuerda, cada uno en un extremo, para ayudarse, para que no se los lleve la corriente tan fácilmente; el agua tiene rabia, pero ellos tienen esperanzas de encontrar a los suyos, y eso los ciega y los hace más valientes de lo que realmente son. Unos minutos más tarde Marina adivina en uno de ellos la cara de su marido.

—¡¡¡ANTONIO!!!

—MARINA, ¿ESTÁIS BIEN?

—Síííí.

—PUES ENTONCES VOY A ACOMPAÑAR A PEDRO A SU CASA Y AHORA VENGO.

—NOOO, SUBID.

—NO, MARINA, AHORA VENGO.

«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, el pan nuestro de cada día danos, Señor...» Las dos mujeres rezan en bucle hasta que veinte minutos más tarde vuelve a aparecer Antonio, solo, sin nadie detrás de la cuerda. Laura sigue callada y agarrada al mandil de su madre, está tan impactada que suficiente trabajo tiene con respirar.

—ANTONIO, MÉTETE EN TU CASA Y VE *PA* LA GALERÍA, TE RECOJO CON LA ESCALERA.

Antonio levanta el brazo asintiendo, llega a la casa, no puede abrir la puerta, el agua le llega a la cintura, está agotado, si abre la puerta se destroza la casa, por su lado pasa todo tipo de escombros, agarra una madera al vuelo, revienta la ventana y trepa, se corta un poco el brazo pero no se da cuenta hasta llegar al terrado del vecino.

Cuando termina de subir la escalera se desploma. La niña corre hacia su padre y suelta por la boca todos los berridos que lleva conteniendo, Antonio la abraza fuerte y se pone de pie con ella a cuestas, después de todos los esfuerzos realizados, ese no es nada, la niña es de aire, la niña no pesa.

«La casa del Pedro no está, la Manuela y la niña no están, se las ha *tragao* el agua, se los ha *tragao* el agua», y llora como un chiquillo mientras nadie se atreve a preguntar por Pedro.

Horas más tarde la lluvia se detuvo, y empezó la búsqueda desesperada. Su hermana estaba bien, sus padres estaban bien. Parecía imposible, parecía un espejismo, pero todos estaban bien.

Luego tocó rehacerse y reconstruir todas las zonas que se había comido el agua. Poco a poco toda la vida fue volviendo a la normalidad, la gente que encontró a sus muertos pudo enterrarlos,

a los que no se encontraron no se los volvió a mencionar, que es otra forma de entierro. Luego acudió el Caudillo, de visita, a mostrar su solidaridad con Barcelona, «Se puede meter su solidaridad por donde le quepa»; estaban todos en casa de María viendo la televisión, y como todos eran más rojos que la sangre y ahí uno se podía expresar sin miedo...

El aparato escupe las imágenes de Franco paseando en coche por Barcelona mientras una marabunta de gente le aplaude y le ovaciona.

—Menuda panda de analfabetos, ahora sí que tendría que venir una buena tromba de agua y llevarse a todo el mundo por delante.

—Antoniooo.

—¿Qué? ¿Me vas a decir que no tengo razón?

Marina sigue con la mirada fija en la lluvia que aporrea los cristales, y no, no le pudo decir que no tuviera razón, recuerda a su familia alrededor de esa mesa viendo las noticias, y recuerda la alegría muda de estar todos a salvo y tener la certeza del milagro.

Pero María no estaba contenta, María quería estar muerta, desde el día en que murió su hijo, y la vida era tan injusta que se había llevado a otras pero a ella la había dejado viva. El verdadero milagro sería no volver a despertarse jamás, rezaba por eso todas las noches, pero nada, el de arriba, oídos sordos.

Tres meses más tarde, el cielo les mandó una nevada. La nevada más grande que se recuerda en Barcelona; a los que el cielo les quitó a sus familias, les mandó un juguete que se fundía en la mano, algo que al caer no hacía daño y se posaba en los dedos como un trocito de nube, algo que enrojecía las narices y que hacía sacar humo por la boca, una distracción boba, pero distraer las penas bien merece el frío de una nevada. Total, qué más da, si uno ya está frío por dentro.

23

—¡ME MUEROOO, ME MUEROOOOOO!

Nada más entrar por la puerta de la residencia esos gritos desesperados nos dieron la bienvenida, era la primera vez que los oíamos. Enfilamos el pasillo con el corazón en un puño, con la mirada atenta y, al menos yo, preparada por si nos encontrábamos a alguien agonizando en algún sitio. Nada de eso, todo el mundo tan tranquilo, bueno, todo el mundo no...

—Pero ¡cállate ya!

Una de las ancianas estaba indignada y hasta el moño. En la sala donde nos esperaba María nos encontramos con Rafael y otros abuelos; en una esquina, sentada con un hombre al lado que le sujetaba la mano e intentaba calmarla, había una mujer mayor que seguía gritando como una posesa.

—¡ME MUEROOOOOO!

No la habíamos visto en otras ocasiones, había llegado el día anterior, el hombre que estaba al lado era su marido. La había tenido que ingresar porque él solo no podía con ella. Le hablaba susurrando, entre avergonzado y superado por la situación, pero con mucha ternura, «Mamá, vas a asustar a la gente», la llamaba «mamá», ella le miraba tan tranquila, sin ningún tipo de dramatismo, intentando entender por qué iba ella a asustar a nadie, ¿cómo iba ella a asustar a nadie?, y de golpe, con la potencia de una soprano...

—¡ME MUEROOOOOO, ME MUEROOOOOO!

—Carmen, cariño mío, que no se muere nadie.

Y ella le volvía a mirar perpleja y tranquila a la vez, como pensando «¿De qué habla este hombre?», y otra vez con la cantinela a voz en grito.

María hizo un ruido con la lengua, dejando claro que los gritos ya la tenían harta.

—Perdón —dijo el hombre—, llegamos ayer y no se ha acostumbrado todavía.

—Nada nada, solo faltaría.

Nos acercamos a ella, nos miraba tan pancha. Era guapa Carmen, muy guapa, era pasmosa la capacidad que tenía para gritar algo tan tétrico con una cara absolutamente bella y relajada.

—Desde luego, lo que nos hace la cabeza...

Marina no daba crédito, yo tampoco, la verdad. Rafael se acercó a nosotras.

—¿Es tu madre?

—No, Rafael, no la conozco. ¿Cómo se llama?

—¡ME MUEROOOOOO!

—No te mueres, Carmen, amor mío, no te mueres, hija.

—¡HOLAAAAAA!

—Pero no grites, cariño. ¿Cómo te llamas? Diles tú cómo te llamas.

—CARMEN.

—Hola, Carmen, encantada.

Se acercó a darme dos besos, se los devolví y detrás de mí se los dio Marina.

—Mujer, usted tranquila, que no se está muriendo.

—...

Nos miró muy seria unos segundos y volvió a arrancar el «aria». «¡ME MUEROOOOOO!», a aquel pobre hombre le entraban hasta sudores, le vi la cara de susto, vino una de las chicas, nosotras nos alejamos y volvimos al lado de María; estábamos nerviosas, llevábamos mi reproductor cargado a tope de batería y con algunas de sus canciones, nos pareció que aquel no era el lugar adecuado, empujamos la silla y subimos a su habitación. Seguía sin tener compañera en la cama de al lado, como gritaba por las noches la dejaban sola.

—¿Qué tal has dormido, hermana?

Nos miró seria, con cara de «vaya pregunta» y con un aire de indiferencia total nos perdonó la vida. Nos habíamos sentado en su cama y habíamos colocado su silla delante, en medio de las dos, cerca.

—¿Cuál le ponemos primero?

Estábamos nerviosas, emocionadas más bien. Además de las canciones que habíamos elegido de forma consciente, teníamos un montón más que nos habían ido apareciendo a lo largo de la búsqueda, canciones que aunque no las hubiéramos seleccionado en primer lugar, nos pareció que también podían gustarle. Preferimos que la suerte decidiera, utilizamos el «modo *random*». Yo tenía los auriculares puestos, para comprobar el volumen y que todo funcionara como era debido; sonaron las primeras notas, leí la pantalla, *El emigrante*, Juanito Valderrama, me los quité y se los puse a ella, echó la cabeza hacia atrás, como desconfiando de lo que iba a hacerle, pero al tener los cascos tan cerca de las orejas empezó a oír la música y le pudo la curiosidad. Se quedó quieta, se dejó, cuando los tuvo puestos cerró ligeramente los ojos, como si enfocara un punto en la pared que estuviera entre su hermana y yo, reposó las manos en su falda y empezó a mover los ojos de izquierda a derecha, suavemente, como si no quisiera perderse detalle.

—Parece que va bien, ¿no? ¿Cuál está escuchando?

—Esta. —Le enseñé la pantalla.

—Qué pena que nosotras no podamos oír las canciones con ella.

—El próximo día traemos unos altavoces pequeños.

—Esa canción no sé yo si era la mejor para empezar.

—¿Por qué?

—Pues porque no sé yo si esa canción le recuerda algo.

María sonreía tranquila en la silla, y poco a poco empezó a mirarnos. Sonriéndonos.

—¿Sabes lo que podrías hacer?

—¿Qué?

—Péinala ahora, con calma, a ver qué hace.

Delante de sus narices Marina abrió el bolso y sacó su potecito de colonia y su peine. María sonrió de nuevo. De golpe se puso seria. Me miró. «Más.» Le cogí la mano. «Tranquila, hay muchas más», noté por su cara que había empezado la siguiente, miré la pantalla, *¿Y cómo es él?,* José Luis Perales, me dio la risa por dentro. Su cara, su cara de felicidad; Marina detrás de ella le iba mojando el pelo con cuidado y la peinaba, de vez en cuando me ponía ojos de «¿Qué qué, cómo la ves?», yo le levantaba el dedo pulgar para dejarla tranquila.

La cara de María era para grabarla, así que saqué el teléfono y las grabé a las dos, a ratos seguía la letra de la canción con los labios. Parecía mentira. Se incorporó un poco y me dio una palmadita en la mano, igual que hacía su hermana, «A mi marido y a mí nos encanta Perales». La tengo grabada en primer plano diciendo eso, Marina me miraba estupefacta, no abrimos la boca para no romper el hilo conductor que transportaba a María en ese momento. La observamos en silencio, Marina acabó de peinarla y se sentó a mi lado de nuevo, cogiéndole la mano, María se dejó y respondió a su hermana apretando levemente los dedos. Marina me dio un codazo y me señaló las manos con la cabeza, le acaricié la espalda. «Otra vez.»

La pusimos otra vez, luego pusimos otras canciones, decidimos salir de la habitación, pasear por el pasillo, salir al jardín, ella sonreía y saludaba a todo el mundo, a las trabajadoras, a los otros ancianos mientras la música rellenaba, por primera vez para ella, todas las estancias de ese lugar, una música que solo escuchaba ella mientras nosotras observábamos el espectáculo sin pestañear.

Vimos al marido de la señora Carmen peleando con ella para que dejara de tirarse del jersey.

—María, ¿me dejas un momento tus auriculares?

—Un momento sí.

Me dirigí hacia ellos.

—Carmen, ¿me deja ponerle una cosa?

Me miró sorprendida, paró de tirarse del jersey y centró toda su atención en mí, me acerqué a colocarle los auriculares y le di al *play.* Confié en el modo *random* de nuevo. Pensé: «Que sea lo que Dios quiera», y Dios quiso Bach, ni Marina ni yo sabíamos nada de música clásica, pero habíamos encontrado una lista titulada «La mejor música relajante de Bach» y nos pareció una buena idea incluir algo que pudiera relajar a María. El título estaba en lo cierto porque Carmen se quedó quieta como una estatua. Durante todo el rato que tuvo puestos los auriculares escuchó atenta sin mover ni un dedo, se tranquilizó y miraba a su marido de vez en cuando. Él empezó a relajarse también, «Tener que dejarla aquí...», era muy fácil ver que se sentía perdido, triste, culpable y solo. Le puse una mano en el hombro y la dejé ahí durante un buen rato, entendiéndole y acompañándole en silencio. Estuvimos inmóviles los tres.

Antes de devolverle los cascos a María, le hablé de lo que acabábamos de descubrir sobre la música, me dio las gracias y prometimos ir contándonos los avances a medida que fuéramos descubriendo cosas.

Rafael estaba sentado al lado de ellas, me acerqué al grupo temiendo por la falta de paciencia de Marina con él.

Cuando llegó la hora de la comida nos fuimos, teníamos que ir de compras: un aparato de música sencillo de utilizar, unos altavoces pequeñitos, unos auriculares de diadema. Y buscar más canciones.

Decidimos que con esa lluvia íbamos a comer al *casal*. Nada más entrar nos abofeteó la noticia, Rita estaba en el hospital, se la habían encontrado en la cama, casi deshidratada, con una fiebre muy alta. Llevaba dos días sola con un resfriado muy fuerte, se le había complicado en una neumonía. Se la encontró la mujer de la limpieza que le había puesto el ayuntamiento. Si no llega a ser por ella, no lo cuenta. Estuvimos calladas toda la comida. Al salir la lluvia nos escupió de nuevo en la cara.

—Hay que ir a verla.

Asentí, llamé a un taxi y mientras llegaba entré a preguntar a las cocineras en qué hospital estaba. Llegó nuestro coche, el agua caía rabiosa, nos metimos todo lo rápido que pudimos. Marina se quejó de las rodillas, se volvió hacia el taxista.

—¿Le importaría quitar la radio?

El hombre obedeció. Hubo una pausa.

—Se podría haber muerto sola.

Sus palabras cayeron como una bomba en la parte trasera del taxi. Reinó el silencio. Hasta nueva orden, se acabó la música.

Llamamos con los nudillos en la puerta y entramos. Tenía el reposacabezas ligeramente inclinado hacia arriba, su pelo gris plata se fundía con la almohada, las facciones se le marcaban mucho, era como si hubiera perdido diez kilos de golpe; luego me di cuenta de que le habían quitado la dentadura postiza y que por eso se le marcaban tanto los pómulos. Pude ver con total claridad cómo sería pasados unos años más, el labio inferior completamente atrapado debajo del superior, mejillas casi inexistentes.

Marina se acercó a ella, le cogió la mano y le habló suave para no asustarla, yo habría esperado en silencio pero supongo que quería sacarla de su soledad, despertarla y que viera que ya no estaba sola. Abrió los ojos despacio, parpadeó varias veces, intentando cerciorarse de que no nos estaba soñando, asegurándose de que realmente estábamos ahí.

—Ay, qué alegría.

Se intentó incorporar, su voz sonaba apagada, yo me acerqué corriendo y entre las dos la ayudamos a sentarse bien mientras le subíamos más el cabecero. Se inclinó hacia la mesilla de noche, sacó sus dientes del cajón. Se los puso.

—¿Cómo estás, Rita?

—He tenido mucha fiebre. Pero ahora estoy bien.

Intentaba gesticular como siempre, con esa extravagancia elegante, pero se podía ver el cansancio en su mirada.

—Pero ¿qué ha pasado?

—Me encontraba mal, tenía el pecho como agarrado, la sensación de catarro, me metí en la cama y empecé a notar que la temperatura me subía, luego se ve que perdí el conocimiento.

—Ay, madre mía.

—Tendrías un pico muy alto de fiebre.

—Ay, la pobre.

—Menos mal que vino la mujer que me ayuda en casa.

—Ay, Rita, es que no tendrías que vivir sola.

—¿Yo?, pero si yo me apaño bien.

—¿Cuándo te dan el alta?

—Aún no lo sé, supongo que no tardarán mucho. Os tengo que pedir un favor.

—Claro.

—En mi bolso tengo las llaves de casa, si os pudierais acercar a ver cómo está la Cloti.

—¿Quién es la Cloti?

—Mi conejo de Indias.

—La madre que te trajo, Rita. ¿Cómo vives con un bicho de esos?

—A mí me hace compañía.

—Pero ¿qué compañía te va a hacer eso?, que es una rata grande.

A ella lo que Marina pensara se la traía al pairo, la seguía mirando esperando una respuesta.

—Que sí que sí, que iremos a verla. ¿Muerde?

Ahí ya me dio la risa.

—¿Te da miedo la cobaya?

—Tú calla, imagino que también habrá que ir a ver a los dichosos gatos, ¿no?

Rita vio el cielo abierto, eso sí que no se lo esperaba, yo tampoco, la verdad sea dicha.

—Eso me dejaría muy tranquila.

—Pues luego les llevamos algo. ¿Cómo de grande es el bicho ese?

—Es muy buena, no te preocupes. Si la llamas, viene.

—A ver, Marina, ya voy yo, no te preocupes.

—Sí sí, mejor ve tú, que me da repelús.

—¿De verdad sabe su nombre?

Rita asintió orgullosa. Yo estaba entre flipando y con ganas de probarlo.

—Hay que darle de comer dos veces al día, y si puedes darle un tomate abierto por la mitad de vez en cuando..., es que le encanta. De esos chiquitines, yo tengo en la nevera, espero que no se hayan puesto malos.

—Descuida.

—Y si te puedes quedar un ratito con ella, sacarla de la jaula y que camine. Yo la tengo casi todo el día suelta.

—De verdad que estás chalada. Calla calla, que se me pone la piel de gallina.

Marina se sentó en la butaca mientras se sacudía de encima los escalofríos que le daban solo de pensar en la cobaya, yo me apoyé a los pies de la cama; Rita apartó un poco las piernas, haciéndome sitio, «Siéntate bien, reina», obedecí. Llegó una auxiliar con la merienda. Noté en su cara la alegría de verla acompañada. «Rita, mañana por la mañana pasará el doctor a verla», Marina quiso saber la hora, «Sobre las diez». Algo tramaba, ya nos íbamos conociendo.

Estuvimos en el hospital hasta las siete de la tarde; antes de irnos bajé al quiosco y le compré

revistas de decoración, y a petición de Rita, un cuaderno de colorear y una caja de lápices, también compré un paquete de caramelos sin azúcar y le subí un ramo pequeño de flores.

—Lo siento, solo quedaban cuadernos de las princesas Disney.

—Gracias, si es para distraerme un poco, ya van bien. Gracias por las flores, y por la visita.

—Venga venga, no digas tonterías, hija, ¿cómo no íbamos a venir?

Cogí las llaves de su bolso, las tenía dentro del monedero, en el bolsillo de las monedas. Se las enseñé y me las metí en el bolsillo del pantalón.

—Ahora dejo a Marina en su casa y me voy a la tuya a darle de comer a la Cloti.

Le di dos besos. Marina se acercó a ella y le dijo: «Vamos a hacer una copia de tus llaves y nos la vamos a quedar, ¿te parece?». Rita asintió y volvió a dar las gracias.

De nuevo en el taxi, tranquilas y más contentas, empecé a recibir órdenes.

—Mañana no vamos a la piscina, ¿te importa ir al hospital por la mañana temprano hasta que venga el médico?; es por si le dan el alta, no se puede ir a casa sola hasta que se encuentre bien, te la traes con nosotras, Teresa y yo prepararemos la habitación de mis nietos, total, para que esté muerta de risa, que la utilice ella.

—Marina, sabes que Rita no va a querer dejar a su cobaya sola en casa tanto tiempo.

Miró hacia el techo del taxi poniendo los ojos casi en blanco y, con mucho dramatismo, asintió.

24

El piso medía unos sesenta metros cuadrados, era poco luminoso en la entrada, pero a medida que uno se adentraba, la luz de las farolas de la calle invadía la parte final del salón y empecé a intuir las siluetas de los muebles. Al pulsar el interruptor tuve que parpadear varias veces, sentí que me había equivocado de piso a pesar de no haber estado nunca antes. Fue asombroso, por otro lado, entender que cada cosa que habitaba aquella casa tenía sentido dentro del dibujo, que todo lo que había, en realidad, tenía el sello de Rita en alguna parte. Que aunque no me hubiera imaginado una casa así, todo, absolutamente todo, tenía algo de su energía y de su vitalidad. Todo.

El orden, el sofá con miles de cojines de ganchillo de colores, todas las plantas y las flores que necesitaban agua, todas dispuestas como un pequeño jardín al lado de la ventana, los miles de libros, sus libretas y todos los mandalas que poblaban la pared de la derecha, en la mesilla del sofá, rotuladores y lápices de colores en sus respectivos estuches y lapiceros con sus correspondientes blogs de mandalas listos para colorear. Era como si fuera una verdadera profesional. Pensé en el cuaderno de las princesas Disney y entendí su petición.

Cogí el florero y busqué la cocina para cambiarles el agua a las margaritas, que parecían tener algo más de una semana.

La encontré, la primera puerta a la izquierda después del salón. Abrí el grifo y al cerrarlo oí el ruido. Era un ruido metálico. Salí y dejé las flores con su agua nueva en la misma mesa en la que las había encontrado. El ruido se volvió más frenético, era fácil ubicarlo, me metí por el siguiente minipasillo, pasé por delante del baño, llegué al dormitorio, y ahí, dentro de su jaula, descubrí a la Cloti, que, desesperada, hacía ruido con las patas en los barrotes, supongo que estaría acostumbrada a que al llegar Rita la sacara de ahí. Me acerqué, una cobaya marrón y blanca con tupé disparado hacia arriba enfundada en un jersey hecho de ganchillo a rayas azules y rojas me miraba fijamente, girando la cabeza, acercando mucho el hocico, tanto que la sacaba entre los barrotes, parecía que intentaba reconocer en mí a su dueña.

Dejé que viera de cerca que no era ella. Enfocó muy seria y retrocedió en la jaula hasta quedarse en el centro inclinando la cabeza. Me acordé de lo que había dicho Rita, la llamé por su nombre y la Cloti volvió hacia mí y se agarró a los barrotes de nuevo hasta levantar su cuerpecito con su jersey a rayas. Quise ganármela, regresé a la cocina y busqué los tomates que me había

dicho Rita. Al volver a la habitación, ahí seguía ella, derecha como una especie de muñeca rara, sacando medio hocico entre los barrotes. Abrí la jaula por arriba, mientras rezaba para que no me mordiera. Cogió el tomate como si fuera una ardilla con una nuez y empezó a devorarlo mientras cada pocos segundos levantaba la mirada sin fiarse un pelo.

Llamé a Agathe por Skype. «Conectando.»

—¿Qué es eso, tía?

Entré en su campo de visión, nos partimos de la risa. Le conté la historia.

—¿Cómo está Rita?

—Mañana voy a verla otra vez, pero está estable, yo la he visto bien.

—Me muero de la risa con ese animal, ¿es una cobaya?

—Sí.

La Cloti se había acercado de nuevo a los barrotes curiosa y pidiendo más tomate.

—¿La cojo?

—*Je ne sais pas*, a ver si te hace algo...

Volví a abrir la puerta de la jaula, metí la mano despacio, no las tenía todas conmigo. La Cloti empezó a retroceder hasta llegar a una esquina, sin escapatoria. Acerqué la mano poco a poco y la cogí, me la puse en el regazo y acerqué la cámara del teléfono.

—*Oh là là...*

Nos volvió a dar la risa. La Cloti se ofendió y se dio la vuelta.

—Te dejo, luego te vuelvo a llamar.

—*Ok, chérie.*

La metí en la jaula. Me miró como angustiada, creo que en ese momento me tenía algo de miedo. Le dije que Rita estaba mejor y que no se preocupara de nada, hice pausas, hablé despacio. Me dio pena. Busqué en los armarios de la cocina a ver si encontraba alguna bolsa de pienso o de algo, no tenía ni idea de lo que comía. No encontré nada. Google. «¿Qué comen las cobayas?», verduras de temporada. Pues ya está. Volví a la habitación, cogí la jaula con cuidado, «No te preocupes, Cloti, te vienes a casa».

Cerré bien el piso e hice todo el camino más lento de lo normal para no marearla con el vaivén de la jaula. Cuando Marina me vio entrar casi le da un pasmo.

—¿Te has traído al bicho?

—Pobrecita, mírala.

—¡¡No no no, no me la acerques!!

Nunca la había visto levantarse tan rápido.

—Vale vale, me la llevo a mi habitación.

—¡Ay, como se escape!

—Que no se va a escapar.

—Y tú ¿cómo lo sabes?

—Pues yo qué sé..., lo imagino. Si está más asustada que otra cosa.

Me seguía por el pasillo, su parte cotilla superaba su parte miedosa.

—Anda, vacíame la mesilla, que la pongo ahí.

Sacó mis cosas y las puso en la cama. Dejé la jaula. A Marina se le olvidó el miedo y acercó la cara a los barrotes, me puse a su lado. La Cloti al sentir que el movimiento se detenía, empezó a salir de la casita de madera. Poco a poco, sacó primero la cabeza, su flequillo despeinado.

—Madre de Dios, qué cosa más fea...

—Marinaaa.

La Cloti, que no habla castellano, siguió saliendo despacio, sin sentirse ofendida. Cuando Marina vio el jersey a rayas me agarró el brazo y me pegó un tirón que ni Hulk.

—¡La madre que la trajo!

Y así estuvimos las tres un rato, mirándonos. Cada vez que la Cloti se acercaba un poco a nosotras, Marina daba un respingo. Hasta que las tres nos aburrimos de vernos las caras y a nosotras nos empezó a entrar hambre y fuimos a la cocina a preparar la cena.

—A ver si le va a entrar pena de estar ahí sola a oscuras.

—Pues voy y le enciendo la luz.

—Tráela con nosotras aquí mientras cenamos.

—Pero ¿no te daba miedo?

—Así vemos que no se escapa.

—Eres una blanda.

Marina se encogió de hombros, negando con la cabeza, como dándome por imposible, y cuando volví con la Cloti, ya nos había hecho un lugar en la mesa y había cortado unas rodajas de calabacín.

—¿No me has dicho que come verduras?

Las metí en la jaula. Mientras nosotras preparábamos la cena, la Cloti se puso fina filipina, y cuando nos sentamos a cenar nos escudriñaba curiosa desde su palacio metálico.

—¿Tú crees que se habrá quedado con hambre?

—Marina, que te estás encariñando. —Se lo dije por chinchar.

—Anda anda, no digas tonterías.

Y yo decía tonterías, pero la cobaya también estuvo con nosotras en el salón viendo un episodio. Antes avisamos a Eusebio de que por la mañana no iríamos a nadar, para que no pasara a buscarnos.

Cuando nos acostamos me acordé de que no había vuelto a llamar a Agathe, pero primero quería contestar a un audio que tenía, era de Sandra invitándome a una cena en su casa el próximo sábado. Le mandé una foto de la Cloti confirmando asistencia. «Quiero que vengas con ese jersey.» «Descuida, tus deseos son órdenes.» Le mandé la misma foto a Agathe: «Te llamo mañana, *bonne nuit, mon amour*». «Jajajaja, ok.» Me hubiera encantado mandársela a Paul, pero como no podía, se la mandé a Santi: «Te presento a mi compañera de habitación». «Jajaja, ¿de dónde sale?» «Es una larga historia.» «Tengo todo el tiempo del mundo.» «Yo tengo que madrugar, pero mañana por la tarde igual puedo escaparme un rato.» «Mañana por la tarde tengo ensayo, pero el sábado, estoy libre.» «Voy a cenar a casa de Sandra.» «Hablamos y tomamos la última.» «Ok, hablamos.»

Miré si Paul estaba en línea. Lo estaba. Busqué el teléfono de Aline. Lo había borrado.

Mierda.

Me despertó Marina zarandeándome con cuidado, sin quitar los ojos de la jaula.

—¿Cómo habéis dormido?

—Yo bien.

Me desperecé como si no hubiera un mañana. Mientras me frotaba los ojos y la cara, Marina miraba entre los barrotes el interior de la casita de madera.

—La verdad es que tiene una cara graciosa. He preparado café.

Y salió de mi habitación. Eran las siete y media; mientras desayunábamos hablamos con Teresa de cómo se podía reorganizar el cuarto en el que íbamos a instalar a Rita. Nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado de llevarles comida a los gatos, cuando yo volviera iríamos dando un paseo a comprarla y luego al parque.

Me subí en el metro. Llovía a cántaros, aunque seguía gustándome ver la lluvia por los cristales, la combinación en autobús hasta el hospital era algo mala y tardaba mucho más en llegar. A las nueve menos cinco entré por la puerta. Rita estaba despierta y desayunaba sentada y tranquila. Sonrió al verme.

—¿Qué tal en el hotel?

—Bien. —Rio.

—La Cloti está perfectamente, está en casa con nosotras.

—¿En serio?

—Y tan en serio.

Le acerqué el teléfono y le mostré las doscientas fotos que le había hecho a su cobaya para ella. Se le salía el amor por los ojos. Me preguntó si a Marina no le importaba. Negué con la cabeza. Se quedó tranquila y en paz. Le hice compañía y hablamos de tonterías mientras llegaba el médico. Sobre las diez y media apareció. Si todo iba bien, en dos días a casa. «Pero tiene que ir con cuidado y hacer reposo.» «No se preocupe, nos la llevamos a casa hasta que esté recuperada del todo.»

Rita me miró como si no me hubiera entendido, como si yo hablara otro idioma parecido al castellano pero que no lo era, vi cómo se le humedecían los ojos, estaba sensible; me levanté, me acerqué y le cogí la mano. Tragó saliva. Escuché con atención todo lo que me decía el doctor, ella hacía esfuerzos por no llorar mientras miraba fijamente las sábanas. Cuando el médico salió por la puerta, oí un «gracias», le quité importancia y aparté la mesa con el desayuno.

—Vamos a estar la mar de bien las tres juntas.

Asintió. Le conté todo lo que había pasado el día anterior con María. «La pobre», contestó. Sonó mi teléfono. Era Marina. Descolgué y puse el altavoz.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que si todo va bien, en dos días se puede venir a casa.

—Perfecto, la habitación está lista ya.

—Estás en altavoz.

—¿Rita?

Rita no podía hablar, volvía a estar llorona.

—Espera un momento —le dije.

—Marina, gracias, de verdad que...

—Anda, calla ya, ¿o te crees que va a venir la rata y tú no?

Me daba ternura su manera de hacerse la dura cuando en realidad se pasaba la vida cuidando del resto.

—Gracias, de verdad.

—Venga venga, luego a la tarde pasamos a verte otro ratito. ¡Lu! Casi se me olvida.

—¿Qué?

—Ha llegado un paquete a tu nombre.

—¿Para mí?

—Sí, viene de París.

Por poco se me cae el teléfono al suelo, entre Rita y yo lo evitamos. Me dio taquicardia.

—Voy.

Colgué, me despedí hasta la tarde, y claro, me fui pitando.

Subí las escaleras con el corazón en la boca; en el metro había fantaseado con diferentes opciones, había estado a punto de volver a casa en taxi, me lo prohibí, no quise perder los papeles, aunque ya los había perdido pulsando de forma compulsiva los botones del ascensor bajo la mirada atónita de la gente que esperaba a mi lado. Todo de repente se había precipitado en mi cabeza, todo, quizás en ese paquete estaba la señal que me iba a mostrar la dirección a seguir, quizás dentro había algo que lo podía cambiar todo, de la misma forma que aquella noche en la fiesta de Juliette. En mi estómago la misma sensación que se tiene en los aviones, porque de alguna manera, mentalmente, yo me había montado ya en un avión de vuelta a casa. A casa. París era mi casa. Ahí lo sentí con toda claridad. Quería volver, pero quería volver montada en un caballo blanco, victoriosa.

—¿Dónde está?

—Encima de tu cama.

Abrí la puerta y tan pronto como lo vi, algo me dijo que no había triunfo alguno dentro de ese envoltorio. No esperaba nada en concreto, pero desde luego ese paquete no iba a cambiar nada, la intuición es increíble. Leí el remite. Era de la madre de Paul. Me pareció todo rarísimo. Nos llevábamos bien, pero desde que su hijo y yo nos habíamos separado no habíamos vuelto a hablar. Abrí el paquete más curiosa que emocionada, era blando. Era ropa. Solo podía ser ropa. Efectivamente, un pantalón gris jaspeado apareció ante mis ojos, en mi interior, la nada... Me entró cabreo, ¿qué mierda era eso?, ¿dónde estaba el gesto romántico?, ¿dónde estaba el motivo que me iba a hacer volver a París sin sentirme una pringada?, ¿dónde estaba la razón para volver sin miedo a que la ciudad me destrozara? Junto al pantalón, una nota, estaba en francés, pero la voy a traducir: «El otro día vi estos pantalones en un mercadillo y como pensé que te encantarían te los compré, llamé a Paul para quedar con vosotros a tomar algo, vernos y dártelos, pero Paul me contó que estabas en Barcelona. Durante un tiempo no he sabido qué hacer, pero finalmente

he pedido tu dirección, espero que no te importe. Pase lo que pase, te deseo lo mejor, Lu. Llámame si te apetece, y si pasas por París, siempre tendrás una casa. Besos. Sandrine».

Siempre tendrás una casa..., siempre tendrás una casa..., todas mis cosas están en mi casa, una casa que hace dos meses que no piso... Me entró un calor por el cuerpo, era rabia, sentí tanta rabia en ese momento... «Mi casa, quiero volver a mi casa.» Llamaron a la puerta. En mi cabeza: casa, casa, casa, casa.

—¿Es un regalo?

Asentí mientras me daba la vuelta con los pantalones en la mano. Miré a Marina y me eché a llorar.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

Pero no era verdad, se me acababa de romper el corazón, estaba tan triste que no sabía explicarme, por un momento parecía que había luz al final de un túnel, pero lo que había era el final, solamente el final; Sandrine se despedía de mí y París se convertía de nuevo en una especie de revólver que iba a acabar volándome los sesos de tanto pensar. La única persona que había podido darle mi dirección era Agathe. La llamé por Skype, Marina me dejó sola. «Conectando», puse el paquete en primer plano.

—*Qu'est-ce que c'est?*

—Un regalo de Sandrine.

—¿Era eso lo que te iba a mandar?

—Le diste la dirección tú, ¿no?

—Sí, ¿he hecho mal?

Le dije que no encogiendo los hombros y volví a llorar como una Magdalena.

—*Chérie...*

—*Quoi?*

—*Ne pleure pas... Allez, Lu...*

—*Je suis fatiguée.*

—¿De qué estás cansada, cariño?

—De estar triste.

—*Écoute...*, hablamos luego, ¿sí?

—*Oui...* —asentí mientras me sorbía los mocos.

—*Tu est mignonne comme ça.*

—*Arrête.*

—Te tengo que dejar, cariño. Perdona.

—Sí sí.

Marina me esperaba en la cocina. Organizaba la comida para los gatos que había ido a comprar con Teresa mientras yo estaba en el hospital.

—¿Quieres un café con leche?

—Sí.

Teresa me lo sirvió y se sentó con nosotras a la mesa, la Cloti se acercó a los barrotes, éramos un aquelarre extraño.

—¿No te gustan los pantalones?

—No es eso.

—Porque si no te gustan, se los regalamos a alguien y listo. Te los ha mandado el francés, ¿no?

Me reí, lo dijo con unas ganas de guerra...

—No, me los ha mandado su madre.

—Ah.

—Dice que la llame si me apetece.

—¿Y qué vas a hacer?

—No sé.

—Si se me permite —interrumpió Teresa—. Yo la llamaría.

—Claro que se te permite.

—Llámala. Ella ha dado el primer paso con mucha delicadeza.

—Es que Sandrine es lo más.

—Pues llámala. Seguro que ella tiene pena. Yo cada vez que mi hijo se separa de sus novias paso unos disgustos..., yo es que les cojo cariño.

—Claro, la tienes que llamar y despedirte bien.

La palabra «despedirte» me dio otro hostión en la cara.

—¿Tienes su teléfono?

—Sí.

—Pues ea, vete a tu habitación y llama tranquila.

—Primero me quiero acabar el café.

Marina se levantó para ir al salón, al pasar por mi lado me cogió de la barbilla y luego me pasó su mano pequeña y huesuda por la mejilla.

—Venga venga, que no pasa nada, lávate esa cara y despéjate.

Pensé en que mi madre jamás me había hecho un mimo así en la vida.

—¿Y qué le digo?

—Ya irá saliendo solo.

Pensé en la última vez que nos habíamos visto, estuvimos tomando un aperitivo antes de ir a comer a casa de su hermana. Nos achispamos un poco, Paul se sentaba a mi lado y estaba con el teléfono enseñándole algo a su padre. Su familia se reunía a menudo. Estar con Sandrine siempre había sido divertido, es tan francesa que parece una parodia, elegante dentro de su *look* desaliñado, media melena, poco maquillaje, gafas extravagantes y siempre tan estilosa. Me acordé de un día de las pasadas vacaciones, Sandrine leyendo en la playa, soñando en voz alta con una cerveza. El padre de Paul abrió la nevera portátil y le acercó una. A sus padres siempre les caí muy bien. Y ellos a mí también. Yo siempre alababa el estilo de Sandrine, supongo que por eso me compró los pantalones.

Siempre pensé que Paul tenía mucha suerte con la familia que le había tocado.

Me acordé de la carta de mi madre a su prima.

Decidí dejar de pensar y llamar de una santa vez.

La conversación fue bien, cordial, rara, las dos avanzábamos con mucha precaución, controlando no decir palabras que nos precipitaran hacia el tema central que las dos evitábamos, intentando encontrar con mucho cuidado el momento adecuado para hablar de Paul. Era su hijo. Tenía que recordármelo para no decir nada de lo que luego me arrepintiera. En mi cabeza, con esa conversación, estaba estrechando vínculos con una aliada clave, el caos que me invadía me hacía imaginar gilipolleces del tipo: Paul y su familia en la cena de esa Navidad y Sandrine mirando con reprobación a su hijo y diciendo en mitad de la mesa: «¡Qué pena que ya no estés con Lu!, ¡cómo la echo de menos!, ¡era un chica maravillosa!», y entonces Paul rompía a llorar destrozado de dolor. Ya lo he avisado, eran gilipolleces, pero no voy a negar que ese tipo de peliculones pasaban por mi cabeza.

—¿Y tú cómo estás, Lu?

Le conté la verdad, que bien y mal, que no sabía qué hacer, que no sabía si volver, que trabajaba en casa de Marina, que mi madre se había partido la pierna, que no tenía claro nada y que eso a veces me sumía en una enorme tristeza. Pero que iba a estar bien. En ningún momento mencioné a Paul. Ella tampoco. Solo quería saber de mí, y aunque en parte deseaba desesperadamente recibir algún tipo de información en aquella llamada, poco a poco me di cuenta de que todo era mucho mejor así. Y que lo único que importaba era yo y cómo me sentía. Nos despedimos como si nos fuéramos a ver la semana siguiente, como si nada pasara, porque en realidad entre ella y yo no había pasado nada y podíamos hablar siempre que quisiéramos. Me sentí tan en paz que estrené los pantalones.

Una manada de gatos nos esperaba en el parque, hacía dos horas que no llovía, teníamos que aprovechar, así que fuimos a llevarles tarrinas de comida blanda y algo de arroz con pollo. «Para no gustarte los gatos, les llevas un menú degustación...» «Yo qué sé lo que comen.» Llegamos a la zona donde se escondían, pero no se acercaban ni de broma, no se fiaban de nosotras. Sacamos la bolsa con la comida, lo pusimos todo en el suelo y nosotras nos sentamos en un banco cercano, usamos la bolsa de cojín para no empaparnos el culo.

—¿Te ha ido bien hablar con ella?

—Sí.

—Son bonitos los pantalones.

—Sí, sí lo son.

—¿Te ha dicho algo del francés?

—No, nada.

—No habrá nada que contar.

—Supongo.

—¿Vas a ir a ver a tu madre?

—¿Hoy? No, lo que me faltaba.

—Cuando escribió esa carta no te conocía, Lu, no podía quererte, no le tengas en cuenta lo que pone, lo que ella tenga con tu padre o con el hombre del que estaba enamorada no tiene nada que ver contigo, ni con vosotras.

—El problema es que entre nosotras no hay nada, Marina, ni ahora ni antes de la carta. Creo

que en cuanto me parió, dejé de existir. ¿Entiendes?

—No sé, hija, se me hace imposible de entender. Habla con ella.

—Ya veré lo que hago, pero desde luego hoy no necesito más emociones.

Estábamos rodeadas de gatos, no nos habíamos dado cuenta y ahí estaban, relamiéndose, comiendo y de vez en cuando mirándonos de reojo. Saqué el teléfono deprisa y los grabé para Rita. Teníamos mucho trabajo por delante. Volvimos a casa y nos organizamos, había que comprar los altavoces y un reproductor de mp3 que fuera sencillo de utilizar, comimos algo, nos abrigamos y salimos a buscar el autobús para ir al centro comercial.

Fuimos directas a la tienda de electrónica y electrodomésticos, encontramos un reproductor pequeño, que no pesaba, que llevaba incorporado un cordón para llevarlo colgado al cuello, era perfecto. Compramos también unos cascos de diadema grande y un altavoz que se conectaba por Bluetooth. Teníamos todo el *pack*; con la bolsa cargada de «cacharros» nos fuimos hacia el hospital.

Rita pintaba en el cuaderno que le había subido el día anterior, al vernos lo apartó y sonrió. Sonó mi teléfono, no reconocía el número que salía en la pantalla, descolgué y salí de la habitación para hablar.

Tenían que entrar en el piso, el vecino de arriba tenía un escape, se le había levantado el suelo, nuestro techo tenía que estar destrozado, necesitaban entrar con los del seguro a valorar los daños y repararlos. Claro, las goteras de la habitación, debían de referirse a eso.

Habían estado llamando a Paul pero no daban con él, Paul jamás contesta cuando le llaman de un número que no conoce. No podía ser verdad. En serio, era una pesadilla, cómo iba a desconectar si todo el rato me llegaban ese tipo de *inputs.* Era una especie de yincana macabra: «¿Crees que puedes olvidar a tu ex? Vamos a comprobar si es verdad, ¿preparada? ¡Bienvenida!».

«*Ça va*, Paul. Me han llamado de la finca, es por las goteras, te han estado llamando, necesitan entrar en casa urgentemente, te copio el número por si acaso, es el 621... blablablá blablablá.»

Lo envié.

Pensé que había sido muy seca. Luego pensé que mejor no pensar más. Me metí en la habitación de nuevo. Mi teléfono volvió a sonar, era él. Lo puse en silencio y dejé que mi contestador saltara. Me iba el corazón a cien por hora, entró un wasap.

«Estoy fuera, no vuelvo a casa hasta el sábado, voy a ver si alguien puede acercarse. Me gustaría hablar contigo.»

Hiroshima, Nagasaki y todas las bombas nucleares de la historia explotaron dentro de mí.

«A mí no.» Lo escribí, pero no lo envié. Pensé en mi pequeño piso parisino con el techo destrozado por un escape. Todo seguía pareciéndome muy metafórico. Paul debió de ver «escribiendo» y luego ya no vio nada.

—¿Estás bien?

—¿Qué?

Mi cara debía de ser un poema, cogí aire y, haciendo de tripas corazón, sonreí y asentí mientras dentro de mí todo se iba a la mierda; el barco que se hundía en mi barriga pesaba tanto que hacía subir demasiado el nivel del agua y en cualquier momento me iba a salir disparada por la boca, tenía que salir a la calle para tranquilizarme, fingí que recibía otra llamada.

Necesitaba hablar con alguien, necesitaba llamar a Sandra, ojalá no estuviera trabajando; ¿Sandra?, un momento, pero cómo podía ser tan idiota, estaba en el hospital en el que trabajaba Sandra. Descolgó a la primera.

—Hola.

—Sandra, ¿estás en el curro?

—Sí.

—¿En qué planta?

—Traumatología.

—Estoy en tu hospital.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, tranquila. Te veo en la cafetería.

—Voy. Dame diez minutos.

Me bebí la cerveza del tirón, estaba tan nerviosa que cinco minutos más tarde estaba borracha perdida, Sandra analizaba la situación, finalmente la conclusión fue: «No es para tanto. En realidad no ha pasado nada nuevo, todo está bien, tú estás bien, tía, tu vida mola y acabarás viviendo en la ciudad que quieras cuando quieras». Cogí fuerzas de leona aunque a ratos el discurso se me caía al suelo de un porretazo, pero el entusiasmo de Sandra se me metió en el cuerpo a la misma velocidad que la cerveza, y estar piripi en una cafetería de hospital me hacía sentir muy *cool* y muy desgraciada al mismo tiempo, pero con la pena no se va a ninguna parte, así que decidí escuchar solamente a la parte de mí que se sentía como una estrella de rock.

—Tengo que volver al trabajo.

—Tranquila.

—¿Estás mejor?

Levanté el pulgar y moví la cabeza como una rapera, hacia arriba y hacia abajo con cierta lentitud enfática. No me lo creía ni yo.

—Te veo el sábado.

—¿Qué llevo?

—Hablamos durante la semana y organizamos.

Nos dimos un abrazo, pagué y volví a la habitación.

—Me he bebido una cerveza y estoy un poco mareada.

Se me escapó. Me miraron fijamente, calladas, no había juicio, las pillé tan por sorpresa que se quedaron pasmadas.

—¿Vas a vomitar?

—No, mujer, no, a vomitar no, pero necesito sentarme un momento.

—Claro claro.

Me senté al lado de Marina, cerré los ojos y, de lo cansada que me habían dejado los nervios de hablar con Paul y con Sandrine, me quedé dormida; la cerveza ayudó. Media hora más tarde,

Marina me dio golpecitos en la mano.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien bien.

Nos despedimos de Rita y quedamos en llamarla a la mañana siguiente, por el pasillo nos cruzamos con una máquina de bebidas, paré en seco, compré una botella de agua y me la bebí entera, casi sin respirar. Hidratada y más tranquila, le acerqué el brazo a Marina para que se agarrara a él, salimos del hospital y fuimos paseando hasta el bus.

Mientras Barcelona se mostraba entera tras las ventanas, ante mis ojos, mi cabeza fue ordenando conceptos y fui entendiendo en profundidad lo que me había dicho Sandra. Tenía razón, nada había cambiado, todo seguía igual; menos el techo de mi piso de París, todo seguía igual. Cogí fuerza en esos veinte minutos de trayecto.

Al llegar a casa tuve un antojo muy grande, busqué en Google «Comedias para superar una ruptura», me decidí por *La boda de mi mejor amiga*, ya la había visto pero era justo lo que necesitaba, la alquilamos *online*, amé Filmin sobre todas las cosas, e invité a Marina a una pizza. La pobre creo que no se vio capacitada para decirme que no.

«Madre de Dios, qué chaladura», dijo viendo la peli, pero se rio. La Cloti nos hacía compañía, pusimos la jaula al lado del ordenador, en la mesa baja del salón. A ella le dimos un tomate abierto de los que tanto le gustan.

Contra todo pronóstico, no volví a pensar en cosas que me angustiaban y esa noche dormí del tirón.

25

—¡ME MUEROOOOOO!

—Dios de mi vida, pobre mujer.

Nada más entrar empezamos a oír los gritos. Era miércoles, y a María le tocaba peluquería. La fuimos a buscar al comedor, la pobre miraba alucinada a Carmen, las habían sentado a la misma mesa, no le quitaba ojo de encima, la miraba asustadísima.

—Hola, Carmen.

—¡HOLA!

—Pero no grite, mujer, que se va a quedar afónica.

—¡ME MUEROOO!

—Niña, habla tú con ella, que yo me aturullo y no sé ni qué decirle. Hermana, ¿cómo estás?

María nos observó con mucha atención, era como si hubiera mandado una orden a su cerebro, nos estaba escaneando y enviaba nuestra imagen al FBI de su cabeza: «Búscame a estas dos, dime si son peligrosas. Bueno, básicamente dime quiénes son», y cuando Carmen arrancaba por bulerías se volvía a quedar pasmada contemplándola.

—¡Qué guapa la han puesto hoy, Carmen!

—LUNES, MARTES, OCTUBRE, VIERNES, ENERO...

Era tan bonita que daban ganas de achucharla. Marina se ponía nerviosísima, no sé si era su incapacidad para ayudarla lo que la inquietaba tanto. María se volvió hacia ella de golpe y le dijo:

—PERO CÁLLATE YA, CHIQUILLA.

—¡ME MUEROOOOOO!

Marina se empezó a reír, llegó una de las trabajadoras y el auxiliar favorito de María. Mientras ellos intervenían, Marina se me acercó y me dijo al oído: «Ha imitado a mi madre, vamos a ponerle ya las cacharras que hemos comprado».

Parecíamos dos científicas en un experimento que fuera a salvar a la humanidad, y quizás sí, quizás de alguna manera con todo aquello se podía salvar a mucha gente. Quién sabe. De momento, tocaba llevarla a la peluquería, era su turno en unos quince minutos, una vez por semana había que lavarle a fondo la cabeza y peinarla bien, ponerle sus bigudíes y su laca.

Empujamos su silla hasta los dominios de Paulina, que se acercó tan cariñosa como siempre, se puso en cuclillas frente a María.

—Hola, reina mora. Vamos a ponerte guapetona.

—Bah...

Y cerró los ojos, como siempre que se sentía fuera de lugar o desbordada por la situación. Con discreción, le pregunté a Paulina si le importaba que probáramos con ella lo de la música para relajarla.

—Para nada.

Silvia, que también se acercó a nosotras, le dio un beso a María, le dijo al oído, algo que la hizo volver a abrir los ojos y sonreír.

—No sé qué tiene ella que no tenga yo, María, me partes el corazón.

Y volvió a cerrar los ojos. La sentamos en el lavacabezas. Se resistía y empezaba a gemir en forma de protesta, apretaba los labios para sacar la impotencia que sentía por alguna parte. Marina me dio un codazo, «Ya, ya, sácalo ya». Busqué el reproductor, abrí la *playlist*: *Eres tú,* de Mocedades, parecía hecho a propósito, *como el agua de mi fuente*, mientras Paulina le rociaba la cabeza con cariño, todas pendientes de lo que sucedía.

Barcelona, 1973

Como una promesa eres tú, eres tú,
como una mañana de verano,
como una sonrisa eres tú, eres tú,
así, así eres tú.
Toda mi esperanza eres tú, eres tú,
como lluvia fresca en mis manos,
como fuerte brisa eres tú, eres tú,
así, así eres tú...

Era el primer festival de Eurovisión que se retransmitía en color, todo el mundo estaba emocionado, habían quedado para ver el certamen en casa, los cuatro, bueno, los seis, en la mesa del comedor las dos hermanas sentadas brazo con brazo, sus respectivos en las esquinas, habían preparado una tortilla de patata, pan con tomate, ensalada, lomo rebozado para los niños (si es que se les podía seguir llamando «niños»), pimientos asados, había vino, había refrescos, había gaseosa, había de todo.

Toni estaba de pie detrás de su tía, María completamente apoyada en el respaldo, él le pasaba los brazos alrededor del cuello, Toni siempre cariñoso con ella. María, una vez superada la rabia por la muerte de su hijo, pudo empezar a vincularse de manera sana con sus sobrinos. Con Toni fue mucho más sencillo.

Había dos cosas que jugaban a su favor: la primera era que Toni no existía cuando falleció Carlos, María no tenía ningún recuerdo de los dos juntos; por lo tanto, la compañía de Toni no la llevaba a pensar en su hijo, había un espacio en blanco, una laguna entre el nacimiento de su sobrino y el entierro de su hijo, un vacío en la galaxia, un kilómetro cero desde el cual se podía empezar a medir la vida de nuevo.

Con la niña fue distinto, la niña le había preguntado alguna vez por su primo, y eso que su madre le había explicado por activa y por pasiva que el primo estaba en el cielo y que no le volverían a ver y que era mejor no decirle nada a la tía porque se ponía muy triste; pero se ve que todo eso era muy abstracto y que una parte de ella se resistía a la despedida total, tal vez su tía sabía algo, tal vez ella le podía explicar qué había pasado con Carlos, arrojar algo de luz, le echaba de menos.

La segunda cosa era que a Marina le costó muchísimo volver a quedarse embarazada. Cuando murió su sobrino, ella y Antonio estaban buscando al segundo, a la parejita, pero no conseguían «quedarse», era como si el útero de Marina estuviera ocupado por el corazón roto de su hermana, y ahí no cabía otro bebé, ahí no cabía vida, ahí solo cabía tiempo y paciencia hasta que ella volviera a respirar sola, era como si su cuerpo hubiera decidido que ese no era el mejor momento, su útero estaba de duelo, siempre que se ponían a buscar, la imagen de su hermana corriendo por el pasillo del hospital le venía a la cabeza.

Eso empezó a poner muy triste a Marina, ella deseaba con todo su corazón tener un segundo hijo, ella y su hermana habían sido muy felices creciendo juntas, quería lo mismo para Laura, una compañera o compañero de juegos. Lo hablaba con Antonio, pero con nadie más, esas cosas son demasiado íntimas, y le parecía egoísta hablarlo con María, ella tenía a Laura y quería otro hijo mientras que su hermana se había quedado..., ¿cómo se llama a una madre que ha perdido a su hijo? No hay nombre para eso, es tan duro sentirlo que no se le puede poner nombre, es innombrable. No existe el concepto. No hay una palabra para definir a los padres que pierden a sus hijos, no hay nombre para los hermanos que pierden hermanos... Hasta que un día María le hizo la pregunta: «¿Qué pasa, hermana?». «¿Qué quieres decir?» «Estás apagada desde hace unos meses, ¿qué pasa?» Entonces Marina vació su corazón y su hermana la ayudó y la escuchó como antes de perder todos los sentidos, como antes de quedarse sin olfato, sin tacto, sin gusto, sin nada, como antes de quedarse de esa manera que no tiene nombre pero que significa que tu hijo está en una caja bajo tierra.

Al poder hablar con ella, su cuerpo recuperó la normalidad, la culpa por ser fértil y tener a su hija viva desaparecieron, y las nubes que acechaban a cada intento de embarazo, bueno, las imágenes de su hermana corriendo por el hospital no desaparecieron, pero por lo menos no inundaban su cabeza cuando se acostaba con Antonio.

Y entonces llegó Toni al mundo, y el pequeño le devolvió la alegría a su tía. María siempre supo que sería un niño. Ya no hablaba de su hijo, no había vuelto a hablar, esa fue su manera de pasar página, cambiar de casa, dejar las cosas del niño dentro, irse sin más, salir de la cárcel del dormitorio infantil ordenado, salir de la casa donde había aprendido a andar su hijo y buscar otra donde aprender a sostenerse ellos.

Mocedades cantaba en televisión, María cogió las manos que su sobrino tenía alrededor de su cuello, y hasta depositó un beso en la palma de una de sus manos mientras todos cantaban flojo, como hacia dentro, moviendo los labios. Laura se acercó a la mesa, ya era toda una señorita, tenía novio y todo lo que hacían sus mayores le daba pudor y vergüenza; su padre se levantó de la silla y la agarró por la cintura obligándola a bailar con él, todos aplaudieron mientras ella intentaba zafarse muerta de bochorno, hasta que dejó de luchar contra sus propias ganas de

bailar, como María cuando dejó de luchar contra sus ganas de seguir en esta vida.

Padre e hija bailaron, el cuñado sirvió más vino para todos, las hermanas se miraron sonrientes y María cantó sola y fuerte el último *Eres tú, el trigo de mi pan*, mientras su familia la ovacionaba.

Marina observaba emocionada a su hermana cantando flojo en el reposacabezas de la peluquería, y todas, ese miércoles, aplaudimos, conscientes de que por un momento, en ese lugar pequeño, había ocurrido algo verdaderamente enorme. Tan enorme como cuando España quedó en el segundo puesto del Festival de Eurovisión aquel 7 de abril en Luxemburgo.

26

Comimos en casa, nos echamos la siesta y fuimos a ver a Rita. Una enfermera nos confirmó que al día siguiente le darían el alta, y acordamos la hora a la que iríamos a recogerla; habría que firmar el papeleo, recoger el historial y poco más. La tarde pasó tranquila, la lluvia ya no era tan fuerte, el cielo empezaba a darnos una tregua.

Las dejé en la habitación y llamé a Sandra, estaba en el hospital, no podía bajar a la cafetería pero podía verme si me acercaba a su planta. Cogí el ascensor y ella me esperó al inicio de su pasillo.

—¿No te gustaría volver al trabajo de enfermera?

—He pasado tantos años en el banco de sangre que solo me siento capacitada para eso, no sé si estoy preparada para hacer todo lo que hacéis.

—Estás preparadísima.

—No sé.

—Pero ¿te apetece o no?

—No tengo ni idea, la verdad. ¿Por?

—Porque están a punto de coger la baja dos compañeras por maternidad y he pensado que igual te iría bien. No sé. Piénsalo.

—Ufff, me pongo nerviosa solo de escucharte.

—Pues dejemos el tema. Hablemos de cosas interesantes de verdad, hablemos de este sábado.

—Rita se va a instalar en casa con nosotras hasta que mejore, no sé si voy a poder escaparme, según se encuentre.

—Joder.

—Ya.

—¿Has vuelto a saber algo de las goteras?

—No.

—¿Cómo estás?

—Normal, no lo pienso, intento poner mi atención en otras cosas.

—Bien hecho. Si no, siempre te puedo hacer contrabando de orfidales.

—Lo que me faltaba.

—Oye, mi primo y los chicos se van a pasar por la cena cuando acaben el bolo que tienen. ¿Te parece bien?

—¿A mí?, claro, ¿por?

—Por si no te apetece ver a Santi.

—¿Por qué no me iba a apetecer?

—No sé, no quiero forzar nada.

—Anda, no digas tonterías.

Me llevó a la sala donde descansaban, me presentó a algunos de sus compañeros, «Esta es Lourdes, estudiamos juntas», «Holaquétalencantadaholaquétalyyo», y un rato más tarde ya estaba de nuevo en el ascensor. Nos despedimos de Rita y fuimos hacia casa. Durante el trayecto en autobús le escribí a Santi: «¿Te apetece acompañarme a alimentar a unos gatos?». «¿Eres de una protectora?» Me dio la risa, la verdad es que, dicho así, sin preámbulos, parecía un poco eso. «No no, son los gatos de una amiga.» «Venga, ¿a qué hora?» «¿Te va bien en 20 minutos?», y así quedamos, le mandé la dirección de Marina y nos vimos en su portal al poco rato.

—Llaman al timbre.

Descolgué el interfono.

—Marina, me voy a darles de comer a los gatos.

—Empiezo a hacer la ensalada y cuando subas ponemos el pescado en la plancha.

—Vale.

—¿Quién te viene a buscar aquí?

Me lo preguntó sonriendo, «Un chico, ¿no?», me sentí como si fuera su nieta, y ese sentimiento no estuvo nada mal, fue algo inesperado y profundamente bello; me acerqué a ella, hice ver que le iba a dar dos besos y le dije al oído: «Co-ti-lla». «Será posible», me dio una palmada en el culo y me fui. Me sentí tan su nieta que es como si desde ese preciso momento hubiera empezado a serlo, nuestro amor se había ido gestando poco a poco cada día, habíamos caminado obligadas y lentas la una al lado de la otra, pero de forma voluntaria habíamos dado saltos enormes juntas y todo parecía menos «una mierda» desde que me había metido en ese coche con mi madre para ir a su casa. Quién me lo iba a decir.

Abrí el portal y ahí estaba Santi, apoyado en su moto con el casco colgando del manillar.

—¿Intentas impresionarme?

—Para nada.

—No te creo.

—¿Soy tan obvio?

—Quizás no es que tú seas obvio, quizás es que yo soy muy lista.

Se había acercado a la puerta, nos quedamos mirándonos, no sabíamos muy bien qué hacer, siempre nos habíamos encontrado en espacios cerrados, no en mitad de la calle, en la calle se besan las parejas, nosotros no éramos una, yo tal vez me iría en un mes de Barcelona, pero..., tarde, ya nos estábamos besando.

—No te emociones, esto no te convierte en mi novia.

—Gracias a Dios.

Me gustaba que me leyera la mente, era listo, pero yo lo era más, estaba superando dos

heridas enormes a la vez y eso me hacía estar tan alerta que era imposible pillarme desprevenida.

—Te voy a presentar a alguien.

—¿A quién?

Llamé al interfono, no contestaba nadie, me miró extrañado, le hice un gesto con la mano, «Paciencia», me volvió a besar, Marina necesitaba su tiempo.

—¿Sí?

—Marina, soy yo.

—¿Te has dejado algo?

—Te presento a Santi.

—¿Qué?

Le pegué un tirón de la manga, le amorré al interfono y le dicté al oído lo que tenía que decir:

—Hola, Marina, soy Santi, un amigo de Lu, he venido a buscarla, encantado de saludarla.

—¡Ah! Igualmente, majo. Pasadlo bien. Pero, Lu, ¿te espero para cenar?

—Sí sí.

—Venga, pues pasadlo bien.

De camino al parque le expliqué todo con más detalle, hasta ese momento le había contado algo por encima nada más: que yo trabajaba con Marina, que desde hacía unos dos meses y pico había vuelto de París y luego también admití que no tenía mucha idea de qué hacer con mi vida, que estaba un poco perdida y que sentía que estaba en medio de ninguna parte. Eso ya lo sabía por encima, pero quise darle énfasis. Me escuchó atento. Se quedó un poco sorprendido, era la primera vez que conocía a alguien que trabajara de lo mío, eso me dijo, y yo le dije que yo tampoco conocía a nadie hasta que empecé a conocer a todas las chicas que cuidaban a los ancianos del *casal.* Volvimos a besarnos. Llegamos al parque y empezamos a abrir las latas de comida blanda y los gatos se acercaron a nosotros. Los más jóvenes empezaron a jugar entre ellos. Nos quedamos embobados mirándolos.

—¿Y te gusta cuidar de ella?

—Sí, jamás hubiera imaginado que trabajaría de algo así, la verdad, pero estoy contenta, quizás porque siento que es temporal; si me planteo que esta sea mi vida a partir de ahora me entra una especie de claustrofobia, pero si lo pienso bien, no tiene nada que ver con Marina, tiene que ver conmigo, con la sensación de que se me echa el tiempo encima. No sé si me explico, esa sensación de que a mi edad ya tendría que tener las cosas muy claras, encaminadas, pero me pasa justo lo contrario, que no tengo ni idea de hacia dónde tengo que ir. Me pregunto si los demás lo tienen todo de verdad tan claro, si saben hacia dónde van, si soy la única que no sabe qué hacer..., o si el resto de la gente está igual que yo pero disimula mejor.

—Ya, te entiendo.

—¿Y a ti te gusta tocar con la banda?

—Sí, me encanta, pero todavía no puedo vivir solo de eso.

—¿Qué más haces?

—Ayudo en una empresa de mudanzas de vez en cuando, tengo un amigo que trabaja en un estudio de sonido y le ayudo con alguna música para un spot o para un documental, improviso.

—Está muy bien.

—Sí, no me quejo.

Volvimos a besarnos otra vez, los gatos se enredaban entre nuestras piernas pidiendo cariño y pidiendo más latas. Supongo que Rita se quedaba allí un buen rato con ellos, nosotras todo lo que hacíamos era ir, alimentarlos e irnos. Estarían añorados. «En nada volverá vuestra dueña. Cuando cuidas de un animal que vive en libertad, ¿eres su dueña?» «Mmm..., buena pregunta, no lo sé.» Empezó a caer una tromba demencial de agua y Barcelona volvió a parecerse demasiado a París, los gatos salieron disparados y nosotros corrimos en dirección al portal. Llegamos completamente empapados, me pareció peligroso que cogiera la moto en esas condiciones, hice que me esperara dentro del portal, subí las escaleras hasta casa y le pedí permiso a Marina para invitarle a cenar con nosotras.

—Pero, claro, ese chiquillo no se puede ir así, con la que está cayendo.

Subimos, Marina nos esperaba en la puerta, «Madre mía, cómo os habéis puesto», la Cloti nos observaba asomada a los barrotes de su jaula, nos quitamos los abrigos y los zapatos, yo fui a mi dormitorio a cambiarme y le saqué a Santi la sudadera con el estampado en formas geométricas que le había robado a Paul en mi huida a Barcelona, no me hacía gracia que se la pusiera pero era la única parte de arriba que le podía prestar. Marina revolvió en uno de los cajones y sacó unos pantalones de pijama de su marido, y entre las dos le vestimos con prendas a las que las dos nos habíamos acurrucado en muchas ocasiones pero con otras personas dentro de ellas.

No había lavado aquella sudadera desde que me la había puesto la mañana de la ruptura, no admito ningún juicio sobre eso, la cogí directamente de la cajonera y me la acerqué, inspiré hondo... Aún olía a él. Ahora se iba a mezclar con otro olor, una parte de mí se enfadó conmigo misma por habérsela sacado; la otra parte de mí se enfadó con esa otra parte mía y le gritó dentro de mi cabeza: «INMADURA».

No había duda de que era un planteamiento absurdo, pero bueno, estaba asumiendo muchas cosas a pasos forzados; encariñarme con una sudadera formaba parte lógica del proceso, todo según yo, evidentemente.

Era fascinante verle mantener el tipo y obedecer todas nuestras órdenes. Él estaba flipado con la cobaya y con Marina, hablamos de los gatos, pusimos la mesa, metimos nuestras ropas en la secadora, sacamos otro trozo de pescado, lo descongelamos en el microondas, hicimos sopa, «No esperaba visita, haremos esta, que es de tetrabrick pero es muy rica», y nos sentamos a la mesa.

—Marina.

—¿Qué?

—Dile que no se emocione, que esto no le convierte en mi novio.

—Pero, bueno, tú estás chalada de verdad, a mí no me hagas repetir eso.

Santi se rio al mismo tiempo que empezaba a probar la sopa y casi se atraganta. Vi cómo hacía esfuerzos por volver a respirar normal.

—¿Estás bien?

—Sí sí, estoy bien, no se preocupe.

—Desde luego, estáis como dos cencerros.

Cenamos hablando de cosas sencillas, del grupo de Santi, descubrimos que había hecho la

música de un anuncio de salsa de tomate que era la que compraba Marina, de noticias que salían en el telediario, nos templamos con la sopa y con la compañía.

Al acabar recogimos la cena entre los dos y fregamos los platos. Marina mientras tanto le iba metiendo rodajas de verdura a la cobaya por las rejillas, «Pobrecita, mirándonos cenar y ella a pan y agua». Hicimos unas infusiones y seguimos charlando de la nada. La secadora pitó. Marina corrió a vaciarla, «Que si no, la ropa se queda hecha unos zorros», Santi se encerró en el baño a vestirse y volvió al salón con nosotras.

—¿Os puedo hacer una foto?

—Vale.

—Ay, ¿con estas pintas de andar por casa?, ¿estás seguro?

—Yo os veo perfectas.

Me acerqué a ella en el sofá, le pasé el brazo por encima y ella se acopló a mí. «Un momento, un momento», dije, abrí la jaula, saqué a la Cloti y la puse en mi regazo.

—La madre que te trajo..., que no se me acerque, que me da mucha cosa, Lu.

—Que noooooo.

Miramos a Santi y sacó la foto. Nos la enseñó. «Madre mía, qué cara», dijo Marina al verse; de pronto dejó de llover. Nos despedimos hasta otro día y acompañé a Santi a la puerta, nos dimos un abrazo; si todo iba bien nos veríamos el sábado en casa de Sandra.

Marina y yo nos pusimos los pijamas y nos fuimos a la cama. Por la mañana teníamos piscina, no podíamos volver a faltar, y por la tarde Rita se mudaba con nosotras.

Cogí la sudadera de forma instintiva. Seguía oliendo igual que Paul, no puedo explicar el alivio que sentí, esa sudadera era mi betadine cuando la herida sangraba sin yo esperarlo, era mi biodramina cuando la cabeza daba vueltas a las cosas, menos mal que es imposible borrar un olor en pocas horas. Me dio calma, me cabreó que me diera calma pero me perdoné. Sonó mi teléfono, lo cogí al vuelo, pensando que sería Santi avisándome de que ya había llegado a su piso. Era Paul. Me dio un vuelco el corazón.

«Es muy duro no poder hablar contigo ni siquiera de las goteras del apartamento. Espero que esté feliz y que esté bien.»

Había hecho un esfuerzo por escribirme en español. «Espero que “estés”, estamos mal, pero no tan mal como para hablarnos de usted», me hubiera encantado contestarle eso, pero al final no mandé nada.

La Cloti se acercó a los barrotes, siempre dormía en mi mesilla de noche, me miró como entendiéndolo todo, creo que hasta me guiñó un ojo, luego se dio media vuelta y se acurrucó dentro de su casita de madera, yo hice lo mismo debajo del edredón. Abrazada a la sudadera.

27

Nadar nos vino fenomenal, Eusebio nos recogió en el portal, nos saludamos, nos pusimos al día, le contamos que Rita llegaba esa tarde, que se instalaría con nosotras, y él se alegró muchísimo y nos dijo que un día de estos vendría a visitarnos con Lydia.

Mientras nadaba, el agua me limpiaba de todo lo que no necesitaba cargar conmigo; yo, que no soy nada mística, sentía esas dos horas semanales como una especie de renacer y de *reset*, un lugar que absorbía toda la porquería que circulaba por mi cabeza y que la depuraba de una manera casi mágica. Siempre controlaba de reojo a Marina, la veía disfrutar con sus avances, creo que a ella le sentaba incluso mejor que a mí.

Comimos rápido y me fui a buscar a Rita, Marina me dio cincuenta euros, «Volved en taxi», estaba nerviosa, quería que se sintiera bien en casa, que se sintiera a gusto, tranquila. Cuando llegué a su habitación, Rita ya me esperaba vestida, sentada en la butaca con las revistas y los libros de colorear que le había comprado encima del regazo. Me sonrió. «¿Lista?» Asintió como si nunca hubiera estado más preparada para nada en este mundo. «Lista.» Firmamos el alta y hasta luego, hospital.

En el camino de vuelta volvió a darme las gracias, le conté que Marina estaba emocionada con la idea de tenerla en casa, que su Cloti la esperaba impaciente y que si necesitaba algo, me lo pidiera. «Voy a necesitar mi ropa, solo tengo esto del día que me encontraron en casa.» Le dije que no se preocupara, que yo iría a buscarle todo lo que hiciera falta para que estuviera cómoda y que iría de forma regular a regar sus plantas. Ella seguía aferrada a sus revistas y miraba por la ventana de aquella habitación de hospital con esa sonrisa suya en la cara, creo que es difícil encontrar a un ser más luminoso que ella, creo que el propio Buda le haría reverencias o, como mínimo, la querría de socia.

Marina se levantó disparada de la mecedora al oír el sonido de las llaves en la puerta, «Bienvenida», se dieron dos besos y un abrazo largo, había emoción en las dos, pero se hicieron las duras y sujetaron los caballos, domaron las lágrimas como verdaderas campeonas y fingieron normalidad como si nada de aquello fuera extremadamente especial.

Hice ver que no me daba cuenta de todo eso. Muchas veces, a posteriori, me he preguntado por qué Marina se tomó la recuperación de Rita como una cosa tan personal. Ella siempre lo había dicho, que eran amigas pero «lo normal», vecinas del barrio, que le tenía cariño a Rita pero

sin mucho más. Era como si todo lo que no había podido hacer por su hermana se pudiera equilibrar de esa manera. Por otro lado, a veces he pensado que era por compensar lo sola que la dejó cuando se había quedado viuda, por no haberse dado cuenta de lo triste que estaba, por el sentimiento de culpa al ver cómo Rita se volcaba con ella cuando Antonio murió. O puede ser que simplemente Rita se hiciera querer por su dulzura y su carisma, que resultara imposible dejarla sola... Sea como fuere..., ahí estábamos.

De pronto oímos un ruido metálico, un golpe, «Cloootiiiiii», dijo emocionada, le hicimos señales, «En el salón», y las tres fuimos para allá. Parecía mentira, pero la cobaya estaba abalanzándose hacia Rita, todo su cuerpo, derecho, contra las rejas de la jaula, pidiendo un abrazo, contacto, «Mi chica, ay, mi chica», abrió la puerta y la sacó. La Cloti temblaba de emoción con su jersey de ganchillo y sus ojos de canica. Marina, que aún se agobiaba un poco con la cobaya, decidió romper el momento.

—Bueno, venga, ven que te enseño la habitación.

Las seguí hasta el dormitorio que le había asignado, había una cama individual en el medio, y escondida entre el armario y la pared, la estructura desmontada y el colchón de la segunda cama.

Marina había montado aquella habitación para sus nietos, para que pudieran quedarse con ellos a dormir de vez en cuando, para tenerlos habitualmente por casa. Pero solo habían dormido ahí dos días, cuando su madre se acababa de divorciar y tenía tal depresión que necesitó estar sola por completo. Antonio y ella se los quedaron y fueron felices de sentir el caos infantil alrededor, de nuevo, como cuando sus hijos eran pequeños. Luego nunca más.

«Voy a regalar la otra cama», me dijo un día, con más tristeza que necesidad de espacio.

Mi dormitorio había sido el taller de Antonio, su marido hacía algunas chapuzas, «acumular porquería, eso es lo que hacía —me explicó—. Me llenaba la casa de cosas que encontraba y que él se creía que arreglaba. No sabes las ganas que tenía de desmontar esa guarida, pero, claro...». Pero, claro, la habían desmontado tras su muerte, porque daba directamente a otro baño y era la mejor habitación para meter a alguien a vivir con ella. Los que jamás visitaban a sus padres decidieron todo lo que había que hacer mientras sus nietos resoplaban aburridos en el salón, y Marina, muda de pena, cansada, les dejó hacer.

Aún queda una caja, una enorme con herramientas, llaveros y cosas de Antonio. Esa es la sudadera de Marina, cuidado, no pretendo comparar toda una vida con los dos años que viví con Paul, es solo que creo que es complicado decirle adiós a todo lo que te ancla a alguien. No sé, yo me entiendo.

—Vas a estar muy bien aquí.

—Desde luego.

—Ah, sí, te he puesto una silla ahí para que puedas poner a la... Cloti.

Sé lo que iba a decir, iba a decir «a la rata», pero ella ya quería «al bicho ese» y se corrigió a tiempo. Me pidieron que preparara café con leche «de ese soluble, sin cafeína».

—La que me espera —les dije; se rieron conmigo—. Marina, calienta la leche, que voy a hacer algo mejor.

A los pocos minutos volví con unos cruasanes y preparamos una merendola. Antes de la cena fui a casa de Rita a buscar todo lo que me pidió: un pijama, dos o tres blusas, sus pantalones

grises, dos jerséis, calcetines, bragas, un sujetador limpio, su bata, sus gafas de cerca, su bolsa de las labores, sus libros de mandalas y sus lápices de colores.

—Los libros ¿de qué?

Marina ni se imaginaba que le iban a descubrir su nuevo *hobby*. Busqué todas sus cosas, al llegar la ayudé a colocarlo todo, la habitación parecía otra. Rita se duchó, no necesitaba ayuda, cenamos sopa, estaba cansada y se acostó pronto, seguía convaleciente y habían sido muchas emociones en un día. Nosotras vimos un capítulo de los nuestros, y aunque ninguna de las dos lo dijéramos, echamos de menos los ruiditos de la Cloti mientras mordisqueaba calabacín al lado del ordenador.

—No sé si voy a poder, papá.

—Sí que pued...

Le hice un gesto para que se callara. Miró hacia arriba poniendo los ojos en blanco, como siempre que reprobaba algo que yo hacía. Íbamos en el taxi de camino a la residencia, era sábado. Mi padre quería invitarme a comer el domingo en casa. Con todo lo de Rita y las derramas parisinas, me había olvidado un poco de mi panorama familiar. Mi padre, que no tenía ni idea de que yo había leído la carta (suponiendo que él conociera su existencia) y feliz de tenerme por la ciudad, buscaba planes para pasar ratos conmigo. Me sentí triste, él no tenía la culpa pero formaba parte activa de la estafa de la que me sentía víctima.

—Te llamo luego, según se encuentre Rita durante la tarde, ¿te parece bien?

—Claro, cariño. Luego hablamos. Saluda a Marina de mi parte.

Colgamos.

—No seas asquerosita con él.

—¿Cómo que «asquerosita»?

—¿Por qué quieres castigarle?

—No lo entiendes, no quiero castigarle, me siento rara, me cuesta mirarle a la cara.

—Lu, la gente hace las cosas lo mejor que puede. A ti se te acaba de partir el corazón, haces lo que puedes, ¿no? Intenta entenderla a ella, a él le ha tocado la peor parte, no le des más calabazas de las que ya le han dado.

—A mí estar con mi padre no me importa, pero ver cómo lo trata, aguantar cómo me trata a mí, ver su amargura..., eso me pone de mala leche, y tú lo acabas de decir, mi corazón está roto, necesito estar rodeada de gente que me trate bien, porque estoy sensible.

—Vas a ir a comer.

—No lo sé.

—Escúchame bien, si quieres ir a cenar con tus amigos hoy, tienes que prometerme que mañana irás a comer con ellos. Rita y yo nos prepararemos la comida y estaremos tranquilas en casa, charlando y pintando los dichosos cuadernos esos, o viendo una película, lo que sea. Tú comes con tu familia y si quieres, a la hora del café finges que nos ha dado un patatús a alguna de las dos y que tienes que volver, pero pasas dos horas con tu padre y con tu madre.

—Ya veremos.

—Eres una cabezota. Anda, dame ese gusto.

La miré suplicante, llegamos y ella le pagó al taxista.

Al principio iba paseando a ver a su hermana, iba con Antonio del brazo, o sola, pero esos eran sus paseos semanales, hacía algo de ejercicio y se movía. Le llevaba *tuppers* con verduras al horno, puré de zanahoria, bizcochos caseros para que merendara. Pero luego los paseos eran interminables, cada vez le costaba más la caminata. Veinte minutos a pie no son cualquier cosa.

Vimos que Rafael estaba en la entrada, seguía solo, sin nadie que fuera a verle. Se agarró a mi brazo. Me dijo que hacía días que no me veía.

—Estuvimos el miércoles, Rafael, pero no coincidimos, igual por eso le parece que hace mucho tiempo.

—Ah..., pues igual es eso, me tienes que ayudar. Me roban los calcetines.

—No me diga eso, Rafael, ¿en serio?

—Y tan en serio. Mira.

Me señaló sus pies, no llevaba calcetines y se había calzado las zapatillas con el pie cambiado, debía de costarle caminar. Me fijé y sí, andaba raro.

—¿No le duelen los pies?

—Mucho, sin calcetines me llago.

—Vamos a hacer una cosa sin que nos vean, me lleva a su dormitorio y buscamos dónde los han escondido.

Me miraba fijamente, entendiendo lo importante que era lo que íbamos a hacer. Me cogió la mano y empezó a caminar, miré a Marina, que asintió y me hizo un gesto con la mano, «Ve ve, busco a mi hermana y nos vemos en el jardín, que hace solecito».

Subimos unas escaleras y avanzamos despacio por un pasillo, me volví a imaginar a María mucho más joven corriendo hacia mí y gritando lo mismo que le gritó a su hermana: «¡El niño, mi niño!», con la misma angustia con la que la oí gritar aquella noche que me llamaron de la residencia. Me sacudí de encima el pensamiento.

Imaginé muchas historias por metro cuadrado, casi todas las puertas estaban entreabiertas, al fondo, personal del asilo limpiaba las últimas habitaciones y hacía las camas.

Rafael buscaba, como sabiendo adónde iba pero sin estar muy seguro de que no hubieran cerrado su bar favorito, era como si llevara años sin ir y no acabara de recordar la esquina exacta, la puerta exacta. Al fondo oímos una voz: «¡Es la siguiente puerta!», di las gracias levantando la palma de la mano, como cuando agradezco en un paso de cebra que los coches se detengan. Él advirtió mi gesto, no le hizo gracia, abrió mucho los ojos y me inspeccionó como si de repente yo fuera el enemigo.

—¿La conoces?

—No.

—Pero la has saludado.

—Por educación.

—Me roban.

Ya no se fiaba de mí, nunca había tenido esa sensación de una manera tan pura, se agobió y ya no quería entrar en el dormitorio. Busqué la manera de calmar sus dudas.

—Si no la saludamos, va a pensar que la hemos descubierto.

Siguió sobre mí su mirada dura. Me imaginé la angustia de pensar que estás indefenso en un lugar en el que no puedes confiar en nadie. Tenía que descubrir algo de su historia, algo de su vida que me ayudara a saber qué tipo de música o de vivencias había detrás de su nombre. Porque Rafael era solo un nombre, lo único que sabía de él era que no tenía visitas.

—Déjeme ayudarle a buscar los calcetines.

Abrió la puerta y tiró de mi brazo hacia el interior. No había nada personal en la decoración, parecía un hostal barato. Le acompañé a una silla, hice que se sentara.

—Vigile que no entre nadie, voy a buscar.

Asintió, volvió a establecer cierta conexión de nuevo conmigo. Abrí los cajones, tenía sus camisetas interiores dobladas, sus iniciales estaban escritas con bolígrafo al margen de la etiqueta con la talla, sus calzoncillos, sus pañuelos, sus calcetines, evidentemente, estaban ahí. Saqué un par muy despacio, como si fueran una bomba y yo una artificiera a punto de salvar el mundo, se los enseñé desde lejos, se levantó con mi misma lentitud.

—No no, siéntese.

Obedeció, me acerqué a él, los cogió.

—¿Son suyos?

Asintió alucinado.

—Se deben de haber dado cuenta de que sospechamos de ellos, no le van a volver a quitar nada, Rafael.

Sonrió un poco. Me arrodillé frente a él.

—¿Puedo?

Dijo que sí apretujando los labios, como diciendo, «sí sí, por supuesto», le quité las zapatillas, tenía los dedos de los pies amontonados los unos contra los otros de llevarlas del revés. Le puse sus calcetines y lo calcé correctamente. Le cogí de la mano y nos incorporamos los dos.

—Ahora sí, ¿no?

—Ahora sí.

Me di cuenta de que en la mesilla de noche había un libro al lado del mando del televisor, me acerqué, era la Biblia. Me sorprendió y a la vez me dio un ligero bajón, no me parecía una pista de la que tirar para sacar información valiosa, tal vez era creyente. Mucha gente de su edad es creyente.

—¿Cree usted en Dios, Rafael?

Se encogió de hombros. Normal. Si Dios se olvida de uno, cómo se va a seguir creyendo.

—Vamos a enseñarles a todos sus calcetines.

Salimos de la habitación y nos reunimos con Marina y su hermana, que estaban tostándose al sol con los abrigos abrochados hasta el cuello, porque ya hacía un frío considerable. Cuando María me vio sonrió como si hubiera visto un ángel.

—Hola, cariño.

Me quedé pasmada.

—Hola, María.

Ella hizo por acercar su cara esperando que la saludara con dos besos, corrí a hacerlo mientras miraba a Marina. Cuando me tuvo cerca me cogió de la barbilla suavemente, como lo hacía su hermana, mantuvo mi cara a un distancia prudencial de la suya para poder enfocar bien mi rostro, me escaneó por dentro con la misma intensidad con la que lo había hecho Lydia en el bar de Manolo, me sentí desnuda y a la vez más vista que nunca, al borde de un precipicio, y a la vez sentí un amor muy fuerte corriendo de ella hacia mí, supongo que me confundió con alguien a quien quería mucho, me pasó la mano por la cara y me devolvió los besos. Marina estaba que no cabía en sí de gozo.

—Hoy es un buen día.

Rafael, que seguía de pie, se levantó el bajo del pantalón y le enseñó los calcetines.

—Cómo me alegro, Rafael.

Marina lo dijo de todo corazón. Nos sentamos a su lado y acercamos la silla de María. En mi cabeza todo dejó de hacer ruido, solo había silencio y brisa. Era sábado, ya lo he dicho antes, y todos los que estábamos en ese banco nos merecíamos un poco de descanso.

De camino a casa compramos algo de comida preparada. Rita, que había recogido lo del desayuno y había hecho su habitación, nos esperaba en el salón con la mesa puesta mientras hacía ganchillo en el sofá con la cobaya en su regazo. Al vernos entrar metió a la Cloti en la jaula y se acercó a ayudarnos con las bolsas. Comimos y charlamos, se encontraba algo más fuerte y tenía mejor cara, seguía con sus antibióticos y sus antipiréticos, algo fatigada pero mejor.

Después de comer preparé unas infusiones y nos sentamos en los sofás, repartimos mantas y nos quedamos fritas viendo una de esas películas alemanas que hacen más por el insomnio que el mismísimo Sumial.

Esa noche era la cena en casa de Sandra, me apetecía mucho, Rita estaba estable y las dos insistieron en que fuera y me lo pasara bien «yo, que podía». Marina me prohibió avisar a su hija de que igual llegaba muy tarde.

—Cuando venga de visita esta tarde, no le pienso decir nada de que no vienes a cenar. Cenamos Rita y yo, y tú ya vendrás, entre las dos nos apañamos.

—Vale vale.

—Claro, mujer, aprovecha y baila —dijo Rita, mientras seguía pegada al ganchillo.

Eso hicimos; por la tarde vino Laura, yo me fui a mi habitación a leer mientras madre e hija, bueno, y vecina, pasaban un rato juntas. Ya no llovía, hacía más frío, me había traído prendas de abrigo de París pero toda mi ropa de invierno estaba allí y echaba de menos mis jerséis y mis zapatos, mis guantes, todo... Hice un Skype con Agathe antes de salir, verla siempre me ha calmado todo tipo de nostalgias.

—*Ça va?*

—Bien, hoy me junto con Sandra y esta gente.

—Hoy te van a dar lo tuyo, española.

—Eso espero. *Et toi, ça va?*

—*Oui, tout va bien, aujourd'hui* salgo con la gente *du Lycée.*

—¿En serio? ¿Cuántos años hace que no os veis?

—Pues unos quince, ¿no?

—Joder, claro..., ya me contarás, pásatelo muy bien. Mañana hablamos con calma, tengo mucho que contarte. Te echo mucho de menos.

—Y yo a ti, claro, mañana por la tarde nos ponemos al día de todo.

—*Je t'aime.*

—*Moi aussi, chérie.*

—¡Ah! Paul me escribió.

Pero lo dije justo mientras Agathe colgaba y la frase quedó suspendida en el espacio. «Paul me escribió.» Pero yo no había contestado nada. «Es muy triste no poder hablar contigo ni siquiera de las goteras del apartamento. Espero que esté bien y que esté feliz.» Es que no sabía qué contestar a eso:

1. «Para mí también lo es, Paul, un beso.»
2. «Pues te jodes.»
3. «¿Qué tal te va con Aline?»

Finalmente opté por la opción uno, pero algo mejorada: «Para mí también, Paul, es muy raro todo, y sí, gracias, estoy bien, espero que tú también. Un beso». No era ni verdad ni mentira, pero me apeteció contestar algo.

Me duché, me puse mi vestido corto negro de flores moradas pequeñas, medias negras, mis botines con hebillas metálicas, una sudadera y una cazadora encima. Necesitaba urgentemente uno de mis abrigos. Me dio rabia. Me solté el pelo, me puse rímel y me pinté los labios de rojo.

—¡Qué guapa!

—Gracias, chicas. Si pasa algo, me llamáis al móvil.

—Que sí. Venga, arreando.

Haberle contestado me había puesto ñoña. Y cuando estoy ñoña escucho a Vincent Delerm. Lo busqué en la música de mi teléfono, y le di al *play*. Empezó a sonar *Je ne veux pas mourir ce soir* (o sea, «No quiero morir esta noche»), y así, como idea general, no estaba nada mal.

> *Il y une ville autour.*
> *Il y a la fin du jour.*
> *Il y a un coeur qui bat.*
> *Il y a ça.*
> *[Hay una ciudad alrededor,*
> *el fin del día,*
> *un corazón que late,*
> *eso es lo que hay.]*

Tal cual. Me metí en el metro. Vincent nunca me falla.

Al llegar llamé con los nudillos a la puerta y de inmediato Sandra abrió la puerta, era como si hubiera estado esperando, como una psicópata con la mano en el picaporte, a que alguien

llamara, gritó al verme, grité con ella, era su fiesta, «Allá adonde fueres haz lo que vieres».

—Me has pillado que iba corriendo al baño, me meo.

—Corre corre.

—Deja la chaqueta en mi dormitorio.

Entré en el piso y saludé a todo el mundo. Menganito, encantada, Fulanita, encantada, Zutanito, encantada, Arnau, encan... ¿qué?

—¿Arnau el neurólogo?

—El mismo.

—Soy la pesada de las llamadas y los mensajes.

—Lo sé.

—Sandra no me ha dicho que estarías aquí.

—¿Eso es bueno o malo?

—No lo sé, la verdad. Gracias por todo. Estamos tan contentas...

—Me alegro.

—Dejo mi chaqueta y vuelvo.

Antes de volver al salón pasé por la cocina y me cogí una cerveza de las que había en la nevera. Me di cuenta de que no había llevado nada a la cena. Soy un desastre. Con la cerveza en la mano me volví a acercar a Arnau.

—No he traído nada. Voy a tener que bajar a comprar algo.

—No te preocupes, hay bebida de sobra.

—Qué mal..., no me he dado cuenta. Voy a bajar, en serio.

—Si quieres te acompaño.

—Vale.

Cogimos las chaquetas y salimos a la calle. Me sentí a gusto con Arnau, era como si le conociera de antes. Encontramos un súper abierto, de esos más pequeños pero que abren todo el fin de semana hasta medianoche. Bingo. Entramos y empezamos a investigar por los pasillos.

—¿Qué compro? ¿Aceitunas?

—Por qué no.

—¿Pepinillos?

—Vale.

—Bebida me has dicho que había, ¿verdad?

—Sí, pero un vino o un *pack* de cervezas de más no vienen nunca mal.

—Tienes razón. Se nota que eres neurólogo.

—Gracias.

En la cola para pagar saqué mi teléfono del bolsillo y busqué el vídeo de María escuchando música en la habitación mientras Marina la peinaba. Miró toda la escena sonriendo. Era guapo, más guapo de lo que había imaginado.

—Me da tanta alegría ver estas imágenes...

Lo decía de verdad. No necesité hablar mucho rato con él para darme cuenta de lo vocacional que era su trabajo. Sonó su teléfono, me pidió disculpas con la mano y contestó la llamada. Caminamos hasta el piso de Sandra. Cuando volví a llamar a la puerta y volvió a verme del lado

del felpudo, puso cara de *déjà vu*. La tranquilicé:

—No estás soñando, he bajado otra vez a por bebida.

—¡Ah!, joder. Bueno, veo que por fin os habéis conocido en persona.

Arnau, que seguía enganchado al teléfono pero lo podía oír todo, sonrió y afirmó conmigo. La gente acabó de llegar, nos sentamos a la mesa. Éramos ocho, Sandra estaba nerviosa como una novia en su boda. Es graciosa para todo, eso hay que reconocérselo, hay algo en ella fascinante, no sé si es su vitalidad o su alegría, deben de ser las dos cosas que, juntas, hacen de ella una bomba a punto de estallar en júbilo por cualquier cosa, y eso es de agradecer en estos tiempos demasiado modernos para la ternura. Brindamos y atacamos los diferentes platos que había cocinado.

Todos sus amigos me cayeron bien: estaba Arnau, estaban tres compañeros suyos del trabajo, una chica de su clase de pilates, dos vecinos del edificio que eran pareja, ella y yo. Tres horas más tarde todos parecíamos viejos amigos. Fue una noche muy agradable. Arnau me rellenaba la copa, yo se la rellenaba a él, y aunque nos relacionamos con todo el grupo, nos pasamos la noche hablando de nuestras vidas y haciéndonos ese tipo de confesiones que solo le haces a gente que acabas de conocer porque si te juzgan, te da absolutamente lo mismo.

Su chico estaba en la India ayudando a no sé qué ONG, me enseñó fotos de él, los imaginé juntos y me pareció todo un empacho de perfección. Cuando me enseñó la foto de las dos galgas que habían adoptado hacía dos años le pedí que parara.

—En serio, para, por favor, para. Mi vida es mediocremente trivial al lado de la tuya, o paras o asegúrate de cerrar bien todas las ventanas para que no salte en un momento de lucidez. Para, en serio.

Sonrió mientras me enseñaba una foto de los dos durmiendo con las perras, me rellenó de nuevo la copa. Mientras admiraba la escena familiar, me acordé de Marina diciéndome convencidísima: «Este chico me gusta para ti», y me reí sola por dentro.

—Gracias por rematarme, en serio, eres encantador.

—No puedo cerrar la ventana porque necesitamos ventilación para el tabaco, pero puedo atar tu cinturón a mi cinturón para asegurarme de que no saltes.

Lo decía en broma, pero yo aflojé la cinta que fruncía la cintura de mi vestido y la enganché a una de las trabillas de su pantalón vaquero. Se dejó atar. Sandra nos hizo una foto a todo el grupo. Sonó el timbre.

—Ahí está tu músico.

Arnau me miró interrogándome.

—Lo siento, espero que no te hayas hecho ilusiones, estoy acostándome con un músico y, por lo visto, está a punto de entrar por la puerta.

—El que va a saltar por la ventana ahora soy yo. Llevo toda la noche contigo y me vas a dejar solo en mitad de todos estos extraños.

—No mientas, conoces a más de la mitad.

—Cierto.

—Pero yo soy buena persona, tú adoptas galgos pero yo también soy buena persona, y esta noche Santi y yo te vamos a adoptar a ti.

Fue pronunciar su nombre y verle aparecer por el pasillo, vino directo hacia mí, me vio atada a Arnau y negó con la cabeza aguantándose la risa. Se acercó a nosotros, pero le habló a él:

—Hola, soy Santi. ¿Te está molestando?

—Encantado, Arnau, y mmm, no sabría qué contestar.

—Te está molestando, lo noto, puede ser un poco intensa.

Le di un manotazo en el brazo, le trinqué del cuello de la camiseta y le besé muy de película, Arnau se volvió hacia otro lado y sin mirar soltó nuestros cinturones. Le conté que nos tocaba adoptar a un neurólogo durante toda la noche, aceptó encantado, nos preparamos unas copas y estuvimos hablando y fumando algún que otro cigarrillo a tres.

El primo de Sandra puso música y nos unimos al resto, que bailaba en el salón. En un momento aquello se convirtió en una especie de guateque de los de antes. La tristeza por los mensajes con Paul se me fue difuminando y aunque el hecho de estar todos en una casa me recordaba mucho a mis reuniones parisinas, mi cuerpo estaba mucho más presente que mi cabeza y bailé y canté envuelta en un júbilo adolescente.

Me entró sed, fui a la cocina a prepararme otra copa. Santi llegó unos segundos más tarde, me miraba desde el marco de la puerta; cuando me di cuenta de su presencia se aproximó a mí, por detrás, asomó su cara por encima de mi hombro izquierdo, observando todo lo que hacía, me agarró las caderas con las manos, me acercó a él. Sentí un calor por todo el cuerpo que hacía tiempo que no sentía, ese tipo de calor que provoca el sexo con alguien que te gusta mucho, con alguien que entiende tus movimientos antes de que comiencen.

Me volví despacio para besarle, rozando todo mi cuerpo contra el suyo. Cuando estuvimos cara a cara, con las narices pegadas, noté que cerraba los ojos y cogía aire llenando todo lo que podía sus pulmones, y sí, reprimimos tantos impulsos en aquella cocina repleta de cachivaches de Ikea que el aire empezó a faltarnos.

Pude sentir su calor y el mío. Me pidió que me quedara a dormir con él, no podía, tenía a Rita y a Marina en casa, no quería dejarlas solas toda la noche. No insistió. En el fondo deseé que lo hiciera. Pero no, no lo hizo.

Volvimos al salón, sentamos a Arnau entre los dos, supongo que era la manera de no perder la compostura en público. Sus compañeros del grupo le pidieron que pinchara, se levantó y empezó a poner una canción detrás de otra, mientras todos se entregaban a los temas que elegía. Arnau y yo también bailamos como locos.

—Sois un parejón, lo sabes, ¿no?

—No sé nada, en realidad.

Unos veinte minutos más tarde Santi dijo que ponía el último tema y que alguien tenía que relevarle. Empezó a sonar *I feel it coming*, me volví alucinada y le grité a Arnau mientras le zarandeaba por los hombros: «¡AMO ESTA CANCIÓN!». No conocía el tema de Daft Punk pero debo decir que la bailó conmigo como si también fuera su canción favorita.

—No hace falta ser muy listo para saber que la letra os va al dedillo.

—Así que también dominas el inglés... Eres todo un partidazo, Arnau.

—No seas tonta, desmelénate. ¿No le ves la cara?, está loco por ti.

Santi se acercó a nosotros, saltamos a tres y bailamos como si después de esa canción no

fuéramos a poder hacerlo nunca más en la vida. Le hice caso a Arnau y bailé como si ese cuerpo no fuera el mío, como si el corazón que había dentro no estuviera hecho añicos, como si nunca nada hubiera dolido tanto, bailé como si no hubiera peligro, como si no tuviera miedo del amor, como si supiera que con Santi no tenía que salir corriendo, que, como decía la canción, no hacía falta precipitarse, y sí, sentí que algo se acercaba, que algo estaba ahí, presente entre los dos, algo tan palpable que era casi físico, sentí que era imposible impedir que las cosas pasaran, sentí que Santi sabía que yo estaba cagada de miedo, y sí, de algún modo la letra de la canción nos venía al dedillo y, sin duda alguna, los dos pudimos *feel it coming*.

Entramos en su piso cogidos de la mano, hacía rato que no nos soltábamos, él había llegado a la fiesta en moto pero nos fuimos en taxi. Todo el trayecto estuvimos cogidos de la mano, cada uno en un lateral del coche, nuestras manos enlazadas reposaban en la plaza central, no desenlazamos nuestros dedos en ningún momento.

Fuimos directos a su habitación, nos tumbamos en la cama, de lado, cara a cara, y nos miramos fijamente a los ojos mientras jugábamos con nuestros dedos, nos sonreímos y nos besamos como si no hubiera prisa, a pesar de que yo tenía que irme a casa de Marina.

—Voy a volver a poner el despertador y nos vamos a olvidar de todo hasta que suene.

Asentí, me senté en la cama y me quité las medias y el vestido. Cuando se dio la vuelta y me vio quitarme la ropa se llevó las manos al corazón en un acto dramático, como si verme casi desnuda en su cama fuera motivo de infarto. Le sonreí mientras me desabrochaba el sujetador, dejó de bromear y se quitó la camiseta, se acercó a mí y volvimos a tumbarnos. Con su enorme mano acarició toda mi cabeza mientras me besaba, me subí a horcajadas encima de él y nos besamos con más fuerza pero con el mismo tempo lento y sereno. Noté que el pecho me iba a explotar, nos desnudamos del todo y sentí cómo entraba y cómo su cuerpo lo inundaba todo. Nos mirábamos a los ojos como si en la mirada del otro estuviera la única cosa que nos podía mantener con vida, como si la habitación estuviera llena de cosas terroríficas y solo en las pupilas del otro estuviera la salida. El mundo no era tan bello como lo que estaba ocurriendo dentro de nosotros en ese momento. Ninguna selva, ningún animal, ningún río, ninguna cascada era más hermosa que nosotros en ese momento, y conscientes de eso, no quisimos perdernos ni un segundo de lo que teníamos enfrente. Sonó el despertador, había pasado el tiempo pero nosotros seguíamos en el segundo uno.

Me da pena contar esa noche porque sé que, por más que me esfuerce en transmitir todo lo que ocurrió en esa habitación, nada va a estar a la altura de lo que vivimos. Fue algo casi místico, y ya lo he dicho, yo de mística no tengo nada.

Se levantó y buscó mi ropa, me ayudó a vestirme mientras yo intentaba complicarle cualquier tarea que tuviera que ver con atinar con mis brazos y las mangas o mis piernas y las medias. Me tenía que ir pero me quería quedar y a la vez quería irme y quedarme con las ganas de más. Llamó a otro taxi y me dijo que antes de dejarme en la puerta de Marina quería desayunar conmigo. Le llevé al bar de Manolo. No había nadie.

—Qué madrugadora.

—No he dormido nada, no tengo ningún mérito.

—¿Qué os pongo? Tengo leche de la que me dijiste.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—Pues un café con leche de avena y un bocadillo de tortilla.

—Yo lo mismo.

—¿Pan con tomate?

—Por favor.

Manolo nos dejó solos mientras preparaba los desayunos. No teníamos sueño y nos quedaba cuerda para rato, lo que fuera con tal de alargar la despedida. Charlamos de mil cosas y comimos nuestros bocadillos muertos de la risa. Cuando hubimos acabado nos dirigimos al portal de Marina, nos contamos nuestros planes para aquella tarde de domingo y al llegar al portal nos besamos.

Al separarnos vi que Eusebio y Lydia se acercaban por la acera, nos habían visto, me entró un extraño pudor, me separé de Santi y bajé los cuatro escalones que separan la calle de la puerta esperando que estuvieran lo suficientemente cerca para besarlos y saludar.

Pude ver cómo Lydia no apartaba los ojos de Santi, le miraba fijamente y estaba seria y algo más vergonzosa que de costumbre. Santi bajó también y saludó afectuosamente a padre e hija. Iban a comprar el periódico y a que les diera un poco el aire. Me sorprendió verlos tan temprano.

—Es que los domingos desayuno con Manolo antes de que el bar se le llene de gente.

—Anda, pues no nos hemos visto por los pelos, venimos de ahí.

Lydia seguía con la mirada fija en Santi. Cuando vio que yo la miraba me sonrió tímida, pillada. Nos despedimos.

—Qué putada.

—Sí.

—¿Qué le pasó?

—Creo que fue un problema en el parto, no estoy muy segura.

—¿Qué edad tiene?

—No lo sé, pero más o menos como nosotros.

—Joder.

Soltamos aire a la vez y volvimos a mirarnos a los ojos. Nos dimos besos en los labios, haciendo ruido, mucho ruido, todo el que pudimos para borrar las preguntas que inundaron nuestras cabezas; surtió efecto, volvieron las risas, nos despedimos.

Cuando metí las llaves en la cerradura y me volví para despedir a Santi con la mano, vi cómo Eusebio, desde lejos, nos observaba mientras empujaba la silla de su hija por la rampa de acceso del bar. Sentí un profundo dolor por los dos, era injusto que nada de lo que yo había sentido esa noche pudiera sucederle a ella, sentí tantísimo dolor que me prometí que haría todo lo que pudiera para cambiar eso.

28

El movimiento acababa de empezar en casa. Al abrir la puerta me encontré a Marina avanzando despacio por el pasillo, haciéndole el lazo al cinturón de su bata, cara de sueño, pasos sordos con la suela de sus zapatillas. Nos besamos. Estaba aún caliente de las sábanas. Olía a la crema hidratante que se ponía cada noche en las manos y en los codos.

—¿No has dormido nada?

—No.

—Oye, pues estás bien guapa para no haber descansado.

—Será el desayuno que me acabo de zampar en el bar de Manolo.

—Voy a ver cómo está Rita, espera.

Abrimos la puerta de su dormitorio con mucho cuidado, intentando no hacer ruido. Rita descansaba y dormía profundamente. La Cloti abrió los ojillos, nos miró y volvió a cerrarlos. Salimos con el mismo cuidado con el que habíamos entrado.

—¿Estaba ese «no novio» tuyo?

—Sí, estaba.

—¿Y sabe que te vas a acabar yendo?

La miré sorprendida, me quedé blanca, sabía leerme tan bien que sabía más de mí que yo misma. No me atreví a negarlo, tampoco a darle la razón. Cambié de tema.

—Me he encontrado con Eusebio y con Lydia. Una pregunta, ¿Lydia nunca está con gente joven?, ¿siempre está con su padre?

—Entre semana, por las mañanas, está en un centro de día. La vienen a buscar en una especie de ambulancia especial y la devuelven antes de comer, ay, o después de comer..., ahora no estoy segura, ¿por?

—No..., por saber.

—¿Por saber qué?

—Es que si hubieras visto la cara que se le ha puesto al ver a Santi... Se ha puesto tímida, y me ha hecho pensar: ¿se habrá enamorado alguna vez?

—No lo sé, hija. Pero supongo que su enamorarse es distinto al tuyo.

—Igual no, Marina.

—Igual no..., no sé. Vamos a la cocina, anda, que al final vamos a despertar a Rita.

Entramos en la cocina, preparamos café con leche y unas tostadas con mantequilla y mermelada de ciruelas. Ella hace su propia mermelada, me había prometido enseñarme, decía que la fruta un poco estropeada «da pena tirarla, se hace compota y se recicla, pero la comida no se tira, metes la mermelada en una cacharra de vidrio y listo». Al lado de la tostadora dejamos dos rebanadas de pan listas para cuando Rita se despertara. Cortó una manzana para la Cloti y nos sentamos a la mesa del comedor.

—¿Qué tal ha pasado la noche Rita?

—Yo diría que bien. Cenamos, vimos un rato la tele mientras pintábamos los cuadernos esos y sobre las once y media ya nos fuimos a la cama.

—¿Qué cenasteis?

—Ensalada y pan con tomate con pechuga de pollo a la plancha.

—Hoy podríamos hacer sopa de esa que tú haces para cenar. Tengo antojo.

—Pues claro, ponemos todo a cocer sobre las cuatro y que esté un buen rato al fuego. Haremos una buena perola.

—Mmmm.

—Cuando vuelvas de casa de tus padres nos ponemos a hacerla.

Ladeé la cabeza y me llevé las manos a la cara. Ir a comer a casa de mis padres se me antojaba como una tortura y su chantaje me pareció terrorismo psicológico del bueno.

—Eres maligna.

—Antes de ir para allá duerme tres horitas aunque sea.

Asentí despacio, resignada y obediente. A la una vendría a buscarla Toni. Tenía que ayudarla a ducharse.

—Venga, vamos a ponerte guapa para tu hijo.

—Pues como no compremos un cuerpo nuevo..., lo veo complicado.

—Anda anda, y ¿Rita se va a quedar sola mientras tú comes con Toni? ¿No es mejor que me quede?

—Buen intento; ayer hablé con mi hijo, comeremos aquí los cuatro.

—No dejas cabo suelto.

La observé enjabonarse sentada en su silla de plástico, lo hacía despacio y con ganas, disfrutaba de la sensación del jabón y del agua, se lavó la cabeza y yo la ayudé a frotarse los pies a fondo, cuando hubo acabado la rocié despacio hasta aclararle bien todo el cuerpo. Me estaba asfixiando con el calefactor y el vapor del agua. La ayudé a salir y la envolví en su albornoz. Oímos unos nudillos en la puerta. Abrimos.

—Buenos días.

—Buenos días —dijimos al unísono.

—Me vais a perdonar, es que me hago pis.

—Utiliza el baño de mi habitación, Rita, no te preocupes.

—Gracias.

Marina y yo fuimos a su habitación y la ayudé a acabarse de vestir. Mientras Rita desayunaba, ella terminó de peinarse con su laca y con su secador. Se había puesto un jersey de lana gris, uno finito que es de sus preferidos. Lo hizo ella misma hace un montón de años. Se

puso su collar corto de perlas y se pintó los labios con un rosa clarito que siempre se pone los domingos.

Entré en la habitación de Rita y abrí la persiana y la ventana para ventilar. Al oír el ruido, la Cloti se abalanzó contra los barrotes para saludarme. Abrí la jaula y la saqué. Con la cobaya en las manos me fui al comedor a hacerle compañía a Rita.

—¿Cómo te encuentras?

—Estoy cansada, pero mejor.

—Ahora te toca el antibiótico. Te lo voy a traer.

—Tranquila, no te preocupes.

—Si no cuesta nada.

—Está encima de la nevera.

Le llevé sus pastillas, antes de entrar en el salón la observé desde la entrada. Era tan delgada, enfundada en su pijama y con el pelo revuelto de dormir. Menos mal que Marina había insistido en traerla a casa, me la imaginé convaleciente y sola en su piso y se me partió el corazón. Me senté de nuevo.

—Bueno, jovencita, ¿qué tal anoche?

—Muy bien, fue todo muy divertido.

—Cuánto me alegro.

—Rita...

—Dime, cariño.

—¿Tú crees que Lydia se ha enamorado alguna vez?

—¿La del Eusebio?

—Sí.

—Ay..., pues no lo sé. ¿Y esa pregunta?

—Tú deja a Lydia tranquilita y vete a dormir un rato, que buena falta te hace. Venga.

Marina había entrado en el comedor sin que la hubiéramos oído.

—Anda, que la perra que te ha entrado con el tema.

—Es que me da mucha...

—Venga, a dormir.

—¿No has dormido nada?

—Qué va..., se nos ha despendolado, Rita.

Se rieron. Las miré haciéndome la ofendida. Me fui hacia mi dormitorio. En el pasillo me acordé de algo. Grité:

—¡Rita, ¿quieres ducharte?!

—Tranquila, que yo me apaño.

—A dormir te digo. A las doce y media te despierto. Venga, a la cama.

Tenía menos de cuatro horas para reponerme. Me quité las medias y las botas, y me metí en la cama con el vestido y sin desmaquillar. Apagué el teléfono.

A las 12.30 en punto Marina levantó sin piedad las persianas, me pegué un buen susto. A los

pies de mi cama Rita con la Cloti en brazos me daba los buenos días. Me desperecé todo lo que pude, pero el cuerpo aún me pedía más cama, me cubrí la cabeza con el edredón. Marina me lo arrancó con tanta fuerza que me quedé pasmada.

—Sois un par de brujas.

—Lo que tú digas. Venga, arriba. Te hemos hecho café.

Rita se acercó con sus pasos animalescos y me dio un beso, me puso la mano huesuda en la frente y me peinó hacia atrás, como devolviéndome algo de dignidad estética antes de salir de la cama. La Cloti me miró de cerca desde su otra mano, alargué los brazos para cogerla.

—Oye, le habéis cambiado el jersey.

—Sí, hija, sí, la rata tiene más ropa que yo.

Rita puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Nos miramos cómplices, mucho llamarla «la rata» pero le preparaba el desayuno, la comida y la cena y le daba pena dejarla sola en la habitación. Noté cómo Marina me destapaba por completo, el trozo de edredón que aún cubría mis pies voló hacia la otra mitad de la cama. Me volví a desperezar y le entregué a Rita su cobaya.

El café me supo a gloria, encendí el teléfono mientras me lo tomaba, la única persona que me había escrito era Agathe, me había mandado un vídeo. Era ella en la cama, desnuda, con las sábanas pinzadas bajo sus axilas, con un tío de espaldas roncando como un elefante, la cara era un poema, en un momento del vídeo apoyaba su cabeza en la almohada y se tapaba la cara con ella. Le contesté: «*Allez, courage*», me respondió al segundo: «Tía, qué pesadilla». «No me das pena, yo me voy a casa de mis padres.» «*Oups... Alors, bon courage à toi aussi.*» «¿Quién es él?» «Hablamos luego, española impaciente.» Nos mandamos emoticonos varios, corazones, berenjenas, la flamenca, y besos, muchos besos.

Sonó el timbre, eran Toni y Carol, me fui corriendo a la ducha. Al salir estaban los cuatro en el salón compartiendo refrescos, cervezas y aceitunas. Marina siempre tenía cervezas en casa para ellos. La Cloti estaba en el regazo de Toni. Era la reina. Saludé a todo el mundo y al segundo me despedí. Salí volando, al sentarme en el metro me puse los cascos y busqué algo que fuera acorde con la ocasión, algo que me ayudara a relajarme y que me diera fuerzas, todo a la vez.

Mientras buscaba el tema apropiado me vino a la cabeza la pregunta de Marina: «¿Y sabe que te vas a acabar yendo?». Sentí nervios en el estómago, los nervios que siempre sentía cuando tenía que pensar en eso. Necesitaba parar la cabeza, busqué la música de mi teléfono, me puse *Berlín* de Coque Malla. El metro llegó a la siguiente estación, algunos se bajaron del vagón y otros subieron. Decidí apagar el botón de las emociones, decidí que nadie en ese vagón tenía las cosas más claras que yo, decidí que todos lo hacíamos lo mejor que podíamos, decidí soltar. A pesar de intentarlo con todas mis fuerzas, se me colaron imágenes de la noche anterior, Santi y Paul se intercalaron en mi imaginario, me enfadé, hice un gesto brusco con la cabeza, como expulsándolos de dentro, surtió efecto, se fueron y Agathe se instaló en mi mente. Me acordé del vídeo que me había mandado esa mañana. Me dio la risa imaginarla grabando el vídeo. Compartíamos tantas cosas que era como si fuéramos el mismo ser humano.

La siguiente parada era la mía, me puse de pie frente a la puerta, al llegar a mi estación se

abrió a la vez que la canción llegaba a su fin: *Voy a recorrer esta ciudad, voy a quedarme en Berlín para toda la vida.* Entendí lo que quería decir la canción, lo entendí más que nunca.

Y claro, Berlín era ella.

—Te habrán subido el sueldo, ¿no?

—No.

—¿No?

—Pues no, mamá.

—A ver, ahora hay una persona más a tu cargo.

—No importa, le estamos echando una mano. Está sola.

—Si todo eso está muy bien, pero si por estar pendiente de ella y tener descuidada a la otra mujer...

—Marina, se llama Marina.

—Si a Marina le pasa algo porque no estás atenta por culpa de la otra mujer, ya me dirás tú la gracia.

Mi padre puso paz. O al menos lo intentó.

—Bueno, no tiene por qué pasar nada.

—No tiene por qué pasar nada, pero mira mi pierna. Las cosas pasan.

Cogí aire, nadie en el mundo me podía llevar a esos estados anímicos límite en tan poco tiempo, me repetí en bucle: «Comes y te vas, comes y te vas, comes y te vas».

—Pero Marina está bien, ¿verdad, cariño?

—Sí, papá, está bien.

—Pues no se hable más, no va a pasar nada.

Mi madre nos miró de nuevo como si fuéramos gente estúpida y volvió a su libro. Miré a mi padre, me sonrió y anunció que iba a preparar el vermut. Le acompañé. No pude contenerme:

—¿Alguna vez es agradable?

—Lourdes...

—¿Alguna vez es agradable?

—Está dolorida.

—Muy bien, no respondas. ¿Ha tenido amigos alguna vez?

—Claro que ha tenido.

—¿Ah, sí? ¿Cuándo? Yo nunca la he visto con amigos.

—Pues de jovencita y en el trabajo.

—¿Y te los ha presentado?

—¿Se puede saber qué te pasa?

—NO, PAPÁ, ¿SE PUEDE SABER QUÉ TE PASA A TI?

Sí, grité, no estoy orgullosa, pero grité, mi padre me miró muy serio, nunca había visto tanta decepción en su cara, el suelo se abrió y me engulló. Me disculpé.

—Tengo un mal día, perdóname.

—No pasa nada.

Pero yo pude ver en su cara que sí que pasaba. Me acerqué y le cogí la mano.

—Papá.

—¿Qué quieres?

—Perdóname, en serio.

Me abrazó como siempre, me olió la coronilla como siempre, me acunó un poco.

—No pasa nada.

—Pareces un secuestrado con síndrome de Estocolmo.

—Lourdesss....

—Perdona perdona.

—Deberías hacer un esfuerzo.

—Papá, llevo toda mi vida buscando mi sitio al lado de ella, y no hay manera.

Me acunó un poco más.

—Venga, comemos y si quieres, damos un paseo.

Pusimos la mesa, servimos el vermut y ayudamos a mi madre a acercarse. Comimos en paz, hablamos de cosas intrascendentes, sorteamos los temas complicados, y después del café dije que iba a echarme un rato a casa de Marina.

—Tienes tu habitación arriba, échate y descansa. Nosotros te despertamos a la hora que digas.

Eso lo dijo ella. No me lo esperaba, la verdad, mi padre me miró pidiéndome que aceptara.

—Bueno, pues..., despertadme dentro de dos horas.

Subí a mi antigua habitación, estaba en la planta de arriba, dos puertas a la izquierda del dormitorio de mis padres. Volví a entrar en su dormitorio, miré alrededor, todo tan ordenado como siempre. Clavé la mirada en el cajón en el que encontré la carta, en algún momento tendría que devolverla. Vi que había muchos cojines en el lado de la cama de mi madre, imaginé que los utilizaba para dormir con la pierna en alto. No sé por qué pero me tumbé, miré el techo desde su perspectiva, me imaginé de pequeña acercándome a la puerta pidiendo dormir con ellos las noches que tenía miedo. Oí que alguien subía por la escalera, era mi padre con un vaso de agua para mí.

—¿Prefieres echarte aquí?

—No no, voy a mi cuarto.

Me acompañó. Me tumbé en la cama, estaba hecha solo con el edredón, no había sábanas, hacía siglos que nadie dormía ahí. Me trajo una funda para la almohada y una manta gorda y mullida.

—Échate, anda.

Me tapó. Sentí que, de alguna manera, él llevaba toda la vida queriéndome por los dos, o al menos, demostrando amor por los dos. Pensé que debía de ser agotador, le di las gracias. Apagó la luz. Caí rendida.

Cuando llegué a casa de Marina me estaban esperando en los sofás, viendo un programa de entrevistas y tapadas con mantas, y en la mesa baja había infusiones y, evidentemente, estaba

también la jaula de la Cloti. Me saludaron a la vez.

—Esto se parece cada vez más a un piso de estudiantes.

Lo dije en broma, pero cuando las vi al entrar, me acordé de la época en la que compartí piso mientras estudiaba Enfermería. Marina levantó la manta por un lateral haciéndome sitio debajo con ella. Me acurruqué. La Cloti, que estaba en el regazo de Rita, se acercó pegando brincos hacia mí.

—Clotiiii...

Se acurrucó conmigo, es verdad, Rita tenía razón, parecía un perro. Eran las siete de la tarde y no teníamos nada mejor que hacer que estar ahí repanchingadas.

—¿Cómo ha ido?

—Ya me extrañaba a mí que no preguntaras... Ha ido mal y luego ha ido normal.

—¿Ves?

No quise seguir hablando. Rita tenía mejor color y empezaba a recuperar la energía y las ganas de hacer cosas, entre otras, alimentar a sus gatos.

—Vamos, ni se te ocurra salir a la calle a llevarles nada a los bichos esos, no vaya a ser que te pongas peor.

—Pero si es un momentito de nada.

—Que no, no seas cabezota.

—Ya iré yo.

—Anda, que el trajín con los gatos...

—No te preocupes, Rita, voy ahora. Luego ya no me muevo de casa.

—Gracias, Lu.

Caminé hasta el parque con las manos en los bolsillos y la bolsa de plástico con la comida de los gatos colgando de la muñeca. Oí que alguien me llamaba. Eran Eusebio y Lydia.

—Dos veces en un mismo día. Lydia, estamos de suerte. ¿Podemos acompañarte?

—Por favor.

Reduje el paso hasta que me alcanzaron. Lydia llevaba un jersey precioso y una diadema elástica apartándole el pelo de la cara.

—Qué guapa.

—¿Adónde vamos exactamente?

—A darles de comer a los gatos de Rita.

Lydia emitió un sonido de entusiasmo, entendí, sin que hablara, la alegría que le suponía el plan.

—¿Cómo sigue Rita?

—Está bastante mejor.

—La pobre, qué susto.

—Sí, bueno, pues aquí es, este es el banco.

Hice mucho ruido con la bolsa a propósito, observé cómo empezaba el movimiento detrás de los arbustos, la luz de la tarde no dejaba ver con mucha claridad, pero las farolas ayudaban un poco. Le señalé a Lydia con la mano el primer gato que apareció. Abrió mucho los ojos y volvió a emitir un gritito de júbilo. Su padre se puso en cuclillas al lado de ella. Cuando vio aparecer a

los más jovencitos me pidió una lata, se la pasé, la abrió y la movió delante de las narices de los gatos, llamando su atención, y luego la puso en las piernas de su hija. Lydia volvió a gritar emocionada entendiendo lo que muy probablemente iba a pasar a continuación. A los pocos minutos, después de cerciorarse de que «la nueva» no era para nada peligrosa, uno de los gatos saltó como si la gravedad no existiera y se sentó en su regazo mientras comía como si se lo fuéramos a quitar; un segundo gato apoyó las patas delanteras en sus rodillas, poniéndose de pie, olisqueando el aire. Eusebio gestionaba la emoción de su hija y la de los animales. Cuando la lata se acabó, el gato levantó la mirada hacia Lydia, preguntando a su manera si había más, esperó unos segundos y saltó. Una vez que toda la comida hubo desaparecido decidimos irnos del parque.

La cara de Lydia era un arcoíris, un parque de atracciones, una fiesta.

—Oye, Lydia, vente conmigo mañana, hay que darles de comer todos los días hasta que Rita se ponga bien.

—Claro, mañana volvemos contigo. Mira, te voy a dar mi teléfono y me avisas con unos quince minutos de margen y te pasamos a buscar.

Nos despedimos, me acerqué a ella, la miré a los ojos mientras le decía, asegurándome de que me entendiera:

—Me ha hecho mucha ilusión verte, volvemos a quedar mañana.

Me entendió, lo sé.

Su padre me pidió que saludara a Marina y a Rita de su parte, prometí hacerlo. De vuelta en el ascensor sonó mi teléfono. Era Santi, me mandó un wasap.

«Me estoy haciendo el moderno, pero te hubiera escrito doce veces ya.»

«La modernez está sobrevalorada.»

Me mandó una carcajada.

«Mañana podríamos hacer algo muy clásico para ser unos verdaderos modernos, vente a merendar conmigo y con las chicas.»

«¿Qué llevo?»

«Sorpréndenos.»

Esa noche me acosté más tarde de lo que me habría gustado. Estuve buscando en internet información sobre las personas con parálisis física y sus relaciones afectivas. Aparecieron cosas muy interesantes, me acordé de que tenía una conversación pendiente con Agathe. Hablamos del hombre de los ronquidos, de la «casi» bronca en casa de mis padres y de todo lo demás, de mi noche con Santi y de los mensajes que había intercambiado con Paul.

—¿Quieres que vaya a tu apartamento a por ropa de invierno y que te la mande?

—Por favor, ¿lo harías?

—Yo por ti haría lo que fuera, española loca.

—Pues cuando estés allí hacemos un Skype y elegimos algunas prendas.

—Ok. Lu...

—Dime.

—Me gusta el hombre que ronca.

—Pero nooo, no puede ser, envejecerás el triple de rápido, no dormir es malísimo para la piel.

—Pero hay otra cosa buenísima para la piel que él hace *très bien.*

—Nooo, *arrête s'il te plaît.*

—*Mais c'est vrai,* el sexo con él es maravilloso, *chérie.*

—Siempre te puedes mudar con él a un apartamento con dos habitaciones y tabiques gordos.

—Bravooo, *tu vois, on a trouvé une solution finalement.*

—En serio, me parece una tortura.

—Hay tantas cosas injustas en este mundo, querida, que soportar a un hombre que ronca, de momento, no me parece *une catastrophe.*

—Ok, tú sabrás. Entonces, ¿puedes ir mañana a mi piso?

—Sí, al salir del trabajo me paso por allí. Avisaré a Paul.

—No te lo he podido contar pero el otro día hablamos por mensaje.

—¿Y qué tal?

—Hay una fuga de agua en el piso de arriba, me llamó el casero. Había estado llamando a Paul pero no contactaba con él. Le mandé un mensaje y entonces me llamó, pero no descolgué.

—¿Por qué?

—No sé, no me atreví. Me escribió que estaba fuera de París y que estaba triste por no poder hablar de nada conmigo y que deseaba que yo estuviera bien.

—Bueno, y tú, ¿cómo estás?

—Yo me acuerdo mucho de él, Agathe, pero porque echo de menos muchas cosas de mi vida de antes, a ti, lo que solíamos hacer en la ciudad, estar lejos de casa, y claro, también lo que hacía con él.

—En unos meses estarás mejor, amor.

—Lo sé.

Dije «Lo sé» por no decir en voz alta: «¿Cómo que unos meses? Quiero estar bien ya, YA». Era consciente de que todo proceso implicaba un tiempo, que nada que haya sido importante se borra de repente, y eso que lo que estaba viviendo con Santi me estaba ayudando mucho, me hacía sentir bien, pero avanzar en mi relación con él implicaba olvidarme de mi vida en París, no era muy compatible vivir allí y sostener una historia aquí. Y no nos engañemos, aunque los besos y los abrazos eran curativos, sabía de sobra que pasar de un hombre a otro era más de lo mismo, y «lo mismo» nunca había salido bien.

—Ayer volví a ver a Santi.

—Estaba esperando a que sacaras el tema. ¿Y qué tal?

—Muy bien. Muy muy bien.

—Ay, esa cara que pones es un poco de amor.

Me acerqué todo lo que pude a la cámara del teléfono poniéndome bizca.

—Esta es mi cara de amor absoluto, hasta que no me veas poner esta cara al hablar de alguien, no hay amor que valga.

—Tu cara de amor da miedo.

—Nada es más terrorífico que el amor, Agathe.

—Ok, ¿de golpe nos vamos a poner a filosofar?

—*Oui*, nosotras filosofamos todo el rato, *mon amour*.

—Ya te dije lo que pienso. Tienes que ir con cuidado. Es buen chico.

—Ya lo sé. Le he avisado, le he dicho que soy un caos y que ni siquiera sé si me voy a quedar en Barcelona.

—Pues entonces ya está.

—Sí. La verdad es que follamos de maravilla.

—¿Mejor que con Paul?

—Diferente. Los dos me gustan. Follar con Paul me encantaba. A Aline también.

—Stop. No vamos a volver a ese tema.

—¿Sabes si se ven?

—Stop.

—¿Qué sabes?

—Nada, yo no le pregunto a Paul, al pobre le hago terrorismo emocional desde que os separasteis, apenas le hablo.

—Buena chica.

—Puedo indagar mañana en el piso.

—No, gracias. Si ves cosas de ella en mi casa, por favor, no me lo digas.

—A ver, haremos un Skype, lo verás igual que yo.

—Es verdad... Tú enfoca solo el armario, no quiero ver nada más.

—Ok.

—Venga, a dormir ya, que me caigo de sueño.

—*Moi aussi. Je t'aime. À demain.*

—*À demain.*

Cuando colgamos, el piso quedó sumergido en un absoluto silencio, Marina y Rita dormían, y yo tardé cero coma cero segundos en caer rendida en los brazos de Morfeo.

29

A la mañana siguiente nos volvía a tocar visita a la residencia. Rita se quedó en casa, aún no era aconsejable que saliera, en breve tenía revisión con el médico para seguir un control. No nos dejó recoger nuestros platos del desayuno, dijo que ella iba a ayudar a Teresa con eso y con la comida, que no nos preocupáramos de nada, así que llamamos a un taxi y fuimos a ver a María.

Al entrar por la puerta nos cruzamos con las personas de siempre, oímos cómo los gritos de la señora Carmen se acercaban por el pasillo, su marido empujaba la silla de ruedas a la vez que intentaba que no bajara los pies del reposapiés, «Mamá, te voy a pillar los pies», «¡ME MUEROOO!», «Pero, mamá, ¿no ves que se te van hacia atrás?», y ella le miraba seria mientras él paraba la silla, se arrodillaba frente a ella y le recolocaba los pies de nuevo. En la zona del recibidor dos abuelas, engarzadas por los brazos, comentaban la situación y se lamentaban por el estado de Carmen.

Pasamos por su lado.

—Buenos días, señora Carmen.

—BUENOS DÍAS.

—¿Cómo está?

—¡ME MUEROOO!

—Vaya por Dios, dígame algo nuevo, muriendo nos estamos muriendo todos, usted no se preocupe, que no es la única.

Le di un codazo a Marina, me miró sin entender. A veces es muy bruta.

—¿Qué? ¿Acaso digo alguna mentira?

—Pero, mujer...

—No no, a ver, señora Carmen, esté tranquila, que no está usted sola, en esto estamos todos juntos.

Rafael se acercó lentamente.

—El otro.

—Marina...

—Ya verás, ya..., que si soy tu madre, ¿qué te apuestas?

—Hola, hacía mucho que no os veía.

—No, hombre, no, si nos vimos el sábado.

—Como si él se hiciera cargo de cuándo puñetas ha sido sábado, anda que tú también... —Marina a veces tiene días guerreros, ese era uno de ellos—. A ver, Rafael, ¿usted no se acuerda de que hace nada estuvimos juntos en el jardincito?

La miró muy serio, con los ojos puestos en ella pero la mirada hacia dentro, intentando colocar *inputs* del exterior en el interior, por si así se despertaba algún recuerdo. Luego me miró a mí, igual de concentrado pero menos serio.

—¿Vienes a ver a tu madre?

—No, Rafael, vengo a ver a María, y ya de paso a verte un rato a ti.

—¿Ah, sí?

—Claro.

—Anda.

Íbamos avanzando en procesión por el pasillo con él agarrado a la manga de mi camiseta, me iba tirando suave de ella y buscaba conversación. Llegamos al comedor, María estaba en su mesa de siempre con su revista de siempre. Colgada de uno de los manguitos de empujar la silla, una pequeña mochila de tela, como las de las guarderías para guardar las meriendas dentro, su reproductor de mp3, sus cascos, todo. El traje para viajar en el tiempo cabía en una pequeña bolsa con un «Buenos días» bordado en letras azules; miré a Marina, «Era de mi nieta, de cuando iba a la escuela los primeros años, la encontré el otro día por casa».

—¿La hiciste tú?

—Claro.

—Qué preciosidad.

Marina me sonrió encogiendo los hombros, quitándole importancia a sus dotes como bordadora.

—Buenos días, hermana.

María levantó los ojos de la revista, su mirada estaba apagada, su mano derecha, completamente rígida y retorcida hacia dentro, sujetaba la revista contra la mesa, curvó de nuevo su columna y pegó la nariz a las hojas satinadas de papel. Rafael se acercó a ella.

—Buenos días.

—...

—Ha venido tu familia.

Volvió a levantar la cabeza, nos miró de nuevo. Algo en nosotras le resultó más interesante que hacía unos segundos. Soltó un «aaahhh» y se señaló la oreja con el dedo índice. Obedecimos al instante. Sacamos el reproductor con los cascos, le colocamos los auriculares, la sentí nerviosa, supongo que de alguna manera María era consciente de que a través de aquellos aparatos ocurría algo importante, alguna parte de ella sabía que gracias a ellos reencontraba trozos de su vida que había ido perdiendo por el camino.

Se me antojó que el modo *random* del reproductor era una especie de ruleta rusa, uno nunca sabía qué iba a disparar, si uno iba a seguir vivo o no, si la canción que sonaría sería una bala directa a una zona de dolor.

Me pareció lógico que estuviera así de nerviosa. Bala, o no bala. Le di al *play*.

Barcelona, 1955

Aunque María ya no vive en casa de sus padres, esa noche ha dormido allí, su hermana apenas ha podido pegar ojo. Está nerviosa por la boda, igual que ella lo estuvo antes de la suya. La última noche que pasó de soltera durmió con Marina en la misma cama, esa noche han hecho lo mismo, una pequeña tradición que va a morir ese mismo día. No quedan más hermanas, no va a haber más bodas.

María aprovecha que su hermana sigue dormida, sale despacio de la cama, baja a la cocina, su madre trajina con el café de puchero. Dos besos, «buenos días», María sale a la puerta para ver cómo ha amanecido el día, hace bueno, «¡Hace bueno!», sube las escaleras corriendo, destapa a su hermana sin ninguna consideración, le pone las manos ya frías en el cogote y en la espalda, Marina se despierta retorciéndose del susto y del repelús de las manos heladas. Se miran y se abrazan, «Hace bueno, hermana, hace un día precioso», Sofía aparece por la puerta, se sienta en la cama mientras sus dos hijas hacen el tonto como lo hacían cada mañana, una alegría triste recorre su cuerpo.

Es la última noche que ha pasado su hija menor en esa casa, es el último día que son más de dos, sus hijas se van como cuando ella se fue con su marido. Las lágrimas resbalan por su rostro, Juan aparece en ese instante.

—Veo que todo el mundo está en pie. Pero, mujer, ¿por qué lloras?

—Calla, no lloro.

—¿Cómo que no lloras? Y esos gotarrones que te caen por la cara ¿de qué son?

Las dos hermanas se vuelven hacia su madre y, como empujadas por un mismo resorte, se abalanzan sobre ella, y Sofía llora más, y Juan, que es un puñetero, se arranca a cantar.

—*Qué tiene la Zarzamora, que a todas horas llora que llora por los rincones.*

—Calla, Juan.

—*Ella que siempre reía y presumía de que partía los corazones.*

—Calla, te digo.

—*De un querer hizo la prueba y un cariño conoció, que la trae y que la lleva por la calle del dolor. Los flamencos del colmaooo...*

—¡Papá, que va a llover!

—*... la vigilan a deshoraaa, porque se han empestillao...*

—Dios de mi vida, ¡qué mal cantas, Juan!

—*... En saber del querer desgraciao que embrujó a la Zarzamora.*

Las hermanas arrancan a aplaudir y Sofía se limpia las lágrimas con el delantal y se levanta muy digna, como si a ella no le doliera nada, «Venga, se acabó, vale ya de tanto jaleo, que hay que hacer un montón de cosas». Juan la agarra del brazo, se la acerca mucho al cuerpo y, haciendo un saludo militar, grita a todo pulmón: «¡A LA ORDEN, MI CORONEL!», y desfilan todos hacia abajo mientras las dos hermanas no se sueltan de la mano. En la mesa de la cocina se comen sus sopas de pan y sorben el café mientras los vecinos y las vecinas empiezan a desfilar para desearle suerte a la futura esposa y les llenan la casa de flores y de vino dulce y de frutos

secos.

Paco, el marido de María, llama a la puerta entreabierta con los nudillos.

—Buenos días, cuñada. Tienes al Antonio muerto de nervios, vengo de visitarle.

—¿Quieres un café, Paco?

—Venga. Buenos días, cariño.

—Buenos días, Paquito mío.

La canción seguía sonando en los auriculares por boca de Lola Flores: *Lleva anillo de casao, me vinieron a decir, pero ya lo había besao y era tarde para mí.* Y María, que era la única que podía escucharla, cosía de forma imaginaria, con sus manos por agujas, el bajo del jersey que llevaba puesto, como si fuera el bajo del vestido de novia de su hermana que ella misma había hecho con tanto amor, ese al que tuvo que rematarle unos pespuntes el mismo día de la boda, arrodillada frente a Marina sonriendo emocionada.

Durante un buen rato siguió con el movimiento hipnótico mientras todos la observábamos intentando disimular lo mejor que podíamos. Al acabar su labor, levantó la cabeza y sonriendo dijo:

—Qué día tan bueno nos hizo.

Y sin saber muy bien de qué hablaba, todos los presentes le dimos la razón asintiendo con las cabezas con mucho énfasis, y ella se quedó tan contenta.

A los pocos segundos Rafael, muy serio, rompió el silencio:

—Me roban los calcetines.

Las dejé juntas en el comedor, no hacía un buen día para salir al jardín, el frío invernal era cada vez más intenso. Le dije a Marina que me iba con Rafael, quedamos que en un rato nos buscaríamos por las instalaciones.

Con Rafael engarzado en el brazo izquierdo empezamos a recorrer la residencia. Quería charlar con él, descubrir cosas de su pasado, entender por qué ese hombre estaba tan solo, no sabía si tenía hijos, si tenía hermanos, no sabía nada, tal vez de vez en cuando le visitaba alguien y yo no había coincidido con esa persona, tal vez no estuviera tan solo como yo creía. Volvimos a subir a su habitación pero..., en ese espacio no había pista ninguna.

—¿Rafael?

—Qué.

—¿Y tus cosas?

—No sé.

—¿Tú trajiste cosas aquí?

—...

Se encogió de hombros, mi pregunta no había sido muy clara, me di cuenta enseguida, intenté reformularla.

—Rafael, cuando viniste a vivir aquí, ¿trajiste cosas de tu otra casa?

—Sí sí sí.

—¿Y dónde están?

—...

Volvió a encoger los hombros. Busqué en los cajones de su cómoda, le convencí de que iba a contar que todos sus calcetines estuvieran en su sitio para comprobar que no hubieran robado nada. Moví con delicadeza los objetos de su cajón. La ropa interior, las cuatro camisas de franela... Bajo una de ellas había una carpeta pequeña de color teja, la saqué con cuidado y se la enseñé.

—Rafael, aquí están tus papeles, ¿quieres que mire que no falte nada?

—Vale vale.

Había papeles de un banco, no quise mirar, unos prospectos de medicamentos, otros papeles dentro de un sobre blanco y una fotografía, donde aparecía con una mujer muy mayor en silla de ruedas. La mujer y él estaban cogidos de la mano, Rafael estaba sentado en una butaca al lado de ella; me pareció reconocer la residencia, tuve la sensación de que esa fotografía estaba tomada en una de las salas de abajo. Le miré, estaba observándome fijamente, volví a mirar al Rafael de la fotografía. Me dio miedo que ese fuera un tema doloroso y no quise preguntar. Lo guardé todo de nuevo.

—Tranquilo, está todo en orden.

Me dio las gracias y decidí que lo mejor era volver con las chicas, dejarle con ellas y tratar de hablar con alguien que me pudiera orientar un poco, hablarme de él. Las encontramos en el mismo lugar donde las habíamos dejado, María estaba con los ojos cerrados mientras Marina le untaba las manos con crema hidratante, le limaba las uñas y le contaba cosas para distraerla.

—Rafael, siéntate con ellas, que voy a buscar una cosa.

Marina me miró interrogativa, le hice un gesto de «Luego te cuento», vi cómo le cogía la mano y se la acercaba para ver bien sus uñas.

—Cuando acabe con mi hermana le arreglo las manos, ¿qué le parece?

—Bien. Venimos de casa.

—¿Ah, sí?

Los dejé ahí, fui a la sala de la entrada, busqué a alguna de las chicas que siempre estaban por ahí, el cuidador preferido de María se acercó a mí pensando que necesitaba ayuda para ella.

—No no, María está bien, gracias.

—Está funcionando mucho lo de la música.

—Sí, yo lo que querría es saber algo de Rafael.

—Yo es que no llevo tanto tiempo aquí. Mónica puede ayudarte. Espera, ahora vuelvo.

Me senté en una de las butacas, una anciana se acercó, abrió su bolso y me ofreció una galleta que llevaba guardada.

—¿Quieres?

—No, gracias, ya he desayunado.

—¿Qué has desayunado?

—Pues café con leche de avena y unas tostadas.

—Qué ricas las tostadas, aquí siempre nos ponen la misma porquería, leche con cacao y galletas, se piensan que tenemos cinco años. Echo de menos comer lo que me apetece.

—Me imagino.

—Aquí una se aburre tanto que parece mentira no morirse del asco.

—Me llamo Lu.

—Soy Marisa.

—Encantada.

—Lo mismo digo. Últimamente te veo mucho por aquí.

—Vengo tres veces por semana.

—¿De quién eres nieta?

—De nadie, trabajo para la hermana de una de sus compañeras de residencia.

—Tutéame, me vas a hacer un favor, así que ya puedes tutearme.

—A ver, ¿cuál es el favor?

Abrió una bolsa de tela que tenía colgando del hombro, sacó unas agujas de tejer y un jersey a medio hacer. Lo extendió ante mis ojos y me lo acercó al cuello.

—Me vas a hacer de modelo para ver si está bien de medida. Abultas más o menos como mi nieta, le estoy haciendo una manta para la cuna de su crío, acaba de ser madre, y un jersey para ella, son mis regalos de Navidad.

—Qué suerte tiene tu nieta.

—Vive en América, allí hace mucho frío.

—Vaya.

—Mi hijo y su mujer también viven en América.

—Y, ¿cómo lo llevas?

—Con resignación, aquí todos nos meamos encima o nos caemos a la primera de cambio, si te digo que vivir aquí es una fiesta te engaño.

—Algo bueno tendrá.

—A ver, extiende el brazo.

Obedecí, sacó otro trozo de lana tejida, lo abrió y me lo puso sobre el brazo, era una manga. Unió los laterales por la parte de abajo. Negó con la cabeza.

—Tendré que hacerla más ancha. ¿Cuándo vuelves por aquí?

—Pasado mañana.

—Pues si me ayudas haciéndome de modelo...

—Claro. Sin problema.

Quedamos en eso, si no la encontraba por el recibidor la podía buscar en la zona del gimnasio, me dijo que llevaría el jersey consigo «para no hacerme perder el tiempo». Apareció Mónica.

—Me han dicho que me buscabas.

—Sí, verás, me gustaría saber algo de Rafael.

Nos levantamos y me llevó a la cocina. Se preparó un café, me ofreció otro, acepté.

—No debería comentarte nada, no se puede hablar del estado de salud de los residentes, pero como me han dicho que vienes mucho a ver a María y que siempre pasas ratos con él...

—Te lo agradezco. ¿Rafael tiene familia?

—No, está solo, llegó solo a la residencia. Hace años que es viudo, vivía de forma totalmente autónoma, pero después de dos pequeños ictus, su cerebro quedó afectado y Servicios Sociales

consideró que no estaba capacitado para seguir viviendo en su piso.

—¿No tiene alzhéimer?

—Tiene lo que denominamos «demencia vascular». Después del alzhéimer, es la segunda causa de demencia en los adultos; para que lo entiendas, tiene que ver con lesiones en los vasos sanguíneos del cerebro.

—Sí sí, soy enfermera.

—Ah, perdona, pues ya sabes de qué va. Los ictus no han mostrado síntomas motores pero sí síntomas cognitivos y conductuales.

—Ya. ¿Y siempre ha estado solo?

—Sí, cuando le trajeron a la residencia hacía mucho tiempo que vivía solo. Su sobrina, que era la persona que más le visitaba, murió hace un año y poco. Un cáncer.

—¿Y qué sabemos de él?

—Poco más. ¿Por?

—Verás, cuando venimos a visitar a María, Rafael se acerca a nosotras y nos habla, me pide ayuda, dice que le roban los calcetines y le veo muy desorientado. Con María hemos empezado a utilizar la música para orientarla un poco, y me gustaría poder hacerle una lista de canciones a él, pero no tengo ni idea de la música que le puede gustar.

—Entiendo, pues no sé, déjame pensar... Voy a ver si me acuerdo de algo, dame unos días, les preguntaré a mis compañeras.

—Gracias; otra cosa.

—Dime.

—He estado mirando en su habitación, para ver si algo me ayudaba a tener pistas, y solo he encontrado una Biblia.

—Sí, la de Pilar.

—¿Es una mujer mayor que iba en silla de ruedas?

—Sí, ¿cómo lo sabes?, ¿te lo ha dicho él?

—No, había una foto en su cajón.

—Es de las historias más peculiares que hemos tenido en este centro. Pilar era una monja que daba clases en una escuela religiosa, perdió la cabeza por completo en muy poco tiempo. Las hermanas de su congregación la trajeron aquí. En cuanto se vieron, empezaron a ir juntos a todas partes. Pilar necesitaba la silla de ruedas, llevaba pañales, necesitaba ayuda para todo. Él la paseaba y le hacía compañía, no hablaban mucho pero hicieron un buen tándem. Cuando la aseábamos, él la esperaba en la puerta de la habitación, además, imagínate, monja, para lavarla y cambiarla nos las traíamos, porque a ella eso de que la vieran desnuda la tenía traumatizada. Con el tiempo, la pobre se puso tan mal que dejó de pronunciar las cuatro palabras que decía, y ni siquiera podía comer algo que no fueran papillas. Él le hacía compañía todo el día, no había manera de separarlos más que para ir a dormir, incluso alguna noche nos habíamos encontrado con Rafael desfilando por su pasillo buscando su habitación. Todos creímos que se había enamorado de ella o que quizás la confundía con su mujer, que también había estado muy enferma, pero no, al cabo de un tiempo nos dimos cuenta de que la llamaba «madre». Durante el año y pico que Pilar estuvo aquí, él estaba convencido de que era su madre, y creo que ella acabó

por asumir que él era su hijo, lo decía tan convencido y la pobre tenía tal cacao en la cabeza que acabó por creerlo a pesar de que solo les separaban diez años de edad. Por suerte, se desorientó mucho más un poco antes de que Pilar se muriera, porque hubiera sido muy doloroso, la compañía que se hacían era muy importante para su equilibrio emocional. Aunque ella no le dijera nada, solo el hecho de tenerla al lado era importante para su estabilidad aquí.

—¿Y pregunta por ella?

—No, que yo sepa; apunta en mi teléfono tu número y te llamo, así nos tenemos fichadas, y si descubro o recuerdo algo te aviso.

—Gracias.

—No hay de qué, para eso estamos.

Salí a buscarlos. Marina le estaba haciendo las uñas a Rafael, María tenía los cascos puestos y los ojos cerrados.

—¿Qué escucha?

—Nada, he sido incapaz de encender esta cacharra, pero, hija, no me dejaba quitarle los cascos.

Busqué otra canción y le enseñé a Marina a hacerlo bajo la atenta mirada de María, que no se fiaba un pelo, no se lo fuéramos a quitar. Estuvimos haciendo ejercicios con los brazos y ayudándola a abrir y cerrar con suavidad las manos para aliviarle los dedos, todo el día con la mano rígida y retorcida hacia dentro hacía que le dolieran. Rafael nos miraba sentado, tranquilo. Algo de sonido se escapó por los auriculares.

—¿Cantan?

—Sí, Rafael, cantan. ¿Te gusta que canten?

Dijo que sí con la cabeza y luego se encogió de hombros.

—Te ha quedado claro, ¿no?

Ya lo he dicho, había días en que Marina no era la mujer más empática del planeta.

30

Rita nos esperaba en casa, llegamos, comimos y vuelta a la siesta en el sofá. Las dejé a las tres durmiendo, la Cloti también se pegó una buena siesta. Rita seguía débil, aún tenía décimas, pero la compañía le estaba haciendo mucho bien. Llamé a Arnau.

—Te lo estás tomando muy en serio.

—Soy intensa, no sé si te diste cuenta.

—Para nada.

Nos reímos. Me dijo que hablaría con un terapeuta amigo suyo para ver qué hacían en esos casos, y me diría algo.

—De todos modos, ¿qué edad tiene?

—Unos setenta y algo. No sé, soy malísima para eso.

—Busca cantantes de moda de hace cuarenta años, y ponle alguno.

—Vale, y otra cosa. ¿Puedes tomarte un café?

—Esta noche tengo guardia. Pásate a cenar por aquí, podemos pedir sushi.

—Mmmm, cenar no puedo, tengo a las chicas en casa. ¿Mañana?

—Sí, después de yoga puedo quedar.

—Yoga, te pega. Adoptas perros, tu novio trabaja en una ONG y vas a yoga, pero, tranquilo, yo soy otro cliché.

—¿Ah, sí?, ¿cuál?

—No voy a humillarme. Si no lo has descubierto todavía, es que disimulo bastante bien.

Quedamos en eso, en que al día siguiente nos veríamos al salir de su clase de yoga. Yo continuaba, desde que el domingo por la mañana, con una idea que ocupaba mi cabeza: el celibato forzoso de Lydia, no sé explicar muy bien por qué, pero seguía dándole vueltas a lo que había descubierto la noche anterior navegando por internet; era demasiada información y, como me conozco y me temo, necesitaba hablar de todo eso con alguien que tuviera más templanza, porque si finalmente decidía que era una buena idea hablarlo con Eusebio, ¿cómo se le plantea a un padre que su hija, a la que cuida con devoción desde que nació, tiene unas pulsiones sexuales como todo ser humano adulto?

Sobre las seis sonó el timbre. La Cloti levantó su cabeza gordota. Rita se puso nerviosa.

—Uy, ¿quién viene? Menudas pintas llevo. Voy a cambiarme.

—Se habrán equivocado.

—Perdón, me he olvidado de avisaros de que viene Santi a merendar. Estás perfecta, Rita, no te vayas a cambiar nada.

—¿Quién es Santi?

—Un amigo de Lu, pero no te vayas a pensar que es su novio, porque no es su novio, es la segunda vez que viene a casa pero no es su novio.

—Marina...

—¿Tienes novio, Lu?

—No tengo novio, Rita.

—Ah. ¿Entonces?

—Un amigo, Rita, es su amigo. Es que tú y yo somos unas antiguas, es solo su amigo.

—Oye, venga, que os va a oír.

—Qué más da. Si no es tu novio, podemos decir que no es tu novio.

Oí la puerta del ascensor, les hice un gesto de «Venga, por favor, parad ya», se rieron de mí, entró Santi, nos dimos dos besos en la puerta porque yo me abalancé a saludarle así para que no me besara estando en el campo de visión de ellas dos. Lo cazó al vuelo y me saludó con total naturalidad y entró en el salón sin esperarme. Traía flores, pan de hogaza de esos que hacen en las panaderías que son de toda la vida y una tableta de chocolate de las buenas, de las de ochenta por ciento de cacao. Saludó a Marina con dos besos y le presentamos a Rita. La Cloti le miró desde el regazo de su dueña y volvió a agachar la cabeza para seguir durmiendo, ella ya le conocía.

Estuvimos charlando un rato y Santi nos pidió permiso para ir a la cocina a preparar la merienda. Le acompañé. Una vez a solas, nos besamos contra la encimera, despacio, como en casa de Sandra, como en su casa, como las últimas veces. Tuve un momento de lucidez, supe que iba a sufrir. Supe que entre nosotros empezaba a ocurrir algo que podía doler. Pero no pude parar. Sé que él también lo sintió, no es que me haga la intuitiva, es que él me lo ha reconocido luego, los dos tuvimos la misma sensación de estar subidos en un avión que iba a caer en picado por causas externas, por meteorología adversa, pero ya no nos podíamos bajar.

—Este viernes hay otro concierto.

—No creo que pueda.

—¿Y después del concierto?

—Hablaré con las chicas.

—Lu...

—Dime.

—Ya que hemos decidido que la modernez está sobrevalorada, quiero decirte algo.

—¿El qué?

—Que el domingo si a ti te apetece, quiero cocinar para ti en mi casa y que te quedes hasta que tengas que volver aquí. Podría esperar a preguntártelo el mismo domingo por la mañana, pero voy a estar pensando en eso hasta el momento en que lo verbalice, así que paso de

torturarme. Ya sabes el plan, si te apetece, podemos pasar el día juntos.

—Claro que me apetece.

—Pues entonces, acércame la tostadora.

También me pidió una taza grande y una olla pequeña, empezó a deshacer la tableta de chocolate al baño María y tostó los trozos de pan.

—¿Tenéis sal gorda?

—Me temo que no.

Se sacó del bolsillo trasero del pantalón un sobre pequeño hecho con papel de aluminio, dentro había traído sal de su casa, por si acaso. Eso me fascinó. Mientras yo preparaba una cafetera de café descafeinado, Santi puso las tostadas en una bandeja que encontramos, les echó el chocolate y lo aliñó todo con un punto de sal y un buen chorro de aceite. Llevé cuatro tazas, el azúcar y la cafetera con un salvamanteles, lo puse todo en la mesa pequeña, él trajo la bandeja y merendamos los cuatro. Sonó mi teléfono. Era Eusebio para concretar a qué hora íbamos a llevarles la comida a los gatos. Marina, que ya era una experta en tecnología, me agarró del brazo.

—Aprieta el botoncico ese para dejarle un recado.

Evidentemente, se refería a los audios.

—Ya.

—¿Ya?, ¿sí?

—Sí sí.

—Eusebio, estamos en casa merendando, subid un ratito antes de iros al parque, que tenemos un pan con chocolate riquísimo. Lydia, cariño, veníos para aquí ya. Ya está, ya se puede mandar.

Media hora más tarde, Eusebio y Lydia estaban en casa de Marina. Lydia iba abrigada hasta las cejas. «Mierda», me acordé de la llamada de Skype con Agathe. En unos minutos iba a llegar a mi piso de París para mandarme la ropa de abrigo. ¿Cómo se me había podido olvidar? Como si al acordarme le hubiera mandado una señal telepática a Agathe, vi que su nombre aparecía en la pantalla de mi teléfono. Me disculpé con todos, dije que era urgente, que lo tenía que coger, le pedí disculpas a Santi con la mirada, «No pasa nada, contesta». Le dejé solo en medio de mucho desconocido y me metí en mi habitación con el corazón latiendo a mil por hora. Vi a Agathe sentada en mi salón. Detrás de ella estaba el mapamundi antiguo que habíamos comprado en un mercado callejero al poco de mudarnos a ese piso, era como ver el telediario de una cadena de televisión, pero no, Agathe empezó a quitarse el bolso y el abrigo mientras me saludaba.

—*Ça va chérie*, ¿preparada?

—*Non, mais oui.*

—*Ok. Paul n'est pas là.* Se acaba de ir para dejarnos solas.

—Ok. Enséñame el piso. ¿Está igual?

—*Oui, mon amour*, está igual.

Se levantó y me hizo un *tour* virtual por mi pequeño apartamento parisino. En la nevera seguían mis fotos pegadas con imanes, las del último fin de año, borrachos perdidos, besándonos con la boca llena de uvas. Noté que el estómago me dolía. Le pedí que encuadrara la vista desde la ventana de la habitación. Cuando se enfocó la imagen, pude ver las azoteas que me habían

acompañado los últimos dos años, esos tejados y esas chimeneas... París es muchas cosas: es la lluvia, es el vino, es la música pero también es sus edificios. Agathe rompió el momento, gracias a Dios que lo hizo. Volvió a aparecer en el plano.

—Bueno, querida española. Vamos a escoger unas cuantas cosas. Todo lo que quepa en esta maleta mediana, y esta misma tarde te la mando.

Vi cómo se limpiaba discretamente las lágrimas con la yema de su dedo anular.

—Desde que el hombre que ronca no te deja dormir estás muy sensible. Este hombre va a acabar contigo. Dile que se vaya con cuidado.

—Española traidora, no voy a meter muchas cosas en esa maleta, así me aseguro de que vuelvas a París, aunque solo sea para recoger tu ropa.

Y así, a nuestra manera, nos dijimos que nos echábamos de menos y que no vernos nos estaba dejando hechas una mierda. Elegí algunos pantalones, tres sudaderas y algún jersey, mi abrigo gris de lana gorda, mi bufanda negra y mi boina azul de lana.

—Ya no cabe nada más.

—Pues ya está, dale las gracias a Paul.

—Cuelgo, que me faltan manos. Hablamos por la noche.

—*Oui. Merci, Agathe. Je t'aime.*

—*Moi aussi, ma douce.*

El avión que había despegado en la cocina unos minutos antes empezó a caer en picado mucho antes de lo que habíamos imaginado.

La merienda transcurrió más lenta a partir de ese punto. Cuando llegó la hora de darles de comer a los gatos, los cuatro nos pusimos en marcha en dirección al parque. Me sonó el teléfono, era mi padre. Quería hablar con él, pero ese no era el mejor momento; más allá de estar rodeada de gente, estaba invadida de mierda por dentro, de recuerdos, y no quería hablar con él estando así. Santi notó que estaba rara, a ver, tampoco había que ser Sherlock Holmes, soy transparente como el agua.

—¿Es por la llamada que has recibido? ¿Estás bien?

Mentí como una bellaca y le dije que sí, que estaba bien.

Cuando llegamos a la zona de los gatos me sentí algo mejor, me distraje con las tarrinas de comida y, sobre todo, con la alegría de Lydia. Antes de verme con Arnau, necesitaba tener una cosa clara, si Lydia podía decir «sí» y «no» de forma clara. Saber si ella podía pensar y decidir cosas de forma autónoma o si era su padre quien tenía que decidir todo por ella. Indagué con toda la sensibilidad de la que fui capaz. Intenté descubrir cuál de todos los gatos era su favorito, evidentemente ganó el cachorro más pequeño, yo hubiera respondido lo mismo. Le volvimos a poner la tarrina en las piernas, él volvió a pegar un brinco de atleta y ella volvió a reír ante la impertinencia gatuna, le pregunté si tenía miedo, me dejó claro que no; su padre y ella se comunicaron sin palabras, con sonidos, pero se comunicaron. Un rayo de luz inundó todas las zonas oscuras que, desde hacía un rato, habitaban dentro de mí. Había esperanza. Lydia se comunicaba.

Volvimos paseando hasta la portería de Marina. Eusebio y Lydia se fueron a su casa y Santi y yo nos quedamos tiesos en la escalera de la entrada.

—Lo siento, estoy mal. No es por ti.

—¿Puedo ayudar?

—Ya me ayudas.

—¿Es por lo que te he dicho en la cocina?

—No.

Sentí que era muy injusto no darle explicaciones, se las di, pero lo hice más por mí que por él, quería entender qué me pasaba y escuchar mi propia voz, tal vez me sirviera de algo.

—Antes me ha hecho una videollamada Agathe. Necesito mis prendas de abrigo y ha ido a mi antiguo piso a buscarme ropa para enviármela. He visto mi casa. Llevo mucho tiempo aquí, jamás pensé que estaría tanto tiempo fuera. Ver todas mis cosas me ha dejado fatal. Todo está allí menos yo. Me siento dividida y me siento fuera de lugar.

En realidad, era peor, empezaba a no pertenecer a ningún lado. Me miró y me escuchó, asintió un par de veces, «Entiendo», eso también lo dijo un par de veces. Mientras le contaba todo eso, sentí que se alejaba un poco de mí, en ese momento empezó a protegerse. Yo, si hubiera podido, también habría huido de mí misma.

—Tranquila, lo entiendo. Descansa, y cuando quieras hablamos.

—Gracias.

—Olvida lo del domingo. Entiendo que es una presión extra.

—No, no es eso...

—Bueno, si te apetece, ya me dices algo, pero no hay compromiso, Lu. No pasa nada.

—Gracias.

Nos dimos un beso en los labios y un abrazo largo.

—Saluda a Agathe de mi parte cuando hables con ella.

Prometí hacerlo.

Las chicas estaban entusiasmadas con Santi, me lo dejaron bien claro en cuanto me vieron aparecer por la puerta. Fue empezar a escucharlas y romper a llorar.

—Pero ¿qué te pasa?

—Nada...

—A ver, una no llora así por nada.

—Es que...

—¿Qué?

Rita me miraba impactada, no abría la boca. Marina insistió.

—¿Qué?

—Echo de menos a mi ex.

—Menudo susto, maja.

Se llevó la mano al pecho, como si hubiera estado a punto de infartar por mi culpa.

—Pero, a ver, ¿qué ha pasado?, ¿dándoles de comer a los gatos te ha entrado la nostalgia?

—No.

—¿Entonces?

Les conté que había visto mi casa y que estaba muy triste, bueno, jodida, les dije que estaba muy jodida, hablaba con dificultad, los hipidos de la llorera no facilitaban la comunicación, se

habían levantado las dos, me cogieron de las manos y me llevaron a la butaca. La Cloti se me sentó encima.

—Hasta la rata se ha preocupado.

Ahí me reí.

—No la llames «rata».

—Déjala, se cree que así no nos damos cuenta de que ya la quiere un poco.

—Pues claro que la quiero un poco, no me ha hecho nada como para no quererla.

—Lu, cariño, todo lleva su tiempo.

—Ya lo sé, Rita.

—Un día estarás mejor.

—Y con tu amigo que no es tu novio, ¿qué?

—Pues es que él siente cosas, y yo también, pero, claro, sentimos cosas muy distintas, no es el momento.

—¿Por qué no es el momento?

—Pues porque aún quiere al otro chico.

—No, Rita, no es por eso. Dilo, Lu, ¿por qué no es el momento?

—Porque no, porque no estoy bien todavía.

—No, cariño, no es el momento porque te vas a ir.

Se hizo un silencio. Me alivió escucharla. Me alivió tanto que lloré aún más. La Cloti se volvió al regazo de Rita, tanto drama la abrumó. Marina me atrajo hacia ella y me dio sus famosos golpes flojos en la cara.

—Venga, desahógate, pégate una buena ducha y ponte el pijama mientras nosotras preparamos algo para cenar.

Obedecí. Después de cenar pusimos la televisión. Esa noche fui yo la que se quedó dormida en el sofá, las chicas me despertaron y, agotadas de tantas emociones, desfilamos hacia nuestras camas.

En el silencio de mi habitación, escuché los sonidos del edificio, respiré hondo y le escribí un mensaje a Agathe, solo le mandé un corazón. Envuelta en el silencio me pregunté si de verdad quería irme, si de verdad quería volver a París. Encontré argumentos maravillosos a favor y en contra.

A los pocos segundos sonó mi teléfono, era un mensaje de Paul. Un audio. Estaba mal desde que Agathe había estado en casa esa tarde. «Solo espero que reencontremos la paz.» Sentirle tan mal me hizo estar mejor. Podéis pensar lo que queráis. Seré una mala persona, pero me sentí mejor, y sin contestarle, puse el teléfono en modo avión y me eché a dormir.

Soñé con él. En el sueño yo volvía a casa y nada salía bien.

31

Me despertaron unos martillazos insoportables. Desde que abrí los ojos hasta que comprendí que alguien estaba aporreando algo en la calle, me costó entender qué demonios ocurría. Fui directa hacia la ventana, asustada como si el Apocalipsis se hubiera desatado al otro lado del cristal, levanté la persiana y ante mis ojos unos operarios inundaban la calle con las malditas luces de Navidad. Eso era aún peor, era crueldad. Crueldad. Luces de Navidad. Navidad no. No, en serio, no no no.

Desayunamos, vieron que mi cara no era mucho mejor que la del día anterior, así que interactuaron entre ellas dándome mi espacio. Marina y yo bajamos al portal y esperamos a Eusebio.

La piscina me sentó bastante bien. Cuando me duchaba vi que me había bajado la regla. Aliviada, entendí que no estaba perdiendo la cabeza del todo, sino que mi cuerpo y mi sistema hormonal me estaban boicoteando como lo venían haciendo cada mes durante los últimos veintidós años.

—Me ha venido la regla.

—Fantástico. Dilo un poco más alto, creo que las mujeres del fondo no se han enterado.

—¿Te da vergüenza?

—Qué narices me va a dar vergüenza. La discreción y la vergüenza no tienen nada que ver.

—Vale.

—Soy discreta.

—Marina.

—Dime.

—¿Y cuando Lydia tiene la regla?

—Hija, te ha entrado una perra con la pobre chica.

—En serio, ¿la cambia su padre?

—Pues supongo. No le vayas a preguntar nada cuando nos lleve de vuelta.

—No.

—¡Lu!

—Que no, mujer.

—Suficiente tiene el hombre con que su hija esté así como para tener que andar dando

explicaciones.

—Tranquila, que no le diré nada.

En el trayecto hasta casa, no podía quitar los ojos del espejo retrovisor. La cara de Eusebio, enmarcada, gesticulaba amigablemente mientras hablaba con Marina. Mi cabeza iba a mil revoluciones. Volvió a llamar mi padre. Esa vez sí descolgué.

—Perdona, papá, me olvidé de devolverte la llamada.

—Tranquila. ¿Estás bien?

—Sí.

—Estaba preocupado, como el otro día te pusiste así, pensé que a lo mejor pasaba algo más.

—Pasan cosas, pero estoy bien.

—¿Quieres que hablemos?

—Bueno.

—Estaré en casa esta tarde.

—Si puedo, te digo algo.

—Como quieras.

—Te llamo.

—Muy bien.

—Adiós.

Me quedó mal cuerpo. Tenía que solucionar ese tema. Lo estaba posponiendo, estaba metiendo la mierda debajo de la alfombra, y a esas alturas ya parecía una alfombra voladora, de la cantidad de cosas que tenía debajo. Tenía que encontrar la manera de digerir lo que había leído en aquella carta y encontrar de nuevo la normalidad en casa. Suspiré hondo.

—¿Estás bien?

—Sí, gracias, Eusebio.

Me sonrió por el espejo retrovisor, Marina me miró también. Me amenazó con la mirada como advirtiéndome de que no me olvidara de lo que habíamos hablado en el vestuario, levanté las manos en son de paz, como si me dejara registrar, asintió, ese gesto fue un «Así me gusta». Respiré hondo.

Cogí el teléfono y releí el mensaje de Paul. Yo también deseaba que encontráramos la paz. Deseaba que todo volviera a ser como antes de sentirme estafada por él, deseé que el pasado no existiera y vivir plenamente las cosas que estaba sintiendo por Santi. Tal vez la vida me estaba colocando delante de las narices a la persona adecuada, no podía confiar en alguien que ya me había traicionado una vez, podía volver a hacerlo, aunque tal vez «traicionar» era una palabra demasiado grande.

Mi ego estaba herido de muerte, mi amor propio estaba lastimado, mi autoestima estaba en la UCI.

No sabía si Paul había seguido viendo a Aline, en realidad, eso ya no importaba tanto, yo estaba acostándome con Santi y estaba sintiendo cosas que me hacían rozar, por momentos, la felicidad. Me di cuenta de que estábamos empatados, yo también sentía cosas por dos personas, igual que él, no estábamos tan lejos... Bueno, ni estábamos tan cerca, tampoco me iba a engañar.

No quise seguir pensando en él, solo quería pensar en mí, en mí y en lo que de verdad me

hacía feliz en ese instante. Hice una lista mental:

1. Hablar con Agathe.
2. Vivir con Marina.
3. Acostarme con Santi.
4. Ver a Sandra.
5. Rita y su cobaya.

La lista no era enorme. Pero era clara. Decidí reducirla a aproximadamente la mitad. Solo había dos personas imprescindibles: Agathe y Marina. En un mundo ideal, todas vivíamos en la misma ciudad y la vida era plena, en la vida real, vivíamos en dos países distintos y encima era casi Navidad.

Vida real 2 - Mundo ideal 0.

Esa lista era un reflejo más de la duda que me acompañaba a todas horas: ¿Barcelona o París?, ¿regresar o quedarme? Cuando digo «regresar», ¿qué significa *regresar*?, ¿volver a mis horas de guía y vinos o regresar a la ciudad de la que me había ido hacía dos años?

Nos bajamos del coche y nos metimos en el ascensor. Rita estaba vestida y nos esperaba sentada en el sofá. No nos dejó quitarnos los abrigos.

—Deshaced las bolsas de la piscina, que bajamos a comer fuera, invito yo.

—Pero ¿te encuentras bien?

—Me encuentro regular, pero hoy es mi cumpleaños. Los últimos años lo he pasado sola y eso es peor que tener décimas.

—Pues no se hable más, pero vamos donde Manolo, que está cerca.

—Muy bien.

—¿Cuántos años cumples, Rita?

—Ochenta y seis.

Cuando estuvimos en el bar de Manolo y ya habíamos pedido el menú del día y un poco de vino para brindar, le pasé mi bolso a Rita.

—Cógelo con cuidado.

Me miró sin entender muy bien. Hizo lo que le pedí y al tenerlo delante vio aparecer el hocico de la Cloti por el lateral de la cremallera que había dejado abierto. Pegó un respingo de alegría. Marina se asomó a ver qué había dentro. Me miró muy seria, regañándome y dejándome por imposible.

—La madre que te trajo, pero ¿cómo has traído al bicho?

—Porque es familia de Rita.

—Ay, madre mía, escóndela bien, que no la vean.

Acercó la mano varias veces intentando meterle la cabeza dentro del bolso, pero tan pronto como la retiraba, la Cloti volvía a asomar meneando los bigotes.

—Como se te cague dentro, verás la gracia que te hace.

Eso era verdad, no lo había calculado todo, a veces se me escapan cosas, me puede el entusiasmo, nos entró la risa. Fingí que quería hielo en el vaso y me acerqué a la barra para

pedirle un postre especial a Manolo. Me guiñó el ojo. No tenía velas con números, pero le quedaban bengalas del último San Juan. Volví a la mesa. Cuando terminamos nuestros platos, una preciosa torre de magdalenas luminosas vino hacia nosotras.

Se congeló el tiempo, todo sucedió más despacio, los vecinos del barrio que comían en el bar ese día se giraron al paso de la tarta improvisada aplaudiendo y cantándole a Rita. Estaba radiante, se tapaba la cara con las manos y miraba durante algunos segundos entre sus dedos para volver a cerrarlos, como si pudiera blindar su timidez, de la misma manera que los niños pequeños creen que si se esconden bajo su edredón el monstruo no puede verlos. Le aparté los dedos con suavidad, se dejó, tenía los ojos llorosos.

—Felicidades, Rita.

Asintió cogiendo aire y esperó hasta que la bengala dejó de escupir luz. Marina, que estaba sentada a su lado, le cogió la mano.

—Venga, tonta, no llores.

—Bendito catarro, bendito catarro.

Y ahí sí, ahí lloramos las tres.

Avisé a mi padre de que definitivamente esa tarde no podía pasar a verle. Recogí a Arnau a la salida de su clase de yoga y fuimos directos a su casa. Sus galgas nos recibieron en la puerta, nada más entrar él se agachó a saludarlas y ellas se deshicieron de amor con él.

—Os presento a Lu.

Me miraron y se acercaron a mí. Desde mi metro sesenta pude observar sus hocicos afilados y elegantes olisqueando mis vaqueros y mis manos, las levanté despacio y acaricié sus cabezas.

—¿Son guapas o no son guapas?

—Guapísimas. ¿Cómo se llaman?

—Pili y Mili.

—No hablas en serio.

Claro que hablaba en serio, al oírle pronunciar sus nombres se acercaron a Arnau obedientes, meneando los rabos como si pudieran salir volando con ellos. Nos sentamos en su salón, sacó un vino y una bolsa de patatas, ellas se tumbaron en sus camas ignorando por completo nuestra presencia.

—Soy todo oídos, me tienes intrigado.

Le hablé de Lydia, le conté la extraña conexión que sentía con ella desde que habíamos empezado a cruzarnos, le hablé de su padre, de la devoción con la que la cuidaba, del vínculo brutal entre ellos dos, de la cantidad de preguntas que me habían ido surgiendo a lo largo de nuestros encuentros y, sobre todo, le hablé del último pensamiento, del que me acompañaba desde aquella mañana en el portal de Marina, de la mirada tímida con Santi, de la inquietud que me generaba pensar que había muchas cosas que Lydia no iba a poder vivir ni experimentar.

—¿Y en qué has pensado?

—He estado buscando en internet. He visto entrevistas y he encontrado un documental sobre los acompañantes sexuales en España.

Trajo su ordenador, le busqué la página de la organización que había estado cotilleando. La miró con mucho interés. Explicaban muy claro en qué consistía el acompañamiento, la manera, el protocolo, y en el documental una mujer hablaba del cambio de 180 grados que había experimentado su vida desde que había podido conectar con su sexualidad, sus ganas de vivir. «Soy una mujer —repetía—, soy una mujer.»

—¿Y qué quieres hacer exactamente?

—Me gustaría hablar con el padre y explicarle que existe esta posibilidad y decirle que si quiere, yo puedo acompañar a Lydia.

—Pero ¿le conoces mucho?

—No.

—O sea, que no sabes cómo va a reaccionar.

—No.

—Joder. ¿Qué hora es?

—Las siete.

Retrocedió con el ratón al inicio de la web. Estaban en el centro hasta las seis. Siguió buscando, encontró un número. Marcó. Se levantó y estuvo hablando con alguien durante unos minutos. Colgó y me preguntó si Lydia se comunicaba con facilidad.

—Sí sí, se comunica, con facilidad no, pero se comunica. Fue la primera duda que tuve, si al no poder hablar sería ético empezar este proceso, no tenía muy claro si eso era violentarla, por eso me fijé mucho en si podía interactuar o no.

Me dio un abrazo.

—Menos mal que el sábado no saltaste por la ventana.

—¿Tú qué opinas?

—Que no perdemos nada por intentarlo.

Saqué mi teléfono del bolsillo, preferí no pensarlo mucho porque si no, no me hubiera atrevido a hacerlo, me temblaban las manos, sentí como si el corazón se me fuera a salir del pecho. Le mandé un mensaje: «Hola, Eusebio, soy Lu, me gustaría hablar contigo de un asunto». Estuve pensando en si lo que había mandado estaba bien. Mandé un segundo texto: «A solas».

Nos bebimos las copas de vino y bajamos a pasear a Pili y a Mili. Cuando volví a casa estaba tan nerviosa que apenas me podía concentrar en lo que hacía. Rita se estaba poniendo el pijama después de darse una ducha y Marina hacía unas sardinas a la plancha con el extractor a todo trapo para que el piso no oliera «a chiringuito». Me senté a la mesa de la cocina y estuvimos charlando de cosas sin importancia hasta que mi teléfono sonó. Era Eusebio, salí disparada y descolgué en mi habitación.

—Hola.

—Hola, Lu, ¿en qué puedo ayudarte?

El cincuenta por ciento de mi organismo empezó a arrepentirse en cuanto escuché su voz. No me salían las palabras. El otro cincuenta por ciento intentaba encontrar la mejor manera de abordar la cuestión.

—Lu.

—Sí sí, perdona. Oye, Eusebio, me gustaría hablar contigo en persona. ¿Podría ser?

—Sí, pero ¿os pasa algo?

—No no, tranquilo.

—Mañana por la mañana Lydia está en el centro de día hasta la una. Te paso a buscar, si quieres sobre las once.

—Perfecto.

Apenas cené, llamé a Agathe por Skype.

—Estás loca.

—¿Por qué?

—No sé, naciste así.

Que me apoyaba y que pensaba igual que yo, pero le parecía «meterse donde no te llaman, ¿entiendes lo que te digo, *chérie*?». Sí, claro que lo entendía, pero ya no había marcha atrás.

—¿Te ha llegado la ropa?

—No.

—Avísame cuando te llegue. Al final, ¿qué vas a hacer esta Navidad?

—Meterme en una cueva y comer matarratas.

—¿Lo ves?, naciste así.

La dureza de su gesto no dejaba lugar a dudas, Agathe tenía razón y yo me había metido donde no me llamaban. Serio, callado, no podía sostenerme la mirada durante más de dos segundos, miraba a su taza de café, miraba alrededor agobiado, supongo que deseando que nadie entendiera lo que le estaba proponiendo. Las paredes de aquella cafetería se nos empezaron a caer encima.

—Mira, te agradezco la preocupación, pero no hace falta que pienses por nosotros.

—Lo siento.

—No todo en esta vida es..., eso.

Ni siquiera podía pronunciar la palabra.

—Por supuesto que no todo en la vida es... —Intenté ser muy cuidadosa, yo también evité la palabra por respeto—. Pero todos tenemos impulsos.

—Yo no los tengo.

—Yo sí.

—No es lo mismo, tú eres joven.

—Lydia también es...

—Bueno, mira, de verdad que te lo agradezco, pero vamos a dejarlo...

—Lo siento, de verdad, yo..., he estado dándole muchas vueltas y no sabía si hacía bien o mal, me ha costado dormir y todo, no quiero disgustarte, era solo una idea que no me dejaba tranquila, y..., lo siento, de verdad que lo siento...

—Yo no quiero que nadie mire a mi hija con pena, ¿me entiendes?

—Sí, Eusebio, perdona.

—Yo no quiero que la vean desnuda, no quiero, no quiero... Está indefensa. No la voy a meter en una habitación con... —Volvió a costarle acabar la frase—. Con un hombre.

Me quedé tan jodida y me sentí tan ridícula y tan mal al verle así... Tenía razón, ¿quién me había creído que era? ¿Y si en realidad Lydia era más feliz que yo? ¿Y si ella era mucho más libre que yo?

—Te pido por favor que no insistas.

—Tienes mi palabra.

—Me voy a ir, os recojo mañana para ir a la piscina.

—¿Seguro?

—Seguro, solo quiero irme.

Nos despedimos. Cuando entré en casa de Marina, ya me esperaba para ir a la residencia.

—Venga, que hoy vamos muy tarde.

Rita, después del ajetreo cumpleañero del día anterior, estaba más cansada. La dejamos en el sofá pintando sus mandalas. Marina, a esas alturas del partido, ya tenía su propio cuaderno, se estaba haciendo adicta a pintar «las cacharras esas. Relaja, desconectas».

Rafael estaba en la sala de espera, Marisa también, se acercó a mí con la bolsa de tela colgando del hombro nada más verme y sacó la parte del jersey que ya había ampliado mientras yo alargaba el brazo como la vez anterior, para ayudarla pero para acabar con eso cuanto antes, tenía la cabeza en otro lado.

Rafael nos observó de cerca. Marina, alucinada, me miró socarrona, «Hija, eres como la alcaldesa de este lugar, es verte entrar y se revoluciona la gente». Sonreí disimulando mi angustia, negando con la cabeza; yo no era la alcaldesa de ninguna parte, era una metomentodo y una idiota que había hecho sentir mal a Eusebio.

—¿Es tu madre?

—No, Rafael.

—¿Y por qué te hace ropa?

—Es para su nieta, yo solo le sirvo para medir bien la pieza.

—Ah...

Marisa, atareada juntando los laterales de la manga por debajo de mi axila, completamente ajena al interrogatorio de Rafael, me dio las gracias y me prometió enseñarme el jersey cuando estuviera terminado.

Recorrimos el pasillo, la mesa de siempre, la silla de siempre, la revista de siempre. Ese día volvía a tocar peluquería, lavado, puesta a punto. Nos sentamos con ella a esperar su turno. Sonó mi teléfono, era Agathe, me pareció muy raro que me llamara a esas horas; salí al jardín envuelta en mi ropa de poco abrigo para no morir de frío, los nervios que estaba pasando desde primera hora de la mañana me tenían destemplada.

—Dime.

—Tía...

—¿Qué?

—Paul deja su puesto y...

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, no te llamo para eso, escucha su plaza queda libre, la junta ha decidido que nadie mejor que un exalumno para ocupar su cargo, alguien que se haya instalado aquí y que pueda

ayudar a la gente nueva que llega...

—¿Cómo?

—Les ha dado tu nombre.

—¿Y?

—Si tú quieres, la plaza es tuya.

—Hostia.

—Piénsatelo.

—Hostia.

—*Chérie*, tienes tres días para decidirlo y si decides que sí, empezarías en quince días.

—Joder.

—Pero ¿adónde se va Paul?

—Le han dado por fin la plaza de profesor.

—*Merde*, sería trabajar juntos.

—No, juntos no, os cruzaríais.

—Te odio por dar mi nombre.

—No es verdad.

—Claro que no es verdad, pero te odio por dar mi nombre.

Colgamos, me quedé petrificada. Al rato, el frío me hizo volver a tener conciencia de mi cuerpo y de mi cara, ahí estaba yo, tiesa como una estatua en mitad del movimiento ralentizado de la residencia. Tiesa como un palo, asustada como un gato delante de unos faros que están a punto de atropellarlo. Porque en ese momento sentí de manera muy clara que había una alta probabilidad de ser arrollada por un camión, diera el paso que diera.

Al volver a entrar en la peluquería vi a Marina toqueteando los botones del reproductor y poniéndole una canción a su hermana, vi cómo María abría los ojos y tarareaba una música, me acerqué a leer la pantalla, *Aquellos ojos verdes*, Nat King Cole le cantaba al oído: *No saben la tristeza que en mi alma han dejado aquellos ojos verdes que yo nunca besaré*, la vi sonreír a pesar del drama amoroso de aquella letra, me pregunté en qué estaría pensando, si es que pensaba en algo relacionado con aquella canción, vi a Marina mirándola con amor mientras le cogía la mano para hacerle compañía durante la sesión de peluquería y vi que Rafael preguntaba no sé qué desde la puerta. Sentí que, más o menos, en ese pequeño universo todo empezaba a estar en su sitio; ¿y si yo ya no pintaba nada allí?, ¿y si yo no podía hacer mucho más a partir de ese momento? Tal vez había llegado la hora de volver a París... Tal vez la oferta de Agathe llegaba en el momento perfecto.

Me dio vértigo, el vértigo que una siente cuando, en sus adentros, empieza a detectar la necesidad inaplazable de tomar decisiones. Pero no tenía ni idea de por dónde empezar.

32

—Vaya catástrofe.

—Hombre, a ver. Catástrofe tampoco. Ahora igual tenemos un piso en París para ir de visita.

Sandra y Arnau hablaban entre ellos delante de mí como si yo no estuviera, en cierto modo tenían razón, yo seguía en la cafetería en la que había estado hablando esa mañana con Eusebio, seguía ahí, repitiendo en mi cabeza en modo bucle la conversación que habíamos mantenido, intentando recomponerla al pie de la letra para estar segura de no haber sido desagradable. La culpa me tenía bien agarrada.

Los convoqué de urgencia, necesitaba hablar de la propuesta de Agathe, ya he dicho antes que no tenía ni idea de por dónde empezar.

—Me había vuelto a acostumbrar a tenerte por aquí.

—Aún no sé qué voy a hacer, Sandra.

—Vete sin dudarlo.

—¿Y Marina?

—A ver, no ibas a trabajar con ella de por vida, ¿no?, era algo temporal.

—No lo sé. Al principio, era como si mi madre me hubiera tendido una trampa, me sentía fuera de lugar con ella. Ahora es diferente, Marina es..., es mi... familia. No sé explicarlo.

—Uno visita a la familia, no vive con ella.

—Marina es distinta. Es familia a otro nivel.

—¿Tú qué quieres hacer?

—Yo echo mucho de menos París, tengo una conversación pendiente con Paul, cerrar nuestra historia del todo, o no, ver qué nos pasa, hemos pasado de vivir juntos a no vernos en más de dos meses. Necesito volver a pisar mi apartamento, centrarme en medio de mis cosas, ver qué siento, pero también voy a echar de menos esto. Cuando me fui para allá estaba deseando escapar de aquí, necesitaba un tiempo, estar sola, coger aire, no pensaba quedarme, pero conocí a Paul y todo fue..., precipitado, tal vez, completamente imprevisto, pero era imposible resistirse a todo lo que estaba sintiendo. Ahora me pasa algo parecido, yo venía por unos días, para aclarar mi cabeza, pero no he tenido eso, y no está mal, no me quejo, probablemente esto ha sido lo mejor, si lo pienso, en casa de mis padres habría estado tan agobiada que en cuatro días habría hecho de nuevo la maleta y me habría ido pitando a París, con tal de no pelearme con mi madre me habría

vuelto sin haber decidido nada. Pero estando con Marina ha sido otro proceso completamente distinto, hacernos cargo la una de la otra, en serio, no sé explicar la felicidad que he sentido con ella, es algo que nunca había experimentado, nunca me había sentido en casa de una manera así, «familiar»; tomar perspectiva también me ha sentado bien, no lo sé. No sé qué quiero hacer, no lo sé. La vida me pone señales delante, pero no entiendo su lengua.

—¿Qué señales?

—Si no os parece una señal que me haya salido un curro en París, en el mismo sitio en el que trabajan Paul y Agathe...

—Más que una señal es una putada.

—Es donde nos conocimos, a mí me suena bastante a señal, la verdad.

—No sé, Lu, ahora que has estado tanto con Marina, con su hermana, todo lo que habéis aprendido y avanzado con la música, ¿no tienes ganas de volver a tu trabajo de enfermera?

—Yo solo quiero dejar de decidir a qué personas sacrifico.

—Ya...

—Si me quedo aquí, pierdo a Agathe, a Paul para siempre. Si me voy, dejo aquí a Marina, a Santi, a vosotros...

—¿Qué pasa con tu músico?

—Yo qué sé, me encanta estar con él, pero me acuerdo de Paul, no me ha dado tiempo a solucionar una historia y ya me he metido hasta el cuello en otra. Santi me gusta, pero a Paul le quiero. Arnau, hazme una lobotomía y líbrame del mal, amén.

—Nunca pongas tu voluntad en manos de este ser.

—Lu, no tengas prisa, sé que tienes un plazo de tres días para decidir, pero si puedo darte un consejo...

—Claro que puedes, Sandra.

—No te metas a trabajar en el mismo lugar que esté él. Busca un sitio neutro, un espacio en el que encontrarte a ti, sin tanta complicación. Hazme caso.

—Ya...

—Quizás la señal verdadera aún está por llegar.

Y sí, estaba por llegar. Y no iba a tardar nada.

Cuando acabamos de tomarnos las cervezas estaba borracha de nervios, estaba ansiosa, era como si un temporizador se hubiera activado, oía cada segundo vibrar dentro de mi estómago, un ritmo incansable que no me dejaba desconectar, como cuando en el Pictionary se te empieza a agotar el tiempo para conseguir que tu pareja de equipo entienda lo que quieres decir con dibujos, y aunque yo era mi propia compañera de equipo y conocía mi letra y mis trazos de memoria, no entendía ni uno solo de mis garabatos. Esa sensación de tener que mover tantas fichas de golpe me tenía petrificada y agotada antes de empezar.

No sé si lo he dicho, pero odio los juegos de mesa, y todas las metáforas que se me ocurrían tenían que ver con ellos, así que es fácil imaginar el nivel de mi cacao mental.

Las chicas me esperaban, hicimos la cena, hablamos y nos pusimos una película en el

ordenador. Rita le había hecho un nuevo jersey a la Cloti y, aparte de eso, no había muchas más novedades en casa. Las observé sin que se me notara mucho, como lo había hecho esa misma mañana en la peluquería de la residencia. Aquí también todo parecía en paz, pero solo pensar en separarme de Marina me invadía una gran tristeza. Me acurruqué agarrándome a su brazo, me tapó del todo con la manta y me dio sus golpecitos en la cara. Ahí, debajo de esa manta, agarrada a ella, todo me dio menos miedo. Nada dolía tanto, todo flotaba mucho más.

—¿Cómo llevamos al exnovio?

—Bien.

—¿Y al no novio?

—Bien.

Hice unas infusiones y las tomamos juntas mientras veíamos *Los puentes de Madison.* Rita se emocionó muchísimo, «Los antibióticos me tiene blandísima», lo repitió unas cuantas veces. «Qué antibiótico ni qué antibiótica, eres una romántica y eres un año más vieja», eso le dijo Marina, y entre pitos y flautas se nos hicieron las once y media de la noche.

Cuando nuestros dientes, y dentaduras, estuvieron limpios y en orden, nos fuimos a nuestras camas. Me acordé de que al día siguiente nos recogía Eusebio, crucé los dedos y le pedí al Santísimo que, por favor, me ayudara a que de verdad no estuviera enfadado conmigo.

Cuando nos subimos en su coche, actuó con total naturalidad, como si nada hubiera ocurrido, me saludó afectuoso como siempre e hicimos nuestras rutinas acuáticas. Mientras nadaba medité sobre su capacidad para normalizar las cosas, llegué a la conclusión de que alguien que vive a diario una vida tan dura como la de ellos le da una importancia relativa al resto de los problemas, mientras que yo, sumida en mi mediocre drama pasional, tenía tiempo de sobra para volverme loca hinchando las situaciones en mi cabeza.

Sentí aún más cariño por Eusebio, eso me llevó a pensar en mi padre, eso, de forma automática, me hizo sentirme culpable, porque le había prometido una visita que seguía evitando, y como desde hacía unos minutos yo ya sabía que el vacío existencial de mis días me hacía volverme loca con determinados pensamientos, decidí parar la maquinaria de la culpa y pasarme a visitarlos esa misma tarde. Sí, en plural, a los dos.

Comimos en el bar de Manolo de nuevo, era jueves, había paella, y así Rita salía un rato de casa. Vimos pasar a Eusebio y a Lydia, y las chicas les hicieron señales para que entraran. Volver a verle me hizo acabar de quedarme tranquila. Le invitamos a un café y Lydia nos miraba a todos con sus ojos balcones mientras jugueteaba con sus manos retorcidas hacia dentro, igual que las de María.

—Pero déjate los dedos, cariño mío.

Mientras le decía eso, Marina sacó la crema hidratante de su bolso y le hizo una friega en las manos, cada vez que le pasaba los nudillos por las palmas, Lydia se reía como una cría pequeña. Sacó la lima, le arregló las uñas. Manolo se había sentado con nosotros y se tomaba un trifásico en la mesa.

—Vaya corte tienes, Lydia, te quejarás.

Ella negó con la cabeza, no, no se quejaba, parecía mentira, pero ella, que podía, no se quejaba.

—¿Quieres que te las pintemos?

El sí fue rotundo y feliz.

—Nunca las ha llevado pintadas —dijo Eusebio.

—¿No?

—No.

—Pues se acabó.

Marina sacó dos euros de su monedero, me los dio.

—Id a los chinos y comprad el que más le guste.

Sus ojos explotaron, miré a Eusebio y asintió.

—Cualquiera se niega.

Cogí la silla y la empujé hacia la calle. Nos pusimos delante del aparador con los esmaltes, millones de colores solo para ella. Entre gritos ahogados y golpes de cabeza conseguimos decidir el color ganador. Morado. Volvimos al bar, Marina le pintó las uñas mientras su padre se espantaba.

—Lydia, ¿no había un color más feo?

A ella no le hizo ni pizca de gracia. No era feo. «Vale vale.» Cuando se las vio terminadas sonrió como si no hubiera un mañana y levantando los ojos hacia el techo, retorciendo el cuello como un cachorro, hizo un gesto de felicidad tan claro que su cara podría salir al lado de la palabra *alegría* en las enciclopedias.

Le dije que me daba envidia y me las pinté como ella mientras el grupo hablaba. Cuando acabé, le puse las manos delante de la cara y moví los dedos como si fuera una bruja echándole un maleficio. Me dijo algo que no entendí. Se me heló el cuerpo, me jodió que notara que no la entendía. Eusebio fue rápido.

—Estás guapa.

—Estamos guapas.

Puntualicé, guiñándole un ojo y chocando mis manos con las suyas. Sentí que hacía una ligera presión, como cogiéndome, me quedé así, con los dedos entrelazados con los suyos. Como colegas, mientras ella me engullía con sus enormes ojos, mirándome como siempre me mira, como nadie.

La tarde se alargó, tuve sensación de domingo. Tuve la sensación de familia. Fuimos bastante felices en aquella mesa. Nos despedimos a la salida del bar, las chicas se fueron dando un paseo hasta casa, Eusebio y Lydia iban a hacer unas compras y yo me fui directa a ver a mis padres.

Cuando llamé al interfono no esperaba que contestara mi madre. «Soy yo», dije. «¿Quién?»...

Ni a mí me salía decir «tu hija», ni ella esperaba que «yo» fuera yo, no me reconoció la voz. Todo era tristemente normal.

Cuando llegué arriba, la puerta estaba abierta pero no había nadie esperándome. Entré en el piso de forma silenciosa, en cuanto me di cuenta, volví sobre mis pasos y cerré la puerta. Ni un

solo ruido, nada, ni un «Hola» ni un «¿Qué haces aquí?». La nada. Nuestra cotidiana «nada».

Llegué al salón, no había más recorrido de pasillo que pudiera retardar el encuentro con ella, empezaba el esfuerzo por comunicarnos y no me sentía muy preparada para ese cuerpo a cuerpo.

—¿Y papá?

—No está.

—Ya, pero ¿dónde está?

—Ha salido a caminar.

Mi padre a menudo cogía el coche y se iba hasta el Montseny o a cualquier zona arbolada y paseaba por los bosques como si fuera un pastor experto; la maravillosa orientación de mi padre era su mejor aliada en esas escapadas que le conectaban consigo mismo. Yo era nefasta orientándome, en el bosque, en la ciudad y en mi propia anatomía. Me pierdo igual de bien fuera que dentro de mí misma.

—¿Tardará mucho?

—Si tienes que ir a hacer algo, le digo que te avise cuando vuelva.

—No hace falta, ¿cómo te encuentras?

—¿A ti qué te parece?

Me invadió de nuevo el calor que sentía cada vez que me trataba así, me subía por los pies y me recorría como un escalofrío por todo el cuerpo hasta la nuca; ¿por qué no existe una palabra para eso? No sé, ¿tiene lógica *escalocalor*?, si te recorre el calor y es como un escalofrío debería llamarse así. Siempre que me hablaba mal me invadía la misma sensación de sofoco y de impotencia. Empecé a recordar pedazos de su carta, algunas frases recorrían mi cabeza, perforaban mi cerebro de extremo a extremo. Cogí aire. Debió de notar mi cara.

—Mejor no estoy.

Ella retomó la conversación. Me mordí el labio inferior contra el superior, por dentro, suave, sin hacerme daño pero obligándome a tener la boca cerrada, blindando mi cuerpo ante ella.

—¿Qué querías?

—Nada, solo venía a ver cómo estabais.

—Ah.

Yo seguía de pie en el salón, ella seguía en su hueco del sofá mientras toqueteaba las páginas del libro que, supongo, leía antes de mi llegada. Su silencio eran arenas movedizas, me hundía hasta las rodillas en esa densidad viscosa que nos separaba.

—Si quieres leer, me voy.

—No pasa nada.

—¿Te duele?

—A ver, Lourdes, está roto, claro que me duele.

Sentí físicamente cómo el corazón me crujía, fue tan real que no me extrañaría que ella lo hubiera oído, el calor ahora se expandió por mi pecho y me inundó de una forma tan clara que necesité abrir la boca y espirar todo el aire para no morir abrasada de tristeza por dentro. Inspiré de nuevo. Dije lo único que tenía lógica decir. Me salvé como pude.

—Me voy a ir, dile a papá que he venido.

—Descuida.

No me había quitado ni el bolso, fue decirlo y dar media vuelta para recorrer el pasillo en silencio.

Al salir tuve la misma sensación que tenía de pequeña cuando competía con alguna amiga por ver quién aguantaba más tiempo la respiración debajo del agua, cuando apuraba hasta el límite la capacidad de mis pulmones y salía abriendo la boca como un pez que agoniza.

Entró el aire, entró directo a los pulmones. Pero no hubo alivio, me seguía ahogando, me dolía el pecho. Me había pasado otras veces, no era el primer ataque de ansiedad que tenía.

Me senté tres portales más a la derecha, me puse las dos manos en el plexo solar, la una encima de la otra, y me hice un masaje circular mientras respiraba de forma aparatosa con los ojos cerrados. Estuve así unos minutos. Al rato oí un claxon, un coche que pasaba justo delante de mí, bajó la ventanilla y me preguntó si estaba bien.

—Sí sí. Gracias.

Me saludó con la mano y siguió su camino. Le devolví el saludo y fui directa a la farmacia que hay dos calles más abajo, compré un bote de Rescue Remedy (ya, ya lo sé, es un potingue hippie, pero en casa del herrero cuchillo de palo) y decidí que nunca más iba a volver a pasarme lo mismo. No con ella.

Lloré de forma discreta de camino a casa de Marina, como llora la persona que más ha perdido en el entierro, con la discreción sentida del dolor irreparable. Eso era, para mí habíamos muerto.

Por fin, habíamos muerto.

Y curiosamente, no hubo drama. Solo alivio. No más esfuerzos.

Cuando llegué, las chicas estaban en el comedor doblando la ropa limpia encima de la mesa del comedor. Una veintena de bragas grandes de color carne, medias calcetín, camisetas interiores blancas y algún que otro sujetador de copa grande ocultaban, casi por completo, el estampado del hule. Al entrar en el piso noté que mi taquicardia aflojaba un poco, que respirar era más sencillo, a pesar de que el piso atufaba a coliflor. Nos pusimos ropa cómoda y cenamos viendo el telediario. Agathe me mandó un wasap: «*Chérie...???*». «*Quoi?*» «¿Has pensado en lo que te dije?» «Sí, pero déjame acabar de decidir.» «Ok, mañana es el último día, pasado mañana tengo que decirles algo.» «*Oui, oui, ne t'inquiètes pas,* te digo algo mañana seguro.» «*Ok, mon amour, bonne nuit.*» «*Bonne nuit,* cariño.»

—La gente joven os pasáis el día pegados a los cacharros esos, os vais a quedar todos tontos y ciegos.

—Tontos ya estamos.

Fregamos los platos y nos repanchingamos en los sofás, esa noche no nos apeteció ver ni la televisión ni ninguna serie en el ordenador. Las chicas pintaron mandalas mientras yo cotilleaba Instagram. Santi tenía concierto el viernes y estaba en el ensayo. Es el tipo de tío que es más guapo cada vez que lo miras. Me pegué otro chute de flores de Bach y les robé un cuaderno de los suyos.

Coloreamos en silencio mientras la Cloti se paseaba por los sofás buscando el lugar más

cómodo para enroscarse.

—Ella sí que vive bien.

La Cloti miró a Marina y se acurrucó en su regazo. Rita me miró de reojo y nos reímos mientras Marina refunfuñaba no sé qué cosa.

Le escribí a Santi: «Que vaya muy bien tu ensayo».

Me respondió con el emoticono que manda un beso sin corazón. Encajé su distancia. En esta vida no se puede tener todo. Se ve que lo dije en voz alta sin darme cuenta.

—Si está para ti, ni aunque te quites, si no está para ti, ni aunque te pongas.

Rita lo dijo muy convencida. Marina me dio un codazo.

—¿Qué? ¿Cómo te quedas?

Desde entonces, ese es mi mantra.

33

Los días se desordenan en mi cabeza desde el momento en el que mi madre y yo morimos. A ver, no morimos de morir, morimos de divorcio, morimos de ruptura, morimos como algo que nunca hemos sido. Intuyo que es como esas parejas que nunca se han declarado amor, que juegan durante un tiempo a ver qué pasa y, de pronto, uno de los dos decide romper y se pregunta a sí mismo: «¿Es necesario tener una conversación sobre nosotros si no hay un *nosotros*?».

Eso me pasaba a mí, y aunque yo no tenía la necesidad de sentarme delante de ella y explicarle que yo ya no esperaba nada, que me había costado treinta y cuatro años pero que, final y felizmente, ya no esperaba nada de ella, esa misma noche sí sentí la necesidad de escribirle una carta y desahogarme.

Como mujer, siento que te partieran el corazón, siento que sufrieras tanto y siento que hayas tenido que ser madre sin desearlo realmente.

Como tu hija que soy, no siento pena por ti, uno tiene la vida que decide tener, y aunque en su momento no te quedara más remedio que tenerme, por miedo, por culpa, por mirar hacia delante, por lo que fuera..., ninguna de estas razones te da derecho a menospreciarme, a maltratarme, a infravalorarme de la manera que lo has hecho.

Como la niña a la que nunca has mecido, te digo que ya no me hace falta, ya soy adulta, me ha costado desprenderme de tu carga, de tu dolor y de tu miedo, pero ya no son míos, son solo tuyos, y nuestro fracaso también es tuyo, no voy a asumir ninguna responsabilidad, tú me trajiste al mundo, tú me dejaste sola, yo he hecho lo que he podido. Me libero de toda culpa.

Es raro que conserves esa carta en la mesilla de noche, o tienes un problema de tristeza y disfrutas releyendo tu desgracia, o una parte de ti deseaba que o mi padre o yo la encontráramos. Yo lo he hecho, espero que él no. Separaos de una vez.

Se merece amor, se merece calor. Tú, aunque me cueste escribirlo, también. Yo me merezco amor. Me lo merezco.

Si lees esto, supongo que tu intención era releer eso que escribiste en 1981; si es así, no estás bien, busca ayuda. Y aunque no lo creas, aunque yo ya no te necesito, si tú quieres, puedes llamarme, podemos hablar cara a cara e intentar remontar esto. Si tú quieres, yo voy a estar, pero necesito que seas tú. No sé cómo se vuelve a querer después de esto, pero a lo mejor se

puede.

Somos libres.

Las dos.

TU HIJA

Cuando acabé de escribirla, busqué la carta de mi madre a su prima que aún tenía, doblé la mía y la metí dentro. Las dos juntas. Solo faltaba devolver el sobre a su cajón de origen.

Me sentí tan ligera que era como si otra persona hubiera ocupado mi cuerpo, alguien menos denso, alguien menos preocupado, alguien que me caía mejor y con quien me gustaría irme de vacaciones.

Empezaba, sin yo saberlo, ese viaje a mis adentros que tantas veces había decidido emprender, ese viaje que no se puede forzar. Fue mi cuerpo el que comenzó a mudar de piel antes de que le diera instrucciones de hacerlo, me había quitado un traje que me apretaba y, a partir de ese momento, empezaba a caminar por el mundo medio desnuda, mucho más vulnerable pero mucho más libre.

Era una sensación nueva y antiguamente conocida, mi yo profundo la sintió como suya, la sintió «casa», estaba a mis anchas en mi nuevo hogar, que era el mismo de siempre pero sin goteras.

Sin goteras.

Sin go-te-ras.

Ahí estaba la señal.

Agathe me miraba fijamente mientras yo intentaba sujetar bien la *tablet* para poder hablar con ella.

—*Alors??*

—No voy a aceptar el trabajo, Agathe.

Vi cómo asentía intentándome transmitir «Vale, no pasa nada, lo entiendo», pero le salió regular. Me escuchó amorosa, como siempre.

—No me parece una buena idea verle a diario, no me parece la mejor manera de volver, me estoy condenando a hacerme un lío si entro a trabajar con el miedo a encontrarle por los pasillos, ya me imagino intentando descifrar sus caras, si tiene cara de haber dormido, si no ha dormido porque ha pasado la noche con Aline, o con otra, si me saluda, si me ha visto, si no me ha visto, si ha hecho ver que no me ha visto... Me conozco. Si le veo a diario, me voy a centrar en él. Y esto va de mí.

—*Tu as raison*, me había hecho tanta ilusión cuando me lo dijeron que no pensé en eso.

—Si le veo a diario, y él me busca, voy a volver, pero tengo que saber qué quiero de verdad antes de que nadie me haga ninguna pregunta. Aunque nadie me vaya a hacer ninguna pregunta. No puedo volver a una casa con goteras.

—En mi casa no hay goteras, *chérie.*

Nos sonreímos, creo que no entendió la metáfora, pero a mí me había quedado clarísimo.

—Quiero volver.

—¿Con Paul?

—Eso no lo sé aún. A París, quiero volver a París.

—*Quoi? QUOIIi?*

—Que quiero volver, no sé ni a qué ni hasta cuándo, pero necesito volver. Te echo de menos, nos echo mucho de menos.

—¡AAAAAAHHHHHH!

Se puso de pie y empezó a bailar y a saltar.

—*Excuse-moi*, estoy tan nerviosa que no puedo estar quieta. ¿Cuándo vienes?

—No lo sé, lo acabo de decidir, tengo que organizar muchas cosas.

—¡AAAHHH!

—En cuanto sepa cómo lo hago, te llamo.

—*Je t'aime.*

—*Moi aussi.*

—*Embrasse Marina de ma part.*

Marina. Eso iba a ser lo más difícil.

El sábado tuvimos nuestra visita a la residencia, hicimos la compra de la semana, pusimos lavadoras y por la tarde llegó su hija. Rita se quedó con ellas en el salón y yo llamé a Sandra. Ese fin de semana no tenía guardia. «Podemos hacer todo lo que nos apetezca.»

Llegué a su casa sobre las cinco con una botella de vino blanco debajo del brazo, bebimos como señoras ricas y solucionamos el mundo aquella tarde. Me volvió a preguntar por Santi.

—¿Le vas a decir que te vas?

—Tengo que decírselo, sí.

—Qué putada, ¿no?

—Sí, porque en otro momento todo podría ser muy distinto.

—Vete a saber, en otro momento igual ni os habríais conocido.

—Ya.

—Estoy un poco borracha, tampoco me hagas mucho caso.

—Habíamos quedado en vernos mañana.

—¿Y quieres quedar?

—Sí.

—Pues díselo.

Me metí en el baño y le llamé sintiendo la presión de querer hacer las cosas todo lo mejor que pudiera.

—Hola.

—Hola, ¿qué tal tu concierto anoche?

—Vinieron cuatro gatos.

—Lo siento.

—Esto va así.

—Oye..., me gustaría hablar contigo. ¿Sigue en pie lo de mañana?

—Claro. Vente.

—¿Qué llevo?

—No te vayas a traer el cepillo de dientes, que te invite a comer no significa que seas mi novia, no te hagas ilusiones.

Me hizo reír y me puse triste, todo a la vez. Concretamos que nos veríamos sobre la una y que yo llevaría todo lo necesario para un buen vermut.

—¿Cómo ha ido?

—Se puede sentir algo muy fuerte por dos personas a la vez, ¿verdad?

—Con lo que cuesta sentir algo de verdad por una sola...

—Ya.

—Nos hemos quedado sin vino.

—Ah, no, eso sí que no.

Bajamos al mismo supermercado al que había ido con Arnau el día de la fiesta en su casa. Además del vino, aproveché para comprar todo lo que me haría falta al día siguiente: aceitunas, berberechos, patatas, vermut, limones, mejillones y boquerones.

—¿Nunca has pensado que la vida tiene que ser más que esto?

—No te entiendo, ¿qué quieres decir?

La bolsa me cortaba la circulación de los dedos, no estaba preparada para una conversación importante, me pilló un poco fuera de juego.

—Que la vida tiene que ser más que trabajar y hacer planes el fin de semana.

—Supongo.

—Hace meses que pienso seriamente en todo esto.

—Bueno, es normal.

—Quiero ser madre.

—¿Ah, sí?

—Sí, quiero ser madre. ¿Te parezco una loca?

—Pero ¿por qué me vas a parecer una loca?

—Pues porque no tengo pareja y si en un tiempo no conozco a alguien, tal vez lo tenga sola.

—¿Y el chico de fin de año?

—Nos divertimos, y vernos de vez en cuando está bien, pero no me imagino construyendo nada con él. Para eso hay que sentir algo muy fuerte, no se tiene un hijo con cualquiera.

La estreché con el brazo que tenía libre, «Sandra, serías una madre maravillosa». «¿Tú crees?» Por supuesto que lo creía, Sandra tenía esa luz y esa alegría innatas, estaba rodeada de gente que la quería; si ella de verdad quería dar ese paso, lo iba a hacer bien. La miré como si viera a una persona nueva.

—¿Qué?

—Voy a tener que venir muy a menudo.

—Más te vale. Bueno, a ver, relax, que tampoco me voy a embarazar mañana. Quiero hacerlo bien, tengo muchas ganas pero tampoco tengo tanta prisa, ¿quién sabe? Igual en nada conozco a alguien y decidimos ser padres, yo qué sé, es solo que he necesitado hablarlo.

Quiso cambiar de tema. Volvimos a subir a su casa. En uno de los canales de pago nos encontramos con la trilogía de Richard Linklater, *Antes del amanecer*, *Antes del atardecer* y *Antes del anochecer*. Pedimos pizza y nos encerramos en su salón, el frío de finales de noviembre nos guiñó el ojo por la ventana, la imaginé con barriga, en su casa, tranquila, en mi cabeza fue una estampa plenamente feliz. Tanto si había un hombre a su lado como si finalmente lo hacía sola. Le dimos al *play*.

Esa tarde, gracias a Sandra, entendí que todos estamos en el mismo viaje, da igual cambiar de ciudad o vivir toda la vida en el mismo barrio, todos estamos buscando continuamente el lugar en el que encajar y en el que ser felices. Me di cuenta de que yo había encontrado dos lugares en los que me sentía así, y no sabía por qué, pero me estaba obligando a elegir solo uno, ¿por qué?, ¿por qué tenía que quedarme solo con uno?, ¿por qué me tenía que privar de algún tipo de felicidad? Debía encontrar la manera de compaginar esos dos lugares hasta que sintiera de forma definitiva la necesidad de quedarme en uno de ellos, y si eso no llegaba a suceder, pues ya vería qué hacía. Tal vez empezar a confiar un poco más, permitir que las cosas sucedieran a su ritmo, rendirme un poco, dejar de forzar.

Me sentí menos sola, me sentí contenta, me sentí aliviada. Yo era solo una hormiga, el mundo era enorme y, gracias a Dios, no iba solo de mí.

Desayunamos las tres juntas en el salón y después ayudé a Marina a ducharse, encendimos el calefactor y esperamos sentadas en la taza del váter y en el bidé a que el baño estuviera caliente. Se desnudó despacio, con esa cadencia lenta que me sorprendió tanto el primer día y a la que me había acostumbrado durante esos meses. Verla desnuda era como contemplar una obra de arte, rosada, redonda y blanda, sin vello, con una piel tan transparente que se podía seguir todo el recorrido de su sistema circulatorio, un mapamundi con ríos, pero los ríos eran venas, una cartografía hermosa que me embobaba como cuando de pequeña me quedaba pasmada delante del televisor.

—Bueno..., ¿qué?

—Ay, perdona. Cógeme la mano.

—Odio ducharme en invierno, la silla siempre está tan fría...

La rocié con el agua caliente, dejó de castañetear los dientes, cerró los ojos y sentí que se iba lejos. La dejé viajar dentro de aquella mampara y seguí observándola como si no la hubiera visto nunca antes. Hay algo tan puro en su cuerpo, en su voz y en sus palabras que a veces me siento como enfrente de un ejemplar humano único, siento una fascinación por ella que jamás había experimentado. Un amor que nunca antes había sentido y, sin necesidad de hablarlo, sabía que ese amor era recíproco. Estaba presente en cada gesto y en cada cosa que nos decíamos o que hacíamos. Le tendí la esponja llena de jabón, se lavó todo el cuerpo, yo la ayudé con los pies y con la espalda, la enjuagué y le tendí la mano para ayudarla a ponerse derecha. Cuando le pasé el albornoz y la cubrí con él, me miró y me dijo:

—Estoy pensando en pedirle a Rita que se mude aquí de forma definitiva. ¿Tú qué opinas?

Me quedé sorprendida y a la vez era como si llevara tiempo intuyendo que pasaría.

—Me parece estupendo, Marina.

—Es que me da no sé qué que se vuelva sola a su casa, y estos días hemos estado bien.

—Sí, hemos estado muy bien.

—Oye, que a lo mejor ella está deseando volverse a su casa.

—Bueno, hasta que no se lo preguntemos no lo sabremos.

—Tú no digas nada, que yo ya encontraré el momento.

—Vale.

Al poco rato llegó Toni con su mujer y se llevaron a las chicas a comer fuera. A Rita al principio le supo mal, quería que Marina disfrutara de su hijo sin que ella estuviera por medio, «Anda ya, no digas más tontunas», y no hubo nada más que objetar, los cuatro se fueron montados en el coche. Los despedí con la mano y fui hacia el metro. Al llegar al portal de Santi un vecino que salía a la calle me cedió el paso y subí en el ascensor extrañamente nerviosa, me retoqué el pelo mirándome en el espejo. Comprobé que llevara en la bolsa todo lo que había comprado. Antes de llamar a la puerta me quedé en silencio, puse la oreja debajo de su mirilla, espiando su universo sin verle, escuchando cómo era el latido de su casa cuando él estaba dentro. No sé muy bien por qué lo hice, pero permanecí así unos minutos. Cuando empecé a sentirme ridícula, llamé al timbre. Le oí acercarse. Estaba guapo. Me saludó.

—Hola.

No dijimos nada más, nos abalanzamos el uno encima del otro, que a veces es la mejor forma de hablar.

Media hora más tarde, tumbados de lado, mirándonos de frente, nos sonreímos cansados pero contentos.

—Si me tomo un vermut ahora, me quedo dormida.

—Nadie dice que esté prohibido dormir.

Me enrosqué y me estiré como una gata, vi que me había escurrido hacia abajo porque tenía los pies completamente fuera del colchón, flotando en el aire, alargué los brazos todo lo que pude hasta tocarle. Mis dedos llegaron a su barriga. Caminé con ellos por su tripa hasta llegar a su axila, a la vez que con los antebrazos me ayudé a incorporarme, y trepé de nuevo hasta él, nos abrazamos. Cogió mis dedos y los mordió flojo, jugando.

—Te estás comiendo tu sobaco.

—Me encanta comer sobacos.

Veloz como el rayo, me agarró las dos muñecas y empezó a mordisquearme los míos. Me reí. Paró y nos miramos. Volvía a establecerse esa conexión brutal entre nosotros. Suspiró, como aburrido de la montaña rusa en la que llevábamos montados los últimos días.

—¿Nos levantamos?

Rompió la ñoñería que flotaba suspendida en el aire, di internamente las gracias por ello y le pedí ropa cómoda para pasar el día. Enfundada en su chándal gris enorme, entré en la cocina y preparamos el vermut. Hablamos de su concierto del viernes, de las chicas, y antes de que me diera cuenta...

—Me voy un tiempo de Barcelona.

Quiero aclarar que eso no salió de mi boca, salió de la suya. Le miré intrigada.

—Hay una escuela de música muy buena en Londres, hacen *workshops* con músicos increíbles. Hace un tiempo vi que en enero hay un curso con un guitarrista al que admiro mucho, son dos meses. Voy a ahorrar todo lo que pueda este mes antes de irme. Y ya iré viendo. En una web de intercambio de pisos he contactado con una pareja de allí que necesita venir a Barcelona un tiempo, aún no hemos cerrado nada, pero parece que la casa me va a salir gratis.

—Qué bien.

—Sí. Mandé la solicitud cuando lo vi y antes de ayer me contestaron que tenía plaza.

—Me alegro.

—Sí, yo también.

Me senté en el mármol de su encimera y charlamos de él, de cuánto le había costado sacarse solfeo de pequeño, de lo feliz que era cuando tocaba. Me encantó escucharle. Iba a intentar hacer algún concierto en algún bar, o buscarse la vida con alguna banda pequeña. Improvisar.

—A lo mejor acabo trabajando en un Burger King, yo qué sé. Haré lo que pueda.

—Yo me vuelvo a París.

Dejó de remover el sofrito, aflojó el fuego y se acercó a mí, puso sus manos en mis rodillas y me miró.

—¿Lo tienes claro?

—Sí, no sé por cuánto tiempo, pero necesito ir y ver qué pasa conmigo allí.

—Bien hecho.

Su «Bien hecho» me llenó de paz. Separé las piernas y le hice espacio para que se acercara, puso la cara en mi pecho y le acaricié el pelo mientras cerraba los ojos. Inclinó la cabeza para mirarme.

—Tengo marihuana, ¿quieres?

—Si no lo cargas mucho, sí.

Hizo el porro y nos lo fumamos mientras poníamos las verduras en la sartén, el arroz y el caldo; hablamos de nuestras cosas y nos besamos cada cinco minutos, o puede que fuera cada tres. Fue maravilloso sentir que estábamos conectados desde el lugar más puro y auténtico el uno con el otro, pero que a la vez los dos sentíamos una necesidad muy fuerte de hacernos cargo de nosotros mismos. Desde que los dos sabíamos que nos íbamos a ir dejó de existir el miedo a lastimarnos.

Nos comimos el arroz con verduras en el sofá y pusimos un documental sobre el medio ambiente. Estaba tan fumada y tan sensible con todas las novedades que lloré durante la hora y media que duró el docu.

—En serio, para, te vas a deshidratar.

Y entonces me reí para luego llorar más fuerte, mientras me daba vergüenza y me volvía a entrar la risa. Me besó y me llevó a su cama, los dos sabíamos que esa iba a ser la única manera de pararme. Me dio una rabia infantil pensar que se iba. Me callé para no parecer una chalada. Pero no voy a mentir, lo pensé. Cuando acabamos nos quedamos dormidos abrazados.

Sobre las siete de la tarde me desperté con la boca seca como la suela de un zapato. Santi no estaba a mi lado pero le oí tocar flojo en el salón. Salí en bragas todo lo silenciosa que pude y le espié mientras tocaba una guitarra de esas enanas sin apenas hacer ruido y cantando como para

dentro.

Tosí para hacerme notar, me hizo un hueco en el sofá y abrió la manta para que me acurrucara dentro. Me senté a su lado, era un burrito humano. Me mordió la nariz.

—¿Qué es eso?

—Un ukelele, lo compré el otro día por internet, era una ganga.

—¿Suena como una guitarra?

—Suena distinto, es originario de Tahití, Hawái y la isla de Pascua. Suena como a vacaciones.

—A ver.

Lo dije poniéndole los dedos en las cuerdas, entonces Santi tocó el *God only knows* de los Beach Boys y la música que salió de aquella guitarra enanita resultó ser la más preciosa que jamás había escuchado, no sé si fue por la fumada, por tener el cuerpo flojo después de acostarme con él, no sé si era por la liberación que estaba viviendo o por qué demonios, pero escucharle cantar con una voz más aguda de su voz normal, haciéndose los coros y moviendo la cabeza al son de la música me hizo sentir plenamente feliz.

Cuando acabó la canción le cogí la cara con las manos, apretándole mucho las mejillas, se me cayó la manta y me abracé a su cuerpo.

—Dios mío, eres tan guapo, júrame que nunca más me darás de fumar marihuana, júramelo.

Ni siquiera me dio su palabra. Volvimos a abrazarnos, se levantó conmigo agarrada a él como un koala y nos duchamos. Al rato me fui a casa con las chicas.

Decidimos que de ahí a que nos fuéramos seguiríamos viéndonos.

Cuando llegamos el lunes a la residencia había un extraño silencio, una sensación de hielo, algo distinto, no sé explicarlo, luego lo supimos: la señora Carmen había muerto aquella noche, nos quedamos pasmadas. Parecía muy fuerte, quiero decir, que tenía una demencia o alzhéimer estaba más que claro, pero a nivel físico se la veía bien, daba la sensación de tener cuerda para rato.

—Pobrecita. Morirse en esta mierda de sitio.

No supe qué contestar porque yo pensaba exactamente lo mismo. Se la habían encontrado muerta durante el turno de noche. Había cenado muy poco. Su marido había pasado el día con ella, como siempre. Sentí tanta pena por él...

—Este hombre se va a ir detrás de ella.

—Igual no, Marina.

—Tú no sabes lo que es pasarte casi sesenta años al lado de alguien y que toda tu vida desaparezca con esa persona.

—No, de eso no tengo ni idea.

Llegamos al sitio de siempre, María nos esperaba con su revista, «Buenos días, hermana», nos miró y asintió con la cabeza, con solemnidad, tuve la sensación de que nos miraba y nos decía: «Sí, la Carmen ya no está», pero vete tú a saber.

Yo estoy casi segura de que ella notó que alguien había muerto, hay cosas que no se pueden

explicar pero se perciben. Busqué a Mónica. No había descubierto nada sobre Rafael, «Por desgracia, no siempre hay un hilo del que tirar», por la cara que puso supe que a ella le entristecía tanto como a mí, era como si Rafael nunca hubiera existido, no se sabía nada de él, de lo que logró, de lo que le gustaba, de lo que le daba miedo, era como si nunca hubiera pisado este mundo, lo único que conocíamos de él era su rostro de anciano, por lo demás, la nada, que creyó que una monja era su madre, que creía que le robaban y que estaba solo.

Le busqué por la residencia, estaba en el jardín en mangas de camisa, hacía demasiado frío para estar así. Me senté a su lado.

—¿No tienes frío, Rafael?

Se tocó el brazo buscando la temperatura en la manga de su camisa, siguió la tela con los dedos a lo largo de la manga. Me miró y, arqueando los labios hacia abajo, negó con la cabeza. Me quité la bufanda y se la puse alrededor del cuello. Se dejó.

—Rafael, tú no tienes frío porque estás fuerte como un toro, pero es mejor que entremos, te vas a poner malo.

Me miró como si ponerse malo le importara más bien un pimiento. «Venga», insistí, le agarré del brazo y nos pusimos de pie, no quería entrar, intenté que al menos diéramos vueltas al jardín, eso sí le pareció bien.

—Se ha ido.

—¿Quién se ha ido?

—Una.

—¿Adónde?

Paró en seco y con el dedo muy firme me señaló el suelo. El suelo, la tierra, bajo tierra... Entonces lo entendí, hablaba de Carmen.

—Sí, Rafael, se ha ido.

—Ya, se ha ido.

No supe qué más decir. Al poco se cansó de dar vueltas y entramos en el edificio, buscamos a las chicas y nos reunimos con ellas. Pensé que estaría bien ponerles música a los dos, empecé a buscar en mi teléfono móvil, «Clásicos de los años 50», *La chica yeyé* cantada por Concha Velasco. Me pareció un poco demasiado festiva para el momento que estábamos viviendo, pero me aproximé a Marina y le enseñé la pantalla, se la acercó mucho para enfocar las letras. Sonrió y afirmó con la cabeza.

María y Rafael nos miraban aburridos, la lentitud de sus días en esa pecera llena de gente sin memoria era soporífera. Cerramos la puerta de la sala de las mesas y le di al *play*.

La voz rugosa y fuerte de Concha Velasco lo inundó todo y vimos cómo Rafael y María dejaban de enfocar sus miradas al suelo para levantar sus caras y mirarnos. Movieron sus cuerpecitos delgados al son de la música, vi a Rafael subir y bajar los hombros como un bailarín profesional, mientras gesticulaba con cada músculo de la cara, sintiendo la música desde lo más profundo. María reía ante la expresividad de su improvisado compañero de baile y se movía al ritmo del *yeyé*; cada vez que escuchábamos esas dos sílabas movía las manos como si fueran la única parte de su cuerpo con las que pudiera bailar, tenía los codos apoyados en los reposabrazos de su silla de ruedas para no cansarse sosteniendo los brazos en alto, y se pasaba las manos por

delante de la cara al son de la música marcando mucha diferencia de movimiento con los *yeyé*.

Hicimos una pequeña burbuja en aquella sala, estuvimos un buen rato observándolos y poniéndoles canciones, luego llegó la hora de comer y vinieron a buscarlos. Cuando nos despedimos, Rafael me dio un fuerte abrazo y me mostró su pulgar derecho, como diciendo «Bien, qué bien lo hemos pasado», le respondí con el mismo gesto, chocamos las yemas de nuestros dedos y le guiñé un ojo. María, celosa, me miró seria.

—¿De qué le conoces?

—Vive aquí, contigo. Es tu amigo.

—Ah...

Marina se agachó a darle un beso y ella cerró los ojos con una sonrisa en los labios, dejándose hacer. Cuando nos íbamos, la enfermera nos llamó desde lejos. Nos volvimos y vimos cómo María nos saludaba con la mano, contenta. Abracé a Marina por los hombros y nos fuimos para casa.

34

Sí, las horas desaparecían de mis días sin apenas darme cuenta, y yo tenía que cerrar algunas cosas antes de empezar a hacer movimientos en firme. Hablé con la compañía de los *tours* en París, podía incorporarme en cuanto quisiera, en Navidades siempre había una avalancha de turistas y no daban abasto, una semana antes tenía que avisarlos de que iba para allá y me programarían en el calendario de los *tours*. Quería pasar el día de Navidad con Marina, luego me iría.

Eso me dio mucha paz, saber que iba a tener la cuestión alimenticia cubierta lo facilitaba todo, aunque había que solucionar la logística. Sabía que Agathe estaría feliz de tenerme en su casa, pero ocupar su pequeño apartamento me parecía abusar un poco y, aunque estar con ella iba a amortiguar el golpe de volver allí, necesitaba empezar de verdad de nuevo, a todos los niveles, comprobar de verdad qué ocurría dentro de mí al regresar.

—En serio, *chez moi c'est chez toi*.

—Gracias, Agathe, pero no.

—Muy bien, pesada, te ayudaré a buscar.

Dio la voz en la escuela y lo compartió entre sus contactos de Facebook.

La primera semana de diciembre tuve noticias, había un conocido suyo que realquilaba una habitación, por el momento era perfecto, en el piso vivían dos chicos, quedaba una habitación libre y buscaban a alguien, quinientos euros al mes más gastos. Puede parecer muy caro, pero eso en París es una ganga. Era para entrar a partir del 10 de enero. Sentí miedo a perder la habitación y les dije que sí.

Agathe y yo estábamos borrachas de felicidad, al final me iba a quedar en su casa desde el 26 de diciembre hasta que me pudiera instalar en mi nueva habitación. En cada llamada que nos hacíamos, fantaseábamos con la cantidad de cosas que haríamos juntas. Juntas y con el hombre que ronca, pero tampoco puedo negar que, a la vez que la alegría lo inundaba todo, mi corazón lidiaba con la tristeza que suponía alejarme de Marina.

Los días con ella y con Rita también volaron. Era como si el tiempo me estuviera robando días con ellas, cuando me quería dar cuenta había pasado una semana y me asombraba de lo perfectamente coordinado que estaba nuestro mundo. Sentía dolor real al pensar en separarme de ellas, bueno, de ellas y de María y de Rafael. Pero a la vez sentía la necesidad de hacer miles de

cosas con mi vida. Aquellos meses en su casa, las conversaciones, lo que aprendí en ese tiempo de convivencia, todo había hecho mella en mí. Al lado de Marina había recuperado la autoestima, las ganas de comerme el mundo, al menos mi parte de la tarta, tenía que aprovechar el tiempo, vivir todo lo que pudiera, ser libre y ser honesta conmigo misma.

El mismo día que dije que sí a la habitación me senté a hablar con ella. No sabía por dónde empezar. Tenía la boca seca. La cogí de la mano y le expliqué mi necesidad de entender mi vínculo con París, que a lo mejor me estaba negando a cerrar una etapa, que quizás ni París ni Paul eran tan importantes, que tal vez en Barcelona podía empezar de nuevo igual que había empezado dos años atrás en París, que tal vez en cuanto llevara unos días allí sentiría la necesidad imperiosa de volver a volver, pero que para eso necesitaba coger un avión y entrar en mi antiguo piso, oler mi casa, mirar a Paul a los ojos, alejarme de Santi, de mis padres, ocupar mi centro y abarcarlo todo.

—Si pudiera explicarte lo mucho que significas para mí, cómo me has cambiado, la parte de mí que he recuperado contigo, lo haría, pero no sé cómo hacerlo. Me has cambiado la vida y tú vas a ser mi nueva ciudad para siempre, y no te creas que te vas a librar de mí, porque ahora sí tengo una casa a la que volver. Sé que te voy a echar mucho de menos y sé que voy a tener que venir muy a menudo. Nunca antes me había sentido así. Hay una parte de mí que ya está anclada aquí, en este salón, en ese sofá, contigo, pero tengo que entender qué parte de todo aquello sigue siendo mía.

—Venga venga, no llores.

—Lo entiendes, ¿verdad?

—Más de lo que te imaginas. Pero ahora no puedo hablar. Perdóname, cariño, pero no puedo hablar.

Nos abrazamos, yo lloré en su pecho, como la nieta que no soy pero que me ha permitido ser, lloré hasta que me quedé sin ganas de llorar mientras sentía su corazón latiendo y sus manos enjugando mis lágrimas. Cuando nos quedamos en silencio me cogió la cara y me miró a los ojos sonriéndome.

—¿Cuándo te vas?

—Después de Navidad. He encontrado un piso para enero.

—Podríamos celebrar las fiestas juntas.

—Por favor.

—Habrá que contárselo a Rita.

Rita salía de la ducha, se había vestido y se asustó cuando nos vio cogidas de las manos y llorosas por el pasillo. Fuimos al salón y le conté la nueva situación. Se alegraba por mí, lo dijo con los ojos encharcados pero con el corazón alegre, eso me dijo: «Mi corazón está alegre por ti».

—Yo os ayudo a encontrar a otra persona.

—Calla calla. No quiero ni hablar de eso.

Ese día todo fue raro y triste, pero la vida impone su propio ritmo.

Como la música, que sin que apenas me diera cuenta, se había infiltrado en mi vida para siempre.

Como yo no necesitaba ningún regalo en especial, le pedí a mi padre que para Navidades me regalaran, de forma anticipada, un reproductor de mp3, tenía que ahorrar cada euro para la vida en París, pero quería uno para Rafael y llenárselo de muchas canciones distintas de su época.

Entre Santi y yo le hicimos una *playlist* exclusivamente para él sin saber nada, nos lo inventamos todo. Y funcionó. En las siguientes visitas que fui haciendo a la residencia con Marina, iba testando algunos de los temas poniéndoselos en altavoz con el teléfono. Dyango tuvo un éxito inesperado y apabullante. Roberto Carlos, música clásica, boleros, tangos..., poco a poco fuimos engarzando los temas unos con otros y le creamos una zona de recreo a su cabeza, un merecido descanso emocional entre tanta sensación de incertidumbre.

Como en una especie de repetición, Rafael empezó a acompañar a María a todas partes, siempre le encontrábamos cerca de ella o a su lado. Había días que María estaba agobiada y le gruñía desesperada, como gritándole «¡Déjame en paz!», y entonces él se iba a una silla y se sentaba tranquilo, callado, pero cerca. Otros días convivían en perfecta armonía. «Como un matrimonio de verdad», decía Marina. Ese extraño binomio funcionaba y era increíble observar cómo la música y la compañía obraban milagros.

—Deberías dedicarte a esto. Te cambia la cara cuando me hablas de ellos.

Eso me dijo un día Santi mientras incluíamos las últimas canciones en el reproductor de Rafael. Se me aceleró el corazón, no en un mal sentido, se me aceleró para bien, como si aquello que acababa de salir por su boca fuera tan verdad que mi cuerpo me golpeara desde dentro pidiéndome a gritos que, por favor, escuchara con atención lo que me acababa de decir.

Busqué maneras de empezar a formarme y de adentrarme en el mundo de la musicoterapia para mayores, con la ayuda de Sandra y de Arnau, y revolviendo mucho, encontramos un curso universitario *online* de «Musicoterapia en la tercera edad». Era tan perfecto que parecía mentira, podía estudiar desde donde estuviera en cada momento.

Ya lo dice Rita: «Si está para ti, ni aunque te quites, si no está para ti, ni aunque te pongas», y yo lo sentía muy para mí.

Y sí, me repito, pero los días transcurrieron a una velocidad apabullante, no nos habíamos dado ni cuenta y ya era Nochebuena. Esa noche cené con mis padres, a él mis nuevos planes le parecían un acierto, a ella no le parecían mal. Cenamos temprano y sobre las doce me despedí de ellos, aunque mi padre y yo nos volvíamos a ver el 26, le hacía ilusión llevarme al aeropuerto y despedirme. A mí también me la hacía.

En casa de Marina estaban sus hijos, sus nietos y Rita. Me senté con ellos a la mesa y comimos «cacharras navideñas», o sea, polvorones y turrones, y bebimos cava. Sus nietos estaban fascinados con la Cloti, y la abuela estaba fascinada con que gracias a la «rata» no estuvieran enganchados a las «pantallas esas que llevan siempre encima».

Cuando nos quedamos solas recogí la mesa y me senté con ellas en el sofá. Estábamos agotadas. El 27 empezaba la chica nueva, de momento no se iba a instalar con ellas, querían a alguien que las ayudara durante el día pero por las noches preferían estar solas.

Rita había accedido a la propuesta de vivir con Marina, habían pensado en alquilar su piso y

con ese dinero compartir los gastos de la casa y de la chica nueva. Toni había prometido ayudarlas con todo lo que fuera papeleo y gestiones. Creo que a Laura no le hacía mucha gracia, pero no tenía más remedio que aguantarse.

Al día siguiente fuimos a la residencia y me despedí de María y de Rafael, no les dije nada para no generar confusión, pero en el momento en que salí por la puerta tuve un miedo enorme a no volver a verlos.

—Venga, te prometo que aquí nadie va a morirse.

Y aunque tanto Marina como yo sabíamos que eso no es algo que se pueda prometer, decidimos hacer como que nos lo creíamos, porque si la Navidad no sirve para creer en los milagros, entonces para qué demonios sirve.

Como era día 25, nos pegamos una buena comilona las tres en casa, y Arnau, Sandra y Santi vinieron a tomar el café con nosotras. Intentamos disimular la tristeza, y durante muchos momentos lo conseguimos. Cuando bajé a despedirlos al portal prometimos escribirnos, llamarnos y visitarnos regularmente. Les di las gracias por todo, nos abrazamos mucho y nos dejaron solos a Santi y a mí.

—Me gustaría dormir esta noche contigo pero entiendo que las chicas tienen preferencia.

Nos deseamos suerte, nos besamos como adolescentes y no hablamos de la próxima vez, no sabíamos si iba a existir, ni dónde ni cuándo. Abrazamos el vacío y lo llenamos de gratitud. Los dos sabíamos que solo estábamos a dos horas de distancia en Eurostar. Nadie se iba a la guerra, los dos nos íbamos a la vida. Llamadme cursi si queréis, pero fuimos pura energía cósmica durante esos minutos.

Cuando subí, las chicas habían recogido la mesa y nos sentamos a acabarnos el cava y a charlar, me acurruqué contra Marina y me tapó con la manta, pasaron las horas. Sobre las nueve aparecieron Eusebio y Lydia, venían a despedirse. Lydia estaba seria, «No quiere que te vayas»; me agaché frente a ella, le cogí las manos, apartó la cara. Le prometí volver pronto, volver sin parar, «Yo tampoco voy a poder estar sin veros, Lydia», entonces poco a poco me miró de reojo, le dije que me tenía que venir a visitar y ahí sí, ahí soltó ese grito de júbilo suyo que es tan puro como el de los niños. Eusebio se acercó a mí y nos abrazamos, «Ha sido un verdadero placer, Lu, que sea verdad eso de que vas a venir mucho por aquí». No me lo esperaba, me emocioné un poco. Lydia no nos quitaba los ojos de encima.

Marina, preocupada por ella, rompió el abrazo.

—A ver, un momento, que de tanta despedida nos vamos a quedar todos fritos.

Lydia se rio.

Cuando se fueron, ayudé a Marina a ducharse, nos recreamos más que otras veces y, aunque quise decir muchas cosas, no dije nada.

Nos acostamos temprano, mi vuelo salía a las diez de la mañana, mi padre vendría a recogerme a las siete y queríamos desayunar juntas con tranquilidad.

Cuando estaba metida en la cama, oí sus pasos chiquitines y lentos, escuché cómo sus zapatillas se arrastraban por el pasillo y se detenían en mi puerta. Oí sus nudillos golpeándola, encendí la luz.

—Pasa.

—Lu.

Se acercó a mi cama, le hice espacio y se sentó a mi lado mientras yo me apoyaba en el cabecero.

—El otro día me acordé de una cosa.

—¿De qué?

—Cuando mi marido y yo fuimos de viaje de novios por el norte, en uno de los pueblecitos en los que hicimos noche era fiesta mayor y había una verbena. Recordé como si hubiera sido ayer que estuvimos bailando en la plaza del pueblo rodeados de desconocidos, felices y emocionados con nuestro primer viaje solos. Me acordé con total claridad de una de las canciones que bailamos. Es una muy antigua, una que cantaban Los Cinco Latinos, *Quiéreme siempre* se llama. Lu...

—Dime.

—Si algún día pierdo la cabeza, Dios quiera que no pase, pero si pierdo la cabeza, por ahí puedes empezar a encontrarme.

Nos miramos en silencio. Cuando pasaron unos segundos pude hablar.

—Ojalá no haga falta.

—Ojalá... Bueno, cariño, descansa, que mañana es un día importante.

Con la misma lentitud con la que vino se fue.

Me puse los cascos y busqué su canción. La escuché unas cinco veces seguidas, la imaginé joven, enamorada, libre, viajando, aprendiendo, y la quise aún más, si es que eso es humanamente posible.

A las seis menos cuarto de la mañana sonó el despertador. Ellas ya trajinaban en la cocina, estaban preparando el desayuno y me habían preparado cosas para el viaje. Cogí la fruta y las galletas y las guardé en mi bolsa de mano. Desayunamos sin saber muy bien de qué hablar, llenando el aire con palabras y sonidos para que la tristeza no nos aplastara como una losa. Hasta la Cloti estaba más quieta que de costumbre.

Rita sacó un paquete, era una funda de colores para mi teléfono, de ganchillo, la había ido haciendo esos días para mí, prometí guardarla como oro en paño. Me duché mientras ellas recogían todo, mi padre llegó un poco antes y me ayudó a bajar las dos maletas gigantes al coche. Prometí de nuevo que cada mes o mes y medio viajaría para visitarlas, ellas me pidieron que llamara nada más llegar.

Me despedí de Rita y de la Cloti, y cuando ya no tenía más remedio, me despedí de Marina.

No nos dijimos nada, nos dimos dos besos y callamos con un silencio distinto a todos los silencios del mundo.

De camino al aeropuerto, mirando la ciudad por la ventanilla y oyendo sin escuchar la conversación nerviosa de mi padre, pensé en mi madre, en ella y en la carta que había encontrado, en la carta que yo había escrito, en el dolor esquivo que siempre me había acompañado, pensé en el día que me recogió en el aeropuerto y me acordé de Marina y yo mirándonos en su pasillo, me acordé de mi esfuerzo titánico por contener el llanto, de mi

decepción y de mi enfado, me acordé de lo sola que me sentí ese día y me acordé también de los primeros paseos que dimos juntas por su barrio, de la paz que había encontrado a su lado, de la paz que desde entonces me acompaña. Me acordé de María, de Rafael, del día que conocí a Manolo, de sus paellas, de Lydia y de su padre, de las noches en pijama viendo series y películas con las chicas, de la visita sorpresa de Agathe, de lo mucho que me había ayudado Sandra, de la generosidad de Arnau, de la felicidad que había compartido con Santi, de Rita, de la Cloti... Volví a pensar en mi madre, escayolada, observándome desde el refugio de su sofá, impasible, y entonces, por primera vez, me di cuenta de que me sentía plenamente agradecida, porque si no me hubiera llevado a casa de Marina, yo no habría vivido todo eso, porque de alguna manera me había lanzado al vacío y gracias a ese salto había visto el mundo como solo pueden verlo los pájaros, con la perspectiva que dan las alas que no le tienen miedo al abismo.

Pensé que, a su manera, me había obligado a ser más valiente de lo que yo era, y eso, que me había cambiado para siempre, era gracias a ella.

No sé si lo he dicho, pero al día siguiente de escribirle la carta a mi madre la quemé y la tiré por la ventana, porque para liberarse del todo lo único que hace falta es entender qué es lo que te ancla y soltarlo para siempre, y espero no equivocarme, pero después de escribir todo aquello, sentí que definitivamente me había liberado.

La carta que ella había escrito también la quemé, la quemé porque tenerla en ese cajón ya era un tipo de incendio, y aunque siempre me sentí lejos de ella, a pesar de que el dolor que llegué a encontrar en esas líneas me hizo sentirla un poco mía, en ese folio solo se hablaba del miedo de ella a seguir en el mundo y del miedo a que yo habitara la Tierra, y era necesario empezar de nuevo sin ese peso a cuestas.

Las dos nos merecíamos pasear plenamente la vida a nuestras anchas, aunque no fuera sencillo pasearla juntas, pero pasearla.

Mi padre me acompañó a la cola del *check-in*, nos abrazamos y nos besamos y volví a prometer visitarlos mucho más a menudo que antes.

Yo apenas sabía nada, no sabía hasta cuándo iba a quedarme, no sabía si una vez allí iba a echar de menos Barcelona, pero sí sabía que una parte de mí seguía en esa ciudad que me curó las heridas cuando no sabía cómo curarlas y que necesitaba juntar todas mis piezas antes de hacer el siguiente movimiento.

Me sorprendió darme cuenta de que no había llamado a Paul para avisarle de mi vuelta, decidí que ya le llamaría al llegar. Esa sensación de libertad fue un avión dentro de mi avión.

El vuelo salió con retraso.

Pero nunca es tarde, si la dicha es buena.

Os lo prometo, nunca es tarde.

Mapa de canciones para llegar a Marina y María

Tres cosas (Salud, dinero y amor), interpretada por Cristina y Los Stop
El emigrante, interpretada por Juanito Valderrama
¿Y cómo es él?, interpretada por José Luis Perales
Y tú te vas, interpretada por José Luis Perales
Un velero llamado Libertad, interpretada por José Luis Perales
Lo siento mi amor, interpretada por Rocío Jurado
Eres tú, interpretada por Mocedades
La Zarzamora, interpretada por Lola Flores
Aquellos ojos verdes, interpretada por Nat King Cole
La chica yeyé, interpretada por Conchita Velasco
Quiéreme siempre, interpretada por Los Cinco Latinos

Mapa de canciones para llegar a Lu

Robes, interpretada por Vincent Delerm
Años 80, interpretada por Los Piratas
Hey boy, hey girls, interpretada por The Chemical Brothers
Sensualité, interpretada por Axelle Red
Je ne veux pas mourir ce soir, interpretada por Vincent Delerm
I feel it coming, interpretada por The Weekend, Daft Punk
Berlín, interpretada por Coque Malla
God only knows, interpretada por The Beach Boys (versión de Adem)
Where did you sleep last night, interpretada por Nirvana
The man who sold the world, interpretada por Nirvana

Crea tu propio mapa de canciones

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, por enseñarme que los libros son el mejor de los juguetes, por prohibirme la televisión entre semana y regalarme un tocadiscos para mi habitación. Gracias por estimularme y quererme. Supongo que escribir no es otra cosa que un acto de amor y gratitud. Os quiero, con todo el corazón, a la que se fue y al que, por suerte, sigue a mi lado.

A mis abuelos, por la ternura y por el sentido del humor, por la inteligencia que no se aprende en las escuelas y por acompañarme a todas partes desde el salón de vuestro comedor. Y en especial a ti, María, porque juntas nos hemos enfrentado al terror que nos daba despedirnos y, muy a pesar nuestro, hemos sacado matrícula de honor. Esta historia de amistad es la nuestra.

A Luisa, por ser la tercera madre y por llenar de luz el verano más raro. Gracias por todo, menos por apuntarnos a mecanografía a las 9 de la mañana aquel mes de agosto a Olga y a mí. *T'estimo.*

A mis amig@s, por ser mis herman@s y mi otra familia. Me atrevo mucho más, porque estáis vosotr@s. Gracias por ser un espacio en el que crecer sin miedo, por ser una colchoneta enorme en la que saltar y coger impulso. Nada hubiera sido, ni sería, lo mismo sin vosotr@s. OS AMO.

A Anne, por convertir París en un refugio de «lana», por su despliegue amoroso cuando apenas nos conocíamos y por ser la inspiración absoluta para el personaje de Agathe, y a Elena, por ser tan maravillosa y pasarle mi número de teléfono y pedirle que me sacara de paseo algún día.

Y a Olalla E., porque me acogió unos días en su casa parisina y es por ella que Agathe es guía turística.

A Leticia, por ser mi compañera de mesa en las horas de escritura y porque en una época en la que me costaba comprometerme con la rutina que implica un libro, me despertaba con mensajes muy parecidos a esto: «No me vayas a coger manía, pero recuerda tu rato de escritura de hoy».

Gracias por ser tan hermosamente insistente y generosa, aprendo sin cesar de tu libertad y de tu disciplina.

A Inma, porque orquestó una noche preciosa, con gente a la que amo, de la que salí con más de medio ordenador bajo el brazo, ell@s saben de qué hablo. Gracias querid@s, esta novela

venía bendecida de lejos. Qué suerte la mía.

A Eli, a Joaquín y a mi padre, por ser mis conejillos de Indias y ser los primeros en leer este manuscrito, pero sobre todo por haberlo hecho con tanto amor. Gracias.

A Felicia y a Ana, las hermanas de mi abuela, que un día me prepararon una comilona y me dejaron interrogarlas sobre sus vidas y sobre el mundo que ellas pisaban de niñas.

A Virginia, por descubrirme el documental *Alive inside* y abrirme así una puerta clave para el desarrollo de esta novela. Gracias, Vir.

A Curro, por ayudarme a ordenarme y regalarme su tiempo, y por hablar siempre entusiasmado de mi libro, incluso cuando sólo llevaba escritas 40 páginas.

A Ignacio Hernández Medrano, neurólogo del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. Gracias por hacerme un hueco en tu agenda y por explicarme con tanta ternura los pasos hacia el olvido. Qué suerte tener médicos así. Gracias de corazón.

A Mónica de Castro, musicoterapeuta especializada en alzhéimer. Gracias por ayudarme y guiarme con tanta generosidad, por haber estado tan cerca cada vez que me invadía alguna duda. Os aseguro que si la pudierais tener enfrente y vierais el amor con el que habla de sus ancian@s y la ternura con la que explica su profesión, sentiríais la misma fascinación que yo siento por ella. Conocerte me ha llenado de fe.

A María Clemente, psicóloga de Tandem Team; a la que descubrí viendo el maravilloso documental *Jo també vull sexe* («Yo también quiero sexo»), por orientarme telefónicamente y llenarme de claridad.

A Silvia Bastos, mi agente literaria, por caminar conmigo y por orientarme con sabiduría y cariño.

A Lola Gulias, por ser una compañera increíble, por ser mi hada madrina, por cambiarme la vida apostando por *Cuando volvamos a casa*, por creer en mí, por su sensibilidad, por su paciencia y porque con ella empezó todo.

Y, por supuesto, a mi perra, que ha estado a mi lado en cada minuto de escritura y que es tan generosa como para prestarle su nombre a un personaje. Pero, por encima de todo, por enseñarme tanto sobre el amor incondicional y sobre mí misma.

Y a ti, que has decidido leer este libro, gracias por haberlo hecho.

Quiéreme siempre
Nuria Gago

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Fotografía de la cubierta: © Van Cohen / The Image Bank / Getty Images

© Nuria Gago Roca, 2018
Autora representada por Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del copyright de las letras de las obras musicales que acompañan esta obra, manifiesta la reserva de derechos de las mismas y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2018

ISBN: 978-84-08-19157-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com